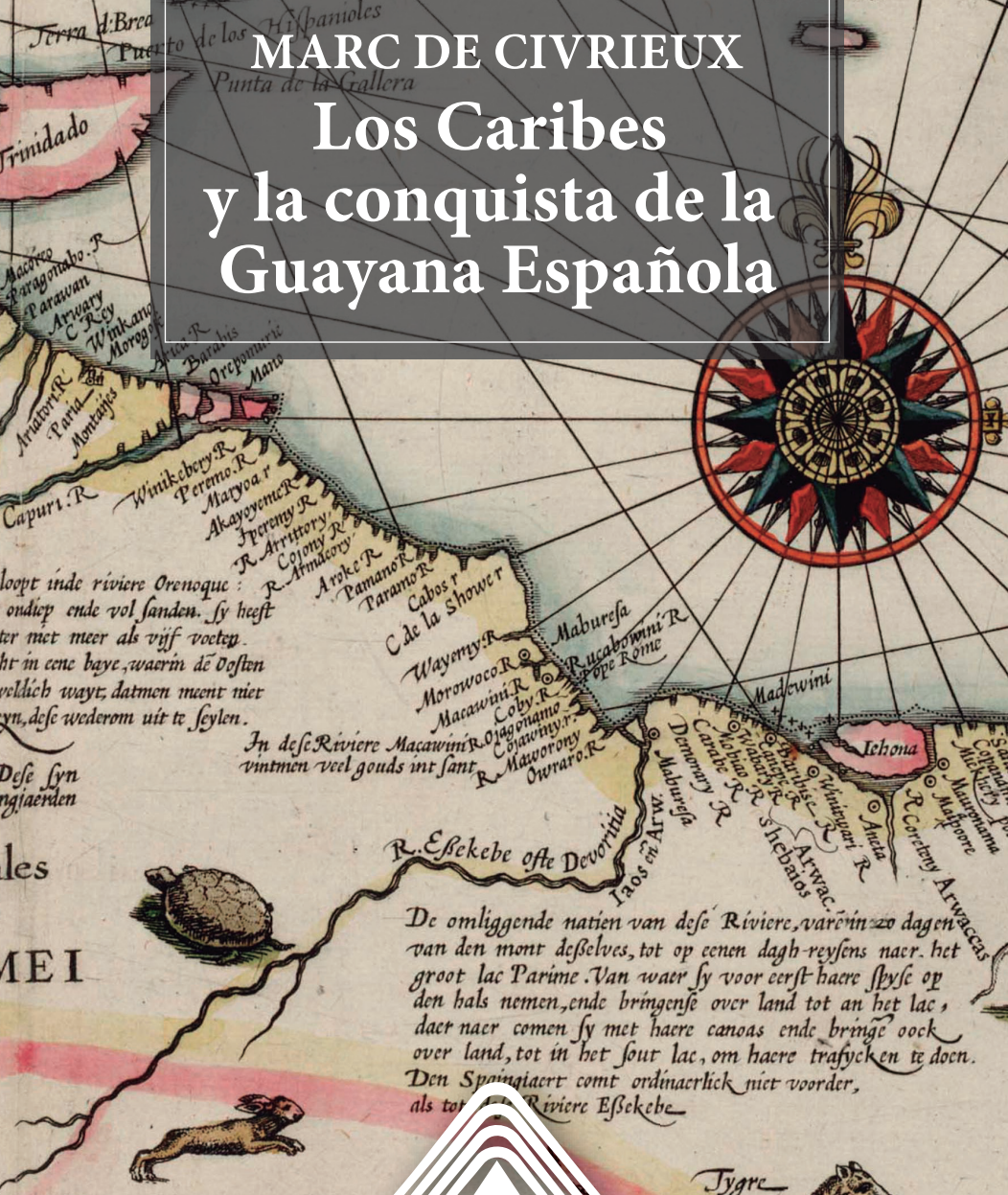


J. de la Tabaco al:
Tabaquo

J. S. Bernardo

MARC DE CIVRIEUX Los Caribes y la conquista de la Guayana Española



loopt inde riviere Orenouque :
oudicy ende vol sanden. sy heest
ter met meer als vijf voetsp.
ht in eene baye, waerin de Oosten
vellich wayt, datmen muent niet
yn, dese wederom uit te seylen.

Dese syn
ngjaeraeden

les

MEI

In dese Riviere Macawini R. Ojagonamo
vmtmen veel gouds int sant
Cobawini R.
Matworony R.
Owvaro R.

De omliggende natien van dese Riviere, varcin zo dagen
van den mont desselves, tot op eenen dagh-reysfens naer. het
groot lac Parime. Van waer sy voor eerst haere stysse op
den hals nemen, ende bringense over land tot an het lac,
daer naer comen sy met haere canoas ende bringe oock
over land, tot in het sout lac, om haere trafyecken te doen.
Den Springlaert comt ordinarlick niet voorder,
als tot in de Riviere Esbekebe.



Tygre



Manoa ofte el Dorado. dit soude syn de grootst
stad diemen vint inde gansche werelt

Los Caribes y la conquista de la Guayana Española

MARC DE CIVRIEUX

Los Caribes y la conquista
de la Guayana Española
(ETNOHISTORIA KARI'ÑA)



1ª edición en Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Católica Andrés Bello, 1976

1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Los Caribes y la conquista de la Guayana Española (Etnohistoria Kari'ña)

© Marc de Civrieux

EDICIÓN Y DISEÑO

Ennio Tucci

PORTADA

Jodocus Hondius I. *Nieuwe caerte van het Wonderbaer ende Goudrjcke Landt Guiana*, 36x52 cm, 1598.

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2025000966

ISBN 978-980-01-2586-1

INTRODUCCIÓN

Los verdaderos Caribes de Venezuela (Kari'ña; plural: Kari'ñaako) tienen una extensa distribución geográfica en los Estados Anzoátegui, Monagas, Bolívar, el Territorio Federal Delta Amacuro y la Guayana Esequiba (zona en reclamación). Esta distribución coincide con la de las antiguas misiones caribes.

Los grupos orientales del país, diseminados en los ríos Botamano y Comino, tributarios del río Caroní, y el río Aquire, afluente del Brazo Imalaca del Orinoco, pronuncian Kari'na. Existen otras variantes en la pronunciación del autogentilicio: Cillin (1967) apunta Kali'nye en el río Barama; en Surinam, Goeje (1909) y Kloos (1971) escriben Kali'ña; Brett (1868) y los Penard (1908); Kalina, mientras Hoff (1968) transcribe Kari'na. En los mapas coloniales de las Pequeñas Antillas, los ingleses anotaron Callinago (plural de Gallina). Esos Caribes insulares eran de la misma estirpe que los Karina (o Kari'ña) de Venezuela oriental, incluyendo la Guayana Esequiba.

Encontramos en “El Orinoco Ilustrado” del Padre Gumilla (1745), el autogentilicio de los Caribes del Orinoco, el cual aparece en la siguiente frase “Ana Karina Rote”, citada como un ejemplo de la soberbia caribe. Según dicho cronista, la frase significa “Solo nosotros somos hombres”. Una traducción más rigurosa sería: “Nosotros somos la gente (o los hombres)”. Como para muchas otras tribus, el autogentilicio Kari'na, o Kari'ña, se confundía —y se confunde todavía— con el concepto de ser humano. Se consideraba que la única lengua humana era la de la propia comunidad lingüística.

Las lenguas de las tribus extrañas, ininteligibles para los Kari'na, pertenecían a los “itoto”. Gumilla traduce esta última

palabra como “esclavos”. En realidad, designaba a los enemigos, es decir, a los miembros de las tribus cuyas lenguas no eran el Kari’na. A pesar de su apariencia, no eran considerados como seres humanos, sino como animales mágicos, cuya forma humana era engañosa. Los *itoto* eran cazados como animales por los Caribes. La palabra *itoto* es sinónima de *poito*, que significa “forastero; enemigo; rehén”. El *itoto* o *poito* debía ser matado o apresado, para poder controlar y utilizar sus poderes mágicos, en provecho de los verdaderos hombres.

Queremos insistir aquí sobre un hecho que ya hemos señalado en trabajos anteriores (Civrieux, 1972 y 1974) y que, siendo mal comprendido por los autores modernos, ha producido numerosos mal entendidos e interpretaciones erróneas de la historia de la Conquista: los únicos Caribes auténticos de Venezuela eran y siguen siendo los Kari’ña o Kari’ña. Los criollos del Alto Llano y de las riberas del río Orinoco aplican exclusivamente la denominación de Caribes a los Kari’ña, tal como lo hacían los españoles en el tiempo de la Conquista.

Al analizar las fuentes históricas, encontramos, algunas veces, ciertos abusos en la aplicación del nombre “Caribe”, para designar diversas tribus. En estos casos, hemos comprobado que los documentos proceden de capitanes esclavistas, interesados en justificar sus designios con una mentira, pues la esclavitud de los Caribes era considerada legal por la Corona española. El análisis crítico de esas fuentes, en cada caso, basta para saber a qué atenerse sobre esas falsedades. Por ejemplo, los Cumanagoto fueron tildados de “Caribes” por algunos aventureros que deseaban emprender allanamientos contra ellos y convertirlos en esclavos. Los Caribes de la presente historia son los verdaderos, los *Karina* mencionados por Gumilla. Para reconstruir su olvidada historia, hemos descartado los falsos testimonios interesados. Durante la Conquista, siempre los Caribes han sido bien diferenciados de diversas otras tribus (Cumanagoto, Caraca, Chaima, etc.) que los

etnólogos y lingüistas modernos llaman ahora “Caribes”, desvirtuando el significado original del autogentilicio. Estas tribus del norte de Venezuela, se autodenominaban “*choto*” (gente), y sus lenguas eran diferentes del Verdadero Caribe, según los informes de los misioneros.

Entre los frailes capuchinos de la cuenca del Yuruari, se destacó Fray Martín de Taradell, quien quedó encargado, a partir de 1775, de la misión caribe de Tupuquén donde vivió muchos años. Este religioso elaboró un vocabulario de la verdadera lengua caribe (1928, tom. I, p. 213 sg.) Su valiosa obra puede compararse con la del fraile observante Fernando Ximénez (*in De Goeje*, 1909), quien estudió la lengua caribe en su misión de San Joaquín de Parirí, en la Mesa de Guanipa, y con la obra del jesuita francés Pelleprat (1655), quien hizo otro tanto en su misión clandestina del río Guarapiche (región de la actual ciudad de Maturín). Los Caribes reducidos en Tupuquén, eran probablemente oriundos de las cuencas de los ríos Aquire, Barima y Cuyubini, donde los frailes practicaban sus incursiones. Los de la Mesa de Guanipa, reducidos por Ximénez, habían sido capturados en ambas orillas del río Orinoco, cerca de la Vuelta del Torno. Los del río Guarapiche eran nativos de este último lugar, donde Pelleprat los evangelizó *in situ*. La cuidadosa comparación entre los tres vocabularios nos indica que se trata de una misma lengua, muy difundida en la época de la Conquista y que no ofrece diferencias con el moderno Kari’ña o Karina. El Kari’ña es hablado por los descendientes de los Verdaderos Caribes, reducidos en las misiones observantes y capuchinas en los Estados Anzoátegui, Monagas, Bolívar y Delta Amacuro, así como por los Verdaderos Caribes orientales que sobreviven en los ríos Aquire, Curumo, Barima, Waini, Barama y Pomeroon (Guayana Esequiba) y en la región del Maroní (Surinam y Guayana Francesa).

Hacia fines del siglo XVIII, el jesuita italiano Gilij realizó el primer estudio comparativo de las lenguas indígenas habladas en

la región del río Orinoco y encontró similitudes entre la lengua de los Verdaderos Caribes y de varias otras tribus. Los lingüistas posteriores, como Von Martius (1867), Von den Steiner (1886) y Adam (1893) ampliaron estos estudios, clasificaron científicamente diversos troncos lingüísticos y agruparon el conjunto de las lenguas parecidas al Verdadero Caribe en una “familia caribe”. De este modo, quedó sembrado el germen de una grave confusión que perdura todavía, entre el Caribe y otros grupos lingüísticamente afines, a los cuales conviene aplicar el nombre de caribanos. Como resultado de esta lamentable confusión, los autores modernos han olvidado la verdadera identidad de la tribu que, históricamente, fue la más importante de Venezuela; la han sepultado en el anonimato de las tribus caribanas, y han causado con ello un daño considerable a la debida comprensión de la etnohistoria venezolana en general.

Im Thurn (1883), en su excelente trabajo etnológico relativo a la Guayana Esequiba, comprendió la confusión existente y propuso el nombre de “Verdaderos Caribes” para los Kari’ña (o Kali’nye) de los ríos Pomerún, Waini, Barama y Barima. Desgraciadamente, los autores posteriores no han hecho caso de su importante aclaratoria, sino que llegaron incluso a negar su buen fundamento y persistieron en la confusión. De Goeje (1909), por su parte, identificó correctamente la lengua caribe, recogida por Tavera Acosta (1907) en ambas bandas del río Orinoco, con el Kari’ña (o Kali’nye) hablado entre el Esequibo y la Sierra de Imataca, pero tampoco logró disipar el tenebroso malentendido de los autores modernos, relativo a los Caribes.

La extensión caribe en la Tierra Firme, durante la época de la Conquista, era excepcionalmente amplia y comprendía dos áreas principales:

- 1) Un área occidental, en ambas bandas del río Orinoco, que se extendía al norte a través del Alto Llano y al sur,

abarcaba las selvas comprendidas entre los ríos Orinoco, Cauta, Caroní y Paragua;

- 2) Un área oriental, comprendida entre el Brazo Imataca del Orinoco, la Serranía de Imataca, el río Cuyuní y el río Esequibo.

El área caribe occidental abarcaba gran parte de los Llanos Orientales de Venezuela, en los actuales Estados Monagas y Anzoátegui, desde la cuenca del río Guarapiche, al norte, hasta la ribera del río Orinoco. En el curso de la conquista española, los Caribes fueron hostigados y se replegaron paulatinamente, del norte hacia el sur y, particularmente, hacia la banda sur del Orinoco, cuyos bosques densos les proporcionaban una mayor protección contra las incursiones enemigas.

Por esta razón, y para una mayor claridad en la exposición histórica, conviene diferenciar tres zonas en la extensión del área occidental caribe, aquí discutida: A) una Zona Norte (o “Provincia del Guarapiche”) que se extendía desde el río Guarapiche hasta el río Tique (o Tigre). Fue conquistada por los españoles entre 1718 y 1722 y quedó desamparada por los Caribes; B) una Zona Central, o “Banda Norte del Orinoco” que se extendía entre el río Tique y el río Orinoco. Fue conquistada paulatinamente a partir de 1722, y desamparada por los Caribes en 1757; C) una Zona Meridional, o “Banda Sur del Orinoco” que resistió a la Conquista a pesar de las numerosas incursiones efectuadas desde 1722 y que, también, fue desamparada, a partir de 1757.

PROVINCIA DE GUARAPICHE

En 1647, el dominico Carvajal ya menciona la presencia de los Caribes en los ríos Guarapiche y Amana. Esta provincia abarcaba los ríos Guarapiche (curso medio), Río de Oro, Areo, Amana, Tacata, Tonoro, Guanipa, Orilupamo hasta las cabeceras

del río Güere, dominio de Aguarabea y el curso superior del Tique (Tigre). Cubría la parte meridional de los actuales llanos de Monagas y una porción oriental de los llanos de Anzoátegui.

Reducto inexpugnable de los Caribes de Tierra Firme en el siglo XVII, se comunicaba con el Golfo de Paria por la entonces llamada Boca de Guarapiche (hoy: boca del río San Juan, o Barra de Maturín) y mantenía un intenso tráfico de bajeles con los Caribes antillanos, principalmente los de Granada y de Tobago.

Los franceses de la Martinica intentaron conquistar esta Provincia a partir de 1651, cuando el jesuíta Denys Mesland fundó la misión clandestina de Macau a la orilla del Guarapiche. Entre 1662 y 1664, los capuchinos aragoneses de Cumaná fundaron las efímeras misiones caribes de Macuare (El Pilar) y Ocapra (San Juan Bautista), al amparo del fortín español de San Carlos, entre el río Areo y el río de Oro, pero los frailes y soldados españoles fueron expulsados de la zona por la rebelión caribe y la agresión francesa.

El Gobernador de Cumaná, Carreño, allanó y conquistó la provincia del Guarapiche entre 1722 y 1726, y fundó en ella la plaza fuerte de Maturín. Los Caribes fueron perseguidos implacablemente. A raíz de esta conquista, la mayor parte de los refugiados se dispersaron en los llanos meridionales del actual Estado Anzoátegui, al sur del río Tique, donde ya vivían otros grupos allegados. Otros fugitivos lograron refugiarse hacia el sureste, en el llamado “Desparramadero del Tique” (Tigre), hoy “Caños de Maturín”, una zona anegadiza, surcada por una intrincada maraña de caños y pantanos que forman las bocas de los ríos Morichal Largo, Tigre, Buja, Amana y Guanipa. En este refugio natural, los Caribes fugitivos mantuvieron un constante tráfico con sus amigos franceses de las Antillas.

LA BANDA NORTE DEL RÍO ORINOCO

Bajo este nombre, los españoles designaban los dominios caribes situados en los llanos meridionales del actual Estado Anzoátegui. Estos dominios, prolongación de la Provincia del Guarapiche, es mencionada, en 1596, por Walter Raleigh, quien se refiere explícitamente a los “Caníbales” de los ríos Cari y “Lino” (Limón), cuyo pueblo principal, Acamacarí, era un activo centro de tráfico, donde acudían los Arawak. Fray Jacinto de Carvajal (1648) alude, por su parte, a los Caribes “Paos” y “Figueres”, es decir, a los que moraban a orillas de los ríos Pao y Tigre.

La Banda Norte del Orinoco, incluía las poblaciones caribes con centradas a lo largo de los ríos Cabrutica, Guaicupa, Pao, Limón, Cari y en las Cabeceras del Morichal Largo. A raíz del desamparo de los ríos Guarapiche, Amaná, Guanipa y Tigre, consecuencia de la persecución de las tropas de Cumaná, muchos Caribes del Norte llegaron, entre 1722 y 1726, a la Banda Norte del Orinoco, aumentando la población ya existente. La conquista de la Banda Norte fue realizada, a partir de 1722, por los franciscanos observantes de Píritu, mediante numerosas incursiones y allanamientos que duraron cuatro décadas. Los frailes levantaron el fortín de El Pao, en el confín noroccidental de esta región. Durante la primera fase de la conquista, se llevaron a los Caribes lejos del río Orinoco, hacia las partes septentrional y central de los llanos, donde fueron fundadas las primeras misiones. Las continuas campañas provocaron la emigración de muchos Caribes de la Banda Norte a la Banda Sur del Orinoco, mejor protegida y más fuertemente poblada. En 1754, los observantes se atrevieron por primera vez a fundar sus misiones en el propio territorio caribe, fundando, en la Banda Norte, las rancherías de Múcuras, Santa Clara de Aribí y Atapiriri. En 1756, fundaron El Cari. El año siguiente, los Caribes, sintiéndose amenazados por la creciente invasión española de sus dominios, optaron por desamparar masivamente todas las aldeas independientes, con

centradas en ambas bandas del Orinoco y abandonaron definitivamente su territorio al enemigo. Las últimas misiones caribes, Tabaro (1762) y Guaicupa (1763) fueron fundadas, en la Banda Norte, con los últimos núcleos de fugitivos.

LA BANDA SUR DEL ORINOCO

Esta región fuertemente poblada, llamada también “Banda de la Guayana”, constituyó, desde los principios de la conquista, hasta 1760, el bastión inexpugnable del formidable poder caribe. Desde allí, sus activas flotillas controlaban la navegación y el comercio del Orinoco, desde Atures hasta el delta del río, y tenían por centro principal las bocas del río Catira y del Caño Puruey. Los terribles y monstruosos “Ewaipona” del “Caora”, descritos con rasgos de leyenda, por Walter Raleigh (1596), representan un producto de la imaginación de las tribus vecinas, atemorizadas por las incursiones de los Caribes, que transmitieron sus tradiciones al corsario inglés. Carvajal (1647) menciona a los Caribes “Cauros” (del río Catira) y a otras bandas caribes dispersas en el río Orinoco, como los “Adoles” (establecidos en los Raudales de Atures), los “Camisetas” (en el Raudal de Camiseta, en la Vuelta del Torno) y otras dice minadas en varias islas del Delta del Orinoco. Los bajeles caribes de Adoles penetraban aguas arriba del Orinoco, e incursionaban en los ríos Apure, Meta, Inirida y Guaviare.

La “Banda Sur” del Orinoco, dominio principal de estos navegantes incansables, les permitía controlar además el tráfico de los ríos Caura, Aro, Paragua y Caroní. Desde estas arterias fluviales estratégicas, sus incursiones se extendían hacia los ríos Erebató, Ventuari, Padamo, Merevari, Alto Orinoco, raricoera, Tacutu y Rupununi. En este último río, establecían contactos comerciales con los holandeses. La “Banda Sur” caribe, limitada por los ríos Orinoco, Caura, Paragua y Caroní, tenía por arteria central de comunicación, el río Aro y sus afluentes, los ríos

Carapo, Real Corona y La Pina. La conquista de este bastión de piratería por los españoles, nunca pasó de ser periférica y superficial. Poco después de lograr la edificación de un fuerte en Muitacu, los observantes impusieron la evangelización a la aldea de Cuaizaipuro (1753), cerca del río Aro, y en El Platanal (1756), al sur del fuerte.

Los capuchinos catalanes establecieron, por su parte, cuatro reducciones en la banda derecha del río Caroní (Aguacagua y Morocorí, en 1754; Caruachi, en 1763; Guri, en 1771), donde trajeron a los Caribes que se habían fortificado en las innumerables islas del río, situadas cerca de la confluencia Caroní-Paragua.

A pesar de haber permanecido inviolado el interior de su territorio guayanés, los Caribes decidieron, en 1757, desamparar la mayoría de sus rancherías de la “Banda Sur”, al mismo tiempo que las de la “Banda Norte”. Este repliegue estratégico fue la respuesta a la invasión de la Banda Norte por los observantes, y de la banda occidental del río Caroní por los capuchinos y las fuerzas de Iturriaga. El desamparo general del Orinoco se intensificó en 1760 y se efectuó aguas arriba de los ríos Caroní y Paragua y aguas abajo del río Uraricoera, hasta llegar a los ríos Mazaruni y Rupununi, estrechando allí los contactos con los holandeses y fortaleciendo la resistencia contra los españoles.

LA PROVINCIA IMATAKA-ESEQUIBO

Desde los tiempos de Antonio de Berrío y de Walter Raleigh, hallamos muchas referencias a las bandas caribes orientales de la Tierra Firme, dispersas entre el Delta del Orinoco y el río Esequibo, que vivían separadas del Océano Atlántico por una estrecha franja costera, poblada por los Arawak y los Warau. Los dominios caribes orientales tenían por límite meridional el río Waini, al sur del cual moraban los Guaika o Akawai. Los límites occidentales de la provincia eran la Serranía de Imataka y la Altiplanicie de Nuria, detrás de las cuales, las misiones capuchinas

encontraban una relativa protección natural. La Serranía constituyó, por muchos años, el frente oriental de la guerra entre los capuchinos y los Caribes. Hacia el Norte, tierras anegadizas bordeaban la costa del Océano en la Boca Grande del Orinoco y las bocas de los ríos Aquire, Arature, Amacuro, Cuyubini, Barima y Waini. Hacia el oriente, los Caribes ocupaban las tierras, hasta los ríos Pomerún y Esequibo. (En 1647, Fray Jacinto de Carvajal se refiere explícitamente a los Caribes Esequibos). Las principales arterias fluviales del curso caribe del río Esequibo hacia Occidente, eran los ríos Cuyuní y Mazaruni, que corrían a través de los dominios Guaica. Por estas vías, los Caribes traficaban constantemente en busca de los ríos Caroní, Paragua y Orinoco.

Los capuchinos catalanes, instalados entre los ríos Orinoco, Caroní, Macaruma y Yuruari, realizaron la conquista de los Caribes desde la Serranía de Imataca hasta el río Esequibo, entre los años 1744 y 1768. Multiplicaron sus incursiones en las rancherías de los ríos Aquire, Suruma, Cuyubini, Amacuro, Barima, Waini, Moruco y Pomerún, que constituían las bases de las guerrillas, constante mente incitadas y apoyadas por los traficantes holandeses. Los frailes llegaron a fundar dos efímeras misiones en los ríos Barima y Maruca (Moruco).

Por medida de precaución, no intentaron fundar nuevas misiones en el río Caroní, frontera del territorio enemigo y optaron por llevar sus prisioneros caribes a los ríos Macaruma, El Miamo y Cunamo, en las cabeceras del río Yuruari y al amparo de la Serranía de Imataca. En 1768, llegaron a imponer su control absoluto sobre la provincia rebelde. Ante la pujanza de sus incursiones armadas, los Caribes decidieron abandonar sus extensos dominios entre el Orinoco y el Esequibo, y se refugiaron en las cabeceras de los ríos Mazaruni y Rupununi. La conquista de los Caribes estaba terminada.

ETNOHISTORIA

Las fuentes históricas coinciden en indicarnos que los verdaderos Caribes habían invadido las Pequeñas Antillas, poco antes del Descubrimiento, desde las costas de Venezuela Oriental (boca del río Guarapiche, Golfo de Paria, costas comprendidas entre las bocas del Orinoco y del Esequibo), y el núcleo extremo-oriental del río Maroni (Costa de Cayena).

Davis (1666, p. 261), en su *History of the Caribbee Islands* expresaba que las tribus arucas (arawak) ocupaban probablemente las tierras bajas de la actual Venezuela y fueron expulsadas de ellas por los Caribes, así como de las Pequeñas Antillas. El hecho de que las mujeres cautivas todavía hablaban su lengua aruka (arawak) cuando llegaron los europeos, demuestra que la invasión caribe era muy reciente. Los niños de las Pequeñas Antillas entendían el lenguaje arawak de sus madres; las niñas lo hablaban, pero los varones sólo hablaban el Caribe. Los Caribes que habían permanecido en el Continente no se casaron con mujeres arawak. Por lo que ambos sexos hablaban el mismo lenguaje.

Porrey (1658), citado por Duarte Level (1911), explica que los Caribes de las Antillas francesas se decían descendientes de los Calibite o Gaíbi, sus aliados y allegados de la América Meridional. Estos tenían por vecinos, los Aruka (Arawak) de la Guayana. Los Caribes continentales que, originalmente, habían sido sometidos por los Aruka, habían llegado a Tabago (=Tobago) y, desde allí, se habían expandido hacia diversas islas.

Otros se habían quedado en Tierra Firme, donde seguía la lucha contra los Arawak, antiguos dueños del país.

La etnohistoria caribe, en la parte de Tierra Firme que estaba bajo la influencia hispana y que hoy corresponde al oriente de Venezuela, se halla tan íntimamente ligada con la historia de la conquista del río Orinoco y de la Guayana, que se confunde en gran parte la una con la otra. Las tentativas de conquista no sólo procedían de los españoles, sino de los ingleses, holandeses, franceses e incluso, en cierta oportunidad, de los suecos. En el centro de las rivalidades colonialistas de la época, siempre se encontraban los Caribes de la Tierra Firme y los de las Islas. Constituían guerrillas eficientes, siempre dispuestas a aliarse con los extranjeros para librarse del yugo hispano. En la compleja historia de esas luchas, intervinieron muchas veces los Caribes que vivían al oeste del río Esequibo, así como los de las pequeñas Antillas. Los primeros les hacían el juego a los holandeses; los segundos estaban manejados por los franceses. Por estos motivos, no resulta posible entender cabalmente la etnohistoria de los Caribes de la Tierra Firme guayanesa si se desconoce la de sus hermanos, los Caribes antillanos. Comprendiendo la necesidad de una perspectiva histórica amplia, hemos enfocado cronológicamente nuestro estudio de modo a evidenciar que lo que sucedía en los ríos Guarapiche, Orinoco, Caura, Caroní y Yuruari, sólo adquiere significado a la luz de los acontecimientos que ocurrían simultáneamente en el Mar Caribe y en el río Esequibo.

SIGLO XVI: LOS PRIMEROS CONTACTOS

1522-1530

Los colonos españoles de Santo Domingo han encontrado perlas en la isla de Cubagua. Algunos se instalan allí para iniciar su explotación, mediante el trabajo de los esclavos. Frecuentan las

costas de Tierra Firme y, con frecuencia, las del Golfo de Paria y las del Atlántico entre el Orinoco y el Esequibo, en busca de “piezas” (esclavos) y de víveres. Logran “rescatar” (canjear), contra baratillas, estas “mercancías” con los indios Paria y Arawak, ribereños del Golfo de Paria y de la Isla de Trinidad, pero los rescatadores tropiezan con la resistencia de las patrullas de los bajeles caribes que entran y salen incesantemente por lo que, en aquel entonces, se llamaba la boca del río Guarapiche (hoy, boca del río San Juan, en la Barra de Maturín) y por las bocas de los ríos Guanipa, Amacuro, Barima, Waini, Pomerún y Esequibo. Esas flotas nativas se enfrentan con los traficantes de perlas. Los indios Paria y Arawak explican a los españoles que los Caribes viven, tierra adentro, en las orillas del río Guarapiche y del río Guanipa. Los hispanos no se atreven a entrar en ese reducto, que es una región de caños intrincados y de pantanos. Los primeros mapas de Tierra Firme (alrededor de 1530) designan esta zona como “Anegadizos de Paria” y dejan constancia de la presencia de los Caribes.

1531

Los españoles descubren los Caribes del río Orinoco. Diego de Ordaz, Conquistador de México y compañero de Hernán Cortés, entra por la boca del caño Manamo, situada en el Golfo de Paria, en busca de un nuevo El Dorado en la Tierra Firme. Descubre el río Orinoco y se adentra en él, probablemente hasta el Raudal de Adoles (Atures). Se tropieza con agresivos flecheros caribes que trafican con sus bajeles a lo largo del río Orinoco, canjearlo y guerreando alternativamente con las demás tribus que allí conviven. Un grupo de Caribes ataca y pone fuera de combate a la tropa de Ordaz, probablemente en la región de los raudales de Atures.

1570-1580

El curso de los flecheros caribes que recorren las costas de Tierra Firme, ataca a los hispanos rescatadores y cazadores de esclavos. El análisis de fuentes posteriores demuestra que estas flotas patrulleras procedían de muy diversas partes, donde los Caribes estaban dispersos. Salían de la Tierra Firme por la costa de Paria (Bocas de los ríos Guarapiche-Guanipa) y por la de los ríos Waini-Barima-Pomerún (actual Guyana). Acudían también desde las islas vecinas de Tobago y Granada. Los grupos dispersos de Caribes tenían entre sí un estrecho parentesco y una frecuente comunicación. Existen constancias de que, durante esos años, los Caribes poseían bases permanentes o transitorias en la costa de Tierra Firme, desde el Río Caribe (actual Estado Sucre) hasta “las espaldas de Cumaná”, mientras otros grupos, llegados de la Isla de Granada, atacaban a los españoles en la Isla de Margarita. Por estos mismos años, los margariteños obtuvieron noticias de los Arawak, relativas a un “El Dorado” situado en la Tierra de los indios guayana, en el bajo Orinoco, y multiplicaron incursiones, en busca de oro, por el caño Manamo, hacia la boca del río Caroní.

En 1580, un grupo de holandeses se establece en la ribera derecha del río Pomerún, fundan el fuerte de Nueva Zelanda, y empiezan a cultivar la caña de azúcar en las orillas del río, donde viven los Caribes. Esta colonia será destruida en 1665 y 1666 por los ingleses y los españoles.

1582

Bandas caribes del río Orinoco atraviesan los llanos e incursionan en la recién fundada ciudad española de Valencia; los colonos los rechazan.

1584

Antonio de la Hoz Berrío, heredero de Jiménez de Quesada, Conquistador del Nuevo Reino de Granada, explora la parte del río Orinoco situada entre las bocas del río Guaviare y el raudal de Atures.

1588-1590

Antonio de Berrío explora el río Orinoco hasta el río Caroní, en busca de la Guayana (ribera oriental del bajo Caroní) cuya existencia había sido revelada a los margariteños por los indios arawak. Berrío comprueba que grupos caribes dispersos, viven y mantienen un curso de bajeles en las riberas del Orinoco y del Caroní, donde hacen el comercio y la guerra. El conquistador utiliza Caribes amigos como guías e intérpretes y entabla relaciones con otros grupos caribes nativos de los ríos Barima, Moroco y Pomerún, entre, las Bocas del río Orinoco y del río Esequibo. Ellos mantienen relaciones comerciales con los españoles de Margarita y Cubagua. Eso es una de las muchas pruebas existentes sobre los nexos de amistad entre las bandas caribes dispersas. En el principio, Berrío encuentra resistencia de algunos Caribes del río Orinoco. Un grupo lo ataca, aguas arriba de la actual Ciudad Bolívar, en un sitio que él bautizó Puerto de Caribes (Hoy: “Los Caribes”, cerca de Almacén). Logra una mejor suerte con otra flotilla con que se tropieza luego, y negocia su amistad, proponiéndole alianza. Estos Caribes van a guerrear contra los Ipurugoto (Ipurucoto) que, según los mapas coloniales, vivían entre los ríos Caroní y Paragua. Berrío, con sus soldados, acompaña los Caribes en su aventura, hasta la Sierra de Ipurugotos (quizás la región de la Mesa Guaiquinima).

1591-1592

Berrío vuelve al Orinoco y al río Manamo y asienta su Cuartel General en San José de Oruña, Isla de Trinidad, donde

despliega una intensa actividad para conquistar a Guayana, a pesar de la envidia de los margariteños y de los cumaneses. Se titula “Gobernador de Trinidad, la Guayana, El Dorado y la Gran Manoa”. La Isla de Trinidad es estratégica, pues controla el Golfo de Paria y la boca del caño Manamo, que constituye la entrada tradicional a la Guayana; es trajinada por los Arawak de Trinidad y de Paria, así como por los colonos margariteños. Los Caribes hostigan a San José, incendian casas españolas e interfieren el tráfico por el Golfo de Paria. Sus bases más cercanas siguen siendo los ríos Guarapiche y Guanipa, donde Berrío despacha a su Capitán Vera e Iburguen para castigar al enemigo. Vera entra sucesivamente en esos ríos, remonta el Guarapiche (entrando por el actual río San Juan) por unos 90 kilómetros, hasta encontrar la primera flotilla caribe, ante la cual retrocede. Este es uno de los muchos indicios que tenemos de que la numerosa población caribe del río Guarapiche estaba concentrada a partir de unos 100 kilómetros, aproximadamente, de la costa. Se extendía aguas arriba, por las orillas del mismo río Guarapiche y del río Amana; los mapas hispanos de la época, llaman a esta provincia rebelde, Guaracamono, o Guayacomo, por el nombre del jefe de estos grupos caribes.

1593

Berrío envía a su maestro de campo, Vera e Iburguen, a fundar un fortín en el río Orinoco y a explorar a la Guayana, por más de 100 kilómetros tierra adentro, en la margen derecha del río Caroní. Vera instala su Cuartel General en el poblado de Morequito, a 21 millas al oriente de la boca del Caroní. Berrío despacha en abril, otro destacamento armado para tomar posesión de los puestos comerciales hispanos en los ríos Barima, Moroco (Momea) y Esequibo, poblados por los Arawak y los Caribes, donde suelen traficar los colonos de Cubagua y de Margarita.

1595

En las manos del capitán inglés Walter Raleigh, han caído ciertos documentos españoles (margariteños o trinitarios) robados por piratas, y relativos a las grandes riquezas inexploradas de “Guayana. El Dorado y Manoa”. El inglés acude, sin perder tiempo, para reconocer el Golfo de Paria, Trinidad, el Caño Manamo y la boca del Caroní, dispuesto a quitar estos dominios a Berrío. Los ingleses provocan en Trinidad la rebelión de los Arawak, los cuales se confederan con los Caribes contra los españoles. Raleigh allana la base española, apresa a Berrío, y se lo lleva como guía de su incursión a la Guayana. Mientras tanto, Dudley, uno de sus oficiales, entra a tierra firme. En su célebre relato de la aventura, Walter Raleigh (1596) aporta datos interesantes sobre la ubicación de las bandas “caníbales” (caribes) basados en las observaciones de Dudley, las informaciones robadas a los españoles y las obtenidas por boca del propio Berrío. Raleigh tenía otro guía e informante valioso, el hijo del centenario cacique Topiawarí de la costa de Paria, miembro del grupo *iwarawaqueri* (quizás una banda waikerí). Topiawarí, amigo de los españoles desde los principios de la Conquista, tenía mucha influencia en el río Manamo, hasta el Orinoco (región de Barrancas), y conocía bien este camino a la Guayana. Su hijo, convertido en criado y protegido de Raleigh, comunicó a éste su valiosa experiencia. Con base en las noticias recogidas, Raleigh nos informa sobre la presencia de bandas caribes en el medio Orinoco, que él mismo no visitó. Menciona una de ellas, muy numerosa, entre los ríos Cari y “Lino” (Limón), afluentes norteros del río, cuyo pueblo principal se llama Acamacari, un mercado donde acuden los arawak a canjear mujeres contra hachas. La existencia de este gran centro caribe de los llanos del Orinoco está confirmada por las fuentes posteriores y por diversos episodios de la historia de la conquista caribe del siglo XVIII por los observantes de Píritu. Raleigh alude también a los *Etuaipanomn*,

terribles guerreros del río Caora (Caura) que describe como “monstruos con la cabeza pegada de las espaldas”, leyenda también conocida de los margariteños. Otras fuentes nos confirman la presencia de los temidos guerreros en el Caura, que formaban el grupo más agresivo de los verdaderos Caribes en las bandas del Orinoco. Nos parece probable que éstos sean los mismos *Ewaipanoma* acéfalos de las viejas leyendas, aun cuando Raleigh no los identifica explícitamente con los “caníbales”. Su alucinante retrato de estos seres espantosos recuerda muchísimo un dibujo del libro “El Milione” de Marco Polo, que representa “monstruos del país de Merkit, en la orilla oriental del lago Baical” y parece haber inflamado la imaginación del capitán inglés. Raleigh menciona por fin a los “caníbales” del río Guampa, que él mismo avistó en la costa de Paria, en el fondo de una bahía (la de la actual Pedernales), frontera con la Isla de Trinidad. Confirma la existencia, ya mencionada por nosotros, de un comercio amistoso entre los españoles y los “caníbales” (Caribes) que vivían entre el río Orinoco y el río Esequibo: los hispanos compraban mujeres y niños a estos Caribes. Raleigh menciona específicamente a los “caníbales” del Barcina (Barima), Pawrowna (Poomeroon) y Disequibo (Esequibo). Como los arawak vivían a lo largo de esta costa y los Caribes, tierra adentro, en las riberas de estos ríos, es de suponer que éstos salían a la costa o que los españoles se adentraban en la tierra para practicar el comercio: una parte de los rescates se efectuaba mediante intermediarios que eran los Arawak costeros.

En junio, Antonio de Berrío, liberado por Raleigh, reinstala en Trinidad su destruido cuartel general de San José de Oruña y vuelve al río Orinoco, a su base del poblado de Morequito, situado a unos 40 km. abajo de la boca del río Caroní y aguas abajo de los futuros Castillos, hoy llamados Guayana la Vieja. En diciembre, con refuerzos llegados del Nuevo Reino, funda allí el primer fortín de Santo Tomás o Santo Tomé de la Guayana, donde se

queda, y reanuda sus expediciones de rescate, en busca de alimentos, en los ríos Barima, Pomerún y Esequibo.

1596

Antonio de Berrío persigue su sueño: Maroa, la Ciudad de Oro, en las tierras inexploradas de los indios guayana (río Caroní arriba). Su oficial, Vera e Iburguen, tiene el encargo de despachar bastimentos de la Isla de Trinidad a la Guayana. Envía treinta canoas cargadas. En el golfo de Paria, unos corsarios caribes, llegados de la Granada y la Dominica, asaltan las embarcaciones hispanas. Vera trata en vano de perseguirlos, pero el enemigo busca refugio entre sus hermanos, los Caribes de Guaracamono, en el río Guarapiche, con los cuales suelen tener frecuentes intercambios.

Berrío y su gente están hambrientos en Santo Tomás de Morequito. Se envía otro capitán, Márquez Casanola, en busca de víveres al río Caura, donde los Caribes se rebelan y son allanados. Márquez pierde, en la refriega, muchos hombres y no consigue alimentos. Mientras tanto, Walter Raleigh despacha desde Inglaterra al capitán Laurencio Keymis hacia la boca del río Esequibo y las costas del golfo de Paria, sitios frecuentados por los rescatadores de Berrío, que tienen allí puestos fortificados. El inglés quiere fomentar rebeliones.

Thomas de Masham, oficial de Keymis, halla trescientos españoles dedicados al comercio en el río Esequibo. Desde allí, enviaban casabe y otros bastimentos a los colonos de Berrío, que sufrían penurias en Trinidad y en el río Orinoco (Humbert, 1905). El antiguo puesto fortificado español de El Burgo, instalado en una isla del Esequibo, frente a la boca del Cuyuní (según referencia de Vegamian, 1968), fue evidentemente fundado por los soldados de Berrío. Keymis, en su relación, se refiere a los Caribes del Waine (Waini), Barima y Amanna (Amana, nombre que los ingleses daban entonces al Caño Manamo). Su visita

y sus intrigas causaron la revuelta de indios Arawak y Caribes de estas zonas, que tenían tratos amistosos con los rescatadores españoles.

1597

Muerte de Antonio de Berrío en su nueva capital de Santo Tomé de Morequito. La gobernación de “Trinidad, Guayana y El Dorado” queda, por derecho de herencia, a su joven hijo, Fernando de Berrío. El fiel capitán Vera e Iburguen, acude a las bocas de los principales ríos de la costa, entre el Orinoco y el Esequibo, para sofocar la rebelión provocada por los ingleses. Durante varios meses, castiga a los nativos, hace prisioneros y acaba con la amistad de estos útiles proveedores de rescates. Desde entonces, las incursiones españolas en esa costa serán en busca de esclavos y tendrán carácter violento.

SIGLO XVII: LOS CARIBES Y LOS IMPERIALISMOS RIVALES

1601

El libro de Raleigh (1596) sobre la Guayana, El Dorado y Manoa, es traducido a varios idiomas. Tiene gran éxito, sobre todo en Francia, donde excita sueños doradistas. Mientras tanto, en la Guayana, el capitán Martín Gómez explora el reducto caribe del río Catira —donde viven los Caribes— en nombre del joven gobernador Fernando de Berrío.

1602

Henry IV, al ser reconocido Rey de Francia, recibe varios Memoriales de armadores bretones, proponiéndole la conquista francesa del río Orinoco y de “El Dorado”. Organiza una expedición y nombra “Teniente General del Rey de Francia

en Guayana” a Roñé de Montbarrot, gobernador de Rennes (Bretaña). Este caballero cede el mando de la conquista a Daniel de la Ravardiere, quien recibe autorización para colonizar “50 leguas de costa entre los ríos Orinoco y Amazonas”. Ravardiere inaugura un tráfico comercial con los indios de la costa del Brasil, pero no emprende la conquista del río Orinoco. Años más tarde, el sueño de la Guayana de Raleigh alentará empresas francesas en busca del Orinoco y el cultivo de la amistad de los galos con los Caribes del Guarapiche (Southey, 1827).

1604

Un grupo de comerciantes de los Estados Generales de Holanda hace una exploración de reconocimiento al Orinoco, con miras a fundar allí una colonia pero, ante la presencia hispana en Santo Tomé de Morequito, renuncian a su propósito. Antonio de Mujica Buitrón, gobernador del presidio español, toma represalias y manda una compañía de 30 mosqueteros y 300 indios de guerra a allanar el fuerte y las plantaciones que los holandeses han instalado en el río Corentyn (Humbert, 1905).

1605

Abraham Cabiljao, judío holandés domiciliado en Gotemburgo, un puerto sueco abierto hacia las Indias Occidentales, promueve una nueva aventura a la Guayana Española con el apoyo de los armadores locales. Se funda una Compañía Sueca de Indias Occidentales, con participación de los judíos holandeses, y se organiza una expedición que fracasa a último momento, debido a los acontecimientos de la Guerra de los Treinta Años. Un nuevo intento de conquista de la Guayana, por los armadores suecos y sus amigos holandeses, establecidos en el río Esequibo, tendrá lugar en 1731. Santo Tomé de Morequito, la pequeña “ciudad” de Guayana, mantiene la presencia española en el río Orinoco. Tiene 60 vecinos, vive de los rescates y del

tráfico de indios de presa (esclavos), que vende a los corsarios y comercia libremente con barcos mercantes holandeses. El gobernador de Cumaná, Suárez Coronel, encarga al Capitán Jerónimo de Campos de la conquista de los Caribes alzados en río Orinoco y en los ríos Guarapiche, Amana y Cuanipa. Campos recorre los llanos del actual Estado Anzoátegui y entra en las aldeas caribes de los ríos Cari y Aro, situados en ambos márgenes del Orinoco, llevándose prisioneros. Avanza hacia el noreste, en la vasta extensión de los llanos caribes, a lo largo de los ríos Guanipa, Amana y Guarapiche, vuelve sobre sus pasos, hacia el río Güere y logra convencer a Aguarabea (o Guarayea) jefe de una ranchería caribe, de concederle hospitalidad. Aguarabea acepta; Campos fortifica el sitio e instala allí sus hombres. Le da el nombre de San Felipe de Austria o Sitio de la Paz, y se mantiene allí dos años, a pesar de las señales de rebelión entre los Caribes, vecinos del pequeño fortín español.

1607

Campos abandona su “villa” de San Felipe de Aguarabea, sin haber logrado conquistar a los Caribes de los llanos y, por orden del Gobernador, muda su campamento al río Aragua, afluente del río Neverí, para reprimir una peligrosa rebelión de los Cumanagoto y los Core.

1612

El Gobernador de Santa Fe de Bogotá acusa a Fernando de Berrío de dar entrada a los barcos holandeses y de traficar con ellos, solicitando un juicio de residencia para deponerlo.

1613

El juez Sancho de Alquiza es enviado a Santo Tomé de Morequilo para enjuiciar a Fernando y lo reemplaza temporalmente por Mujica Buitrón, quien efectúa el cambio político

deseado y acude al río Corenlyn —donde los holandeses tienen un fuerte y unas plantaciones de tabaco— para saquear esta colonia extranjera. Los hombres de Santo Tomé incursionan también a los ríos Arature, Barima y Mazaruni para destruir unos fuertes ingleses, instalados en esas zonas a raíz del viaje de Keymis en 1596. Mientras tanto, un grupo de mercaderes holandeses instalan, por primera vez, un puesto de comercio en el río Esequibo.

1614-1615

Fernando de Berrío es condenado a ausentarse de su gobernación durante cuatro años. Diego de Palomeque es nombrado gobernador interino, con orden de destruir las instalaciones holandesas que se establezcan en zonas próximas a la Guayana. Los puestos de tráfico del río Esequibo y del río Corentyn son allanados.

1616

Un capitán holandés católico, llamado Aert Adiaensz Groenewegen, propone a la Compañía Zelandesa de Jan de Moor y Peter Courteen, reinstalar el puesto del río Esequibo. La compañía acepta; el capitán le merece confianza, pues conoce bien a la Guayana y ha servido en las filas españolas de Santo Tomé de Morequito durante varios años.

1617

Walter Raleigh zarpa de Plymouth en agosto, con siete buques, 931 hombres y 21 cañones, llegando, el 4 de diciembre, a la costa de Paria. El rey de España, al conocer la noticia, pide ayuda a Puerto Rico y a Santa Fe de Bogotá para defender a Santo Tomé del Orinoco. Raleigh, su hijo Walter y su sobrino Gregorio, acompañados de Keymis, se apoderan de San José de Oruña, la ciudad española de Trinidad, donde Raleigh, envejecido y enfermo, decide permanecer. El 10 de diciembre, Keymis,

el hijo y el sobrino de Raleigh, entran por el río Manamo hacia el Orinoco, con el grueso de la fuerza, para apoderarse de la Guayana.

1618

El 1º de enero, Keymis y Walter Raleigh —el hijo— fundan en el río Orinoco, frente a Barrancas; durante la noche, se apoderan de Santo Tomé de Morequito, donde matan al gobernador Palomeque de Acuña; en la pelea muere también el joven Raleigh. Mientras el capitán español, Jerónimo de Grados, escapa y se refugia con sus hombres en la banda izquierda del río Caroní, Keymis se apodera de Morequito durante 16 días. Finalmente, se lleva los 4 pedreros de la plaza y otras piezas de artillería, quema el antiguo pueblo de los Berrío y sale a explorar el Orinoco, aguas arriba, hasta la boca del río Guárico. En el poblado indígena de Cabruta, establece comunicación amistosa con los Caribes. La escasez de alimentos y las penalidades del viaje, desaniman a los soldados ingleses, que se niegan a seguir adelante. Muchos de ellos sucumben a las fiebres malignas. De vuelta al sitio abandonado de Santo Tomé, Keymis no logra convencerles a que se establezcan. La expedición desmoralizada se retira, el 20 de enero y, al llegar a Trinidad, su jefe afronta la cólera del anciano Raleigh, quien le reprocha la muerte de su hijo, el imprudente asesinato del gobernador español, y el cobarde abandono de la empresa. Sus invectivas son tan violentas que Keymis se suicida y la empresa fracasa. El episodio de la destrucción de Santo Tomé de Morequito provoca mucha tensión entre las Coronas de España e Inglaterra. Para aplacar la ira de los españoles, el ilustre caballero Walter Raleigh es arrestado en Londres, condenado a muerte y ejecutado el 29 de octubre. Poco después, Jerónimo de Grados reemplaza a Palomeque en el gobierno de Santo Tomé y envía, a fin de año, al capitán Juan de Trillo al río Esequibo y al río “Berías” (Barima?) para capturar esclavos caribes. Trillo y seis soldados son muertos

durante la campaña y el resto de la tropa vuelve, deshecho, a Santo Tomé. Groenewegen, que se acaba de instalar en el Esequibo, aprovecha la frustrada agresión española para inducir a los Caribes a la venganza. Les promete ayuda y protección contra los hispanos e inaugura con ellos una duradera alianza anti-española, que se mantendrá hasta el fin de la Conquista.

En Guayana, Juan de Lezama es nombrado gobernador interino. Viaja al Nuevo Reino de Granada, donde solicita una tropa para su defensa, y reconstruye el fortín de Santo Tomé en su sitio original, mientras el legítimo propietario de la gobernación, Fernando de Berrío y Ocuña, recibe el beneplácito de la Audiencia de Santo Domingo para volver al río Orinoco.

1619

Fernando de Berrío está de nuevo a la cabeza del fortín de Morequito y decide, a pesar de las opiniones contrarias, reanudar su realista política de libre comercio con los extranjeros, ingleses y holandeses, con el fin de conseguir armas, de evitar las agresiones, y de poner un remedio al aislamiento y a la miseria de los colonos del Orinoco. Esta táctica permitirá a la pequeña colonia española de Guayana mantenerse con base en los comercios de onoto, bálsamos, tabaco y mandioca. Los vecinos de Santo Tomé apoyan esta línea de conducta, que se va a mantener durante diez años, hasta la muerte accidental de Fernando, a pesar de la guerra sorda que perdura entre las nacionalidades rivales. Los holandeses, recién instalados en el río Esequibo, no tienen reparos en aceptar el comercio con el río Orinoco, pues resulta beneficioso para ambas partes, mientras sus aliados caribes incursionan contra Santo Tomé de Morequito, para vengarse de la agresión reciente de Juan de Trillo. Fernando pide refuerzos urgentes a Cumaná y a la isla de Margarita para hacer frente a los belicosos Caribes del Esequibo y del Baruma (Barama) y construye nuevas defensas en el presidio guayanés de Santo Tomé. A modo de

medida preventiva, despacha a Jerónimo de Grados para castigar a los Caribes por la muerte de los expedicionarios de Trillo. La tropa de Grados allana la zona, pero parte de ella, incluyendo a su jefe, es capturada por un destacamento inglés.

Los demás expedicionarios vuelven a Santo Tomé, mientras los holandeses envían una flotilla caribe al río Orinoco para cazar esclavos y conseguir bastimentos. El Gobernador Berrío y Ocuña construye una plaza fuerte en la Punta de la Galera, en la isla de Trinidad, para tratar de controlar la entrada de las flotillas caribes al río Orinoco y a la Guayana por el Golfo de Paria y el río Manamo, pero esta fortaleza es hostigada y finalmente destruida por las continuas incursiones de los bajeles enemigos.

1621

Se funda la Compañía Holandesa de Indias Occidentales, que envía nuevos colonos al río Esequibo y desarrolla las plantaciones de caña de azúcar. Esta colonia es independiente del puesto comercial de Moor y Courteen, el cual sigue bajo el mando del Capitán Groenewegen (Harlow, 1925).

1623

Groenewegen instala un fuerte, llamado Kijkoveral (“Mira por todas partes”) en una isla del Esequibo, situada a treinta leguas de la boca del río y aprovecha las amistades personales que ha dejado entre los colonos hispanos del río Orinoco, para mantener con ellos su tráfico clandestino, a pesar de la oposición del Gobernador de la Guayana.

Este comercio no impide, de ninguna manera, las incursiones disimuladas de Groenewegen contra el fortín de Morequito, las cuales quedan a cargo de los Caribes del Esequibo. La curiosa coexistencia del contrabando y del sabotaje de los holandeses en el río Orinoco subsistirá durante la larga guerra no declarada entre los colonos hispanos y los holandeses. El astuto Groenewegen,

fundador de la colonia del Esequibo, persistirá, durante casi medio siglo, en su puesto de comando (Harlow, 1925).

1625

Los franceses empiezan a adueñarse de varias “islas de Caribes” (pequeñas Antillas), que escapan al control español. Dos capitanes de corsarios, D’Esnambue y Du Rosney, apoyados por el poderoso Cardenal de Richelieu, fundan una “Compañía de las Islas de América” (Southey, 1827). Richelieu ha leído, con entusiasmo, el famoso relato de Walter Raleigh sobre la Guayana española y está decidido a lanzarse en la aventura de su conquista. Quiere establecer bases en las islas, para luego penetrar en la Tierra Firme.

1629

Muere el gobernador de Guayana, Fernando Berrío y Ocuña, ahogándose accidentalmente en el raudal de Adoles. Los hombres de su expedición hacia el Alto Orinoco, vuelven deshechos a Santo Tomé de Morequito. El nuevo gobernador, Luis de Monsalve, es sorprendido por la expedición al río Orinoco de un capitán, Adrián Janson Pater, enviado por la Compañía Holandesa de Indias Occidentales y respaldado por Groenewegen. Esta misión tiene el encargo de efectuar un levantamiento preciso del río Orinoco y de la posición de Santo Tomé, y elabora un mapa que reposa todavía en los archivos holandeses de La Haya. Los expedicionarios llegan el 11 de diciembre ante Santo Tomé de Morequito; según una versión holandesa del acontecimiento (Laet, 1633), provocan el pánico y la fuga desordenada de los españoles, los cuales queman los 140 ranchos de la localidad y abandonan la iglesia y el convento de los franciscanos. Groenewegen envía entonces una flotilla de Caribes desde el Esequibo. Los invasores fraternizan con los Caribes del río Caroní, siembran el terror entre las demás

tribus ribereñas y se dedican a cazar esclavos para llevarlos a Groenewegen. Los españoles, que han desamparado el fortín de la Guayana, brillan por su ausencia en el Orinoco.

1631

El Gobernador Monsalve no se apresura en comunicar lo ocurrido a la Audiencia de Santa Fe. Se decide a ello en 1631 y reconoce haber quemado las casas indefensas porque, según su aseveración, habían llegado “nuevos navíos ingleses y holandeses”.

Una tardía fuerza de auxilio, 50 hombres al mando de un Juan de Campos es despachada por la Audiencia de Santa Fe de Bogotá al río Orinoco, con la cual Monsalve reedifica el fuerte de Santo Tomé, en un sitio distinto, con el fin de alejarse de los Caribes del río Caroní. Esta segunda Santo Tomé está situada a la orilla del caño Usupamo, 7 leguas abajo de la boca del Caroní, cerca del sitio actual de los Castillos.

1632

Monsalve y sus hombres entran a ocupar la nueva plaza de Santo Tomé de Guayana. La flamante “ciudad” es un fiel reflejo de la primera: una aldea fortificada, miserable, abandonada del mundo exterior y víctima de la política aislacionista de Monsalve, quien, para complacer a la Audiencia, prohíbe todo comercio con la vecina colonia del Esequibo, razón por la cual se pierden los cultivos de tabaco de la Guayana.

1634

Surge la anarquía en el Cabildo de Santo Tomé. Monsalve es reemplazado por Cristóbal de Arana, pero éste no logra imponer su autoridad. Acusado por el mismo Cabildo, es enjuiciado dos años más tarde por Diego López de Escobar, quien le embarga sus bienes.

1635

En el mes de febrero, la Compañía Francesa de las Islas, ordena la colonización de la Guadalupe, una isla poblada por los Caribes. La conquista queda a cargo de los filibusteros d'Olive y du Plessis. Los comerciantes de Dieppe costean el viaje de 2.500 colonos de ambos sexos. El Cardenal Richelieu obtiene permiso del papa Urbano VIII para llevar a cabo legalmente la operación. En ésta participan, en el mes de mayo, 500 hombres acompañados por los frailes dominicos, seguidos en junio por nuevos refuerzos de los puertos franceses de El Havre y de Dieppe, acompañados por frailes capuchinos. Existe júbilo en los círculos económicos del reino (Du Tertre, MS; Southey, 1827).

1636

Según Du Tertre, cunde el entusiasmo en los puertos de Francia, en relación con la colonización inminente de las Indias Occidentales. La aventura emprendida con éxito en las islas caribes, es considerada como el primer paso para llegar a los Caribes de la Tierra Firme y, más precisamente, a la fabulosa Guayana. Para lograr su meta, los negociantes del puerto de Rouen designan a Ponceau de Bretigny, gobernador de una futura colonia en la costa de Cayena, donde vive un grupo caribe continental. En la Guayana española, el juez Diego López de Escobar acaba de ser nombrado gobernador y se propone mudar a Santo Tomé para un nuevo sitio.

1637

El nuevo Gobernador de Trinidad y Guayana sufre un asalto caribe-holandés en la Punta de la Galera, y la ciudad española de Trinidad queda destruida. Los bajeles enemigos azotan también las costas españolas de Tierra Firme.

El 22 de julio, un poco antes del amanecer, Santo Tomé del Usupamo es atacado por una flotilla de piraguas capitaneadas

por un agente de Groenewegen, y tripuladas por los Caribes del Esequibo. Allanan el sitio y queman los ranchos de paja. El vicario es golpeado y mal herido. Escobar y su gente se refugian en una montaña, protegida de las incursiones enemigas por un círculo de terrenos anegadizos.

1638

Los colonos se quedan escondidos en esta montaña, donde esperan subsidios y municiones y escogen un nuevo sitio para levantar de nuevo a Santo Tomé, tres leguas aguas arriba de la boca del río Caroní, más o menos en el actual sitio de Matanzas. Escobar da órdenes de construir además, un segundo fortín, llamado Nueva Cantabria, aguas arriba en el río Orinoco, en el sitio actual de Cabruta.

Mientras tanto, los filibusteros y comerciantes franceses consolidan sus posiciones en las Islas Caribes, de las cuales D'Esnambuc es nombrado Gobernador General. Fouquet, Consejero de Estado del Rey de Francia, interviene para introducir a sus protegidos, los jesuitas, en las nuevas colonias. Estos religiosos estudian la lengua y las costumbres de los Caribes en la Martinica, la Guadalupe y San Cristóbal y no tardan en darse cuenta de que las islas mantienen una constante comunicación con los grupos hermanos de Tierra Firme. La lengua caribe que se habla en las Islas y la de Tierra Firme son casi idénticas.

Los españoles suelen dar el nombre de Caribes a las bandas de las Islas como a las de Tierra Firme, mientras que los franceses reservan la palabra Caraïbe para los isleños y llaman "galibi" a sus parientes continentales. Los colonos de la Martinica piensan aprovechar el origen común y el estrecho parentesco entre los "Caribes" y los "galibis" para infiltrarse en Tierra Firme (Du Tertre).

1639

Los bajeles caribes de las Antillas azotan la costa española de Tierra Firme, hacen prisioneros españoles en la región de Cumanagoto, cerca de la boca del río Neverí y se refugian en su reducto del río Guarapiche.

Escobar llega a la Isla de Trinidad para pedir auxilios a la Audiencia de Santa Fe. Deja en el río Orinoco un teniente que gobierna, en su nombre, al pequeño grupo de españoles que se ha reagrupado en ranchos de palma. Los agentes holandeses de Groenewegen los descubren y queman los ranchos de esa efímera San Tomé en Matanzas; los españoles se fugan montaña adentro, perdiendo muchos hombres.

La tropa de Santa Fe de Bogotá, al mando del Sargento Mayor Diego de Maldonado, acude en noviembre con cañones, víveres y ornamentos de iglesia. Entra por el río Meta al río Orinoco, en auxilio de Santo Tomé y, el 11 de noviembre, encuentra al gobernador Escobar en el Orinoco, aguas arriba de la confluencia con el río Caroní, en el sitio donde se está reedificando a Santo Tomé. En el “Pueblo Viejo” (sitio del antiguo Santo Tomé de los Berrío) existen todavía vestigios de ranchos destruidos, algunas estancias y un hato de ganado.

Escobar, hábil estratega, trata de ganarse al enemigo caribe, deja de hostigar las bandas del río Orinoco e incluso las respalda en sus continuas guerras contra las tribus vecinas.

Esta política sagaz salvará a los españoles del peligro holandés. Escobar usa los refuerzos llegados de Santa Fe para ponerlos a la orden de los Caribes. La tropa de auxilio aprovecha unas bogas caribes del río Caura, con las cuales Escobar acaba de sellar amistad. Al llegar al raudal de Camiseta en la Vuelta de Torno y frente a los Caños de Moitaco, los expedicionarios españoles de Santa Fe se asombran ante la densidad de la población caribe. En el bohío del indio caribe Pilotillo, cerca de “Mermitaco” (Moitaco) se extrañan ante la presencia de caballos,

que provienen de la provincia de Cumanagoto. Esto nos indica un canje comercial entre las tribus. Los soldados españoles presencian escenas de canibalismo ritual en los bohíos, y quedan horrorizados. Con escaso entusiasmo, acatan la orden del gobernador Escobar de apoyar a los “antropófagos” de un caño situado cerca de Moitaco (hoy llamado Caño Escobar), contra un grupo indígena vecino, los indios Pao (boca del río Pao). De este modo, empieza a funcionar una alianza caribo-hispana en el río Orinoco para neutralizar la alianza caribo-holandesa del río Esequibo.

La fuerza de Santa Fe llega finalmente a los abandonados fuertes de la Guayana y de la Punta de la Galera (Trinidad), reconstruyéndolos.

1640

Los expedicionarios de Santa Fe acusan al Gobernador de abusar del auxilio concedido, utilizándolo para capturar indios y venderlos a la Isla de Margarita. Detrás de esta denuncia, se encuentran las aspiraciones de Don Martín de Mendoza y Berrío a la gobernación, basadas en la reivindicación de derechos familiares.

Mientras tanto los franceses, ya dueños de la Martinica, de la Guadalupe y de otras islas, establecen la paz con los autóctonos caribes que hostigaban y asolaban sus nuevas colonias. Logran un pacto de amistad con los jefes de la Dominica, llamados Amichon Orachora Caramiana (el “capitán Baron” de los franceses) y su hijo Imabalony. La alianza franco-caribe lograda por Aubert, gobernador de la Guadalupe, a petición de Du Parquet, gobernador de la Martinica, refuerza las esperanzas galas de conquistar, en la Tierra Firme, ciertas zonas pobladas por los “galibis” (caribes continentales). A raíz de su acercamiento diplomático a los jefes caribes, unos colonos franceses desembarcan en la costa caribe de Surinam, donde empiezan a sembrar caña de

azúcar, pero son desalojados por los ingleses al año siguiente. Por otra parte, Aubert se pone de acuerdo con Orachora Caramiana para que los Caribes de la Dominica vayan a Trinidad a guerrear contra los Arawak, creando nuevos problemas a los españoles. El pirata caribe llega a la Guadalupe a la cabeza de sus flecheros para unirse con los soldados del capitán francés Des Cerisiers. Caribes y franceses asaltan a los Arawak de Trinidad, y un grupo de Caribes se instala en esta isla. Esta acción exitosa afirma la joven alianza franco-caribe y la dirige contra la gobernación moribunda de Trinidad y Guayana (Southey, 1827).

1641

Don Martín de Mendoza La Hoz y Berrio, heredero de los Berrio y sobrino de Don Fernando, obtiene —bajo severas condiciones— la capitulación de esta gobernación, que reclamaba desde hacía varios años. Se compromete en mantener dos fuertes en el Orinoco con doce piezas de artillería y cien soldados.

1642

En agosto de 1642, la gobernación de “Trinidad-Guayana-El Dorado” pasa de las manos de Escobar a las de don Martín de Mendoza, el cual vuelve a mudar Santo Tomé a la boca del río Usupamo, siete leguas aguas abajo de la boca del río Caroní y allí construye el castillo de San Francisco, como fortín de vigilancia. El mismo Gobernador se instala en Trinidad en San José de Oruña desde donde arroja a los holandeses y Caribes de la Punta de la Galera y los desaloja de Tobago, donde habían instalado una colonia. En el río Orinoco, Mendoza La Hoz continúa la prudente política de alianza con los Caribes, iniciada por su predecesor. Se granjea la amistad del Caribe Maguare, el jefe supremo de las hordas del Orinoco, lo nombra general, lo bautiza y le da su propio nombre, “Don Martín”. Entrega escopetas a Maguare y a sus gandules, como señal de su entera confianza.

Los Caribes se ven encargados de patrullar el río Orinoco español contra los piratas extranjeros. El general Maguare y sus guerreros cumplen con la sorprendente alianza. El jefe caribe acompaña la comitiva del Gobernador, río arriba y río abajo, y ayuda a reinstalar el segundo fortín del Orinoco, llamado Nueva Cantabria, en el sitio de Cabruta. El gobierno de Mendoza va a durar catorce años y se destacará por ser un período de paz hispano-caribe en el Orinoco, la cual no volverá a repetirse jamás.

1643

Utilizando sus guías caribes insulares, los franceses desembarcan colonos en la costa caribe de Cayena bajo el mando de Bretigny y se instalan. La acción demuestra la persistencia de sus planes de acercamiento a la Guayana.

1645

Llega a la isla de Martinica el jesuita Denys Mesland, futuro héroe de la aventura francesa en el reducto caribe del río Guarapiche. Varios señores feudales disputan aquella isla a un nuevo gobernador, nombrado desde la metrópoli y reina la anarquía. La Compañía de las Islas decide vender su dominio caribe insular a dos ricos caballeros: Du Parquet compra la Martinica y Houël, la Guadalupe (del Rey, in Pelleprat, 1965).

1646

Los holandeses, al mando del Almirante Bints, desalojan a los franceses de Cayena, frustrando, una vez más, los intentos galos de colonización en las puertas de la Guayana (Harlow, 1925).

1647

Un sacerdote dominico, Jacinto de Carvajal, llega al río Orinoco desde el Nuevo Reino de Granada, por la vía del río

Apure. Pasa unos días en la Nueva Cantabria, donde obtiene valiosas y detalladas informaciones sobre la etnografía de los Caribes, de boca de los veteranos soldados españoles que defienden a la Guayana (Carvajal, 1648). El fraile encuentra al “General” Maguare, en compañía de su padrino, el Gobernador, y nos da un detallado esquema de la distribución de las “naciones” (bandas) caribes, de gran valor histórico. Según él, los Caribes se extienden a lo largo del río Orinoco desde el Raudal de los Adoles (Atures) hasta el mar, incluyendo “las islas del Delta, donde se asientan Arawak y Caribes”. Carvajal menciona específicamente las bandas caribes de Adoles, Carichama (cerca de la boca del Meta), Cauros (Boca del Caura), Pao (Boca del Pao, frente a Moitaco) y Camiseta (raudal del Torno del Infierno). En la provincia del Guarapiche, apunta otros grupos caribes que llama “Guarapiches”, “Ammanaes” y Tigueres (ríos Guarapiche, Amana y Tigre). Menciona además el grupo caribe del Esequibo como “Esequibos, Amacuros y Aquires” (río Aquire, hoy llamado Acure, afluente del Brazo Imataca, cerca de Curiapo). Los Maccarones son, probablemente, el grupo caribe del río Mazaruni, y los Marimas, quizá, el grupo del río Barima. Carvajal menciona además en su libro, los grupos caribes emigrados a las pequeñas Antillas: Galeras (grupo que acaba de invadir la Punta Galera en Trinidad), Dragos (Islas de Boca Grande, Golfo de Paria), Tabagos (Tobago), Granados y Dominicos.

1648

España firma la paz de Westfalia con Holanda y, por el tratado de Münster, reconoce los establecimientos holandeses entre los ríos Esequibo y Surinam. Cada una de las potencias se compromete a respetar los territorios ya ocupados.

Para esta fecha, Mendoza de la Hoz ha logrado controlar la infiltración en el Orinoco de Groenewegen, gobernador del río Esequibo, y de sus aliados; muda su fortín de Nueva Cantabria

desde Cabruta al sitio de Pilotillo, cerca del Caño Escobar y del sitio de Moitaco, es decir, en pleno bastión de población caribe. Esta fundación muestra que la alianza hispano-caribe es un hecho cumplido en el río Orinoco. Fuerte con el apoyo del Caribe Maguare, el gobernador de Trinidad y Guayana, piensa en extender su jurisdicción sobre el río Guarapiche, reducto caribe rebelde, todavía indomado, y piensa conquistarlo pacíficamente. Es probable que lo hubiera logrado, de no haber aparecido bruscamente en escena unos nuevos rivales colonialistas, los franceses, decididos a utilizar el Guarapiche como vía de acceso a El Dorado de la Guayana, y a la fabulosa ciudad de Manoa.

1650

El Gobernador de la Martinica, señor du Parquet, vuelve a Francia para formalizar la compra, a la Compañía de las Indias Occidentales, de las islas caribes de Martinica, Santa Lucía, Granada y Granadinas. Envía 200 soldados de la Martinica a Granada para tomar posesión, pero el cacique caribe Kaieronane ofrece resistencia y el capitán Le Comte, nombrado gobernador de la isla, hace una masacre de indios. En Santa Lucía, una isla recientemente abandonada por los ingleses, Rousselan desembarca con 40 hombres en nombre de du Parquet. Los franceses hacen amistad con los Caribes locales y se instalan pacíficamente. Du Parquet se ha hecho dueño y señor de las islas caribes y quiere intentar un nuevo desembarco en la Tierra Firme. Las costas caribe y arawak de Surinam, donde los franceses habían desembarcado, diez años antes, acaban de ser colonizados por los ingleses. Cayena ha sido arrebatada por los holandeses. Du Parquet desea ahora, probar su suerte en el Golfo de Paria, desalojar a los españoles e invadir a la Guayana (Harlow, 1925; Southey, 1827).

1651

Empieza la exploración francesa en el río Guarapiche. Un jesuita galo, procedente de la Martinica, penetra por el actual río San Juan, entonces llamado Guarapiche, navega cuarenta leguas aguas arriba y se instala en la ranchería de un jefe caribe llamado Macau (región de la actual ciudad de Maturín) donde es bien acogido. Esta misión de Macau fue la primera que tuvo éxito entre los Caribes de Venezuela.

El jesuita Mesland, misionero en las islas francesas, había descubierto que entre los “caraïbes” de Granada, llegaban frecuentemente de visita sus allegados, los “galibí” del río Guarapiche. Sabemos por varias otras fuentes que los corsarios caribes de Granada buscaban refugio en el río Guarapiche cuando se hallaban perseguidos por los españoles. Mesland quiso evangelizar uno de estos grupos anti-españoles.

El Gobernador Du Parquet aprueba su proyecto de reconocimiento del río Guarapiche, puerta de la fabulosa Guayana, descrita por Walter Raleigh. Mesland viaja a la Isla de Granada, establece contacto con unos visitantes caribes de la Tierra Firme, y éstos aceptan llevarlo al Guarapiche. Llegan al golfo de Paria y Mesland se infiltra secretamente en el foco de la resistencia caribe. Se instala en la ranchería del cacique Macau, jefe local del río Guarapiche, donde permanece varios meses. Predica en francés a los “antropófagos” y crea las bases de la amistad franco-caribe. Vuelve luego a la Martinica para informar a Du Parquet sobre su éxito (Pelleprat, 1655).

1652

Du Parquet hace un segundo intento de colonia en la costa caribe de Cayena, pero vuelve a fracasar. Mesland insiste en volver al río Guarapiche, donde ha sido bien acogido por los Caribes.

1653

El jesuita francés reúne un grupo entusiasta para su nueva incursión, que incluye otro religioso, Pierre Pelleprat, una pequeña escolta de cuatro soldados galos y dos esclavos. En julio, el grupo clandestino llega otra vez a la misión de Macau. Mendoza La Hoz, Gobernador de Trinidad y Guayana, tiene espías caribes en el río Guarapiche y se ha enterado de la primera entrada de Mesland. Unos indios entregan a éste un mensaje de Mendoza, pidiéndole acudir a la Guayana y explicarse ante los españoles. La condición religiosa de Mesland obliga al muy católico gobernador español a actuar con prudencia y diplomacia: “invita” al jesuita extranjero a renunciar a la evangelización del río Guarapiche, que escapa todavía al control español, y le ruega venir a misionar en Santo Tomé, para poder vigilarlo. Mesland y Pelleprat discuten la actitud a tomar. Han sido descubiertos: Mesland no puede negarse a acudir a la Guayana, pero Pelleprat y los cuatro soldados, cuya presencia no parece haber llegado a los oídos del Gobernador, permanecerán escondidos en el Guarapiche. Mesland es bien recibido por Mendoza La Hoz en el fortín de la Guayana, pero queda virtualmente prisionero y, hasta el fin de su vida (1672), se verá obligado a quedarse al servicio de los españoles. En la aldea de Macan, Pelleprat espera, en vano, las noticias de su compañero. Los españoles conservan celosamente a Mesland, y nunca le permitirán volver a las colonias francesas.

1654

Fierre Pelleprat espera varios meses a su compañero, hasta el principio del año y, perdiendo toda esperanza de su retorno, decide volver a la Martinica para pedir ayuda. A pesar de lo ocurrido, persiste con la intención de instalarse en Macan. Escribe apresuradamente dos libros para promocionar la empresa colonial francesa. En uno de ellos, narra la odisea de los dos religiosos

franceses: el otro trabajo, más práctico, es un estudio de la lengua “galibi” del río Guarapiche (Pelleprat, 1655).

Mientras tanto, Mesland es remitido por Mendoza La Hoz a Santa Fe de Bogotá, para someterse a un probable interrogatorio ante el Virrey.

1655

Pelleprat sale en febrero para París, con sus manuscritos listos y dedicados a Fouquet, Secretario del Estado, ministro favorito de Luis XIII y protector de los jesuitas. A los pocos meses, quedan publicados los libros, que sirven a Pelleprat para promover la fundación de la colonia francesa del río Guarapiche y la creación de una Compañía Francesa de Tierra Firme, sucesora de la extinta “Compañía de las Islas”. Respaldada por el ilustre Fouquet y por el aristócrata caballero De la Vigne, la Compañía lanza hojas volantes por las calles de las principales ciudades francesas. De la Vigne dirige los preparativos de una nueva expedición (Du Terle).

1656

Según el relato de Du Tertre, De la Vigne sale de Nantes el 15 de junio para fundar la colonia del Guarapiche, que los franceses llaman Ourabiche, con un grupo de soldados, dos jesuitas (Pelleprat y Antoine Bois du Vert) y una prudente provisión de pertrechos militares. El 19 de julio, llegan a la Martinica donde permanecen hasta el 23 de octubre, fecha en que ponen a la vela hacia la Tierra Firme. Desembarcan a la entrada de un caño que llaman Ouanaligo (o Guatatico), al cual el jesuita criollo Pedro de Mercado (1957) hace referencia bajo el nombre de Ovantique, y que nos inclinamos a localizar en la actual Barra de Maturín, frente a la cual existe la isla todavía llamada Antica. Allí construyen un fuerte, que llaman Sainte Anne, rodean el fortín con empalizadas y lo protegen con cuatro cañones y dos

pedreras. En el mes de diciembre, De la Vigne zarpa para San Cristóbal en busca de refuerzos y deja sus colonos establecidos en la costa.

Por otras fuentes, sabemos que Pelleprat y Bois du Vert estaban entre los colonos cuando el fortín fue descubierto y atacado por los españoles, en los últimos días de diciembre o, quizás, los primeros días de enero.

Mercado conoció personalmente a Bois du Veri (al cual llama Monteverde) quien fue deportado a las misiones españolas del Casanare. Escribió una biografía idealizada del religioso francés y relata que éste fue herido de bala durante el combate contra los españoles.

Poco después del ataque a su efímero fortín, los franceses, sintiéndose descubiertos e indefensos, deciden escapar por mar para volver a su base, pero naufragan y caen en manos de los españoles. Los dos jesuitas, Bois du Vert y Pelleprat, corren una suerte semejante a la de Mesland: son condenados a servir en las misiones españolas hasta su muerte, sentencia que será estrictamente cumplida.

1657

En el mes de setiembre llegan a la Martinica nuevos refuerzos galos, embarcados en Nantes, para la nueva colonia del “Aurabiche”, “Ovantique” o Guarapiche, al mando del filibustero d’Oregon, comandante del barco “Pelagil”. Al llegar, se entera del desastre de la efímera colonia. D’Oregon, en busca de nuevas aventuras, se une a la vida arriesgada de los bucaneros en la Tortuga, quienes se dedican al pillaje de los galeones españoles. Pronto, se convierte en el Caudillo de esos famosos piratas y, más tarde, en su Gobernador oficial (Southey, 1827).

A fines del año 1657, llegan inesperadamente bajeles caribes de San Vicente y Dominica a la isla de Margarita. Piden la paz y reclaman unos misioneros hispanos para ser evangelizados.

Los capuchinos se sorprenden de esta petición inesperada, desconfían de su sinceridad y, según el P. Carabantes, se niegan a aceptar. Los Caribes se dirigen a Píritu para pedir lo mismo a los misioneros observantes, que también los rechazan. Estas maniobras extrañas parecen haber sido una trampa urdida en Martinica, que no logró engañar a los españoles. Se trataba probablemente de obtener, por traición, unos frailes españoles como rehenes, para luego lograr un canje contra los religiosos franceses retenidos por los españoles.

Mientras tanto, los colonos holandeses del Esequibo, en violación del tratado de Múnster, se infiltran al oeste del río Esequibo, fundan el pueblo de Nueva Middelburg en el río Moroco (Momea) y, en el río Pomerún, asiento de los Caribes, fortifican el puesto comercial de Nueva Zelanda.

1658

Dos años después de la muerte de Martín de Mendoza, el gobierno de la Guayana pasa a manos de Pedro de Viedma. En lugar de residir en Santo Tomé, se instala en Trinidad, rehuyendo las miserables condiciones de vida y el aislamiento comercial del Fortín del Orinoco.

Viedma informa a la Corte que el jesuita francés Mesland permanece vigilado en Santo Tomé, que acaba de pedir una licencia para marcharse a las colonias holandesas. Viedma se la ha negado y le ha advertido que, de insistir en su propósito de salir de la Guayana, lo remitirá al Nuevo Reino de Granada.

1659

A Cumaná, llegan unos Capuchinos Aragoneses, a quienes la Orden de los Franciscanos Observantes acaba de despojar de su territorio misional en Cumanagotos. El Gobernador Brizuela decide utilizarlos en la Conquista del río Guarapiche, tarea urgente para contrarrestar las incursiones francesas.

Los capuchinos fundan una misión en el país chaima llamado Guácharo, en el sitio actual de Santa María de Cariaco y los Padres Berjas, Frías y Torres, en abril, van a reconocer los dominios caribes en los ríos Guarapiche, Areo y Amana. No son bien acogidos y no pueden establecerse. En el río Guarapiche, Berjas se tropieza con un europeo instalado entre los Caribes, ocupado en ejercer la medicina. Lo loma por un holandés o un inglés. Más probablemente, se trataba de un francés. A la llegada de Berjas, el misterioso extranjero desaparece sin dejar rastros. Mientras tanto, Frías y Torres viajan por las montañas de Caripe y los ríos Gualatar y Aragua, hacia el suroeste, llegando cerca de la confluencia Areo-Amana, al oeste de la actual Caicara de Maturín, donde hallan la casa del Caribe Macuare, al cual no logran convencer de sus proyectos de misiones. (Cambantes, 1666, in Carrocera, 1964).

1660

Los miserables soldados y vecinos de Santo Tomé de Usupamo desobedecen una orden de Pedro Viedma y Carvajal, su Gobernador, el cual pretende dar órdenes a control remoto desde la isla de Trinidad y prohibirles el tradicional contrabando con los holandeses del Esequibo. Esos extranjeros son los únicos que visitan el río Orinoco y proveen a la colonia hispana de artículos de primera necesidad. Los vecinos del fortín compran telas, cuchillos, hachas y machetes a cambio de bastimentos y no están dispuestos a acatar la prohibición, ya que viven en las peores condiciones, totalmente abandonados por los españoles, y no reciben jamás la visita de un barco de Castilla.

1661

Viedma se decide a acudir a Santo Tomé para conocer personalmente a sus subordinados y obligarles torpemente a cumplir la orden. Embarga un buque holandés, que encuentra atracado en el puerto del fortín, se apodera de sus mercancías, y para complacer a los vecinos y soldados amotinados, las pone a remate. La miseria ha resquebrajado la moral en la guarnición del bastión fantasma de Santo Tomé.

Con la muerte de Mendoza La Hoz, ha terminado para siempre la provechosa alianza hispano-caribe, que había sido instaurada por Escobar en 1639. El valioso aliado de los españoles, el “general” caribe Maguare, ha desaparecido.

El nuevo gobernador, que tiene escaso interés por la Guayana, no entiende sus problemas y los deja sin resolver. El fuerte de Nueva Cantabria, hostigado por los Caribes, ya ha sido desamparado y el de Santo Tomé, desguarnecido y arruinado, anda por el mismo camino.

La ausencia prolongada de Viedma ha alentado la anarquía y los colonos de Santo Tomé han abusado de sus derechos de encomiendas sobre los Caribes de Moitaco y de la boca del río Caura, provocando su rebelión. Junto con sus vecinos, los Guaiqueri del caño Uyapi (río Iguana) y los Mapoyo, esos Caribes atacan las piraguas que navegan desde Santo Tomé, aguas arriba, y matan treinta españoles. Viedma, sin pensar en las inevitables consecuencias, decide efectuar una entrada armada al río Caura y castiga duramente a los Caribes. Proyecta levantar un nuevo presidio en el sitio de la Angostura para impedir el paso a las expediciones del Caura contra Santo Tomé, pero no lleva a cabo su proyecto. La arriesgada provocación del Gobernador a los Caribes provoca un auge de la rebelión y marca el rápido deterioro del control español en el río Orinoco. Viedma anuncia al Rey su intención de prestar su apoyo militar a los capuchinos aragoneses para volver a la ranchería caribe de Macuare, instalar

allí una primera misión de Caribes y emprender la conquista de los ríos Guarapiche, Amana y Areo, cuyos llanos albergan un importante núcleo de población rebelde.

1662

Los frailes aragoneses entran con una fuerza cumanesa a la aldea de Macuare en los llanos del río de Oro, y el Padre Carabantes funda allí la primera misión caribe, la Virgen del Pilar, que durará doce años. El Padre y sus soldados practican nuevas entradas por los montes y logran concentrar 600 almas en la misión.

La gobernación de Trinidad y Guayana es agregada al Virreinato de Santa Fe de Bogotá. Viedma sigue a la cabeza de la misma y se queja al Rey del abandono de la Guayana, insistiendo en el hecho de que los barcos españoles nunca entran al río Orinoco para llevar bastimentos a Santo Tomé del Usupamo.

En ese presidio, el jesuita Mesland se ha resignado a permanecer al servicio de los españoles y ha fundado, no lejos del Castillo, dos casas de misiones. Se trata probablemente de los sitios de Santa Magdalena de Caucao y de San Pedro de Mariguaca, donde algunos indios paríagoto viven bajo la campana. El Rey de España ha informado al Consejo de Indias que, según noticias obtenidas, el religioso francés parece tener en su poder un Privilegio del Papa y de la Inquisición Universal de Roma. El Consejo resuelve, en consecuencia, el 10 de mayo, ordenar a Diego de Egues, virrey de Santa Fe “haber a las manos al Religioso de la Compañía de Jesús que pasó a la Trinidad y la Guayana, y que se le recojan las bulas y papeles que haya llevado y que todo se remita a esos Reinos con la seguridad que conviene” (AGI. Consult. Originales, 1654-63- 147-5.25).

1664

El bucanero d'Oregon que, siete años antes, ha intentado participar a la invasión francesa del río Guarapiche y, luego, ha encabezado el tropel de los piratas franceses de la Tortuga, recibe el premio oficial de sus hazañas, siendo nombrado gobernador de esa isla por la Compañía Francesa de Indias. Sin dejar de acosar a las Flotas del Oro en el Mar Caribe, lanza sus filibusteros al asalto de Santo Domingo y logra instalarlos en su costa occidental.

Mientras tanto, los capuchinos aragoneses fundan, en los llanos del Guarapiche, entre el río Areo y el río de Oro, una segunda y efímera misión caribe, San Juan Bautista, en la casa del Caribe Ocapra, once kilómetros al noroeste de la de Macuare. Pocas semanas después, los frailes hacen una entrada a los indios Coaca del río Areo y cometen el error de llevarlos a la ranchería de Ocapra, lo que provoca graves problemas entre ambas tribus y la rebelión de los Caribes. Mudan a los Coaca al sitio de Axio (hoy, caserío de Areo) un poco hacia el sur, y se ven obligados a abandonar a Ocapra, devolviendo la libertad a los Caribes. (Carabantes, 1666). La presencia española en la Guayana, se reduce al puñado de vecinos y de soldados hambrientos y enfermos que vegetan en Santo Tomé del Usupamo. Para sobrevivir, continúan su comercio clandestino con los holandeses del Esequibo, quienes se aprovechan del mismo. Viedma sigue gobernando, teóricamente, a la Guayana, desde la Isla de Trinidad. Ya no reprime el contrabando, por ignorancia o, quizá por tolerancia, para no provocar un nuevo motín en el Usupamo.

Obedeciendo a las instrucciones recibidas del Consejo de Indias, el Virrey de Santa Fe manda sacar a Mesland de la Guayana, lo trae a Bogotá y, finalmente lo asigna a las misiones jesuitas españolas del río Casanare, donde será mejor controlado. Al mismo tiempo, los frailes de Casanare envían dos de los suyos a Santo Tomé, para hacerse cargo de las dos misiones fundadas

por Mesland con los indios pariagoto. Los nuevos frailes, Julián Vergara e Ignacio Ellauri, sólo encuentran miseria y enfermedades en el río Orinoco. El año siguiente, Ellauri sucumbe a una fiebre maligna, y su compañero Vergara abandona, pocos meses después, en 1666, el sitio insalubre del Usupamo.

En el río Esequibo, el veterano fundador de la colonia, Groenewegen, muere a la edad de 83 años, sin haber logrado realizar su sueño de conquista en el río Orinoco.

A fines de junio, varios piratas ingleses entran por el río y saquean el vulnerable fortín del Usupamo. Poco después, llega un barco contrabandista holandés, al mando de Clemente Gunter, hermano del nuevo Gobernador del Esequibo, y encuentra a los colonos españoles desnudos, acampados en el monte. Estos le piden auxilios en ropas y bastimentos; están cansados de esperar algún contacto con Trinidad, donde reside su invisible Gobernador (Harlow, 1925). Gunter se apresura en ayudar a los colonos, cuya amistad cultiva de manera interesada, y envía su piragua al Esequibo en busca de lienzo para vestir a los españoles. El Gobernador Viedma, despreocupado de la suerte del Usupamo, no llega a enterarse del episodio. Mientras tanto, los jesuitas del río Casanare envían dos religiosos a Santo Tomé para fundar allí una misión pero encuentran el fortín destruido y abandonado por los españoles y vuelven defraudados al río Casanare.

1665

Fin del nefasto desgobierno de Pedro de Viedma en la Guayana que, por su torpeza, ha quedado casi totalmente abandonada por los españoles. José de Azpe y Zúñiga lo reemplaza. Visita Santo Tomé del Usupamo y encuentra el buque holandés de Gunter, el amigo clandestino de los colonos, buscando bastimentos en compensación de los lienzos que ha entregado a crédito. Azpe y Zúñiga lo hace preso, confisca su buque y sus

bienes, y manifiesta una vez más, la decisión de terminar con el contrabando. La política aislacionista de Viedma es reafirmada y sigue produciendo funestas consecuencias. Aislado del mundo exterior, el fortín español de la Guayana se agota en la miseria. Los holandeses, atropellados por el gobernador español, no dejan de continuar su tráfico clandestino, pero se aprovechan de la represión de Viedma contra los Caribes del río Caura para alentar su rebelión, y reanudan con ellos su antigua alianza. En el río Pomerún, los ingleses incursionan y allanan el fuerte holandés de Nueva Zelanda.

1666

El capuchino aragonés Carabantes afirma, en una carta, que ha fundado en los llanos del río Areo y en la casa de un Caribe, una tercera misión, Atiname. No volvemos a tener noticias de ella, pues el fraile no logró mantenerla. Una fuerza española incursiona, por la misma época, en el río Pomerún y destruye a Nueva Zelanda. (Humbert, 1905).

1669

Estalla una rebelión indígena en el sitio de Aragua (hoy: Aragua de Maturín), frontera entre los Chaimas y los Caribes. Se coaligan ambas tribus para expulsar a los religiosos y los soldados españoles. Los capuchinos aragoneses piden refuerzos militares a Cumaná.

1670

Los holandeses, muy golpeados por la pérdida de su colonia del Pomerún, se han reconcentrado alrededor del fuerte de Kijkoveral, en la confluencia de los ríos Cuyuní y Esequibo. Tratan de reedificar el destruido fuerte de Nueva Zelanda, pero sufren un ataque de los franceses antillanos y de sus aliados, los Caribes, lo que los obliga a renunciar a su intento. (Humbert, 1905).

1671

Diego Jiménez de Aldana, nuevo gobernador de la Guayana, informa que ha desaparecido la población civil de Santo Tomé. Las familias se han fugado, por causas de miseria y enfermedades y no quedan, en este sitio, más que diez colonos blancos, mulatos y mestizos, residentes en el presidio de Santo Tomé del Usupamo, además de los 47 soldados de la guarnición del fortín.

Los jesuitas han intentado, por segunda vez, radicarse en la población, pero han renunciado a causa del desamparo. Ante la decadencia total del poder español en la Guayana, Cumaná se convierte en la sola plaza capaz de mantener los núcleos de colonización española, existentes en el Oriente de Caracas. Para respaldar a las misiones caribes de los capuchinos aragoneses, Cumaná envía pertrechos y soldados y establece un fortín de resguardo, San Carlos, cerca de El Pilar de Macuare y del pueblo de Areo, pero los guerrilleros Caribes y Chaima lo atacan, lo incendian y toman mayor impulso. Los cumaneses reconstruyen San Carlos en los mismos llanos de Areo.

1673

Los franceses, informados por sus espías caribes del río Guarapiche, de la rebelión caribe y chaima que acaba de estallar en los ríos Amana y Areo, deciden auxiliar a sus aliados contra los españoles, oportunidad excelente para destruir las misiones. Treinta colonos de la Martinica acuden al río Guarapiche, se tropiezan con dos grupos de españoles durante su avance y los agreden. Los españoles logran escapar, y llevan el aviso a la misión de El Pilar de Macuare. Se trata de la primera intervención abierta de soldados franceses en los dominios hispanos de Tierra Firme. Los señores de la Martinica se muestran decididos a dar un golpe definitivo y piden ayuda a los temibles bucaneros galos que, desde la Tortuga y Santo Domingo, azotan a los galeones

españoles de las Antillas. El gobernador de los bucaneros es, precisamente, aquel mismo d'Oregon, quien había llegado a las Indias en 1657 para integrarse a la aventura colonizadora francesa en el río Guarapiche. D'Oregon encarga ahora al Marqués de Maintenon, de preparar y dirigir una expedición de bucaneros contra la Isla de Trinidad, y allanar allí su capital, San José, desde la cual los españoles pretenden controlar a la Guayana. De este modo, los bucaneros esperan cubrir la retaguardia de los Martiniqueños invasores de los ríos Guarapiche, Amana y Areo y sembrar el pánico en el campo hispano. Maintenon multiplica sus incursiones a Trinidad y a Margarita.

1674

El Gobernador Palacio y Rada envía a San Carlos, en el río Areo, una tropa de 25 infantes desde Cumaná y 40 más desde Barcelona, pero estas fuerzas no logran impedir la destrucción de El Pilar ni la derrota española. No queda otro remedio que mudar el fortín de San Carlos y las misiones capuchinas de indios chaimas, lejos de este peligroso foco de rebelión caribe y de invasión francesa. El intento capuchino de reducción de los Caribes en los llanos ha fracasado definitivamente. Alentados por esta derrota del enemigo en los llanos, los Caribes del río Orinoco acentúan su rebelión, inmediatamente aprovechada por los Caribes y holandeses del Esequibo, quienes reanudan su contrabando y tráfico de bajeles. Los esequibos buscan esclavos y bastimentos en el Orinoco sin que nadie tenga la fuerza de impedirselo, como en la época anterior a los gobiernos de Escobar y Mendoza. A pesar del descalabro general español en los llanos orientales y en el río Orinoco, los aventureros franceses no son capaces de sostenerse en la Tierra Firme, por falta evidente de recursos humanos y económicos. Estos factores explican probablemente que no hayan intentado una ocupación inmediata del río Orinoco, donde hubieran tenido que afrontar

a los judeo-holandeses del Esequibo. El único esfuerzo español para reforzar el río Orinoco, parte entonces de los jesuitas del río Casanare, que bajan del río Meta, e intentan otra vez fundar misiones cerca de Santo Tomé, pero no pueden resistir a las miserables condiciones de la vida en el presidio ni la presión de las flotillas caribes y se ven obligados a retirarse. Durante cinco años, el río queda a la merced de las piraguas caribes y holandesas, que pescan libremente en sus aguas.

1677

Tiburcio Azpe y Zúñiga se encarga del Gobierno de la Guayana, observa el total abandono del río Orinoco y la ausencia de misiones desde la partida de Mesland, la muerte de Ellauri y el abandono de Vergara. Trata en vano de convencer a los capuchinos aragoneses de las misiones del Guácharo a enviarle unos frailes.

1679

Vuelven los jesuitas al intento de reconquistar el río Orinoco, el cual exploran desde la boca del río Meta hasta Atures con el apoyo del Nuevo Reino de Granada, que otorga a los religiosos una escolta de doce infantes al mando del Capitán Tiburcio de Medina. Se esfuerzan otra vez en establecer misiones entre las tribus que moran entre la boca del Meta y los raudales de Atures, pero no logran otra cosa que exasperar la resistencia de los comandos caribes. Al mismo tiempo, los Caribes y holandeses atacan el moribundo presidio de Santo Tomé del Usupamo, mientras que los comandos bucaneros de la Tortuga y Santo Domingo, al mando del marqués francés de Maintenon y de su fragata “La Sorciere”, asolan las Islas de Trinidad y Margarita.

1681

El Gobernador de Guayana, Tiburcio Azpe y Zúñiga, insiste en restablecer las misiones cerca de Santo Tomé del Usupamo y escribe al Virrey de Santa Fe para que obligue a los jesuitas a volver a las dos aldeas de Pariagoto que han dejado abandonadas en 1664. Se refiere evidentemente a Caucao y Maricagua, los sitios de misión fundados por Mesland.

1682

Los filibusteros franceses de Maintenon, dcce de Santo Domingo y la Tortuga, logran ocupar la isla de Trinidad y, con el apoyo de una numerosa flota caribe, entran al río Orinoco por la vía del caño Manamo. Asaltan Santo Tomé y hacen preso al gobernador Azpe y Zúñiga. Repiten de este modo, punto por punto, las hazañas inglesas de 1617 para apoderarse de la Guayana, pero los franceses no hallan más que abandono y miseria en el río Orinoco, se desilusionan y se retiran. Dos frailes capuchinos, oriundos de Cataluña, llegan a Trinidad en el mes de setiembre, para iniciar misiones en esta isla. Azpe y Zúñiga aprovecha la ocasión para invitarlos a visitar el presidio del Usupamo y les propone extender las nuevas misiones a la Guayana.

1684

Rebelión general de los Caribes del Orinoco, al mando de Quirawera (Quirauera), contra las recién fundadas misiones de los jesuitas españoles. Los Caribes, instigados por los bucaneros antillanos, matan a los frailes e incendian los pueblos. Un capitán Tiburcio de Medina asienta un fortín en el sitio de Carichana, para albergar tropas que son enviadas desde el Nuevo Reino de Granada. La rebelión continúa, alentada desde el río Esequibo por los holandeses y, desde las Antillas, por los bucaneros franceses del marqués de Maintenon.

1685

Los Caribes y sus aliados extranjeros son, una vez más, los dueños del Orinoco. Los franceses dan el golpe de gracia, allanando de nuevo el presidio del Usupamo, que abandonan los escasos soldados sobrevivientes. Muchos bajeles caribes de las islas, junto con los del río Esequibo, empiezan a patrullar el río Orinoco, y fraternizan con los Caribes de la Guayana. Detrás de ellos, tres poderes colonialistas se afrontan: España, Francia y Holanda. Entre el Brazo Imataca del Orinoco y la Sierra de Imataca, se halla la “Sabana de los Pariacot” (Pariagoto), donde los traficantes del Esequibo se infiltran, instalan tinos ranchos e intercambian mercancías con esos indios (Harris y Villiers, p. 20).

1686

El Gobernador Azpe y Zúñiga ha logrado, con dificultad, reagrupar a los fugitivos de Santo Tomé, ha levantado nuevamente el presidio y ha pedido al rey el envío a la Guayana de capuchinos catalanes, así como la abolición de la esclavitud de los indios, para evitar nuevas rebeliones. El Rey acepta la fundación de misiones en Trinidad y Guayana, a cargo de esos religiosos catalanes, que son independientes de los capuchinos aragoneses del Guácharo, y no pertenecen a la jurisdicción de Cumaná.

1687

Los frailes catalanes, recién asignados por el Rey a la gobernación de Trinidad y Guayana, llegan a Santo Tomé del Usupamo, reconstruyen las rancherías de Caucao y Maricagua, donde reagrupan a los Pariagoto y Arawak, que se han dispersado por las sabanas de Brazo Imataca y las riberas del Bajo Orinoco. Mientras tanto, los bucaneros galos de Santo Domingo y la Tortuga desembarcan en Cayena, fundan una base en esa costa de Caribes y empiezan a cultivar la tierra, en espera de

poder intervenir de nuevo en la Guayana española, meta codiciada por d'Oregon y Maintenon.

1688

Sebastián Rotela, el nuevo gobernador de la Guayana, llega a Santo Tomé de Usupamo, donde sobreviven apenas siete vecinos, además de unos pocos soldados del Castillo y 32 indios esclavos caribes apresados durante las frecuentes persecuciones y operaciones de castigo. Sigue, con todo su rigor, la prohibición del tráfico comercial con los holandeses del Esequibo, cuyos agentes operan en la sabana de los Pariagoto. Cerca del presidio del Usupamo, Rotela observa las dos aldeas misioneras de San Pedro de Maricagua y María Magdalena de Caucao, donde viven, sin control alguno, los Pariagoto y Arawak.

1690

Los bucaneros franceses prosiguen su plan de invasión a las zonas caribes de la Tierra Firme, y desde Cayena se acercan al Orinoco, instalando una nueva base en la boca del Pomerún, llamada Bourouna. Acosados por los celos holandeses, no logran mantenerse mucho tiempo en el sitio.

1692

Las pretensiones misioneras de los jesuitas en el río Orinoco, se enfrentan con dos poderosos adversarios: el propio Arzobispo de Santa Fe y el Gobernador de los Llanos de Casanare. El Nuevo Reino de Granada retira sus sueldos a los soldados que defienden las misiones y los frailes afrontan el abandono. Consiguen, sin embargo, el apoyo de un fiel y desinteresado capitán, Tiburcio de Medina, y de su tropa, y vuelven a reedificar sus misiones destruidas.

1693

Nueva embestida de Quirawera y de sus Caribes contra los jesuítas, y nueva destrucción de las misiones; los indios matan al capitán Tiburcio de Medina, aun fraile y a otros españoles. Los jesuitas derrotados vuelven al río Casanare, su punto de partida.

1694

Los frailes del Casanare logran obtener, entre los españoles, nuevos apoyos para su causa y consiguen una tropa, al mando del capitán Félix de Castro, pero éste, ante la pujanza de las guerrillas caribes, no se muestra decidido a cumplir con su deber. Al ver los pueblos de misión abandonados, y ocupados por los Caribes, se acobarda y desiste de la pelea, ante la indignación de los jesuítas. Estos desisten de su empeño ante la coalición de las fuerzas adversas, y no volverán al río Orinoco hasta 1734. Es de recalcar el hecho de que, entre 1672 y 1694, los jesuítas no habían intentado fundar misiones de Caribes, sino tan solo de otras tribus, menos rebeldes.

Santo Tomé del Usupamo se mantiene aislado, a duras penas, ante el hostigamiento continuo de los guerrilleros caribes de las bocas de los ríos Caura y Pao, de la región de Moitaco y de la Vuelta del Torno. Estos suelen bajar hasta las bocas del Caroní y del Usupamo para hostigar al presidio. Para protegerse contra sus incursiones, el nuevo gobernador de Guayana, Francisco Meneses, encabeza una fuerza de reconocimiento, aguas arriba del río Orinoco, y recomienda la construcción de una fortaleza en la Angostura del río, para impedir el tráfico de las piraguas rebeldes.

SIGLO XVIII: LA CONQUISTA DE LOS CARIBES

1704

Felipe de Artieda toma posesión de la debilitada Gobernación de Trinidad y Guayana, que vegeta sin gloria, incapaz de asumir la conquista del río Orinoco. La miseria y las epidemias azotan a Santo Tomé, acosado sin cesar por la rebelión caribe. Los capuchinos catalanes abandonan sus tres misiones de indios Arawak y Pariagoto, y retornan a Trinidad.

1708

Artieda se queja ante el rey por la reciente deserción de los frailes de la Guayana, y obtiene una Real Cédula que los obliga a volver al río Orinoco, pero éstos no le hacen caso, y piden al gobernador una licencia para retornar desde Trinidad a España. Explican que el desamparo de las misiones del Orinoco se debe a la falta de escolta para practicar entradas, pues las doce familias que viven en el presidio del Usupamo no pueden alejarse de allí, por temor a las incursiones caribes. Artieda niega su permiso para el retorno a España, pero los capuchinos no se amedrentan y, desafiándolo, se embarcan en un bergantín francés, abandonando a Trinidad.

1709-1710

Los religiosos catalanes, de vuelta a España, explican ante el Consejo de Indias los motivos de su deserción en las Indias. Para volver a la Guayana, exigen una escolta de 30 familias canarias y un refuerzo de 12 nuevos frailes. Las negociaciones a este respecto no van a durar menos de ocho años, lo que no deja de ser perfectamente normal para la burocracia de la Corona. Mientras tanto, los colonos holandeses fortifican sus posiciones

en la confluencia del Cuyuní y del Esequibo y, bajo la protección del fortín de Kijkoveral, fundan el pueblo de Cartago.

Durante la misma época, los llanos orientales de río Guarapiche constituyen una provincia estratégica en manos de los Caribes rebeldes. Sigue prohibida a los españoles, pero está abierta a los franceses, cuyas goletas entran y salen libremente para comerciar y fraternizar con los indios. Una de estas embarcaciones es apresada en 1705 y llevada a Cumaná, cargada de esclavos —vendidos por los Caribes— y de mercancías. Los franceses alientan a sus aliados del Guarapiche a hostigar a las misiones españolas de indios chaima, en las montañas del Guácharo. Existe un vacío casi total de poder español en los extensos dominios caribes de los llanos orientales y de la Guayana. Los misioneros observantes de Píritu, que han terminado, con éxito, la reducción de los Cumanagoto, sueñan con una nueva aventura: la conquista de los Caribes del Orinoco. Como base necesaria de operaciones, esos frailes desean fundar en los llanos, un fortín de resguardo. Fray Juan Moro, el observante encargado de la misión cumanagoto de Curataquiche, tiene por custodio y guardaespaldas, durante sus entradas a los indios, a un joven español de Barcelona, llamado Nicolás García. Este informa al fraile, sobre la existencia de un grupo de pardos miserables y desnutridos, que viven dispersos en la región de Camoruco (actualmente: Aragua de Barcelona) y forman la servidumbre de los hatos que allí tienen los colonos de Barcelona. Moro concibe la idea de reunir estos hombres en una población, bajo el control de los frailes, y de utilizarlos como custodia de las misiones y escolta en las entradas.

1711

El sucesor de Artieda, Félix de Guzmán, describe una vez más. En una carta al rey, la ruina total de la población guayanesa del Usupamo: los soldados de la guarnición andan desnudos y

hambrientos, la artillería es inoperante. Recomienda, por primera vez, a los inertes administradores de la burocracia real, mudar este presidio de la Guayana a la Angostura del Río Orinoco (sitio actual de Ciudad Bolívar), que constituye un sitio menos vulnerable, por su configuración natural, que la boca del río Usupamo. Nadie le hace caso en la Corte, y habrá que esperar un medio siglo más, hasta el enérgico gobierno de Iturriaga y de Solano, para llevar a la realidad la acertada recomendación de Guzmán.

1713-1716

Los observantes de Píritu persisten en su decisión de conquistar el Orinoco, y aprovechan una visita del Obispo de Puerto Rico a la ciudad de Nueva Barcelona, para lograr su apoyo en la creación de una villa de españoles en Camoruco, en los llamados llanos de Nueva Barcelona.

El Obispo trata, en vano, de convencer a los celosos hacendados de la región, de la necesidad de establecer esta base militar para la conquista. Estos apelan con éxito ante las autoridades de Cumaná para evitar que se funde la “villa”, lo que significaría el enrolamiento de la servidumbre de sus hatos y la ruina de sus latifundios.

1717

Renovando sus tentativas de 1656, los franceses desembarcan de nuevo en el sitio que llaman “Ovantique” (la isla Antica, en la barra de Maturín) y Francisco Carreño, Gobernador de Cumaná, envía en seguida una tropa, al mando del Capitán Arias, para desalojarlos.

Pedro de Yarza, el nuevo Gobernador de la Guayana, intenta asentar en Santo Tomé del Usupamo treinta familias traídas de España, para repoblar la moribunda fundación. Estos colonos no pueden resistir ante las terribles condiciones morales y sanitarias que imperan allí, se amotan y abandonan el sitio.

El Consejo de Indias ha decidido, al cabo de siete años de hesitaciones y controversias interminables, muy acordes con sus tradiciones, conceder a los capuchinos catalanes la necesaria escolta (treinta familias de las islas Canarias) y el refuerzo de frailes que han solicitado, para volver a sus misiones de la Guayana.

1718

Los frailes catalanes vuelven al Usupamo con su flamante milicia española. A diez leguas del presidio edifican, a orillas del río Caroní, el pueblo del mismo nombre, e inician diligencias para conseguir, en Santa Fe de Bogotá y en Caracas, los subsidios que han sido prometidos para su escolta. Después de largas negociaciones, fracasan en el objetivo y los isleños, al conocer la noticia, se amotinan, abandonan al Caroní, se refugian en el Usupamo y, luego, se marchan a Trinidad. El difícil inicio de las misiones de Guayana va a sufrir un nuevo atraso, que durará seis años.

1719

Un jefe caribe del río Guarapiche, que ostenta el curioso nombre de Maturín, se rebela en el sitió de Aragua (hoy: Aragua de Maturín) con otro jefe del río Amana, llamado Tuapocán. Los rebeldes atacan varias misiones españolas y las destruyen, poco después del último intento francés de desembarco. El nombre bretón de Maturín, parece indicar que ha sido bautizado por los franceses, quizá en los tiempos de los jesuítas Mesland y Pelleprat. El gobernador de Cumaná actúa con decisión y allana la provincia del río Guarapiche, decidido a acabar con los Caribes. La tropa cumanesa mata al indio Maturín en un sitio que conserva su nombre, apresan a su aliado Tuapocán y lo llevan a Cumaná, donde es bautizado y clavado en una estaca. El castigo ejemplar de ambos jefes provoca la desbandada general de los Caribes del Guarapiche, que son perseguidos inexorablemente durante cuatro años por las fuerzas de Francisco Carreño. Los

que logran escapar de la matanza se refugian en los anegadizos del río Tique (Tigre) y en las orillas del río Orinoco. El desastre caribe en el río Guarapiche coincide con otro, también de grandes proporciones, en el Orinoco. Allí, los Caribes habían entrado en guerra, desde 1715, contra la tribu de los belicosos Cabré o Caverre, moradores del río Cuchivero y encabezados por Zeb. Los Caribes son diezmados por el enemigo y, muy menguados, vuelven a sus bases, densamente pobladas, de la Vuelta del Torno. Los Cabré los persiguen y continúan la guerra; en 1720 casi los exterminan. Los sobrevivientes fugitivos se reagrupan en la boca del Caura. Estos acontecimientos debilitan a los Caribes y favorecen los planes observantes de Conquista del Orinoco.

1720

El gobernador de Guayana visita Santo Tomé del Usupamo; la aldea española del río Orinoco consta de una veintena de ranchos y unos tantos vecinos atemorizados, que no se atreven a salir del presidio, a causa de los Caribes. El castillo tiene sus muros arruinados y no hay quien maneje la artillería.

1721

Este año tiene mucha importancia en la etnohistoria caribe, pues corresponde al inicio de la conquista del Orinoco por los frailes observantes de Píritu, mientras los Caribes, dueños absolutos del río, siguen amenazados en su propia existencia por la guerra que les hacen los Cabré del Cuchivero.

Dos observantes se destacan en el período inicial de esta conquista: José Jurado, que fue su pionero, y Fernando Ximénez, cuya actuación durará hasta la fase final de la reducción, de modo que merece ser considerado como el actor principal de la larga faena. Fray José Jurado realiza sus primeras entradas, entre 1721 y 1726, a los asientos caribes ubicados en ambos márgenes del río. Improvisa las primeras escoltas militares con la ayuda del

Capitán Francisco de Campos, del joven barcelonés Nicolás García y del lego Sebastián Cuervo, con una escolta formada por los criados pardos de los hatos de Camoruco, convertidos en milicianos, y unos “indios de pelea”, reducidos y entrenados en la misión de San Lorenzo de Güere.

La primera acometida en busca de Caribes está dirigida contra Tapurequén, hoy Mucuras, ranchería importante del baluarte rebelde del río Pao, situado al norte de la “Vuelta del Torno” del Orinoco. Allí se han refugiado los guerreros caribes del río Amana, desde la muerte de Tuapocán. Los españoles logran apresar 23 familias, que llevan provisionalmente a la misión de San Lorenzo, a cargo del Padre Jurado, y que ha sido fundada con indios palenques, cerca de la confluencia del río Güere con el río Sacacuar.

1722

El Padre Jurado manda construir el primer pueblo observante de reducción caribe, llamado San Salvador de Panapotar, cerca de la boca del río Sacacuar, donde muda los indios recogidos por él en Tapurequén. Para aumentar su población, efectúa una segunda entrada a las rancherías caribes, esta vez en el río Guayana o Guachupa (hoy: río Guaicupa) afluente del Orinoco, por la banda del Norte. Las incursiones, con la pequeña escolta del Capitán Francisco de Campos, se van a repetir durante varios años para incrementar la reducción, pero no lograrán compensar las fugas ni los motines de los Caribes.

Para fortalecer las operaciones de conquista, los observantes insisten en fundar una plaza fuerte en la zona ganadera de Camoruco, conocida como “llanos de Barcelona”, a pesar de la tenaz oposición de los dueños de hatos, los colonos de Barcelona. Jurado hace constar que sus recursos humanos para las entradas son insuficientes y los frailes solicitan a España más misioneros, así como el auxilio de escoltas militares más formales.

En este mismo año, la conquista de los llanos caribes del río Guarapiche, emprendida por las tropas cumanasas del Gobernador Carroño, culmina con la fundación de una plaza fuerte, llamada San Juan de la Tornera de Maturín, en el sitio donde había sido vencido el Caribe Maturín. La tropa de Cumaná continúa, durante dos años más, sus incursiones y limpia de Caribes toda aquella provincia. Con esta victoria, Francisco Carroño ha cumplido la primera etapa de la conquista.

1723

Jurado continúa sus incursiones con la escolta de Francisco de Campos y la activa participación de Nicolás García. Este último, criado por el padre Moro en la misión de Curataquiche, se ha convertido en el más valioso hombre de confianza de Jurado. Los españoles cruzan por segunda vez el río Orinoco, allanan los reductos caribes densamente poblados de la banda sur, en la región de Muitacu (hoy: Moitaco) y logran un buen acopio de prisioneros en el sitio de Platanal, a la orilla de la Quebrada Curiaraparu (o Caicaraparu) y en la falda de los cerros Araguacai. Los soldados se llevan sus prisioneros hasta los llanos del río Sacacuar, y los agregan a la reducción de Panapotar.

Los observantes tendrán que esperar tres décadas más para atreverse a fundar una misión *in situ* en la banda sur del río Orinoco, foco principal de la resistencia caribe. En el mismo sitio de Platanal fundarán, treinta y tres años más tarde, una misión con un capitán caribe llamado Chama que, más tarde, fue bautizado como Pedro José Bolívar. Este indio fue capturado, en este mismo año, por los soldados de Jurado. Llevado a Panapotar, Chama se fugó más tarde, y retornó a su tierra natal de los cerros Araguacai. La campaña de Jurado incluyó una incursión en la margen norte del río Orinoco, por las rancherías infieles del río Cari. Esta región estaba densamente poblada por los Caribes y

habrá que esperar, también, treinta y tres años para poder fundar allí una reducción caribe *in situ*, llamada N. S. de Cari.

A raíz de la expedición de 1723, Jurado contaba con un número suficiente de Caribes para poblar una segunda misión, San Joaquín de Parirí. A fines del año, esta empieza a construirse en la Mesa de Guanipa.

Los observantes insisten en solicitar nuevas fuerzas para adelantar su conquista. En el mes de julio, logran una satisfacción: desde España, salen refuerzos de misioneros, entre los cuales se destaca Fray Fernando Ximénez, quien va a convertirse en el auxiliar principal de Jurado en sus operaciones contra los Caribes.

Queda en pie el problema de los refuerzos militares a los religiosos. Ante la indiferencia de la Corona, la única solución práctica consiste en reforzar la milicia particular de los frailes, sin necesidad de acudir a las fuerzas del Gobernador de Cumaná. Una excelente oportunidad se presenta para llevar a la realidad el proyecto de una base fortificada en Camoruco y la conversión de la población allí existente en milicia. El Prelado de Puerto Rico, Valdivia y Mendoza, durante una visita de inspección a la Tierra Firme, llega a Barcelona, sede de los dueños de halos de Camoruco. Los religiosos de Píritu aprovechan la circunstancia para pedir al Obispo la ordenación sacerdotal del joven Nicolás García y su consiguiente nombramiento como Cura de los Llanos de Barcelona. Obtienen el asentimiento del Obispo y García se convierte en el dócil instrumento del proyecto. Muy activo y adicto a la causa observante, el nuevo Cura sale para su destino, se instala en una "ermita" para decir misa y trata de convencer a los mestizos de concentrarse alrededor de la misma. La maniobra observante inquieta a los colonos de Barcelona, quienes se apresuran en reforzar sus haciendas, enviando a Camoruco nuevas familias de pardos para contrarrestar la ofensiva y cuidar sus intereses. Los terratenientes se interesan más en mantener su

servidumbre y conservar sus hatos que en colaborar con la conquista caribe, propugnada por los frailes.

1724

La tarea encargada a Nicolás García en Camoruco tropieza con dificultades y, poco después, el “Cura de los Llanos” se enferma, se agrava lentamente y muere al año siguiente, muy oportunamente para los intereses de los ganaderos. Cuarenta años más tarde, el observante Caulín recogió la versión de que fue “envenenado lentamente por los indios”. En realidad, no vivían indios en los hatos de Camoruco, sino aquellos peones pardos y negros, sometidos a los colonos de Barcelona. Estos últimos tenían gran interés en que desapareciera Nicolás García.

En la Mesa de Guanipa, quedó concluida la edificación de la segunda misión observante de Caribes, San Joaquín de Parirí, donde se instaló una parte de los indios recientemente conquistados, cerca de Moitaco y en el río Cari. El nuevo pueblo de reducción es asignado al recién llegado Fray Fernando Ximénez. Como las familias caribes no son muchas, Ximénez solicita una escolta para aumentar su población e inicia por su cuenta, unas nuevas incursiones a las rancherías infieles del Orinoco. Logra capturar en ellas unas 150 familias, con su jefe Guararima, el cual se convierte en el indio fundador de la misión. En contraste con Panapotar, la misión caribe de Parirí se va a mantener incólume en la Mesa de Guanipa, a pesar de repetidas fugas, ataques e incendios. La notable tenacidad de Ximénez logrará imponer su existencia de manera definitiva.

Un gran número de caribes lograron fugarse de Panapotar y Fray José Jurado aprende que han buscado refugio en la ribera norte del río Orinoco, cerca de la boca del río Aracay. Allí, los capuchinos de Caracas acaban de descubrirlos y los han reagrupado en una reducción, llamada San Salvador. Celoso por esta iniciativa competitiva, el impetuoso Jurado busca a los

fugitivos con su escolta. Los capuchinos protestan airadamente por el allanamiento de sumisión, pero los observantes arguyen que los Caribes de Aracay les pertenecen y los reintegran a Panapotar, restableciendo en 350 el número de almas de esta reducción. Jurado agrega a Panapotar un cierto número de indios Palenques, fugitivos de las misiones observantes, y sacados, también por la fuerza, de otra misión capuchina, Santo Tomás del Río Iguana. La difícil convivencia de los Palenques con los Caribes crea desorden en Panapotar. Estos problemas culminan, cuatro años después, con el abandono definitivo de esta misión pionera de los Caribes del Orinoco.

Durante este año, los frailes reciben en Píritu una delegación de capuchinos catalanes, quienes luchan por mantenerse en el río Caroní, solicitando ganado para fundar un hato. Obtienen 100 cabezas, que se llevan al Caroní y fundan su primer hato, Suay, que va a convertirse en la capital de sus dominios. Este acontecimiento marca el verdadero principio de las misiones capuchinas en la Guayana.

1726

Deseoso de establecer un efectivo poder español en el abandonado Orinoco, la Corona de España traslada al gobernador de la isla de Cuba, Don Carlos de Sucre, a una nueva gobernación, llamada “de las provincias del Orinoco”, la cual incluye “todas las tierras que por él fuesen descubiertas, allanadas y pacificadas”. Sucre será, además, gobernador de un Castillo que se compromete a construir en la isla de Fajardo, frente a la boca del río Caroní, con el fin de detener el tráfico de piraguas caribes y holandesas. El nuevo gobernante pide tiempo para preparar su empresa de conquista, y no tomará el mando de su gobernación antes de 1733. Mientras tanto, el gobernador de Trinidad conserva el título de gobernador de la Guayana y sigue ejerciendo teóricamente, y a control remoto, la jurisdicción del miserable presidio de Santo

Tomé del Usupamo, o Castillo de la Guayana. En 1728, Ximénez viaja a dicha aldea fortificada para coordinar sus acciones con las autoridades locales, ya que piensa proseguir las incursiones en la margen sur del río Orinoco. Desde Santo Tomé, hace una nueva entrada a los cerros Araguacai, el importante bastión caribe ya allanado por Jurado, de donde trae muchas familias, allegadas con las que ya se encuentran reducidas en Parirí. Ximénez solicita al Padre Tapia, Prelado de los Observantes de Píritu, la reanudación de los esfuerzos para crear el resguardo de los Llanos de Barcelona (Camoruco) y organiza una fuerza observante, compuesta por soldados españoles, mestizos, mulatos y negros, con el fin de acelerar la conquista del Orinoco. El dominio del río sigue en manos de los Caribes y de sus aliados, los traficantes holandeses del Esequibo, cuyos bajeles trafican libremente con mercancías y esclavos. Estos “luteranos” actúan casi desnudos, al estilo caribe, con el cuerpo cubierto sólo por un guayuco y embijado de rojo, color que es la señal caribe de la guerra. Los bajeles corsarios penetran, río Orinoco arriba, muy lejos de la Guayana, por los grandes afluentes, hasta los ríos Guaviare y Guayabera.

Mientras tanto, los franceses de las Antillas emprenden una acción en el río Orinoco, donde los rebeldes mantienen en jaque a los españoles. La diplomacia francesa intriga en el Vaticano y logra la consagración episcopal de un oscuro clérigo, llamado Nicolás Gervaise de Labrid. Pocos días más tarde, este personaje obtiene su nombramiento como “Vicario y Comisario Apostólico de la Provincia de Paria y del río Orinoco, lugares no sometidos a jurisdicción de ningún príncipe católico”.

La Costa de Paria, explícitamente mencionada en las Bulas del Papa concedidas a Labrid, es considerada por los estrategas galos como la nueva clave de la invasión a la Guayana, desde que la conquista española del río Guarapiche despojó a los Caribes de esta provincia y dejó cerrada esta vía.

Los agentes del Rey Sol acaban de lograr un ardid diplomático audaz, casi increíble: han obtenido de la Santa Sede el supremo control de todas las misiones del río Orinoco, desde su fuente hasta su boca. Esta asombrosa victoria equivale, ni más ni menos, a la abolición de esa “donación de las Indias”, concedida por el Papa español Rodrigo Borgia (Alejandro VI) a los Reyes Católicos. Dicha “donación” es invocada constantemente por los hispanos, como un argumento poderoso contra las pretensiones coloniales de las Coronas rivales.

El derrumbe del respaldo papal, materializado por el nombramiento de un vicario francés del río Orinoco, significa el descalabro de la autoridad religiosa española en las Indias. ¿Cómo pudo originarse tal episodio, el más asombroso que se registra en las luchas colonialistas de América? Eso es una pregunta que vale la pena dilucidar.

Al averiguar las causas del acontecimiento, no hemos hallado más que una explicación: la profunda crisis que, por esos años, sacude el Vaticano. Dos años antes, el Pontífice Benedicto XIII ha sido elegido, contra su voluntad, para ocupar el trono de San Pedro. Nada deseoso de afrontar personalmente su nueva responsabilidad, ha delegado la mayor parte de los poderes del Vaticano a un favorito, el Cardenal Coscia. Este administrador del Estado Romano constituye el tema favorito del rumor público, pues se enriquece mediante turbios manejos. Los romanos hacen esfuerzos inútiles para abrir los ojos del Papa y decidir a éste a retirarle su confianza. Estallan disturbios; el pueblo amenaza con invadir el palacio del Cardenal, pero éste permanecerá firme en su puesto hasta 1730, fecha de la muerte de su protector. Poco después, Coscia será arrestado por su venalidad, juzgado y condenado a devolver una fortuna mal adquirida. Tal es el tormentoso periodo que los franceses escogen para su atrevida maniobra, a sabiendas que la personalidad del Cardenal se presta al soborno, y logran el reconocimiento del poder espiritual francés en el río Orinoco.

1729

Al cabo de dos años de misteriosos preparativos, Labrid de Gervaise, el flamante “Comisario del Papa”, en el Orinoco, parte para las Indias y se presenta ante el Gobernador de la Martinica, que coordina las operaciones colonialistas galas en América, con una recomendación de Luis XIV, el “Rey Sol”. En el mes de febrero, Labrid llega a Santo Tomé de la Guayana, provisto de las Bulas papales. La reacción española ante el intruso, es explosiva. Ante la descomunal amenaza, el ferviente catolicismo hispano demuestra tener límites bien definidos. El gobernador de Trinidad y Guayana, Agustín de Arredondo, acude a Santo Tomé desde San José de Oruña, y pide al protegido de Roma el placet del Rey de España, el cual —naturalmente— no ha sido solicitado. Ante la arrogancia del prelado extranjero, el gobernador español no vacila en amenazarlo con echarlo de Guayana, donde un capuchino catalán. Fray Benito de Moya, inicia precisamente un programa de misiones. El gobernador Arredondo avisa rápidamente al Arzobispo de Puerto Rico, quien ha sido, tradicionalmente, el jefe espiritual del Orinoco y de la Guayana. El Arzobispo, sin contemplación alguna, contesta con una orden drástica: arrestar a Labrid de Gervaise.

El emisario papal francés opta por alejarse y prueba su suerte con los luteranos holandeses, en los ríos Esequibo y Surinam. No lo acogen con entusiasmo y, finalmente, Nicolás Gervaise se esconde, en setiembre, entre un grupo de Caribes del río Aquire, al mando de dos jefes llamados Tucapabera y Ariwaca. Este río corre entre el Brazo Imataca del río Orinoco y la Sierra de Imataca. Allí, Labrid permanece seis meses, evangeliza secretamente a los Caribes, e informa al gobierno de la Martinica sobre las posibilidades de fundar en el río Aquire al primer núcleo de la Colonia gala del Orinoco.

La carta de Labrid al Intendente General de la Isla, reproducida en una Memoria de Masclay de Beauveset, uno de los

dirigentes de las actividades galas en la Guayana, afirma que el río Aquire es apto “para formar una colonia que podría ser defendida con un corto número de franceses, desde donde se podría, en 8 ó 10 días, llegar fácilmente a la Martinica y asimismo volver” (cit. Por Ojer y González, p. 90).

Con la llegada de Gervaise de Labrid, se inicia el período más crítico de la lucha entre las potencias europeas para la conquista del Orinoco: al peligro holandés en el Esequibo, se suma la gravísima maniobra francesa en el Vaticano, y una rebelión general de los Caribes, bajo la instigación extranjera.

1730

Los Capuchinos Catalanes de Fr. Benito de Moya, en un intento para contrarrestar las influencias extranjeras entre los Caribes orientales, envían un destacamento al río Moroco (Maruca) donde fundan una misión, que durará once años.

En el mes de febrero, los españoles de la Guayana obtienen noticias sobre el paradero de Labrid y, poco después, anuncian al Rey de España la muerte del Obispo, presuntamente a manos de los Caribes que evangelizaba. Mientras tanto, se inicia la revuelta general de los Caribes del río Orinoco. La misión observante de Panapotar es quemada y los amotinados se fugan a sus tierras de origen. Fr. Francisco Rodríguez, Prelado de las misiones observantes, acude a España para pedir un nuevo refuerzo de religiosos y vuelve, en junio del año siguiente, con nuevas fuerzas que le son concedidas rápidamente.

1731

El gobernador de Cumaná y Guayana, Arredondo, acude al río Aquire, oficialmente encargado por la Corte de Sevilla de “castigar los indios responsables de la muerte del Obispo, de rescatar el cadáver y de darle digna sepultura”. Es significativo el hecho de que, lejos de ejercer represalias sobre los Caribes

del Aquire, encabezados por Tucapabera, Ariwaca y Tocanay, el gobernador español les repartió dones e insignias de Capitanes Vasales del Rey de España, y explicó al mismo rey, que esos indios “se disculparon” y que el verdadero culpable era otro caribe, un tal Yaguana, que sería entregado más tarde a las autoridades hispanas. Nadie, en la Corte española, se quejó de tan extraña magnanimidad. La actuación de Arredondo, en lugar de un castigo, resultó ser un premio a los Caribes. Eso nos sugiere que la muerte del peligroso Gervaise de Labrid fue planificada, por razones de seguridad, desde un lugar que no era precisamente el río Aquire.

A los españoles, no les interesaba una represión injustificada contra los Caribes, aun cuando hubiera servido de pantalla al delicado desenlace del caso Labrid. No deseaban echar aceite al fuego de la rebelión, que empezaba a cundir en el Orinoco, a raíz de la visita del Obispo francés. La revuelta va a estremecer el río durante cinco años. Otros agentes franceses operan en la sombra, en reemplazo de Labrid.

Arredondo, después de su arriesgada actuación, queda desistuido y, por razones diplomáticas evidentes, relegado al olvido.

El gobernador de Cuba, Carlos de Sucre, se prepara a tomar posesión de su nueva gobernación de “las provincias del Orinoco” y pide que la gobernación de Cumaná sea agregada a la del Orinoco. La llegada de Sucre va a favorecer a los frailes Observantes en su conquista del Orinoco, pues sus misiones dependen de Cumaná, y sus actividades sirven los designios del nuevo gobernador en el Orinoco.

1732

Estos últimos acontecimientos deciden a los jesuitas a no dejarse desplazar por los observantes y a probar otra vez su suerte en la reducción del Orinoco. Con el apoyo del gobierno de Santa Fe de Bogotá, los frailes Gumilla y Rotella instalan misiones, con

diversas tribus no caribes, en La Urbana y en Uypapé (boca del río Iguana, hoy: Las Bonitas) donde levantan una plaza de armas y un presidio militar, para protegerse de los Caribes que incursionan allí, desde sus asientos cercanos de Tiramuto y del río Caura.

Mientras el río Orinoco sigue casi totalmente desamparado por los españoles, un grupo de armadores de Suecia, interviene en las aventuras colonialistas de la Guayana. El almirante sueco, Laurentz Brander, al mando de la nave "Fortuna", zarpa de Gotemburgo y penetra en la Guayana, con el apoyo de los colonos judeo-holandeses del río Esequibo. Existían antiguos nexos comerciales entre los armadores suecos de Gotemburgo y los colonos cultivadores del río Esequibo, entre los cuales se habían instalado algunos suecos. Los colonos judíos, defraudados por la renuencia de la metrópoli holandesa en apoyar sus pretensiones expansionistas en la Guayana española, decidieron apelar a los suecos, sus amigos y clientes, para un nuevo intento de conquista del Orinoco.

Brander intenta penetrar, con la ayuda de los Caribes del río Barima, hasta las misiones de los Capuchinos catalanes, en la cuenca del río Yuruari. Los españoles envían una tropa a los ríos Corumo y Botanamo y detienen la invasión en la serranía de Imataca, castigando al enemigo. El Rey de España pide información a Carlos de Sucre sobre la agresión sueco-holandesa y caribe. El nuevo gobernador pide refuerzos militares a España.

La maraña intrincada de los caños que forman las bocas de los ríos Guanipa, Amana, Buja y Tigre, en la margen occidental del Delta del Orinoco, se llamaba en aquella época Desparramadero del río Tique (hoy llamado: Tigre). Ahí, se habían refugiado una parte de los Caribes fugitivos de los ríos Guarapiche y Amana, a raíz de la campaña conquistadora de Francisco Carreño.

El Desparramadero es un refugio boscoso, donde las fragatas francesas traen mercancías de contrabando desde la costa de

Paria, por la boca del caño Mánamo. Ahí mantienen contacto permanente con sus aliados caribes, que les traen noticias de la desesperada situación española en el Orinoco, y los ayudan a mantener la rebelión. En el Desparramadero del Tique, el observante Francisco Ximénez y su escolta realizan una incursión de limpieza, sacan de allí a un capitán Yacabai, jefe de una flotilla de bajeles, con ciento cuarenta Caribes del río Aquire, y los llevan a la lejana misión de Parirí. Los indios, apresados mientras traficaban con los franceses, son acusados entonces de ser fugitivos del río Aquire y cómplices de la muerte del Obispo Gervaise de Labrid. Esta acusación tendía a demostrar que, por fin, se estaba haciendo justicia con la muerte del Prelado francés, pero deja mucho de ser convincente. Los indios del río Aquire no tenían, en realidad, ninguna razón para fugarse, puesto que no habían sido objeto de castigo ni de persecución. Por otra parte, mal podrían haber mantenido su amistoso trato comercial con los filibusteros franceses del Desparramadero si hubieran sido, como lo afirmaban los hispanos, los verdaderos autores de la muerte del Obispo. Lo cierto es que los franceses rondaban en el Desparramadero para incitar a las hordas caribes a atacar a las misiones, y eso justificaba la campaña de los observantes.

Ximénez, con otros frailes, realizaron poco después, varias entradas a la laguna de Mamo, donde vivían los mansos indios Warau, enemigos de los Caribes. Se los llevaron a un sitio llamado Santa Rosa de Ocopí, donde los convirtieron, pocos años más tarde, en milicianos. Estos Warau, ya al servicio de los frailes, los ayudaron en sus entradas a los Caribes. En Ocopí fueron concentrados, también, unos Chaima, fugitivos de las misiones capuchinas del Guácharo. Después de recorrer mucho camino hacia el occidente, en busca de libertad, habían caído en manos de los frailes de Pírilu. Esos hubieran debido entregárselos a los capuchinos, de acuerdo a los convenios, pero prefirieron conservar a los fugitivos en dos nuevas misiones: Santa Rosa, donde

concentraron 250 como indios de pelea, y San Mateo. Estos prófugos Chaima, sirvieron a los observantes como milicianos, encargados de la defensa de las misiones y de las entradas a los Caribes. Los capuchinos del Guácharo reclamaban a sus fugitivos con vehemencia, pero no lograban su devolución. Desde entonces, Santa Rosa de Ocopí y San Mateo funcionaron como resguardos indígenas, donde se “conservaban” esos valiosos flecheros bien adiestrados y muy adictos a los frailes.

1733

Carlos de Sucre, nuevo gobernador de la Nueva Andalucía y de “las provincias” del Orinoco, llega a Cumaná y se hace cargo del gobierno que Arredondo le entrega. La rebelión caribe se intensifica y golpea el débil poder español en el río Orinoco. “Era el tiempo”, expresa el padre jesuíta Gumilla, (1745), “en que la nación caribe estaba en el mayor auge de su altivez y soberbia”. El jefe supremo de sus bandas, Taricura (Tercure) dirige los bajeles que recorren el río y quema las misiones jesuítas. Algunas piraguas tienen por capitanes unos contrabandistas holandeses, disfrazados de Caribes. Gumilla advierte que los holandeses propician la rebelión y envía una carta dirigida al Gobernador del Esequibo, sin hacer alusión alguna a los franceses que, sin embargo, no se mantenían inactivos. El holandés le contesta con hipocresía, echando toda la culpa a los judeos-holandeses del río Surinam, los cuales son —según él— los únicos traficantes de armas que tratan con los Caribes, y por lo tanto, declina toda responsabilidad en el asunto.

El fraile observante Jurado, cuya misión de Panatopar acaba de ser destruida por los Caribes, realiza una entrada contra los amotinados del Orinoco y trae ochenta Caribes a los llanos, donde funda una nueva misión, Santa Bárbara de Currucay, a la orilla del río Aragua. En este sitio dice su primera misa, a principios de enero de 1734.

1734

Jurado fortifica Santa Bárbara, y multiplica sus incursiones a los Caribes del río Orinoco, con una milicia de indios flecheros de la misión de San Mateo. Según informa Cautín, esta campaña logra traer, en el mes de octubre, 70 almas nuevas a Santa Bárbara, mientras siguen las destrucciones de las misiones jesuítas del Orinoco por los Caribes.

El gobernador Sucre se esfuerza en resolver los conflictos internos y los litigios de jurisdicción entre las distintas órdenes de misiones. Apadrina una “concordia” entre jesuítas, observantes y capuchinos sobre la cuestión de sus respectivos límites territoriales en el río Orinoco. El pacto se firma en el mes de mayo. Los observantes logran permiso del Consejo de Indias para penetrar en la banda sur del Orinoco, mientras otros derechos los favorecen dentro de la “concordia”.

El Prelado observante, Las Llagas, renuncia entonces a su cargo de Comisario de las Misiones, para convertirse en Presidente de las Misiones del Orinoco y no disimula su voluntad de conquistar las tierras recientemente otorgadas a su jurisdicción. La Concordia entre observantes, capuchinos y jesuítas contribuye a evitar ciertos conflictos, pero no elimina la sorda competencia entre las tres órdenes religiosas cuyos objeto es el río Orinoco. Los capuchinos catalanes se inquietan por la extensión considerable del campo de acción misional concedido a los observantes en la Guayana. En la “Ciudad” (presidio) de Santo Tomé, el flamante Presidente de las Misiones del Orinoco, desembarca para entrevistarse con el Gobernador Sucre, a quien expone su plan de acción y pide apoyo, obteniendo el respaldo del mandatario. Santo Tomé ha sido, hasta entonces, el dominio espiritual exclusivo del Padre Moya, Comisario de los Capuchinos. Como reacción inmediata a la nueva situación, los capuchinos catalanes de la Guayana aceleran su acción misional. Hasta entonces, no se habían atrevido a fundar misiones de Caribes, sino

de otras tribus menos rebeldes. Los mismos sentimientos de celos existían entre los jesuitas del río Orinoco, con respecto a la expansión observante.

Sucre ha aceptado la proposición de Las Llagas, relativa a la abertura de una “ruta” entre las misiones observantes y Santo Tomé, mediante la fundación de un pueblo intermedio a orillas de la laguna de Mamo. Administrado por los observantes, Mamo proveerá de bastimentos a sus expediciones a la Guayana. Un Capitán San Miguel, jefe de la campaña, tiene orden de entrar “con sus hijos” (*fide Cautín*) en los parajes de la laguna y en las riberas de los caños del Orinoco, donde viven dispersas bandas de indios warrau, para recogerlas y poblarlas en el nuevo sitio de Mamo. En Marzo, el pueblo queda fundado y dos misioneros son enviados allí desde Píritu para hacerse cargo del mismo.

En el mismo mes de marzo, el observante Jurado logra apresar de nuevo, durante una entrada a las bandas del Orinoco, a los fugitivos de San Buenaventura de Panapotar, la misión incendiada al principio de la rebelión. Los vuelve a “poblar” en el sitio de Anaco, bajo el título de Santa Ana.

Decidido a llevar adelante la Conquista, Las Llagas obtiene del gobernador, la autorización de fundar una plaza fortificada, desde hace muchos años proyectada, en los llanos de Camoruco, en resguardo de los pueblos de reducción ya existentes. Allí surgen por fin los primeros ranchos de la futura “Villa” de San Juan Bautista de Aragua (hoy Aragua de Barcelona), donde los frailes congregan la gente parda, negra y mulata, dispersa por los hatos. Caulín afirma que esos vaqueros acudieron, mediante la “caritativa persuasión de los religiosos”, para acompañarlos en sus “trabajos y fatigas”. Sin embargo, admite que eran “las más veces voluntarios”, con lo que sobreentiende que los que se resistieron fueron obligados a poblarse y a convertirse en milicianos de los frailes.

Voluntarios o no, los llaneros del nuevo pueblo de resguardo en Camoruco van a servir, durante varias décadas, como soldados poco entusiastas de la conquista y guardianes de las misiones. Con la anuencia del Gobernador, los frailes les distribuyen arcabuces y movilizan, por otra parte, a los indios Chaima y Palenques, ya reducidos de las misiones de San Mateo, Santa Rosa de Ocopí y San Lorenzo de Güere, para agregarlos a las milicias de Aragua.

Los frailes de Píritu sólo recibieron esporádicos e insuficientes refuerzos militares de las autoridades civiles durante toda su empresa misionera caribe en ambos márgenes del Orinoco, cuyo mérito corresponde enteramente a su esfuerzo.

Para quebrar la persistente resistencia de los terratenientes de los llanos de Camoruco, Sucre no vacila en dar su respaldo a las exigencias de los frailes: los dueños de hatos deben donar sus tierras y criados, o su tácito consentimiento para que estos sean aprovechados en la fundación de la Villa de Aragua. De lo contrario, serán indemnizados con otras tierras o, sencillamente, expropiados. Con el consenso del Gobernador, los misioneros logran ganar su batalla contra los colonos de los llanos.

Una vez logrado el acuerdo con Sucre, en el Fortín de la Guayana, el Presidente Las Llagas no pierde tiempo. Acompañado de varios frailes, inicia un arriesgado viaje, aguas arriba del río Orinoco, y explora, en la banda sur del río los focos de la rebelión caribe. Este viaje se realiza sin escolta militar, para no provocar a los insurgentes. Los valientes frailes llegan de ese modo al Purguey y a otros sitios atiborrados de Caribes, en la boca del río Catira. Tratan de convencerlos de sus intenciones pacíficas y de la conveniencia de aceptar misioneros. Los Caribes, sorprendidos de ver a los frailes indefensos, no los atacan, pero tampoco aceptan sus proposiciones.

La expedición sigue camino hacia el oeste y llega a la boca del caño de Uyapi (hoy boca del caño Iguana, o las Bonitas),

donde el jesuita Gumilla atiende una misión de Guaiquerí. Desde ahí, los observantes se internan, siempre sin escolla, por dos leguas de camino en la banda sur del Orinoco, y levantan un rancho de palmas, como base provisoria de sus operaciones, en un sitio llamado Tiramuto (o Taramut) donde había una rancharía abandonada por los Caribes. La falta de recursos militares españoles en el Orinoco, induce al Prelado observante Las Llagas a intentar desde Tiramuto una predicación pacífica a los Caribes. Desgraciadamente, no tiene éxito, ni logra convencer a los indios, que siguen las instrucciones de Taricura, el jefe rebelde, de no aceptar misioneros en sus pueblos. Después de muchos años de atropellos, guerrillas y represiones, no puede volver aquella “paz caribe”, lograda por los antiguos gobernadores, Escobar y Mendoza de la Hoz. El armisticio ya no es posible; sólo queda una alternativa: abandonar el río Orinoco o reunir grandes recursos humanos y materiales para el asalto final a la banda del sur. Sin arriesgarse en este asalto, el gobernador Sucre decide dirigir la represión hacia el foco periférico de la rebelión y de la infiltración francesa, el Desparramadero del Tique, en la entrada del Delta del Orinoco.

Los Caribes de Taricura dominan el río Orinoco y sus principales afluentes, hacia el río Guaviare, y los jesuitas se fortifican apresuradamente, aguas abajo de Curichama, en el cerro de Parguaza.

El apremiante peligro de la rebelión provoca alguna cooperación entre los observantes y los capuchinos catalanes. En junio, los frailes de Píritu reciben un mensaje urgente de Fr. Benito de Moya, Prefecto de las Misiones Catalanas, advirtiéndoles sobre los rumores que circulan sobre preparativos de los Caribes del río Caura para asaltar la misión de Mamo. En la Boca de Puruey, 30 piraguas y 400 gandules, armados con fusiles holandeses, flechas y macanas, ya están listos para el asalto. El Gobernador Sucre recibe en Cumaná unas advertencias semejantes. Se habla de una

poderosa coalición entre las bandas caribes de los ríos Caura, Barima y Aprima (Uparima). El Gobernador escribe al Rey sobre la necesidad de atacar dos importantes reductos caribes, la boca de Puruey y un grupo de islas del río Caroní (probablemente las de Arimnava).

1735

A principios de marzo, los bajeles del Orinoco, bajo el mando de Taricura, incendian el pueblo de reducción jesuíta de los Ángeles; en abril, atacan otras tres misiones jesuítas, San José (de Mapoyos y Otomacos), San Miguel del río Vichada y San Ignacio. Se devuelven aguas abajo y, esta vez, logran destruir a San José de Otomacos. Asaltan a Uyapi con 500 flecheros, donde el jesuíta Guinilla se defiende, con una corta escolta. De allí, los Caribes envían mensajeros a los observantes de Tiramuto, con un cordoncillo de tres nudos, para significarles que les dan tres días de plazo para desamparar el sitio. Las Llagas no tiene más remedio que pedir auxilio a Gumilla, que le contesta respetuosamente que él mismo no sabe cómo defender sus pueblos. El Presidente Observante de las Misiones del Orinoco envía otro mensaje al Gobernador de Cumaná y Guayana, quien permanece en Santo Tomé del Urupamo para reconstruir y reforzar el arruinado castillo de Villapol, y construye, al amparo del mismo, un convento llamado San Francisco de Asís. Para esta labor, trae unos soldados del Castillo de Araya. Para no dispersar sus esfuerzos, el Gobernador abandona su proyecto original de construir un nuevo fuerte en la Isla de Fajardo, frente a la Boca del río Caroní.

Sucre inaugura, en el río Orinoco, una política atrevida y totalmente contraria a la de sus predecesores, pero acorde con los anhelos de los miserables pobladores de Santo Tomé del Usupamo. Trata de acabar con el aislacionismo comercial, la miseria y el contrabando, abriendo el Orinoco al libre tráfico holandés del Escquibo. Pide, en cambio de su liberalidad, unos

pertrechos militares al Gobernador del Esequibo, quien le responde favorablemente, concediéndole fusiles, cañones y pedreros. Esta realista cooperación comercial hispano-holandesa colma de alegría a los residentes de Santo Tomé. Sucre trae nuevas familias que, alentadas por la nueva libertad comercial, se dedican a limpiar de malezas las afueras del pueblo. La humilde capital de la Guayana española empieza a revivir, después de una larga agonía. Esta circunstancia preocupa a los codiciosos señores de la isla de Martinica y estorba sus ambiciones en la Tierra Firme. Sucre es un flamenco afrancesado y franco-hablante, partidario de entablar alguna cooperación comercial con los franceses antillanos. Ojer y González (1957) han publicado documentos significativos sobre la política demasiado confiada de Sucre, con respecto a los galos martiniqueños. Masclay de Beauveset, caudillo de la invasión a Guayana, llega a Cumaná, recomendado por el embajador de España en Francia, y negocia con Sucre un acuerdo para iniciar un tráfico mercantil entre Cumaná y la Martinica. Beauveset, que pide además a Sucre, la mano de su hija, un permiso de residencia en Santo Tomé y el otorgamiento de un título de Castilla, logra todos sus propósitos. El nuevo enlace familiar de Beauveset con Sucre es un triunfo que aprovechan en seguida los martiniqueños. El ex-gobernador Arredondo, implicado en el caso de la muerte del Obispo Gervaise de Labrid, es remitido a la Martinica, a manos de sus enemigos, y muere en la isla francesa en 1735.

No conocemos más detalles de su misterioso destino; sólo sabemos que algunos documentos sobre la Gobernación de Trinidad y Guayana pasan al enemigo, y nos inclinamos a sospechar que fue entregado por Sucre, bajo la presión de su yerno Beauveset.

Poco después, con la ciega anuencia de Sucre, dos franciscanos franceses, llamados D'Alegre e Irigoyen, se instalan en la Costa de Paria. Por Gumilla (1745) y Caulín (1779) sabemos

que “algunos lenguaraces franceses” llegan, en la época de Sucre, al Delta del Orinoco para capitanear unas guerrillas caribes.

La sublevación del Orinoco, iniciada en 1729, llega a su culminación durante este verano de 1735. Los bajeles de Taricura atacan e incendian Uyapi (hoy: Las Bonitas), la misión jesuíta de Gumilla, y luego se dirigen aguas abajo, para asaltar a los observantes. Mamo no puede ser salvado; los Caribes llegan a orillas de la laguna, matan a un fraile a macanazos, queman su cuerpo y lo descuartizan, llevándose los brazos como trofeos. Victoriosos, los insurgentes siguen, aguas abajo, hasta una misión capuchina, llamada Caroní, donde dan muerte a uno de los frailes capuchinos catalanes. Repelidos por los pedreros y soldados, se refugian en su reducto del río Catira. Es evidente la intención caribe de acabar, de una vez por todas, con las misiones y todos los bastiones hispanos del río Orinoco.

En el mes de noviembre, Sucre envía una tardía tropa de castigo, al mando de un Capitán, Félix Sardo de Alamazán. Pasando por la villa de Aragua en busca de refuerzos, estos hombres llegan al río Orinoco y a la laguna de Mamo, y persiguen a los Caribes que han quemado el pueblo observante.

Fray Salvador Romero, Comisario Apostólico de los observantes de Píritu, pide urgentemente al Rey el envío de una nueva misión de refuerzos, desde España, para reparar los daños y proseguir con la conquista de los Caribes. Esto le será concedido dos años más tarde, pero habrá que esperar cinco años más (hasta 1742) para la llegada efectiva de los nuevos frailes. La burocracia colonial de la Corona funciona con una lentitud inexorable e ignora deliberadamente la urgencia.

Mientras esperan el refuerzo, los frailes se ven obligados a suspender sus operaciones de reducción y se limitan a consolidar sus tres misiones caribes de la mesa de Guanipa: San Joaquín, Santa Bárbara y Santa Ana. Estos pueblos son objeto de los ataques continuos que proceden del río Orinoco.

San Joaquín de Parirí, la más antigua y más poblada de estas misiones, es afectada continuamente por las deserciones y las incursiones rebeldes. Fray Fernando Ximénez, su fundador, ha congregado allí seiscientos Caribes, muchos de los cuales han sido recogidos entre 1729 y 1735, mediante varias entradas en la banda norte del Orinoco. El Gobernador Carlos de Sucre acude entonces a los llanos de Camoruco, donde los observantes siguen reforzando muy lentamente su plaza fuerte de Aragua y la declara oficialmente fundada. Este acto confirma el respaldo de Sucre a los frailes de Píritu, frente a los dueños de halos de Barcelona. La milicia de Aragua, formada de una veintena de llaneros indisciplinados y mal armados con arcabuces regalados, no va a suministrar más que una débil ayuda a los frailes para sus entradas a los Caribes y la custodia de los tres pueblos.

El gobernador de Cumaná y Guayana se dirige a Santo Tomé del Usupamo y ordena construir un nuevo fuerte a la orilla del río Orinoco, el castillo de San Francisco, situado en la proximidad inmediata de Santo Tomé. A pesar de ello, Sucre no logra la pacificación del Orinoco, porque carece de recursos ante el auge de las guerrillas caribes.

Los capuchinos catalanes de Guayana intentan aminorar el intenso tráfico caribe y holandés al este de la Sierra de Imataca, y fundan una efímera misión en el río Barima, que es un dominio caribe.

El gobernador Sucre informa, poco después, a su Soberano, sobre la destrucción de esta aldea por los Caribes y holandeses.

1736

Los Caribes de San Joaquín de Parirí, cuyo jefe es el hermano del difunto Yacabai, se rebelan y se fugan, pero el misionero Fernando Ximénez consigue retener un grupo de ciento cuarenta indios en la misión. Los fugitivos llegan a las orillas del río Orinoco, donde piden la ayuda de sus allegados, para atacar

a San Joaquín y liberar el grupo retenido por el fraile. La hor-
da caribe de rescate, sube desde el río, avanza por la Mesa de
Guanipa y es avistada por un Caribe fiel de la misión de Santa
Ana de Anaco, llamado Guarimala (o Guasimata). Este avisa al
Sargento Mayor de Santa Ana, un Caribe llamado Cascante y
éste, a su vez, alerta a Ximénez. El fraile pide ayuda inmediata a
la nueva Villa de Aragua (Camoruco) y a los flecheros chaima de
Santa Rosa de Ocopí. Estas milicias se enfrentan con los Caribes
y los obligan a retroceder pero, durante la noche, los enemigos se
infiltran en San Joaquín, liberan a sus hermanos y se los llevan
a los montes del Orinoco. La misión queda desamparada, pero
Ximénez no se desanima y persigue a los prófugos, con la escol-
ta chaima de Santa Rosa de Ocopí, captura a algunos rebeldes
y vuelve a poblar con ellos la misión. Los Caribes del Orinoco
retornan entonces e incendian a San Joaquín provocando una
nueva deserción.

1737

Ximénez envía las guarniciones de Aragua y de Santa Rosa
contra los fugitivos, mientras que los Caribes multiplican sus
ataques contra San Joaquín y, una vez más, la reducen a cenizas.
En el curso de los años siguientes, Ximénez insistirá paciente-
mente en reconstruirla y logrará mantenerla.

La experiencia le ha comprobado los peligros de la reduc-
ción por la vía violenta, y empieza a considerar el uso de otro
método para la evangelización. La táctica de la persuasión ha-
bía sido intentada, una vez, por el Padre Las Llagas, pero había
fracasado. Ximénez piensa, sin embargo, que debe insistirse en
el difícil intento, y va a convertirse, tres años más tarde, en un
artesano de la reducción pacífica.

1738

Los observantes de Píritu organizan, en la Villa de Aragua, su milicia de vaqueros pardos, que operan bajo su control. Nombran capitán a un Marcos de Campo y, como sargento mayor, a su hermano Francisco, el veterano de las entradas armadas a los Caribes. El Padre Jurado sigue siendo el más activo protagonista de esas incursiones, y dispone ahora, con la nueva plaza fuerte, de un respaldo más firme. Decide volver a la banda norte del Orinoco para recoger Caribes y, con ellos, reforzar las poblaciones de Santa Ana y de Santa Bárbara, menguadas por los alzamientos y las continuas fugas. Estas misiones son, como la de San Joaquín, unos ejemplos típicos de la fragilidad de la política de reducciones forzadas, que constituyen una provocación constante y alimentan la fuerza de las guerrillas. Poco después. Jurado fallece y Fray Fernando Matheos le sucede como misionero en Santa Ana y en Santa Bárbara. Solicita la ayuda de los arcabuceros de Aragua y prosigue con las entradas. Hasta 1742, esos milicianos pardos proceden a allanar muchas rancherías caribes del río Orinoco, y persiguen a los prófugos en sus refugios, para repoblar las misiones.

Mientras tanto, prosiguen las maniobras francesas para apoderarse del Orinoco desde la costa de Paria y el Desparramadero del Tique. El libro de viaje de Charles de Foucault du Razet (citado por Ojer y González, 1957), describe la expedición, realizada en el mes de setiembre, de la nave "La Découverte" desde Saint Pierre de la Martinica, bajo el mando del mismo Foucault. Armada con ocho cañones y con 35 hombres a bordo, la nave incluye una tripulación que explora los caños del Delta del Orinoco y el Desparramadero del Tique, donde cinco o seis agentes franceses viven escondidos. Los exploradores penetran en la maraña de los caños, donde hacen observaciones geográficas y económicas. Continúan, aguas arriba, por el caño Manamo y efectúan estudios cartográficos en el propio río Orinoco. Este

viaje refleja la reanudación de las actividades de la Compañía Francesa de Tierra Firme, establecida en Saint Pierre y cuyos dirigentes tienen íntimos nexos con Masclay de Beauveset, el yerno (y aparente amigo) del Gobernador Carlos de Sucre.

La rebelión caribe continúa muy activa a lo largo de los ríos Orinoco, Caura, Aro y Caroní. Los bajeles corsarios dominan por completo la navegación, intensifican su tráfico con las tribus ribereñas y su cacería de esclavos, manteniendo un estrecho contacto con los holandeses. Sucre envía una tropa para patrullar el Orinoco y el Caroní, y hostiga a los Caribes, lo que provoca las imprevistas protestas de los capuchinos ante el rey. Para complacerlos, éste promulga una Real Cédula, el 18 de octubre, prohibiendo al Gobernador hacer sus entradas cerca de las misiones y sin motivo justificado. Sucre no le hace caso, los frailes siguen protestando y el Rey expide otra cédula, el 21 de junio del año siguiente, exigiendo que el Gobernador pida autorización a las misiones para efectuar entradas a los Caribes. Este episodio nos aclara, de manera significativa, la táctica seguida por los capuchinos catalanes durante esos años, y demuestra claramente su deseo de no entrar en líos con los Caribes, de no intervenir en la obra de reducción y de abstenerse de todo tipo de provocación. Quieren evitar represalias contra sus misiones (pobladas con indios de otras tribus), sus hatos y sus haciendas. Este intento de “coexistencia pacífica” no va a surtir el efecto deseado; los capuchinos se verán obligados a renunciar a su actitud pasiva y a entrar en la contienda contra los Caribes, en cuanto sean, a su vez, acosados por ellos; eso sucederá ocho años más tarde.

Por otra parte, esos frailes celan su territorio y pretenden cerrarlo completamente a la ingerencia de los seglares, particularmente de las tropas del gobierno. Han constituido un feudo inmenso, próspero y autónomo en la Guayana. El año anterior han fundado el famoso hato de la Divina Pastora. Las riquezas pecuarias y agrícolas de sus misiones se han multiplicado

prodigiosamente en los últimos años. Por esos mismos tiempos llegan, a manos de Sucre, unas muestras de minerales descubiertos por sus soldados en la Guayana, y que, según se sospecha, contienen oro y plata. Sucre se interesa y envía las muestras a la Corte de España para someterlas a análisis, dando resultados positivos: se trata de un oro de 21 quilates. La explotación del oro de aluviones, realizada con medios primitivos, ha contribuido al enriquecimiento de las misiones guayanesas, en contraste con la miseria reinante en Santo Tomé del Usupamo y en las misiones capuchinas aragonesas del Guácharo, dependientes de Cumaná.

1739

A principios del año, aparece “La Découverte” frente a San Francisco, un nuevo fuerte español de Guayana, que Sucre acaba de levantar en el sitio llamado actualmente Los Castillitos o Guayana la Vieja. Los españoles niegan a los franceses el permiso de atracar allí. A legua y media del fuerte, los exploradores encuentran un sitio que juzgan propicio para la futura colonia de la Compañía Francesa de las Indias Occidentales, y en el mes de abril, vuelven a Saint Fierre de Martinica, donde presentan un informe a sus jefes.

1740

Carlos Sucre deja el Gobierno de Cumaná y Guayana en manos de Gregorio Espinosa de los Monteros y éste toma posesión a fines de junio.

El 9 de junio, una Real Cédula, firmada en Aranjuez, encomienda al nuevo Gobernador explorar los yacimientos de oro de Guayana, con base en la evidencia suministrada por el análisis de las muestras auríferas, enviadas a la Corte por el Gobernador anterior. No tenemos noticias de que Espinosa haya logrado cumplir esta misión.

En este mismo año, los capuchinos empiezan a extender sus misiones por la cuenca aurífera del río Yuruari, donde empiezan a fundar una serie de pueblos y hatos. Unos persistentes rumores circulan en relación con la explotación del oro por los frailes y, catorce años más tarde, una cuidadosa encuesta sobre el particular será encomendada al Comandante Iturriaga.

En los llanos de Barcelona, los observantes refuerzan la “Villa” de resguardo de Aragua, donde levantan una iglesia y la confían a un párroco que no mantiene relación con la Nueva Barcelona.

Por aquel tiempo, un bergantín llega de Jamaica con 60 piratas irlandeses, y entra al río Orinoco, sin encontrar resistencia. Su propósito es conquistar a la Guayana. Los intrusos asaltan e incendian Santo Tomé del Usupamo, despojan el presidio de sus cañones, incendian dos aldeas misionales vecinas, liberan a los indios y los exhortan a la rebelión, mientras que los españoles huyen a la selva. Ese es el último episodio de la atribulada y larga vida del presidio del Usupamo, que no volverá a construirse en ese sitio.

Mientras tanto, Fernando Ximénez reconstruye y puebla, una vez más, a San Joaquín de Parirí, pero afronta nuevas dificultades. Los Caribes arman una trifulca entre sí, y matan a uno. Eso constituye un caso de secesión: el asesino y sus familiares tratan de desamparar el sitio para escapar a la venganza de los allegados del muerto.

Para evitar que retornen a los montes del Orinoco, Ximénez los autoriza a abandonar la misión, a condición de poblarse en la misma Mesa de Guanipa, no demasiado lejos de Parirí para poder vigilarlos con las patrullas de custodia. Así los Caribes se trasladan al sitio de Camariapa o Chamariapa (hoy: Cantaura) en las cabeceras del río Aragua, donde levantan una casa comunal, aparentemente independiente. Allí mismo, será fundada una nueva misión, dos años más tarde, cuando Ximénez

podrá disponer de un religioso. Los indios favorecidos con este permiso de secesión, se comprometen a aumentar la nueva casa con otras familias caribes, traídas del río Orinoco. Ximénez trata de lograr de este modo la congregación espontánea de una nueva población, sobre la cual ejercerá su influencia, discreta y progresivamente.

La ranchería, con apariencia de fundación voluntaria, se encuentra bajo el control invisible de la milicia observante. Poco después se repite en Pariaguán un experimento semejante al de Chamariapa. Durante una incursión a la banda norte del Orinoco, Ximénez convence a dos indios, llamados Paubia (Caribe) y Pariagua (prófugo de las misiones antiguas de Palenques) a que vinieran a vivir libremente con sus familias en las cabeceras del río Uñare y que luego invitaran a sus allegados caribes y palenques, establecidos en ambas orillas del río Orinoco, a agregarse a la nueva población. Ximénez bautiza al Caribe Paubia, que no habla español, y se comunica con él por intermedio del “lenguaraz” Pariagua.

De acuerdo con su promesa, los dos indios levantan sus respectivas casas comunales en el sitio de Palma Sola, en las cabeceras del río Uñare, y viajan a la Costa del Orinoco, frente a la boca del río Catira, para recoger voluntarios y aumentar la población de Palma Sola, donde congregan treinta fugitivos caribes y palenques de las misiones. Queda establecido, en esa forma no violenta, una aldea en las cabeceras del río Uñare, que toma el nombre de Pariaguán y mantiene buenas relaciones con los frailes.

1741

La Guayana ha quedado acéfala desde el incendio de Santo Tomé del Usupamo por los irlandeses y la rebelión de los indios vecinos. El Gobernador Espinoza reagrupa a los españoles fugitivos en el vecino Castillo de San Francisco, que ha escapado a la destrucción. Una milicia de Nueva Barcelona acude al Usupamo,

recoge a los soldados dispersos en la selva y los concentra en San Francisco. Un ingeniero de apellido Jordán inicia la reconstrucción del nuevo pueblo de Guayana a un tiro de fusil del Castillo, la cual durará siete años.

Los capuchinos catalanes se ven obligados, por esa misma época, a abandonar la misión-fortín que han establecido en el río Maraca (Moroco), entre el Orinoco y el Esequibo, a causa de una epidemia de viruela y de sarampión. Mientras tanto, los holandeses de Kijkoveral prospectan el río Esequibo, aguas arriba, en busca de minerales, y penetran en el río Rupununi y la Sierra de Canuco (Calikko) donde descubren unas minas, llamadas “Montaña de Cristal”. En esta zona, encuentran los Caribes refugiados de las misiones españolas, con los cuales establecen un importante tráfico.

1742

En el mes de setiembre, llega de España a la Nueva Barcelona, un grupo de frailes observantes que los de Píritu han esperado ocho años. Con este refuerzo, los misioneros sueñan con penetrar en los reductos caribes muy poblados y bien atrincherados de los ríos Catira y Aro, en la banda sur del Orinoco.

El Padre Fernando Ximénez, de San Joaquín, piensa que la llegada de los nuevos frailes es una circunstancia propicia para fundar una nueva misión, Ntra. Sra. de las Candelas, en la ranchería caribe libre de Chamariapa, y encarga de ella al fraile Jerónimo Martín. Durante diez años, Fr. Jerónimo trabajará en el adelanto de esta misión, mediante una serie de entradas a las rancherías del Orinoco.

Los últimos acontecimientos parecen favorecer los planes observantes de expansión, mientras que los capuchinos catalanes de la Guayana, a pesar de no haber participado en la conquista de los Caribes, comienzan a sufrir numerosas incursiones de estos indios, procedentes de los ríos Aquire, Amacuro, Barama y Barima.

Estas guerrillas son apoyadas por los colonos del Esequibo, que buscan la manera de desalojar a los misioneros catalanes de la cuenca del río Yuruari. Los Caribes, armados por ellos, irrumpen por el sur de la Meseta de Nuria, penetran en las aldeas de reducción e incendian dos de ellas: Unata (de indios Warrau) y Tipures (de Chaima fugitivos). Este asalto provoca la reacción de los capuchinos, los cuales se deciden a lanzarse a la conquista de los Caribes.

1743

Slorm van's Gravesande se convierte en el Comandante General de las dos colonias holandesas del Esequibo. Instala su cuartel general en el fuerte de Kijkoveral, fundado por Groenewegen hace más de un siglo, y sueña con reanudar la política expansionista del colono pionero del Esequibo. Rebotante de optimismo, pide ayuda a la Compañía Holandesa de Indias Occidentales para instalar un puesto de comercio —reforzado con guarnición— en el río Barima. Allí vive una densa población caribe que Gravesande quiere atraer a la causa holandesa y utilizar para hostigar a las misiones capuchinas. Gravesande trata, por otra parte, de detener la desertión de numerosos esclavos negros que se refugian en la Guayana española. Su gobierno, que durará veintiséis años, marca el auge de la rivalidad hispano-holandesa por el dominio de la Guayana. El nuevo Comandante del Esequibo desarrolla la vecina colonia de Demerara, y trata de expandir la del Esequibo a las cuencas de los ríos Cuyuní y Yuruari, de cuyas riquezas mineras ha tenido noticias. Su fracaso, en este último propósito, se explica por la falta de apoyo de la Compañía Holandesa de Indias Occidentales a sus sueños de conquista y por la enérgica reacción de los frailes ante el peligro.

El nuevo Gobernador de Cumaná y Guayana, Espinoza de los Monteros, visita al nuevo presidio de Santo Tomás de Guayana.

En relación con su plan de conquista de los Caribes al sur del Orinoco, los observantes invitan al Gobernador a una reunión de su Junta Discretorial y le explican su intención de fundar una nueva plaza fuerte, congregando la población de peones dispersos en los llanos del río Pao, tal como lo han hecho con la servidumbre de los hatos de Aragua. Uno de esos llaneros del Pao, llamado Nicolás Espinosa, colabora con los misioneros para reunir esa gente que, según la versión del cronista Caulín, se obligaría “al auxilio de los frailes, acompañándoles en sus aflicciones y espirituales conquistas que hacen a la tierra de los infieles”. El Gobernador aprueba la fundación de la nueva Villa. La perspectiva de esta penetración observante en los llanos orientales, cerca de la Guayana, está lejos de despertar el entusiasmo de los capuchinos catalanes, que presentan sus reparos al Gobernador. Este cambia entonces de opinión, y el 24 de mayo, manifiesta por escrito a los observantes que se opone a la fundación de la Villa. El Comisario de Píritu invoca una Real Cédula de 1714, que autoriza a los misioneros a “fundar dos o tres pueblos en los llanos, con los indios fugitivos que recogieran”. En realidad, los habitantes de El Pao no son indios, sino mulatos y pardos; por lo tanto, la referencia a esa Real Cédula no convence al Gobernador, quien mantiene su oposición. Los observantes la pasan por alto y siguen adelante con su proyecto, dispuestos a realizarlo sin ninguna ayuda oficial. Tres frailes, recién llegados de España (Caulín, Hinistrosa y Martínez) son instruidos durante seis meses en la lengua caribe, probablemente por Fernando Ximénez, el veterano lingüista de San Joaquín. Según Caulín, se trata de “someter aquella canalla al suave yugo de la ley santísima”. Los tres frailes “se preparaban al sacrificio a manos de aquel barbarismo. Pero como no tenían alimentos ni escoltas, se cambió la decisión de enviarlos a efectuar entradas”. Esta última observación refleja una situación difícil, debido a la

ausencia de colaboración del Gobernador Espinoza y a la notoria insuficiencia de recursos materiales y milicias.

1744

El fraile Hinistrosa es encargado por Ximénez de ponerse al frente de los dos ranchos caribes del sitio de Pariagua (Pariaguán), en la cabecera del río Uñare. Ximénez había mantenido intencionalmente estas casas, durante tres años, bajo un estatuto de libertad experimental. En junio, cuando el padre Hinistrosa llega a Pariaguán, encuentra allí cuarenta Caribes libres y celebra un novedoso ritual en la historia de la conquista: entrega al indio Pariagua, artesano voluntario de la reducción, un bastón que simboliza su rango de Capitán Poblador de la aldea y lo convierte en Vasallo del Rey de España. Poco después, se construye una casa para el nuevo misionero y una Iglesia.

Desde Pariaguán, Hinistrosa mantiene los contactos ya establecidos con los fugitivos de las demás misiones, tanto Caribes como Palenques, que se han refugiado en gran número hacia los llanos de la banda norte del Orinoco. Durante 6 años de incessantes incursiones, logra congregarse 230 indios de estas tribus en la nueva misión. Los Caribes reaccionan, reanudan las guerrillas y asaltan varias veces la aldea donde Hinistrosa tiene acuartelada una escolta de arcabuceros de la Villa de Aragua. El fraile congrega, además, a veinte familias nuevas de pardos dispersos en la región y los puebla a orillas del río Pao; les manda construir casas e iglesia y preparar labranzas. Los vecinos fabrican luego una casa fuerte y los frailes traen cuatro cañones que les han sido regalados, un quintal de pólvora, dos quintales de metralla y dieciséis fusiles. La "Villa" de El Pao surge de esta manera, como el segundo resguardo llanero de las misiones observantes. El propio Gobernador visita la obra por invitación de los frailes y deja constancia de ello en una carta de 26 de noviembre de 1745. Por otra parte, Hinistrosa arma a 36 hombres (probablemente,

milicias indias de flecheros) en el pueblo de Pariagua y hace construir una gran vivienda misional, provista de oficinas y una iglesia de tres naves. La misión se convierte, con la vecina plaza de El Pao, en un cuartel general observante de avanzada para conquistar la “banda de la Guayana”.

Estos preparativos de los frailes de Píritu contrastan con la inactividad de los capuchinos catalanes del río Caroní, quienes, a pesar de tener muchas misiones con indios de varias tribus en la Guayana, todavía no habían intentado reducir a los Caribes. Asimismo, los jesuitas tienen misiones en el río Orinoco, pero tampoco han tratado de someter a los rebeldes. En ambos casos, la no intervención de estos religiosos ante el problema caribe correspondía al deseo de no provocar represalias contra sus fundaciones.

Ahora, la existencia de las misiones observantes de Caribes y la fundación de la casa fuerte de El Pao obliga a los capuchinos a no permanecer indiferentes ante el problema de la conquista de esos indios. Esto explica, en parte, la fundación de Cunurí, su tercera aldea de Caribes.

Existe otro motivo para iniciar la reducción: el deseo capuchino de castigar a los agresivos Caribes orientales, que sirven a los intereses holandeses, y de extender los dominios de las misiones a la aurífera cuenca del río Cuyuní, en las propias tierras de los rebeldes.

En el corto lapso de cinco años, los catalanes no van a fundar menos de cinco pueblos caribes de reducción, o sea, el mismo número que poseen los frailes de Píritu.

1745

Los observantes se preparan en Aragua y El Pao, y fortifican sus dos villas de resguardo. Según consta en el Archivo General de Indias (Santo Domingo, 602), la villa de Aragua cuenta ahora con 106 hombres que, “con extremo valor y constancia atienden y

defienden de las invasiones a los pueblos de misiones de Píritu y a cuantas escoltas son necesarias para la predicación”. En cuanto a la Villa del Pao, aumenta lentamente, bajo la estrecha vigilancia de P. Hinistrosa. En los años siguientes, esta plaza alcanza una población de cien vecinos que, según el cronista Caulín “escoltaban a los misioneros en las entradas a los montes del Orinoco, los auxiliaban contra alborotos bulliciosos y belicosos, invasiones, levantamientos y solemnes embriagueces”. Uno de estos percances ocurre, precisamente, en Santa Ana de Anaco, a cargo de los misioneros Nistal y Díaz. El Sargento Mayor Cascante, segunda autoridad indígena del pueblo, “reniega del bautismo”, acaudilla una revuelta y se fuga con 60 Caribes a la banda sur del Orinoco.

1746

Un nuevo personaje se destaca en los rangos observantes: Fr. Lucas Magariños, discípulo de Fr. Pedro Cordero, misionero de San Mateo de Prespuntar. Esta misión, como la de Santa Rosa de Ocopí, alberga a los Chaima prófugos que los observantes utilizan como indios de pelea. Al intentar una incursión a los Caribes de la banda sur del Orinoco. Margariños obtiene de Cordero una escolta chaima, y con ella sale de San Mateo hasta una ranchería infiel de Guayana, donde “cosecha” 108 almas; llega con ellas al sitio de Quiamare, a cuatro leguas de San Mateo. Dos años antes, se había construido, en ese mismo sitio, un primer pueblo para conservar indios fugitivos, pero había sido desamparado poco después. La nueva misión de Quiamare se pone bajo la advocación de N. S. de los Dolores.

Mientras tanto, los capuchinos catalanes continúan su avance al este de la Guayana y su nuevo programa de reducciones caribes y fortifican el pueblo de El Palmar. Para servir de guardianes a los Caribes, dejan en esta misión 350 “indios antiguos” de la tribu pariagoto, quienes ayudan a prevenir rebeliones.

De poco sirve esta precaución, pues cuatro años más tarde, los Caribes se fugan y abandonan la reducción a los Pariagotos.

Gravesande trabaja sin descanso en el fortín de Kijkoveral. Desarrolla nuevas plantaciones de azúcar en Demerara, multiplica las prospecciones mineras en los ríos Mazanini y Rupununi y en la Montaña de Canuco. Sus viajeros llegan hasta el fabuloso río Parima, en busca de El Dorado, pero se tropiezan con la oposición portuguesa. Dos expertos exploradores mineros, Chrislian Finet y Jan Stok, quedan encargados por Gravesande de la tarea de prospectar el río Cuyuní, adelantarse hasta las misiones capuchinas de la Guayana, espiar sus actividades y establecer amistad con las bandas caribes. Gravesande desea establecer un puesto de comercio en el río Cuyuní como base en su avance hacia los dominios de los frailes catalanes.

En el mes de julio, Finet le trae la noticia de la fundación de un fuerte capuchino en una posición de avanzada hacia el este. Se trata evidentemente de El Palmar, misión y plaza fuerte instalada al pie de la Sierra Imataca, cerca de las cabeceras del río Barima, donde viven los Caribes. La noticia inquieta al Comandante del Esequibo y estorba sus planes. Ya que no dispone de fuerza militar, fuera de sus flecheros caribes, envía un despacho alarmista a los Directores de la Compañía Holandesa de Indias, en el cual dramatiza la situación. Expresa la “opinión” (sin dar motivos para ello, pues admite que desconoce cuáles son los límites del Alto Cuyuní) de que la plaza fuerte de los frailes está “en el territorio de la Compañía”. Insinúa además la conveniencia de resistir por la fuerza al avance español. Su mensaje no surte ningún efecto; los directores conservan la calma, se abstienen de tomar ninguna iniciativa y se limitan a aconsejar la prudencia al fogoso jefe de los colonos.

Los numerosos despachos dirigidos por Gravesande a sus jefes, suelen distinguirse por su verborrea, su abundancia en repeticiones y sus desplantes emocionales. Esos mensajes casi

interminables pretenden despertar el interés de la Metrópoli por los asuntos de la Colonia; deben haber provocado, más bien, un cierto sopor en las mentes de sus destinatarios.

Gravesande dispone, en su colonia, de una abigarrada población de aventureros de diversas nacionalidades. Un francés, Ignace Curthial, le propone abrir una ruta a través de las enmarañadas selvas que se extienden entre el Esequibo y las misiones catalanas del río Yuruari. Pretende limpiar y ampliar los senderos poco transitables por donde suelen traficar los contrabandistas y mineros holandeses. Gravesande acepta con entusiasmo y “Monsieur Ignace”, cumpliendo con su promesa, protagoniza una proeza memorable. Llega al río Orinoco y a los llanos de Barinas, donde adquiere doscientas mulas y vacas y las trae al Esequibo a través de tupidas selvas, por las vías de los ríos Caura, Paragua, Caroní, Mazaruni y Cuyuni.

1747

Gravesande presiona persistentemente a los Directores de su Compañía, en busca de una intervención armada en el río Yuruari. Multiplica los argumentos para convencerlos. Pretende haber tenido informes sobre una expedición hispana en los ríos Cuyuni y Mazaruni, en busca de “un gran lago azul”. Se trata nuevamente del fabuloso Lago Parima, que se encontraría “cerca de las fuentes de ambos ríos”. Gravesande no descansa en su afán de convencer a sus jefes de intervenir militarmente. Sin dejarse deslumbrar por el espejismo del oro, los realistas Directores se contentan con pedirle al Comandante determinar, en la medida de lo posible, los límites de su colonia. Mientras tanto, le aconsejan que se las arregle por resistir —con sus propios medios— a los avances de los españoles. Estos, según las afirmaciones de Gravesande, hubieran erigido fuertes sobre el territorio de la Compañía. A pesar de ello, los Directores le recomiendan no aparecer involucrado directamente en ninguna acción armada

contra los españoles, pero lo autorizan voladamente a utilizar a los Caribes en actos de sabotaje y guerrillas. Además, le exigen el envío de un mapa de la colonia.

Por su parte, los españoles vuelven a manifestar su frágil presencia en el río Orinoco, pero tratan en vano de controlar el tráfico incesante de las flotillas caribes enviadas allí por Gravesande. El Gobernador de Cumaná y Guayana, Diego de Tabares, inaugura el Fortín, recién reconstruido, de la Guayana, acompañado por el Ing. Gaspar de Lara, quien proyecta la construcción de un segundo fuerte. Esta “ciudad” de los Castillos de Guayana (hoy: Guayana la Vieja) conserva los vicios y la debilidad congénita del viejo Santo Tomé del Usupamo, y así lo demuestra una descripción que hace, en este mismo año, el Comisario Iturriaga, enviado desde España para informar sobre las causas profundas del atraso colonial en el río Orinoco. Iturriaga explica que los soldados y vecinos de Guayana “son indolentes, viven en miserables cabañas, de la pesca y beben mucho ron de caña. La población consiste en 60 negros, mulatos y zambos. Los españoles no quieren vivir allí y casi no se ven”. Iturriaga presenta un deprimente informe sobre el abandono de la Guayana y recomienda métodos concretos para ponerle fin. La metrópoli, saliendo de un largo letargo, comienza a tomar en serio la crítica situación denunciada por Iturriaga.

En este mismo año, el fraile Magariños realiza su segunda incursión al sur del Orinoco, apoyado por una frágil escolta. Se atreve a entrar por la boca del río Arui (hoy Aro), uno de los focos rebeldes más densamente poblados de Caribes. Estos, exasperados por el allanamiento del año anterior, hormiguean por todas partes y no tardan en descubrir a los invasores. Los flecheros chaima del Observante se sienten abrumados por la multitud enemiga, y a pesar de las exhortaciones de Magariños, quien los trata de cobardes, se devuelven al río Orinoco, lo cruzan y escapan hacia los llanos. A raíz del fracaso, los observantes

suspenden, durante cinco años, las entradas a la “banda sur” y sólo se dedican a reunir las fuerzas humanas y materiales disponibles para la pelea final. Por desgracia, el Gobernador Diego de Tabares no se muestra dispuesto a suministrarles refuerzos militares. Por otra parte, las cuatro o cinco decenas de arcabuzas y hombres de armas disponibles en las plazas de Aragua y El Pao, no bastan para acometer el ataque frontal a la “banda de la Guayana”. A los frailes, no les queda otro recurso que aumentar sus milicias con “indios de guerra”. Además de los chaima de Santa Rosa y San Mateo, conservan muchos “indios antiguos” en sus misiones de Cumanagoto y Palenques, los cuales están dedicados principalmente a la agricultura. Comienzan a organizar con ellos, nuevos cuerpos de flecheros y los envían a Aragua para participar en la inminente conquista del Orinoco. El traslado de una gran parte de la población cumanaquito de las misiones de Caigua, San Lorenzo y Curataquiche, se efectúa escalonadamente durante toda la década 1747-1757 y adquiere grandes proporciones, según queda constancia en los libros parroquiales de Aragua. En margen de la población de zambos y mulatos, acuartelada en este fortín, crece de repente un arrabal cumanaquito, Caigüita, llamado así en recuerdo de Caigua, de donde provienen los indios. La introducción masiva de los flecheros Cumanagoto en los llanos de Barcelona, disminuirá a partir de 1757, año en que los Caribes desamparan el río Orinoco.

1748

Magariños, sin desanimarse por su fracaso del año anterior, permanece a la cabeza de la misión de Quiamare y organiza otra incursión contra los rebeldes, pero restringe prudentemente su campo de acción a la banda norte del Orinoco, donde la población caribe no está tan concentrada como en la banda de la Guayana. Logra apresar cincuenta Caribes, con la ayuda de los Chaima, de Santa Rosa y de los Cumanagoto de Aragua. En la

misma época, los capuchinos de Guayana adelantan su programa de reducción de los Caribes y fundan, a ritmo acelerado, dos nuevas misiones, Tupuquén y El Miamo, en la cuenca aurífera de los ríos Macaruma, Miamo y Cunamo, que forman las cabeceras del río Yuruari. En esta zona, con solidan su frente de avanzada hacia el río Esequibo. Christian Finet, bajo el pretexto de comprar hamacas, circula por la Guayana española, donde recoge toda clase de informaciones para Gravesande. Vuelve al río Esequibo con malas noticias: los frailes han fundado nuevas misiones, se disponen a levantar una tercera en la propia orilla del río Cuyuní, y multiplican las incursiones contra los Caribes. Gravesande se siente todavía más inquieto y envía varias cartas de protesta al Gobernador de la Guayana, denunciando las “violaciones”. Advierte que si los españoles persisten en el propósito de instalarse en el río Cuyuní, se verá obligado a oponerse.

1749

Los capuchinos, sin hacerle caso al impotente enemigo, acentúan su penetración, hostigan a los Caribes, aumentan con ellos la población de sus pueblos y erigen en la confluencia de los ríos Cuyuní y Curumo una nueva misión fortificada, poblada con Caribes, que se convierte en su bastión de vanguardia. Gravesande envía a los españoles del río Orinoco una nueva carta de protesta, y pide permiso a los Directores de la Compañía para destruir el fuerte. Mientras tanto, los observantes no han podido establecer ningún pueblo de Caribes en la “banda de la Guayana”. Fernando Ximénez, veterano de las entradas al Orinoco, está convencido de la necesidad de revisar la estrategia de la conquista. El fracaso del último allanamiento del fraile Magariños en el río Aro, es un argumento en favor del abandono de la violencia a favor de la diplomacia. Ximénez continúa experimentando el nuevo método de persuasión y utiliza a los Caribes, ya sometidos en las misiones, como intermediarios.

Confía a un Caribe “antiguo” de San Joaquín de Parirí, un tal Amana, la tarea de establecer contactos con varias familias infieles de la “banda de la Guayana”, y atraerlas en la banda del norte, para fundar allí una ranchería.

Magariños, con los indios de su misión, acude a la Mesa de Guampa para ayudar a Ximénez a preparar casas y labranzas en el valle del río Pao, sitio elegido para que Amana congregue a los infieles. La nueva experiencia resulta positiva: Amana trae unas treinta familias caribes de los ríos Caura y Caroní al nuevo pueblo de Atapirirí, al noroeste de Múcuras. Se trata de una zona moderadamente poblada y fácil de controlar; está ubicada al norte del Orinoco, y a escasa distancia del resguardo observante de El Pao. Ximénez consiente que Atapirirí permanezca sin control directo de misionero, mientras Amana, el Caribe cristiano, se dedica discretamente a preparar los ánimos de los Caribes infieles a aceptar la influencia de los frailes.

Fray Mathias García, Comisario Apostólico de las Misiones y Doctrinas de Píritu, muestra preocupaciones semejantes a las de Ximénez con respecto a la evangelización de los Caribes del sur, pero sigue prefiriendo el método más eficiente y rápido, de las entradas armadas.

En el mismo año en que Ximénez realiza su “experiencia liberal” en Atapirirí, Mathias García prueba la mano dura para fundar una sexta reducción caribe, a proximidad del pueblo de Pariaguán y del reduelo de El Pao. La entrada queda a cargo de un Capitán de Caracas, Joseph Camejo, gran práctico de las lagunas de Anache, situadas frente a la boca del río Puruey, donde viven muchos Caribes. El Comisario Apostólico acompaña al caraqueño hasta uno de los hatos del río Suata. Desde allí, Camejo sigue, con algunos compañeros, hasta la costa norte del Orinoco, donde hace un buen “acopio de almas”. Los expedicionarios vuelven al río Suata, se reúnen con el prelado, y según la

versión de Caulín, los Caribes “siguieron gustosos” a los españoles para la fundación de un nuevo pueblo.

Al describir la entrada del caraqueño en la zona de Anadie, Caulín expresa que “entabló contacto con los Caribes” y admite, que “se los trajo, con su capitán... aunque con repugnancia de algunos”. Por lo general, Caulín suele relatar la conquista caribe bajo una luz excesivamente piadosa, disimula sistemáticamente los episodios violentos y su relato se esfuerza en dar la impresión de un permanente idilio entre frailes e indios. Eso dista mucho de reflejar la cruenta situación que imponía la rebelión caribe. En el contexto de los numerosos documentos de la época, que comprueban la violencia de las guerrillas y de la represión, es imposible dar crédito a su versión idealizada y tergiversada. Esta observación, por cierto, no pretende quitar su valor a las numerosas informaciones que Caulín nos ha dejado en relación con la historia de estas reducciones. La expedición de Camejo a las lagunas de Anache suministró a Fr. Mathias García una población suficiente para fundar la sexta misión observante de Caribes en el sitio de Cachipo, al amparo del cercano resguardo de la Villa de El Pao. Cuatro años antes, se había intentado poblar en ese sitio, unos indios fugitivos que, poco después, habían desamparado el pueblo. Mathias García trajo indios cristianos de las viejas misiones para construir casas y preparar labranzas, y nombró como misionero del pueblo a Fr. Benito de Puentes. Cinco años más tarde, Caulín visitará esta reducción de Santa Cruz de Cachipo y encontrará allí 120 almas, la mitad ya bautizadas.

1750

Gravesande cumple su amenaza de destruir el fortín capuchino de Curumo en el río Cuyuní, pero sin aparecer directamente implicado en la acción, de acuerdo con las instrucciones que ha recibido de Holanda.

Los cinco pueblos capuchinos de Curumo, Cunurí, Tupuquén, El Palmar y El Miamo, que albergan alrededor de un millar de Caribes, son asaltados por las guerrillas de flecheros. El Caribe Maracayan, Capitán Poblador de Cunurí, forma parte de la conjura y aprovecha el incendio de las aldeas para librar a su gente y fugarse con los agresores, hacia los reductos situados en la montaña de Canuco y el río Rupununi, donde se reúne con sus aliados, los traficantes y mineros holandeses. Gravesande se apresura en fundar un puesto en la confluencia Esequibo-Rupununi, para atender a los refugiados.

Todos los bastiones avanzados de los catalanes quedan eliminados. Desde su refugio, los prófugos agrupados bajo el mando de Maracayan mantienen sus estrechos contactos con los holandeses y, en los años siguientes, reanudarán los ataques contra las misiones. En este mismo año, el Capítulo observante se reúne en Píritu y elige a Fr. Hinistrosa —fundador de El Pao y de Pariaguán— como nuevo Comisario de las Misiones. El Capítulo decide pedir al Rey un nuevo refuerzo de misioneros y exigir escoltas de soldados para sus entradas a los Caribes, “como las tienen los jesuitas del río Orinoco y los capuchinos catalanes de la Guayana”. Los frailes de Píritu se consideran discriminados en relación con aquellas órdenes religiosas, puesto que no reciben ningún apoyo militar de Diego de Tabares, Gobernador de Cumaná y Guayana.

Magariños, el fraile más activo durante estos años, continúa sus incursiones rutinarias contra los Caribes de la banda norte. Con una escolta de “indios antiguos” y arcabuceros de los pueblos de resguardo, allana las orillas del río Cari donde viven las bandas infieles, saca de ellas cuarenta Caribes y se las lleva a Quiamare, población que llega a tener 204 casas. Este éxito es más aparente que real, pues los Caribes reaccionan al atropello y el pueblo no tarda en ser incendiado y desamparado. Este nuevo fracaso de Magariños confirma el peligro de las entradas a mano

armada. Sin embargo, el fraile persevera con ellas durante los dos años siguientes y logra repoblar a Quiamare, saca los Caribes de sus montes y trae a la misión una milicia chaima y cumanagoto de flecheros, que vigila a los Caribes y evita nuevas rebeliones. Por esos mismos tiempos, los observantes mudan su misión Caribe de Santa Ana desde el sitio de Anaco, donde ha sido fundada, a la orilla de la Quebrada Orocopiche (sitio actual de Santa Ana, en la Mesa de Guanipa). Tres años más tarde, Caulín visita esta misión, donde encuentra 138 Caribes.

1751

En el mes de abril, Fr. Nistal sale de Píritu para España donde presenta, en noviembre, las peticiones observantes al Consejo de Indias. El fraile exige una escolta permanente de 40 soldados, con su capitán y su teniente. El Gobernador de Cumaná y Guayana, consultado al respecto, contradice esta petición y afirma que “el escaso desarrollo de los observantes en el río Orinoco no justifica más que un destacamento provisorio de 15 soldados de la guarnición de Araya”. Durante las gestiones de Nistal en Madrid, el rey pide al Gobernador Tabares una información “sobre el adelanto o atraso de conversiones observantes y si justifican el estipendio de la Corona”. Esta consulta constituye el eco de los ataques de grupos rivales, que se oponen a la extensión de las misiones observantes hacia la Guayana. Desde hace años, los frailes de Píritu han pedido apoyo al Rey para emprender la conquista de la tan nombrada “Banda del sur”. Esta zona les ha sido concedida en jurisdicción por el Gobernador Sucre, a pesar de los celos competitivos de los capuchinos catalanes y de los jesuitas. Los años han pasado y los observantes todavía no han fundado un solo pueblo al sur del Orinoco. Ante el Consejo de Indias, Nistal refuta esta crítica, invoca la escasez de recursos y pide 20 nuevos misioneros. El Gobernador, que mantiene su firme oposición a los observantes, sugiere que bastaría con enviar

12 frailes. Las negociaciones de Nistal se tropiezan durante varios meses con tenaces resistencias que tratan de anular la pretensión observante de establecer pueblos de Caribes al sur del Orinoco. Después de muchos tropiezos y discusiones, los frailes logran por fin la aceptación de sus demandas por el Consejo de Indias.

1752

Este año, los observantes prescinden de toda ayuda exterior y, con sus propios medios, logran pasar a la banda sur del Orinoco, donde fundan una casa fuerte. Desde principios del año, ellos han preparado su expedición y reunido sus recursos. El pueblo de Píritu. Capital de sus misiones, suministra cuatro pedreros y un centenar de “indios antiguos”, como milicia de flecheros. Otros indios de pelea, Píritu, Cumanagoto y Palenques, son suministrados por las misiones de Clarines y del río Güere, mientras que los presidios observantes de Aragua y El Pao suministran 25 soldados. De acuerdo a lo concedido por el Consejo de Indias, los frailes insisten en pedir al Gobernador una escolta militar “para establecer y dar principio a la conversión al sur del Orinoco”. Tabares acoge la petición a regañadientes, pero no envía más que diez soldados, al mando de un cabo Don Cristóbal Pérez, oriundo de la Nueva Barcelona. Los frailes observantes se dirigen también al Comandante del Castillo de la Guayana, pidiéndole despachar una embarcación a la costa norte del Orinoco, frente a las bocas de los ríos Puruey y Caura, para permitir el transporte de sus fuerzas a la banda sur.

La expedición queda a cargo de los dos veteranos misioneros, que mejor dominan la lengua caribe: Fernando Ximénez, fundador de San Joaquín de Parirí, y Antonio Carrillo y Díaz. Un grupo de vanguardia, encabezado por Ximénez, sale de Píritu el 15 de marzo y llega al Orinoco el día 29. Establece campamento en un sitio de la costa norte, llamado Puerto de la Peña.

Al frente, está la costa del Puruey (o Purguey), el núcleo más rebelde de la población caribe, donde los frailes pretenden instalarse. En la boca del caño Puruey, próxima a la del río Caura, suelen acudir las piraguas que cambian sus mercancías y armas contra los muchos esclavos, traídos allí por los Caribes. El río Caura es la ruta principal de este tráfico; los bajeles remontan sus aguas hasta el río Iniquiari, donde los Caribes tienen un puerto. Allí, dejan sus piraguas, caminan por los montes hasta el río Manapiari, y siguen por agua hasta el río Ventuari.

Otra ruta fluvial une las bandas caribes del Alto Catira con las del río Paragua, mediante un afluente de éste, el Caño Paruspo. Las piraguas remontan el río Paragua hasta sus fuentes, atraviesan la Sierra Parima (hoy: Pacaraima) y llegan al río Parima (hoy: Auari-Uraricoera).

Mientras esperan la retaguardia expedicionaria, al mando de Fr. Antonio Carrillo, los soldados y los indios de pelea de Ximénez tienen la oportunidad de comparar sus fuerzas con las de los infieles. Estos los observan desde el Puruey. Durante la noche, los españoles meditan mientras contemplan en la otra banda la multitud amenazadora de las fogatas. De pronto, un bajel de Caribes aparece, surcando las aguas del río a poca distancia del campamento y siembra el pánico en las filas del fraile. Ximénez es abandonado de repente por sus soldados y sus indios de pelea quienes, acobardados, se capan a los llanos. El fraile permanece solo a la orilla del río, esperando a Antonio Carrillo y a su gente. La noticia de la desertión es llevada por un mensajero a Píritu. El comisario Hinistrosa ordena a los arcabuceros de Aragua volver a los Caribes, pero ellos se niegan. Fr. Mathias García increpa a los amotinados y les ofrece acompañarles personalmente en la aventura; sólo diez hombres aceptan su proposición. El Comisario logra entonces convencer a 50 indios palenques de los pueblos del Güere, de acompañarlo al Orinoco. Fr. Pedro Cordero, misionero de San Mateo, reúne otra escolta,

se lleva los diez soldados de Cumaná, con su cabo de escolta, así como veinte chaimas flecheros de su propia misión, más treinta cargas de abastecimiento. Este grupo llega, el 10 de abril, a la ribera del Orinoco, donde encuentra a Ximénez y Carrillo, en compañía de otros soldados de la “Ciudad” de Guayana. Mathias García y su escolta se demoran en llegar, hasta finales de abril. Mientras tanto, los expedicionarios comienzan, desde el Puerto de la Peña, sus entradas de reconocimiento al caño Puruey, donde el Comisario Hinistrosa ha dado el orden de erigir la casa fuerte. Como no encuentran ningún sitio adecuado para ello en la ribera del Orinoco, entran por el río Catira, cuyas riberas resultan demasiado anegadizas, y continúan sus exploraciones. Ximénez y Carrillo insisten en que la fundación se haga en el Puruey, el reducto caribe más peligroso, y ordenan a los milicianos chaima de San Mateo, embarcar inmediatamente los bastimentos. Aquéllos se niegan, mientras que la escolta enviada por el Gobernador se amotina e inicia la fuga, con la excepción del Cabo Cristóbal Pérez y de cuatro infantes. Uno de éstos persigue a los fugitivos, conversa con ellos y logra un convenio: no se tomará ninguna decisión inmediata con relación al desembarco en El Puruey, y los desertores regresarán al Puerto de la Peña, en espera de la llegada de Fr. Mathias García. El día primero de mayo, éste llega desde Píritu, con los refuerzos de Aragua y de las misiones del Güere, reúne a la gente y la exhorta a no dejarse vencer por el miedo. El Comisario consiente en no edificar la casa fuerte en El Puruey, sitio atiborrado de rebeldes. García embarca los bastimentos, y desde la proa de la gran piragua, llama a los soldados y a los indios de guerra. La embarcación navega río abajo, en busca de un sitio más apropiado para fundar el fuerte. Encuentran este lugar, frente a la boca del Caño Muitacu (hoy: Moitaco), en la falda de los cerros Araguacai, donde el padre Fernando Ximénez había hecho sus entradas en 1728. Allí plantan la Santa Cruz, fabrican su casa fuerte, cercada con doble estacada y, en la ribera del río

Orinoco, construyen un puerto fortificado para custodiar las embarcaciones. Así queda fundada la plaza de Muitacu, dedicada a la Encarnación del Divino Verbo, primer bastión español en la zona rebelde. Allí se celebra la primera misa, el 13 de mayo. Los soldados de Aragua y los indios del río Güere, habiendo cumplido su deber, regresan a sus pueblos en compañía de Fr. Mathias García. Poco después, el P. Caulín es enviado a Aragua para predicar coraje y lealtad a esos pardos que han demostrado tan escasa valentía en presencia de los Caribes. En Muitacu, permanecen los frailes Ximénez, Carrillo, Cordero en compañía del Cabo Cristóbal Pérez, de diez soldados del Gobernador y 20 flecheros chaima de San Mateo. La nueva casa fuerte, amparada por cuatro pedreros prestados por la misión de Píritu, se ve asediada por bandas de Caribes, que acuden a espiar los movimientos de los intrusos. Sin prestar demasiada atención al inquietante hormigueo del enemigo, un destacamento español, encabezado por el padre Cordero y algunos indios de pelea, sale de la estacada y emprende un reconocimiento en la montaña. Caminan hasta el Caño Carmínea y el río Aro, y siguen hasta un sitio de Caribes llamado Guazaiparo, distante ocho leguas de la casa fuerte. Cordero utiliza como emisarios unos Caribes “antiguos” o cristianizados, traídos intencionalmente de alguna misión, para establecer un primer contacto pacífico con los infieles del río Aro. La expedición no es molestada y regresa sin tropiezos a Muitacu. Cordero y Ximénez enferman poco después y son evacuados a las antiguas misiones. El Comisario envía urgentemente al fraile A. Galisteo, para continuar las exploraciones en el río Aro, bajo la protección del Cabo Cristóbal Pérez y de cuatro soldados. La escolta ha sido intencionalmente restringida al mínimo, para no despertar temor entre los indios y entablar negociaciones pacíficas con ellos. Galisteo y Don Cristóbal Pérez observan que el río Aro tiene una longitud de 14 leguas; recibe en su medianía, y al ocaso, el Caño Camurica, situado a mitad del camino entre

Muitacu y Guazaiparo. Galisteo logra entrevistarse con un tal Oraparena, jefe de una casa comunal de 50 Caribes, le da seguridades relativas a las intenciones pacíficas de los frailes y bautiza unos niños. Los Caribes, sorprendidos por la presencia del fortín de los frailes en sus propios dominios, y por la táctica de negociaciones pacíficas iniciada por los españoles, parecen indecisos y se abstienen de desencadenar la violencia. Sin embargo, conservan la desconfianza y el recuerdo de muchas décadas de hostilidades, crueldades y allanamientos. El caribe Oraparena entiende que vive demasiado cerca de la Casa Fuerte de Muitacu y abandona el río Aro, fugándose al río Paragua con toda su gente. Cautín (1779) informa que fue aconsejado por sus allegados del río Paragua. La fuga de Oraparena es el primer síntoma de la tendencia de los Caribes a abandonar sus rancherías en el Orinoco, amenazadas por la reducción española.

En la banda norte del río, Magariños suspende sus entradas, mientras el Comisario de Píritu despacha a Fr. Fernando Matheos en misión pacífica al río Pao, donde existe un importante núcleo de infieles. Este fraile ofrece paz a los indios y entabla conversaciones con ellos. Múcuras es la ranchería indígena más poblada del río Pao, la misma donde el fraile Jurado había efectuado, en 1721, su primera entrada en busca de Caribes. El jefe de Múcuras se llama Cairumaca, tiene estrechos nexos con los Caribes de la banda sur y, según escribe Caulín, es “muy respetado por todos”. Por lo tanto, ganarse su amistad es algo necesario, si los frailes quieren tener éxito en su empresa. Matheos cumple con su misión de acercamiento y obtiene la promesa de que Cairumaca aceptará “someterse” a la religión cristiana; posteriormente, albergará a un misionero en Múcuras. De este modo, los observantes se aseguran con un importante aliado en la banda norte del Orinoco.

Conscientes de sus escasas fuerzas, los observantes evitan dar pretexto de rebelión a los Caribes, por temor de perder a

Muitacu. No pueden pensar en la violencia, ya que las operaciones se desarrollan en pleno territorio enemigo. La fundación de futuros pueblos en la banda sur, no puede basarse en incursiones armadas ni en deportaciones a sitios lejanos, al estilo de las fundaciones de la banda norte. Antes de fundar cualquier nuevo pueblo, se negocia con los infieles, por intermedio de los Caribes ya bautizados en las “misiones antiguas”.

Mientras los franciscanos observantes logran su primera plaza fuerte entre los rebeldes de la Guayana, los Capuchinos se apresuran en reparar el desastre de 1750, que ha destruido de un solo golpe todos sus pueblos de Caribes. Envían sus escollas y milicias de flecheros pariagoto y guayana, en persecución de los guerrilleros que han retornado a sus asientos, diseminados en los montes de los ríos Aquire, Amacuro, Barima y Waini, al noroeste de la Sierra de Imataca. Muchas aldeas caribes son allanadas y los prisioneros, traídos por las milicias, son confinados provisionalmente en los sitios de Terepí y Naquí, mientras se reconstruyen los pueblos vecinos de Carapo y El Miamo, que los albergarán de manera definitiva.

1753

La reconquista caribe, por parte de los capuchinos, continúa con nuevas entradas al noreste de Imataca, y en las islas y riberas del río Caroní, que constituyen el frente occidental de las guerrillas. En el mes de noviembre, Fr. La Guardia trae un grupo rebelde en Aguacagua, en la orilla del Bajo Caroní, y funda allí la tercera de las nuevas misiones capuchinas de Caribes.

Mientras tanto, y a pesar de haber logrado mantenerse en su casa fuerte de Muitacu (Moitaco), los frailes observantes no han logrado fundar ninguna misión en la banda sur del Orinoco, o “banda de la Guayana”, que constituye la meta de todos sus esfuerzos.

El fuerte es acosado por la vigilancia hostil de la población infiel que lo rodea; las comunicaciones y el abastecimiento de los soldados y misioneros son difíciles, las condiciones de vida son casi insostenibles y el descontento cunde en la plaza. Los observantes continúan enfrentando la falta de apoyo del gobernador Gual y no se atreven a penetrar por la fuerza en los reductos caribes.

Se presenta entonces, una oportunidad imprevista de superar este estancamiento de sus misiones: los frailes reciben una solicitud de colaboración con una expedición para conquistar el río Orinoco, que el Ministro del Rey, Joseph de Carvajal, está organizando desde España. El jefe de esa expedición, Joseph de Iturriaga, escribe al Prelado de Píritu, Hinistrosa, y le pide tres misioneros observantes para actuar como capellanes de la Expedición Real.

Los frailes se apresuran en aceptar, a sabiendas de que tal colaboración será premiada por el Ministro Carvajal y el mismo Comandante Iturriaga, con respaldo político y ayuda militar para las misiones. Hinistrosa envía a Cumaná tres candidatos a capellanes que se ponen a la disposición de Iturriaga, pero se tropiezan con la oposición del Gobernador, que les niega el permiso de abandonar sus misiones.

Mientras tanto, Hinistrosa confía la delicada tarea de establecer las misiones de Caribes al sur del Río Orinoco, a un fraile joven. Se llama Francisco Ximénez Borrego y no debe ser confundido con Fr. Fernando Ximénez, el veterano misionero de San Joaquín de Parirí. Fray Francisco llega a Maitacu con orden de establecer contactos pacíficos con los Caribes. Visita nuevamente a la rancharía de Guaizaparo, en la banda del río Aro, e instala allí una misión, San Antonio de Guaizaparo. Los indios principales del sitio, Maradupane y Aguamacón, son nombrados “Capitán” y “Sargento Mayor”, en señal de vasallaje y fidelidad a la Corona de Castilla. Las relaciones siguen siendo tensas y desconfiadas entre españoles y Caribes y la supuesta “fundación” de

la misión de Guaizaparo no puede ser tomada al pie de la letra. Ximénez Borrego actúa con prudencia y precauciones y logra la autorización de Maradupane para vivir durante algún tiempo en su poblado, predica allí el evangelio y siembra de este modo la semilla de una futura misión. De allí, el fraile pasa a otra casa caribe de la región, llamada Turapa, conversa con su jefe Abarúana y obtiene un permiso semejante. Caulín afirma que el fraile “redujo” a Abarúana con todos los suyos. Eso significa que logró imponerles el sacramento del bautismo y que puso a la rancharía un nombre cristianizado, Santa Clara de Turapa. Cualquiera que sea la interpretación que se les quiera dar a las supuestas “reducciones” en el río Aro, mencionadas por Caulín, es evidente que no fueron impuestas por la fuerza y que el fraile predicador Ximénez Borrego carecía de autoridad efectiva para hacer la ley en esos pueblos. La “reducción” consistía en una simple ceremonia ritual, a la que los Caribes daban una interpretación distinta a la de los españoles. El mismo Caulín admite que, poco después de la “fundación” de los dos pueblos, los Caribes continuaban libremente sus ritos paganos —o “fiestas de borrachera”— que reprobaban los religiosos y eran prohibidas en los verdaderos pueblos de reducción. En el curso de una de esas fiestas, a la cual Maradupane, jefe de Guaizaparo, invitó a su vecino Abarúana, jefe de Turapa, estalló una riña y Abarúana hirió a Maradupane. Los indios de Turapa, para evitar represalias, desampararon su aldea y se fugaron al Alto Caroní. Así terminó la frágil, y muy efímera, tentativa misionera en Santa Clara de Turapa. Ximénez Borrego regresó a Guaizaparo, donde permaneció hasta el año siguiente, y se convirtió en un experto de la lengua caribe.

Mientras tanto, los observantes confrontan grandes dificultades para mantener su casa fuerte en Muitacu, única base de sus operaciones en la banda sur. Los problemas son idénticos a los que confronta, desde hace mucho tiempo, el presidio de Santo Tomé del Orinoco: escasez de víveres, de ropas, de herramientas;

falta de comunicaciones y de suministros; peligro de incursiones caribes y extranjeras; miserias y enfermedades. Como los soldados de Santo Tomé, los moradores de Muitacu demuestran su inquietud; algunos se amotinan y tratan de fugarse.

1754

A fines de Enero, el padre Nistal desembarca en la boca del río Neverí, poco después de regresar de sus largas negociaciones en el Consejo de Indias. Lo acompañan veinte nuevos frailes, concedidos por Fernando VI a las Misiones de Píritu. El padre Caulín recibe la misión en Barcelona y se la lleva a Píritu. La mayoría de los recién llegados son enviados a San Mateo, donde el veterano Fraile Pedro Cordero se encarga de iniciarlos en la lengua caribe.

Nistal ha logrado en España, el permiso de fundar un hospicio en la villa observante de El Pao y una orden para que el reticente Gobernador de Cumaná facilite a los frailes un “número conveniente de soldados de la guarnición del Castillo de Araya”. A pesar de ello, el Gobernador se niega a suministrar la escolta.

En este año, el P. Hinistrosa termina su período de gobierno y los observantes eligen, como nuevo Comisario Apostólico, a Fr. Mathias García, que se ha destacado en la fundación de Muitacu. En el mes de abril, para aliviar la crítica situación de escasez y descontento en esta casa fuerte, el nuevo prelado se traslada personalmente a la banda sur del Orinoco con unas doscientas cabezas de ganado vacuno, un cargamento de harina de maíz y otros alimentos, así como herramientas y ropas, con lo que logra calmar los ánimos. El espectacular desembarco de suministros y de ganado en Muitacu es observado por los Caribes, quienes lo interpretan como un indicio de la aceleración de la conquista y se disponen a destruir la Casa Fuerte.

Mathias García nombra a Fr. Pedro Díaz Gallardo como nuevo “Presidente de la Conversión del Orinoco”, y le imparte

la orden de promover negociaciones urgentes con los Caribes de ambas riberas. Desde Muitacu, los frailes Díaz Gallardo y Ximénez Borrego, establecen contactos con los principales jefes, los tranquilizan y les aseguran que los frailes no piensan en desalojarlos de sus tierras. Esta actividad diplomática es un hecho insólito en el río Orinoco.

Entre los jefes más influyentes y poderosos se cuenta a Cairumaca, el señor de Mucuras, el principal poblado caribe del río Pao, en la banda norte del Orinoco. Díaz Gallardo lo convoca y le recuerda su promesa —hecha en 1572 a Fr. Fernando Matheos— de aceptar un misionero en Mucuras. Cairumaca renueva esta promesa, en presencia del Comisario Mathias García. Los frailes, al enterarse de que es allegado del fugitivo Abarúana, ex-capitán de Turapa, le piden su intervención para persuadirlo a volver del Alto Caroní. Cairumaca accede también a esta exigencia, pero fallece antes de cumplir sus compromisos. El Comisario Mathias García convoca a su hijo, Caipúana, con toda su gente a la Casa Fuerte, le hace entrega del bastón de Capitán Poblador, símbolo de fidelidad y vasallaje, lo exhorta a convertir a Múcuras en un pueblo cristiano y le promete ir personalmente a hacerle una visita. Así se formaliza una nueva “fundación” voluntaria *in situ*, donde los frailes establecen su control.

Dentro del convenio establecido, queda vigente la promesa de ir a buscar pacíficamente al fugitivo Abarúana en el río Caroní. Un sobrino de Caipuana, Uracaguare, es enviado como emisario a la casa de Abarúana y el mismo Caipuana promete ir personalmente, para convencerlo de regresar a su pueblo del río Aro. Todo esto indica el profundo cambio habido en la estrategia de reducción.

Una vez alejado el peligro inmediato del ataque caribe contra Muitacu, Mathias García cumple con su anunciada visita a Múcuras, adonde lleva herramientas, cuchillos y otros regalos. Para la construcción del nuevo pueblo, el Prelado escoge, de

acuerdo con Caipuana, la confluencia del río Múcuras y de la Quebrada de Tapurequén. Ximénez Borrego, que continúa predicando en Cuaizaparo, es designado fundador de esta nueva reducción, pero, sintiéndose enfermo, declina esta responsabilidad. En su lugar, el misionero Antonio Conde es enviado a Múcuras desde Muitacu.

Mathias García, al salir de Múcuras, hace otra visita de cortesía a la casa comunal de Atapiriri, fundada en 1749 por el Caribe Amana, con unas treinta familias voluntarias. Cinco años más tarde, serán enviados los misioneros Alonso Granda y José Freire para asumir la dirección de esta ranchería.

Ximénez Borrego acepta ir a San Mateo, para ayudar a los nuevos frailes en la enseñanza de la lengua caribe. Se convierte en el maestro de los que se destinan a Mucuras y Atapiriri y los acompaña en sus nuevas misiones para asesorarlos, desde el mes de agosto hasta abril del año siguiente.

A principios de abril de 1754, llega de España a Cumaná, la expedición de don Joseph de Iturriaga, promovida por don Joseph Carvajal y Lancaster, secretario del Despacho Universal de Estado de Fernando VI. Se trata de explorar y pacificar el río Orinoco. El Rey ha nombrado a Iturriaga, Comandante General de Poblaciones y de todo el Río Orinoco, con el encargo especial de fijar las fronteras entre los dominios de España y de Portugal en el río Negro. Esta tarea significa penetrar en la selva inexplorada del Alto Orinoco. Otra misión que le es encomendada, es la de detener la infiltración de los colonos judeo-holandeses del Esequibo en los ríos Orinoco y Cuyuní. Al cumplir con estas órdenes, Iturriaga se tropieza con los celos y la resistencia de Mateo Gual, Gobernador de Cumaná y Guayana, quien pone toda clase de trabas, y niega aprovisionamiento y facilidades de transporte. (Ramos Pérez, 1946). En el mes de agosto, Iturriaga envía un destacamento de vanguardia a la Guayana, a

cargo del Comisario Don Eugenio de Alvarado, para un primer reconocimiento.

Alvarado se embarca en Cumaná hacia el río Orinoco, con un convoy que incluye una balandra armada de 12 cañones, dos goletas y doce lanchas; entra por el río Manamo y avista unas rancherías extranjeras, probablemente francesas, “erigidas en los dominios del Rey de España”, las destruye y apresa algunos extranjeros, llevándolos prisioneros al Castillo de Guayana.

No se detiene mucho en la “Ciudad” de Guayana, donde la penuria e insalubridad son insoportables, y continúa aguas arriba, hasta la misión capuchina catalana de Caroní, donde recibe una acogedora recepción y entabla amistad con el Prefecto de los capuchinos. Este le ofrece su colaboración, incluyendo la hospitalidad en sus hatos y misiones. El Prelado capuchino valora los recursos materiales y humanos de la expedición, que goza del total respaldo de la Corona y cuyas fuerzas militares apoyarían eficientemente a las misiones.

Alvarado observa el fuerte contraste existente entre la prosperidad de las aldeas capuchinas y la miseria que impera en el presidio español de Guayana. Caulín, el capellán observante de la expedición, quien visitará la Guayana en compañía de Iturriaga el año siguiente, hará observaciones semejantes. Los capuchinos han desarrollado seis hatos prósperos que proporcionan carne y leche a todas sus misiones, poseen importantes cultivos de yuca, tabaco y plátanos y venden sus productos a la “ciudad” de Guayana y a la Trinidad. El desarrollo económico y comercial de estas misiones de Guayana, contrasta también con la miseria de los pueblos capuchinos aragoneses del Guácharo (hoy, región de Caripe) y con las misiones observantes de los llaños de Barcelona.

La riqueza de los frailes catalanes tiene su origen en una eficiente organización económica, que incluye el aprovechamiento minero del hierro y del oro de la Guayará. La Corona Española

manifiesta un interés evidente en estas minas de oro desde 1740, fecha de la Cédula de Aranjuez. La existencia de oro en Guayana ha sido comprobada científicamente en España y la Corte no lo ignora. El Dorado de sir Walter Raleigh ha dejado de ser un mito y se ha convertido en una realidad. La Décima Instrucción de Iturriaga a su comisario Alvarado, citada por Ramos Pérez, es clara a este respecto: “A distancia de tres leguas del Hato (de la Divina Pastora) está el pueblo de Copapuy (o Cupapuy), cuyo territorio se dice abundante en Minas y podrá noticiar de ellas el P. Misionero que tiene adquirido su conocimiento”. Ese pueblo se halla al oeste del Hato de la Divina Pastora y a la orilla del río Carichapo, afluente del Yeruario (Yuruari). Alvarado confirma el aprovechamiento del oro y contesta a su jefe, en su peculiar y confuso estilo literario: “...estuve en Copapuy, reconocí las dos minas de oro y hablé de ellas con el P. Agustín de Olot, Presidente de aquella Misión, como Ud. me previene, en quien encontré una buena veta de años cultivada con deseos eficaces de tener en su territorio labor de minas... Su gran fatiga ha sido proclamar la Riqueza del País y guardar sacramentalmente después de labrada la tierra brillante como si fuese Oro en Polvo”.

Los capuchinos no desconocían el procedimiento de la amalgama del oro con mercurio que, desde 1556, había sido introducido en México por un alemán y, después de 1570, se hizo popular en todas las Indias. Consistía en agregar sal y sulfato de cobre, además del mercurio importado de Castilla, lo que permitía explotar los yacimientos de bajo tenor aurífero, tales como los aluviones. Es dudoso que los frailes hayan llegado a trabajar los filones de alto tenor, logrando una extracción importante, la cual hubiera requerido tina importante mano de obra. Los indios de las misiones ya estaban muy ocupados con el mantenimiento de los rebaños y el cultivo de la tierra y, si se hubieran distraído demasiado en estas labores mineras, de rendimiento azaroso, la economía agropecuaria se hubiera debilitado. Ellos

acostumbraban, desde antes de la Conquista, lavar los aluviones, en busca de pepitas de oro, con las cuales hacían “caracolli” o talismanes. Los españoles mejoraron apenas este libre aprovechamiento tradicional, con la técnica de la amalgama. Los frailes adornaban sus altares con objetos de oro y utilizaban, probablemente, los excedentes para vender y ayudarse en el desarrollo de sus demás industrias, pero este comercio también tuvo que ser limitado, por la necesidad de conservar el secreto, por las dificultades del transporte hacia España y por el acecho de los filibusteros. Alvarado no tarda en descubrir que los capuchinos aprovechan otras minas, además de la de Copapuy, en los terrenos de Cunuri, Tupuquén (cerca del actual pueblo de El Callao), El Miamo y Curumu, misiones fundadas con indios caribes entre 1744 y 1749 y quemadas, en 1750, por los mismos indios, incitados por los holandeses.

El Miamo ha sido reconstruido por el P. Alejo de Villazar y repoblado con Caribes, dos años antes de la visita del oficial español.

Alvarado visita este pueblo fortificado y se encuentra, a cada paso, con minerales “que muy bien pudieran contener oro y plata”. Examina “esta misión con particular cuidado, por ser una de las principales avenidas de la Colonia del Esequibo y uno de sus valles”. Manda escarbar en la superficie. Las hojuelas minerales que recoge le parecen ser de plata, mientras que, en las arenas del río El Miamo, encuentra partículas doradas y brillantes como las de Copapuy. Prospecta además el fondo del río Macaruma, eje principal de las misiones caribes, en compañía de su huésped, el P. Agustín de Olot, y halla arenillas “plateadas”. De este modo, confirma las noticias populares relativas a las minas del Yuruari y del Caroní. En el informe secreto que envía a su jefe, Alvarado le aconseja el mayor sigilo en torno a las minas y aquel, en el informe que remite a la corte, expresa: “debemos decir a V.M. es cierta su riqueza, y con razón

llamada la aurífera Guayana; pero como respondía el Coronel D. Eugenio de Alvarado al Capítulo de su instrucción, conviene sepultar sus Minas porque si se atienen las actuales fuerzas de esta provincia y lo desmantelada que está de sufragios de esperanza, sería de mala política poner en limpio su riqueza para que la disfrutasen los holandeses” (cit. por Ramos Pérez).

Esta recomendación de “sepultar” (callar la existencia de) las minas, fue tomada muy en cuenta, tanto por los capuchinos como por los gobernantes de Guayana que, en los años subsiguientes, jamás hicieron alusiones públicas al oro de las misiones, pero eso no impedía la proliferación de los rumores. Los Caribes y los otros indios de las misiones, conocían perfectamente el secreto, y lo propagaban a los cuatro vientos, de modo que no tardó en llegar a oídos de los holandeses del Esequibo. La última fase de las guerrillas caribes contra los españoles estuvo íntimamente relacionada con la codicia holandesa por el oro de los capuchinos. Además, se produjo una pugna entre los frailes y las autoridades civiles españolas en relación con el control del territorio aurífero, pugna que culminó en tiempos del Gobernador Centurión.

Hacia la misma época, los capuchinos catalanes inician labores de reducción del mineral de hierro en Guayana. Los catalanes se han convertido en los mejores especialistas europeos, en la técnica de obtener el hierro por el sistema de la “forja catalana”, que fue desplazado, más tarde, por el sistema del alto horno. Los capuchinos han traído, de su tierra de origen, dos forjas y las han instalado en dos misiones cercanas a la Sierra de Imataca: San José de Cupapuy (al noreste del pueblo caribe de Miamo) y Santa María (en las inmediaciones sureste del fortín capuchino de Upata). La forja catalana de Santa María siguió funcionando durante la república, por lo menos hasta 1849, fecha de un informe de Andrés Level, citado por M.A. Vila (1951). La forja de Cupapuy es mencionada por Ballestrini (1967). Otra instalación, descubierta en la hacienda de Santa Rosa de Nuevo Mundo, a

23 Km. de Ciudad Bolívar, no pertenecía (como lo afirman Vila y Ballestrini) a los capuchinos, puesto que este sitio estaba lejos de los dominios frailescos. Su ubicación cercana a la Angostura nos indica, más bien, que esta planta minera fue instalada allí por el gobernador de Guayana, Manuel Centurión, en su empeño de imitar a los capuchinos y de competir con ellos, en todos los aspectos de sus prósperas actividades.

Gravesande, el gobernador del Esequibo transmite, en un Despacho de 1754 a los Directores de la Compañía Holandesa, unas noticias imprecisas sobre las minas de los capuchinos, que sus espías han recogido entre los indios de las misiones. “De acuerdo con los informes de los indios existen, entre el Orinoco y aquí (el Esequibo), dos o tres ricas minas de plata, no cerca del Orinoco, pero lejos al sur del mismo, hacia nuestro lado y aún, en mi opinión, al sur del Waini”. En otro despacho del año siguiente, Gravesande insiste sobre este tema: “Yo estoy seguro que ellos (los capuchinos) tienen el ojo puesto sobre algunas ricas minas de los alrededores, aun cuando eso está guardado todavía muy severamente”. Estos rumores excitan la imaginación ambiciosa de Gravesande y aumentan su deseo de apoderarse de toda la cuenca del Cuyuní.

Alvarado tiene, por su parte, instrucciones de presentar a Iturriaga, un informe detallado y secreto sobre las actividades holandesas y caribes, así como de expulsar sus guerrillas de la Guayana. Averigua la extensión exacta de los territorios ocupados por los capuchinos y por los holandeses, el número de las misiones, su población, sus medios económicos (cría, agricultura y minería), las distancias entre dichos pueblos y las colonias de los ríos Esequibo, Demerara y Surinam, así como las rutas que siguen los Caribes para atacar a los frailes. Estos estudios serán transmitidos por Iturriaga a la Corte, para planificar una estrategia de defensa. Alvarado reconoce el río Yuruari (al cual llama Yanuario), vía principal de la comunicación fluvial, y sus

afuentes. Tiene instrucciones de establecer contactos amistosos con los capitanes de los Caribes infieles, de lograr su alianza por vía de negociaciones, y de atacar con ellos a los traficantes holandeses, que se infiltran en los dominios catalanes.

Los capuchinos están muy poco adelantados en la reducción de los Caribes. En setiembre, Fr. José de Guardia logra someter a un Capitán Pattacón, que vive, con sus ciento noventa allegados, en las Islas de Arimnava, situadas en el río Caroní, a poca distancia abajo de la boca del río Paragua. Se trata de un bastión caribe que controla la navegación del Caroní y del Paragua, se dedica al tráfico y mantiene contactos con los traficantes de armas holandesas de los ríos Rupununi y Mazaruni. Como tal, constituye un foco potencial de guerrillas.

Este grupo de infieles es traído al sitio de Morocori (o Murucure) en las orillas del Bajo Caroní, donde La Guardia funda la tercera de las nuevas misiones caribes. Alvarado, que está hospedado en la misión vecina, llamada Caroní, llega a Morocori para entablar conversaciones con Pattacón y logra valiosos informes sobre la colonia del Esequibo, protegida por un fuerte llamado Zelanda. Pattacón conoce, como todos los Caribes, las distintas rutas para llegar a este bastión holandés desde el Caroní. Alvarado se entera además de que un cuñado de Pattacón, Tumuco Imocán (también llamado Tumuto, Tumato) capitanea un numeroso grupo infiel, asentado en las islas de Arimnava. El caribe Oraparena, fugitivo de la región de Muitacu, donde los observantes pretendían reducirlo, señora el río Paragua. Alvarado utiliza a Pattacón como intermediario para negociar con esos jefes rebeldes. Oraparena manda contestar que no quiere vivir en una misión española ni dejará de comerciar, como lo está haciendo, con sus amigos holandeses. De Tumuco Imocán, se obtiene una respuesta más satisfactoria, pues ofrece poblarse con su gente en la recién fundada misión caribe de Aguacagua, a cargo de Fr. José de Guardia, pero no

cumple esta promesa. Alvarado envía otros emisarios caribes hacia Abaruana y Tumuco, para invitarlos a mudarse al pueblo de El Miamo, pero fracasa de nuevo.

En este año 1754, los Caribes, armados con arcabuces holandeses, remontan constantemente los cursos de los ríos Barama, Barima y Cuyuní y llegan al Motanambo (Botanamo), al Curumo y a la meseta de Nuria. Desde allí, atacan las misiones catalanas de El Miamo y El Palmar, en el territorio aurífero del río Macaruma; otras flotillas de piraguas penetran por el Caño Manamo y por el río Parima (hoy: Uraricoera) para sublevar las bandas de los ríos Orinoco, Caroní y Caura.

Gravesande se ha enterado, gracias a su bien organizado servicio de inteligencia, de la llegada de Alvarado y de las actividades del emisario español en la Guayana. Sus despachos traducen su inquietud. Dramatiza, una vez más, la situación, para obtener el envío de una fuerza militar de Holanda. Afirma que los españoles preparan la invasión al río Esequibo, y alerta a todos los puestos holandeses de comercio. Escribe al Comandante de Santo Tomé del Orinoco, el 12 de setiembre, pidiéndole aclaratorias sobre la llegada de las tropas españolas y los supuestos planes de invasión, expresando “sorpresa por este tipo de actividades en tiempos de paz”. Para preparar su defensa en el Puesto de Moruca, Gravesandae no tiene “ni ocho ni diez soldados”. Según las noticias recogidas por sus espías, los españoles piensan atacar a Berlice tan pronto como el “General en Jefe (Iturriaga) llegue al río Orinoco” con muchos barcos que se están construyendo en Cumaná y el Orinoco, y con 3.000 a 4.000 hombres”. Esta increíble exageración de Gravesande no logra conmover los imperturbables ánimos de los Directores de la Compañía.

El Comandante del río Esequibo despacha unos mensajes a las bandas dispersas de Caribes entre ese río y las bocas del Orinoco, con instrucciones precisas de mantenerse alertas ante la supuesta inminencia de la invasión española. En sus despachos

de la época a la Compañía Holandesa de Indias, Gravesande afirma que los Caribes están furiosos, a causa de dos nuevas misiones, provistas con guarniciones, que los españoles han erigido en la cuenca superior del río Cuyuní. Sin lugar a dudas, se refiere a las aldeas caribes de Carapo y El Miamo, fundadas en 1752. Atribuye a la última el nombre de Meyamo y, otras veces, la llama Mejou. Explica a los Directores que el único remedio, para hacerle frente al enemigo, consiste en utilizar a los Caribes, que huyen del río Barima ante las persecuciones de los frailes. Gravesande hace alarde de una voluntad quijotesca cuando afirma que, en caso de ataque a la colonia, comprará un buque y unas municiones en Barbados y enviará a los pocos criollos del Esequibo a encabezar las hordas caribes que, con algunos mulatos y blancos, marcharán contra la Guayana. Eso no es más que una elucubración, pues el Comandante carece de recursos económicos y humanos.

1755

Mientras los capuchinos catalanes colaboran con Alvarado en sus intentos de reducir a los Caribes del Caroní, los observantes, instalados en la casa fuerte de Muitacu, no logran adelantar su propio programa de misiones en la “banda de la Guayana”.

En el mes de marzo, Fr. Ximénez Borrego establece un plan para repoblar el abandonado pueblo del río Aro, cuyo jefe Oraparena se ha fugado al río Paragua, desde donde mantiene la agitación entre los Caribes del Orinoco. Estos contactos subversivos ponen en peligro la supervivencia de Guaizaparo. Oraparena tiene allegados en este pueblo y les envía emisarios, aconsejándoles de abandonar el río Aro para reunirse con él. Ximénez Borrego prepara una expedición al río Paragua, en busca de Oraparena.

La expedición a la Paragua recibe la aprobación del Comisario de Pírilu, Mathias García y del Gobernador de

Cumaná; debe realizarse en junio y se prevé el uso de la escolta del fuerte de Muitacu con el refuerzo de ocho soldados de El Pao, pero Fr. Antonio Caulín, que está encargado de coordinar las operaciones observantes en el Orinoco, no es partidario de ella e interviene para disuadir al Comisario de llevarla a cabo. Es probable que Caulín consideró inconveniente una intervención observante en el río Paragua, pues la expedición del Comandante Iturriaga, con el apoyo de los capuchinos, se aprestaba precisamente a efectuar entradas en las cuencas del Caroní y del Paragua. Estas pertenecen a los dominios capuchinos de evangelización. Cualquier entrada observante en busca de Caribes, provocaría un inevitable conflicto de jurisdicción con los frailes catalanes y dañaría los esfuerzos de Caulín para estrechar las relaciones con Iturriaga. Caulín no quiere interferir con la acción del Comandante, ni imponerle la presencia de los soldados de Muitacu, los cuales dependen del Gobernador. Debe recordarse que las relaciones entre éste y el Comandante Iturriaga no son buenas y que Caulín ha sido nombrado capellán de la expedición.

Luego de su entrevista con Mathias García, Caulín viaja a Múcuras, donde lleva personalmente la contraorden a Ximénez Borrego, quien se encuentra dirigiendo esta misión y la de Atapiriri. Ximénez Borrego tendrá que conformarse con una entrada, con escolta militar, en la margen sur del río Orinoco y la fundación de una segunda misión de Caribes, cerca del río Aro. Cuando Caulín llega a Mucuras y Atapiriri, observa los progresos de ambos pueblos. Atapiriri alberga 200 caribes. La plaza fuerte que los observantes están construyendo en las cabezas del río Pao, tiene ya 20 vecinos, y el Gobernador Espinoza le concedió 4 cañones, 16 fusiles, un quintal de pólvora y dos de metralla. Ximénez Borrego acompaña a Caulín, en abril, al fuerte de Muitacu, para reunirse con la escolta local y efectuar una entrada a una ranchería de infieles, situada cerca de la

confluencia de los ríos Tapaquire y Cachipo, a cuatro leguas de la boca del río Aro. Según Caulín, el jefe de Tapaquire, un caribe de 60 años llamado Arimanaca, acepta conversar con Ximénez Borrego y los soldados encabezados por el capitán Joseph Jurado, hombre muy temido por los indios a causa de su arrojo y crueldad. El factor de intimidación es aquí evidente, pero no surte efecto sobre Arimanaca. Ximénez Borrego presenta a Fr. Pedro Losada al jefe caribe, explicándole que este fraile quiere quedarse a vivir como misionero en el pueblo. Arimanaca se muestra desconfiado y pide un plazo de cuatro meses para decidir al respecto. Según Caulín, los holandeses han convencido al jefe caribe de que, si aceptaba la presencia de un misionero en su pueblo, los españoles encerrarían a los indios por traición en la iglesia y los quemarían. Los frailes y los soldados regresan a Muitacu, con la vaga respuesta del jefe caribe. A pesar de ello, Losada no pierde tiempo en poner a Tapaquire “bajo la advocación de Santiago” mientras el Comisario de Píritu, Mathias García, afirma, en una carta dirigida al Rey el 10 de julio, que este pueblo ya ha sido “fundado”. Según el propio testimonio de Caulín, Tapaquire no llega a durar más de tres o cuatro semanas. El fraile Losada se niega a seguir viviendo allí por falta de escolta y de víveres y abandona el sitio. Este fracaso influye negativamente en los ánimos de los que viven miserablemente en el fuerte de Muitacu y determina a Caulín a establecer otra fundación cerca del fuerte. Para lograrlo, el fraile Ximénez Borrego y la escolta del Capitán Dionisio Grimón se dirigen al sur de la casa fuerte, para conversar con un Caribe cristiano fugitivo, apodado Pedro José Bolívar y capitán de un grupo local de 60 infieles, situado a la orilla de la Quebrada de Caicaraparu y al extremo oriental de los cerros Araguacai, que se extienden en la parte sur de la Casa Fuerte. El Caribe Bolívar había sido capturado, hacía treinta y dos años y en estos mismos cerros, por Fr. J. Jurado, quien lo había bautizado en la misión de Panapotar. Había participado en el incendio

de la misión en 1730 y se había fugado. Tres años más tarde había sido recapturado en los montes y reducido en Santa Bárbara de Currucay, a orillas del río Aragua. Había logrado evadirse nuevamente, buscando refugio en su montaña natal de Araguacai. Allí había permanecido escondido, por espacio de veinte años.

Los observantes logran convencer a Bolívar de recibir un misionero y el “apóstata” acepta mudar sus ranchos a la llanura de Itacúa, a corta distancia de Caicarapuru y a media legua al sur de la Casa Fuerte de Muitacu. El nuevo pueblo, llamado San Francisco Solano del Platanal, queda solemnemente fundado el día 5 de julio de 1755, en presencia de los frailes Caulín, Ximénez Borrego, Cuervo y Gallardo. Ante los soldados de Grimón que disparan las salvas, la Cruz esalzada en honor de San Francisco Solano. Esta misión queda confiada, el año siguiente, al P. Cuervo, quien es nombrado también Presidente de las Conversiones del Orinoco. Los observantes tienen ahora dos misiones en la banda de la Guayana: Guaizaparo y San Francisco Solano del Platanal, mientras que en la banda norte del Orinoco, las misiones de Alapiriri y Mucuras son mantenidas. A raíz de la salida de Ximénez Borrego, la misión de Atapirirí pasa a manos de Fr. Alonso Granda, quien morirá en este mismo sitio, once años más tarde. Múcuras queda a cargo del P. Conde quien, poco después, tendrá graves disgustos con los Caribes.

Fr. José Freyre, asistente de Granda en Atapirirí, es encargado de fundar un nuevo pueblo en la parte de arriba del río Arivi (Aribí) afluente del río Pao. Allí vive refugiado un grupo de Caribes fugitivos de San Joaquín, bajo el mando del “apóstata” Tupepo. José Freyre logra imponer a Tupepo su presencia en Ariví, y coloca el pueblo bajo la advocación de Santa Clara. Antes del mes de julio, trae a la nueva misión una escolta de españoles y algunos cumanagotos fugitivos de la misión de San Mateo; logra conservar a los Caribes en este sitio, pero los cumanagotos y los españoles no permanecen por mucho tiempo. En

una relación posterior del P. Hinistrosa (1767) sólo se menciona una población de 210 caribes en Santa Clara.

Iturriaga llega, el 21 de julio, a Los Castillos de la Guayana, donde la mayoría de los expedicionarios llegan enfermos, víctimas de fiebres malignas que producen muchas bajas en sus filas. (Ramos Pérez, op. cit.). Los sobrevivientes deben afrontar otro grave problema: la escasez de alimentos. En octubre, el Comandante se instala con su oficial Joseph Solano, su Capellán, el observante Antonio Caulín y un pequeño grupo de soldados en la misión caribe de Santa Eulalia de Morocori, donde son recibidos por el misionero Fr. Joseph de Guardia.

Iturriaga desea someter a los Caribes, que siguen controlando el tráfico del río Caroní, tal como le ha sido encargado por el ministro Carvajal, y emprende la campaña con la ayuda de los capuchinos, quienes le suministran bastimento y guías. Solano y Caulín lo acompañan. Desde Morocori, los españoles remontan el río Caroní hasta su confluencia con el Caño Moriche, aguas arriba de la boca del río "Taguachi" (Caruachi). En las riberas del caño, encuentran una numerosa banda de Caribes capitaneados por Tacabapura (o Tacupanera), un fugitivo de las misiones observantes. Este "apóstata" había sido capturado, muchos años antes, por Fr. Fernando Ximénez en los anegadizos del Desparramadero del río Tique (Tigre) y llevado a San Joaquín de Parirí. Acusado de haber participado en el asesinato del Obispo Labrid, en 1729, Tacabapura no había sido ajusticiado. Tal es el personaje con el cual Iturriaga y sus soldados entablan contacto y le ofrecen toda clase de atenciones, si acepta trasladarse con los suyos, al pueblo capuchino de Morocori. En señal de paz, el Comandante entrega a Tacabapura el bastón de Capitán del pueblo.

Las fuerzas españolas siguen remontando el río Caroní hasta los caños Aurapa (hoy: río Urapan y sus tributarios) y el Paso del Invierno (hoy: Paso de Piedad y El Manteco). Los Caribes

transitan por este lugar durante los meses de lluvia y utilizan el río Yuracaruíma, que comunica entre sí los ríos Caroní y Yuruari. Cautín aprovecha esta campaña para acopiar datos y elabora un mapa de los ríos Caroní y Paragua. Este último tiene sus fuentes en una Sierra, entonces llamada de la Parimé (hoy: Pacaraima, al sur de la Gran Sabana), una región que posee fama de tener minas de oro. Los expedicionarios remontan el río Caroní hasta llegar a las islas de Arimnava, próximas a la boca del río Paragua, donde se detienen para recordar, una vez más, a Tumutu Imoacan su incumplida promesa de poblarse bajo la campana. Como emblema de fidelidad a la Corona. Iturriaga le entrega el bastón de Sargento Mayor —o segundo capitán— del pueblo de Morocori.

La expedición regresa a su base de Morocori, acompañada por los dos grupos de infieles que Iturriaga entrega a Fr. Joseph de Guardia. La población caribe de esta misión, convertida en casa fuerte de los españoles, asciende a 355 almas.

A pesar del éxito, las dificultades no tardan en surgir entre Iturriaga y La Guardia. La actuación del Comandante en el río Caroní es autoritaria, con tintes de arbitrariedad y falta de consideración para los frailes. Los nombramientos de nuevas autoridades indígenas en Morocori, significan que Iturriaga desconoce el gobierno interno establecido por el misionero e impone en la misión su propia ley. Morocori, desde antes de la llegada de Iturriaga, tenía por Capitán al Caribe Pattacón, reducido y nombrado por La Guardia. Iturriaga destituye a Pattacón y en su lugar nombra a Tacabapura y al Sargento Mayor Tumutu. Con los dos nuevos jefes caribes, llegan sus respectivas familias a convivir con la gente de Pattacón, que ha sido el fundador de la misión; de este modo, los recién llegados mandan sobre los más antiguos. Esto provoca el resentimiento de las víctimas así como del misionero, quien también se ve privado de sus prerrogativas de gobierno. La gente de Pattacón se amotina y, a finales de año,

se marchan del pueblo. En señal de protesta, La Guardia los acompaña, abandona Morocori a su nuevo jefe Iturriaga y a los grupos de Caribes traídos por el Comandante. El misionero se refugia provisionalmente, con Pattacón y sus Caribes, a un nuevo asiento y rompe todas relaciones con Iturriaga. Furioso a causa de la actitud enérgica del fraile, el Comandante manda perseguir a Pattacón y profiere la amenaza de que “hasta que no dé fin a su casta... no ha de parar”. (A.G. de Simancas. Est. Leg. 7389, fol. 33, *in* Ramos Pérez). Es posible que la misión de Aguacagua, situada aguas abajo sobre la banda oriental del río Caroní, corresponda a una reubicación de la gente de Pattacón, bajo la protección de La Guardia. Desde este momento, la guerra está declarada entre Iturriaga y los frailes.

El Comandante permanece aislado, con un pequeño grupo de españoles, en Morocori y envía destacamentos de vanguardia para iniciar la penetración hacia el Alto Orinoco y el río Negro. Sus dos oficiales. Solano y Alvarado, salen aguas arriba donde van a tropezarse con la resuelta oposición de los jesuítas.

A raíz de los graves problemas surgidos entre los frailes y el jefe de la expedición, éste se ha convertido en un indeseable, pues ha pretendido sustituirse a la autoridad religiosa en aquella misión. Iturriaga pierde, por esta razón, la colaboración de los capuchinos, el valioso suministro de los bastimentos que requiere su expedición, y se encuentra en graves dificultades para sobrevivir en Morocori. Tampoco puede enviar auxilios a los grupos que, bajo el mando de Solano y de Alvarado, remontan el Orinoco. Los capuchinos lo acorralan para que abandone, lo antes posible, al territorio misional.

En Kijkoveral, el temor de Gravesande a la invasión se ha calmado, ya que la expedición de Iturriaga ha empezado a desplazarse Orinoco arriba, hacia el río Negro, sin haber intentado acción alguna contra los holandeses. Gravesande manifiesta su alivio en su Despacho a los Directores, con fecha del 31 de mayo.

Sin embargo, anuncia que las misiones españolas han completado la ocupación de la “Quebrada Iruwary (río Yuruari). la cual, en su opinión, “está en un territorio que pertenece incuestionablemente a la Compañía”. El Comandante del río Esequibo instala en el río Cuyuní un primer puesto holandés de vanguardia, llamado Cajoene, a cargo de un teniente de guarnición, Johannes Neumann, situado a 10 o 12 horas de los asentamientos misioneros, en el gran meandro del río, y en el territorio de los indios Pacanay. Los Pacanay prometen fidelidad a los holandeses contra los españoles, y Gravesande desea utilizar su nueva base para conquistar la cuenca del Cuyuní.

1756

En el mes de febrero, Iturriaga apresa a un Caribe fugitivo, aparentemente uno de los familiares de Pattacón, lo que lleva a su paroxismo el pleito con los capuchinos. Poco después, el Comandante abandona a Morocori, por falta de bastimentos, y desembarca con sus hombres en la vecina misión de Caroní, donde se instala, muy a pesar de los frailes, obligados a soportar su presencia. Fr. Benito de La Garrida, Comisario de las Misiones Capuchinas, explica al Gobernador, en una carta del 8 de julio (A. G. de Simancas, Est. Leg. 7389, fol. 33-34), que Iturriaga mandó a sus soldados a de tener por sorpresa, durante la noche, a dos Caribes (el Capitán y el Teniente de Morocori), los cuales habían aprovechado la partida del Comandante para volver a este pueblo con sus familias.

La Garrida considera que este nuevo atropello constituye una provocación peligrosa y que se ha alterado el ánimo de todos los Caribes contra los españoles y los misioneros. El Comisario se queja también al Gobernador de las requisiciones de víveres y suministros a las que Iturriaga y su gente someten a la misión de Caroní: “nos acaban de comer las subsistencias, nos destruyen las yucas tiernecitas, se han de rayar para mantenerlos, y

abastimentarlos de cazabe y mañoco, y para dar socorro a la otra gente de arriba...” (*ibid.*).

Los turbulentos acontecimientos, provocados por los abusos de poder de Iturriaga, producen un acercamiento entre los capuchinos y el Gobernador. Gual desea librarse de un rival que pretende imponer su ley en la Guayana y los frailes brindan nuevos argumentos para presentar ante la Corte de España.

Iturriaga es un típico representante de la Filosofía de la Ilustración que el Marqués de la Ensenada. Secretario de Estado, ha convertido recientemente en doctrina oficial de la Corona española, con el apoyo del Rey

Fernando VI. El Comandante del Orinoco actúa despóticamente para lograr reformas sociales y eclesiásticas, tal como las que se están operando en España.

En cuanto a los frailes observantes, que tanto han sufrido a causa de la tenaz oposición de Gual, han entablado buenas relaciones con Iturriaga. El principal promotor de esta política es Fr. Antonio Caulín, capellán de la expedición. Es amigo personal del Comandante del río Orinoco, con el cual mantiene firmemente su alianza.

En el mes de mayo, Iturriaga, acompañado por Caulín, incursiona con quince soldados, y más de cuarenta indios flecheros, aguas arriba de los ríos Paragua y Caroní, para recoger algunos de los numerosos negros fugitivos de los holandeses, diseminados a lo largo de estas arterias fluviales. Desean “conservarlos” en las plazas fuertes observantes y utilizarlos en la lucha contra los Caribes. El intento fracasa, e Iturriaga pierde parte de sus embarcaciones.

Ahora que la permanencia del Comandante en los dominios capuchinos se hace insostenible, Caulín le invita a trasladarse con sus fuerzas a la plaza fuerte observante de Muitacu, donde le brinda hospitalidad. Una gran inquietud se manifiesta entre los Caribes ante la llegada de las fuerzas españolas en este sitio,

que representa el centro de su territorio del Orinoco. Apenas llegado Iturriaga, su carácter autoritario provoca fricciones con los frailes observantes encargados del fuerte. El comandante, sin pedir permiso, moviliza a los Caribes de las dos misiones cercanas para construir su propio campamento, denominado Puerto Sano, en la orilla del río. Los misioneros indignados mandan a buscar a los Caribes que Iturriaga se ha llevado para devolverlos a sus misiones de Guaizaparo y Platanal. Esta pugna, dentro de las filas españolas, produce un clima anárquico, y provoca cierta agitación entre los Caribes. Caulín se esfuerza en arreglar el desagradable incidente, deseoso de mantener, a todo costo, su estratégica alianza con el Comandante.

En Guaizaparo, los ánimos están caldeados y los Caribes se aprovechan de las desavenencias entre Iturriaga y los frailes. Una trifulca estalla entre un Caribe, Caparuari, y dos misioneros jóvenes, Francisco Gouvea Pintos y Pascual de Villamea, recién llegados de España. Gouvea, ayudado por Villamea, arremete contra Caparuari con un cuchillo y lo mata. Cunde el pánico en el pueblo y los Caribes, aterrorizados, emprenden la fuga.

Este grave incidente provoca un escándalo que el Capitán Dionisio Díaz Grimón, jefe de la escolta del Gobernador Mateo Gual en Muitacu, denuncia en un informe detallado al mismo Gobernador, pero los frailes acusados se declaran calumniados por el Capitán. Gual despacha a la Casa Fuerte a Don Miguel de Aguila, Teniente de la escolta de El Pao, la otra plaza fuerte observante, con orden de averiguar lo ocurrido y de levantar un expediente (AGI, Santo Domingo, 644, y AGI, Caracas, 127). El Gobernador, cuya mala voluntad contra los observantes es notoria, actúa severamente y ordena la remisión inmediata a España de los dos inculpados. Sin embargo, Gouvea logra burlar su escolta, se fuga en el camino de Cumaná y escapa al juicio que le espera.

Mientras que los intentos observantes de reducción caribe en la banda sur del río Orinoco se derrumban con la desaparición de Guaizaparo, los frailes tratan de compensar esta desgracia y fundan una nueva aldea caribe. Nuestra Señora del Cari, en las cabeceras del río del mismo nombre. Congregan allí la numerosa población infiel esparcida por las orillas del río y de sus afluentes, los caños La Canoa, La Piedra y Choapari, procedentes de los morichales de la Mesa de Guanipa. Esta fundación se fortifica con 4 cañones y una pequeña milicia de españoles.

1757

Año decisivo en la conquista del río Orinoco y de la Guayana. El poder del Comandante Iturriaga logra imponerse. El celoso Gobernador de Cumaná y Guayana, Mateo Gual, que ha causado muchos estorbos a Iturriaga, es destituido y reemplazado por Nicolás de Castro, un hombre dispuesto a colaborar. El Comandante y el nuevo Gobernador unifican sus fuerzas para dotar al río Orinoco de una mejor plaza fuerte. Acondicionan lo mejor posible los Castillos de Santo Tomás, clave de la defensa española. El fuerte de San Francisco es reforzado con cuatro cañones de hierro, mientras la antigua artillería es trasladada al nuevo castillo de El Padrastró. Ambos hombres se esfuerzan en transformar el miserable presidio de Los Castillos, pomposamente llamado Ciudad de Guayana, en un auténtico símbolo del nuevo poder español. Para acabar con la pobreza de los pobladores. Castro toma una serie de medidas. Trae subsidios, víveres y ganado, así como nuevos pobladores desde Cumaná y Barcelona, con los cuales trata de vencer la tradicional indolencia de los moradores de Santo Tomás. Se inicia un sorprendente despliegue de actividades; se construyen hornos de cal, se instala una alfarería y otras industrias, se desbroza el monte alrededor de la plaza fuerte para hacer conucos y se construyen ranchos de palmas para alojar a los nuevos colonos.

Mientras tanto, los Capuchinos multiplican sus incursiones entre la Sierra de Imataca y el río Esequibo, y capturan a muchos Caribes, que reducen en una nueva misión, Guasipati. Esta campaña constituye otra etapa en su presión contra el fuerte holandés de Cajoene, que trata de sostenerse en el bajo Cuyuní.

Las señales persistentes del despertar español mantienen a Gravesande en zozobra e inquietan a los Caribes que las observan con gran atención, no sólo en Santo Tomé de la Guayana, sino en los prósperos hatos guayaneses de los capuchinos y en la Casa Fuerte de Muitacu, ubicada en el centro del territorio Caribe. Todo indica que los hispanos ya son capaces de imponer en breve plazo un control efectivo sobre el río Orinoco y la Guayana. Gravesande envía al Orinoco a sus “comerciantes itinerantes” para discutir con los Caribes esta situación y les convence de adoptar una estrategia de repliegue ante la amenaza española, de abandonar el río Orinoco y de adentrarse en los bosques de los ríos Aruí, Catira, Merevari y Paragua, desde los cuales intensificaran su comunicación fluvial con el río Uraricoera y las cabeceras de los ríos Mazaruni y Rupununi.

Algunos Caribes se reagrupan en estas últimas zonas, frecuentadas por los mineros holandeses, y obtienen su apoyo para continuar la lucha. La retirada general de los Caribes de la Guayana Española, concuerda con los planes de Gravesande, quien acoge con beneplácito la llegada de los emigrados al Rupununi.

Fr. Antonio Cautín presencia el desamparo masivo de los indios, desde la casa fuerte de Muitacu. Hace varias semanas que el fraile viene notando señales extrañas en la conducta de los indios, que cruzan mensajeros y espías de misión a misión, hacen preguntas, observaciones y celebran grandes fiestas y embriagueces. El 8 de mayo, llega a Muitacu la noticia de la fuga general de los Caribes en la única misión observante de la banda sur (Solano de Platanal) y en las cuatro aldeas cercanas al río

Orinoco, en la banda norte (Múcuras, Alapirirí, Santa Clara de Aribí y El Cari). Cautín está solo en la Casa Fuerte, con dos soldados y la familia del Capitán Díaz Grimón. Los fugitivos le roban su bajel, de modo que no puede cruzar el río Orinoco para dar aviso, ni perseguir a los prófugos. Un indio fiel le explica que los Caribes huyen a sugerencia de unos traficantes holandeses que han llegado al río Catira y les han provisto de armas y municiones. Los fugitivos se retiran hacia el suroeste; hacen escala en el río Paragua, en casa de su allegado Uraparena, donde se proveen de bastimentos para continuar la marcha; cruzan por tierra, hacia la cuenca de la Parima (Uraricuera), llegan al río Rupununi y a la montaña de Canuco, el centro minero holandés, situado a más de ciento cincuenta leguas del lugar de origen de los fugitivos. Allí se encuentran con Maracayan, el rebelde prófugo de la misión de Cunuri, y se reagrupan en torno a él.

El refugio caribe de Canuco será reforzado, en los siguientes meses, por nuevas olas migratorias, procedentes de las rancherías caribes independientes de los ríos Orinoco, Catira, Puruey, Cari, Pao, Caroní y Paragua.

En el mapa que Cautín establece, en esa época, se destaca la presencia de un importante núcleo de Caribes, evidentemente refugiados, en las cabeceras de los ríos Uraricoera y Catira. Otro bastión infiel, llamado Quiriquiripa, permanece escondido en los montes entre los ríos Arui (Aro) y Caura, donde se mantendrá hasta 1771, cuando será finalmente reducido por las tropas del Gobernador Centurión.

En el río Orinoco se produce, de repente, un inquietante vacío que deja sorprendidos a los españoles de Santo Tomé. Estos ya no son acosados por el corso de las piraguas y quedan libres de establecer una navegación regular por el río, mejoran su comercio y su abastecimiento.

1758

Las misiones caribes de los observantes, abandonadas en ambas bandas del Orinoco, son repobladas gracias a Iturriaga, cuya tropa ha logrado perseguir y recapturar a diversos grupos fugitivos. En febrero, el Comandante comunica esta buena noticia a Cautín, quien se encuentra en Caracas. Expresa que “los pueblos de misiones del río Orinoco han recobrado vida y que los indios recapturados han reanudado sus trabajos de labranzas”. Las aldeas de reducción de la banda sur, Guaizaparo y Solano de Platanal, son reubicadas en la ribera sur de la Vuelta del Torno, cerca del Raudal de Camiseta y en la boca del Caño Marapiche. Pedro José Bolívar, jefe de Platanal, ha sido recapturado y se convierte en el Capitán del pueblo de Solano, donde permanecerá hasta su muerte en 1785.

A fines del año, Iturriaga despacha una fuerza por el río Caura, allana los montes situados en este río y el Cuchivero, y funda allí a principios del año siguiente, en la Cuenca del Aro, el fuerte de Real Corona, donde traslada algunas familias desde Cumaná y la Isla de Margarita. El fuerte logra controlar el tráfico caribe que persiste en esta zona.

En el río Cuyuní, Gravesande hace unos débiles intentos por mantener sus posiciones pero el Comandante del fuerte de la Guayana, Félix Perreras, despacha allí una fuerza, reforzada con indios de la milicia capuchina.

Para prevenir las incursiones caribes, procedentes de la región comprendida entre el Esequibo y la Sierra de Imataca, esta tropa de cien hombres hace una expedición al río Cuyuní, con el objeto de destruir el puesto de comercio holandés de Cajoene.

Los capuchinos comienzan a utilizar a los indios Guaica (Akawai), reducidos en sus misiones de Ayma, Avechica, Aguacagua y la Divina Pastora del Yuruari, como “indios de pelea”, contra los Caribes, lo que provoca el resentimiento de estos

últimos contra los akawai infieles, cuyos grupos numerosos viven en las cuencas del río Cuyuní, Venamo y Mazaruni.

Gravesande reíala, en su despacho del 8 de setiembre a los Directores de la Compañía Holandesa de Indias Occidentales, que un grupo de Caribes han bajado, huyendo, por el río Cuyuní, hasta las plantaciones holandesas de índigo, situadas en el curso inferior del mismo. Los fugitivos le han notificado que Cajoene y sus alrededores habían sido arrasados. El teniente de la plaza, con su asistente criollo y su familia, han sido capturados por los españoles. Eso constituye la réplica de los capuchinos pro la destrucción de su propio fuerte de Curumo, en 1750.

Poco después, los soldados españoles extienden sus ataques a tres puestos establecidos por Gravesande en los ríos Waini, Guainia y Maruca (Moroco), y en la confluencia Mazaruni-Rupununi, allanan sus alrededores y capturan a muchos Caribes. Gravesande asiste, impotente, a la instalación de un fuerte hispano en el río Maruca, y se indigna por la “agresión realizada en tiempos de paz entre los Estados Holandeses y España, violando todos los tratados existentes”. Escribe, a este respecto, una serie de despachos a los Directores de la Compañía, tratando, una vez más, de provocar una enérgica reacción frente a España. La Compañía mantiene su inquebrantable actitud de cautela y circunspección, para no verse envuelta en dificultades con el gobierno de su propia nación, que desea respetar a toda costa la paz de Westfalia, firmada con el Rey Católico. Más que nunca, Gravesande se siente desamparado e indefenso, al darse cuenta hasta qué punto los colonos del Esequibo carecen del respaldo de la metrópoli. ¡Desprovisto de milicia, se encuentra abandonado a su suerte y no encuentra a nadie que esté interesado en violar las cláusulas del tratado de Münster, logrado por los holandeses en 1648, en tiempos de Mendoza La Hoz y de Groenwegen. Aislado en un rincón olvidado de América, Gravesande no logra ningún apoyo para sus ambiciones personales. Al perder

su fortín del río Cuyuní, carece de fuerzas para reinstalarlo, y le harán falta no menos de ocho años, para fundar allí un nuevo puesto comercial. Consciente de su debilidad total, se limita a escribir al Comandante del Orinoco, el 30 de setiembre, pidiéndole “la compensación de los daños y la devolución de los prisioneros”. Mantiene la tesis falsa de que la plaza destruida estaba en la jurisdicción de la Compañía Holandesa de Indias y arguye que los españoles no habían protestado, hasta entonces, por esa fundación. Su carta es remitida por Iturriaga al Gobernador Nicolás de Castro, quien la contesta el 10 de noviembre, en términos corteses, pero prudentes, explicándole a Gravesande que los prisioneros “fueron sorprendidos cuando se dedicaban al tráfico de esclavos en una Isla del río Cuyuní, la cual pertenece al Rey de España” y que, por consiguiente, él no puede devolverlos sin haber recibido previamente órdenes del Rey a este respecto. Mientras tanto, los soldados y frailes españoles patrullan la región, desde su base de Maruca (Moroco).

1759

Gravesande presiona a la Compañía de Indias para decidirla a emprender, por lo menos, una acción diplomática ante la Corte de Madrid e insiste en pedir refuerzos de milicias, pólvora y armas para defender la colonia. En julio, escribe también a Juan de Dios Valdés, el Comandante de Los Castillos de Guayana, quien le devuelve la carta sin haberla abierto.

Para convencer a la Cámara de Zelanda de que el río Cuyuní pertenece a la colonia holandesa del Esequibo, Gravesande afirma que el Cuyuní “no es más que uno de los tres brazos de este río Esequibo” y agrega “si los españoles toman posesión de aquel, los tenemos en el corazón de la colonia”. (Despacho, 24-1-1759).

En septiembre, el Comandante escribe a los Directores, explicándoles que sus colonos tienen siembras de índigo y café a la orilla del río Cuyuní y que los mineros holandeses trabajan,

sin oposición española, en la Montaña Azul, donde nace el río Waini. Estos sitios corresponden al valle inferior del río Cuyuní. Este despacho de Gravesande evidencia su escaso conocimiento de la geografía del río. Se limita a indicar vagamente que la plaza arrasada estaba situada “a 15 horas más o menos” aguas arriba de la confluencia Cuyuní-Mazaruni, y expresa su opinión personal de que “la línea fronteriza debería extenderse hacia el oeste, hasta el río Waini o, incluso, hasta el río Barima”.

En su cautelosa comunicación del 3 de diciembre, la Cámara de Zelanda expresa la necesidad de obtener nociones precisas sobre la geografía de la zona codiciada por Gravesande, y pide un mapa del río Cuyuní, mostrando la ubicación de las plantaciones, de las minas de la Montaña Azul y del fuerte holandés destruido. El Comandante del Esequibo no dispone de un agrimensor y no ha hecho levantamientos. Se declara incapaz de enviar el mapa solicitado y arguye que “el tiempo es demasiado corto”, por lo que pide a los Directores estudiar el mapa de América del Sur, editado por d’Auville. El referido mapa es de escala muy grande y carece absolutamente de datos exactos sobre la región.

Los Directores de la Compañía, en su respuesta, refutan la inferencia poco convincente de Gravesande, de que el curso inferior del río Cuyuní sea jurisdicción holandesa, desde la longitud del río Waini (donde Gravesande tiene un puesto de comercio) hacia el oeste pues, hasta donde llegan los conocimientos de los Directores “no existen convenciones de que las líneas fronterizas en América del Sur corran en línea recta desde la costa hasta la tierra adentro, como es el caso de las líneas de frontera de las colonias inglesas de América del Norte”. Se nota la total falta de interés de la Compañía en anexarse, como lo propone Gravesande, la cuenca del río Cuyuní, en flagrante violación de la paz de Westfalia con la Corona española. Los Directores expresan que les gustaría saber cuáles son los motivos de Gravesande para fijar

esos límites a su colonia. Los Estados holandeses, según le explican, han presentado la recriminación sobre la destrucción del fuerte ante la Corte de España, pero no esperan nada decisivo en vista de la muerte del Rey Fernando y la ascensión al trono de Carlos III. Recuerdan, además, al exaltado Comandante que él no puede tomar ninguna represalia contra los españoles, aun cuando esté justificada, sin órdenes expresas de los Estados.

Gravesande sigue luchando durante varios meses para convencer a su Compañía de la necesidad de conquistar el río Cuyuní, donde los capuchinos practican libremente sus entradas a los Caribes, e insiste en su tesis “irrefutable” aun cuando carente de pruebas, de que el Cuyuní “no es un río separado, sino una parte verdadera del río Esequibo, que es dividido en tres brazos, de 8 a 10 millas arriba del Fuerte Zelandia” y que “ha estado en posesión de la Compañía por muchos años”.

La única solución para Gravesande, quien se siente defraudado en su ansia de venganza, es incitar a los Caribes a aumentar sus guerrillas contra las misiones capuchinas, sin quedar implicado directamente en el asunto, ni vanagloriarse de ello en su correspondencia con los Directores. Los Capuchinos mantienen constantemente su milicia en el río Cuyuní, donde arrasan las rancherías rebeldes y se llevan a los Caribes a la Guayana. Estos toman represalias en el Orinoco, atacando barcos españoles, y estorban el tráfico normal por el río.

Maracayán, el Caribe fugitivo (desde 1750) de la misión de Cunuri, es instigado por los agentes de Gravesande a incursionar en las misiones. Sale de su refugio de la Montaña de Canuco, llega al río Caroní, ataca Murucurí y libera a sus allegados, reducidos en esta misión. Una gran parte de estos, encabezados por Tumutu Imoacan, el segundo capitán del pueblo, se fugan y acompañan a Maracayán al bastión de Canuco. De paso por la misión de Avechica, los prófugos la queman y matan a los indios Waica (Akavvai) que viven en ella, como venganza por su activa

participación en las incursiones armadas contra los Caribes del río Cuyuní.

En este año, Castro deja en manos de Diguja la Gobernación de Cumaná y Guayana. El nuevo gobernador es ambicioso y trata de imponer su autoridad sobre el río Orinoco, en competencia con Iturriaga. Trae familias de Barcelona y Cumaná para fortalecer el pueblo de Santo Tomé de la Guayana, pero los nuevos colonos se quejan de las condiciones insalubres de la población. Iturriaga fortifica el “Puerto Sano” en la ribera del Orinoco, a poca distancia de Muitacu, rebautizado como “Ciudad Real”. El nuevo fuerte queda a cargo del Capitán Poblador Francisco Quico y vigila constantemente el tráfico de bajeles en el Orinoco.

El Comandante Iturriaga manifiesta su desacuerdo con el plan de Diguja relativo al fortalecimiento del Fortín de Santo Tomé, cuyas condiciones topográficas y sanitarias son desfavorables, y comienza a pensar en la conveniencia de mudarlo a otro sitio.

El acceso de Carlos III al trono de España constituye, para Iturriaga, una garantía de firme respaldo a su política reformista y autoritaria. Carlos III, durante las tres décadas de su reinado, se va a convertir en la encarnación española del Despotismo Ilustrado, hará triunfar de manera definitiva las modernas tendencias filosóficas e impondrá una política reformadora de Soberano Absoluto sobre los terratenientes feudales.

Los Caribes, dispersos en el territorio comprendido entre las colonias holandesas y las misiones catalanas, han intensificado sus ataques contra las últimas, atendiendo a los consejos de los agentes itinerantes de Gravesande. Los capuchinos obtienen de Juan de Dios Valdés, comandante de los Castillos de Guayana, su colaboración en las represalias contra los holandeses. Una tropa de 10 soldados, al mando de Juan de Dios González de Flores, se embarca, navega aguas abajo por el Orinoco, sale al mar y llega a

la boca del río Barima, donde allanan un puesto de contrabando donde convivían holandeses. Caribes, filibusteros franceses, e incluso, algunos desertores españoles. Desde las bases de Barima y Momea, aumentan las operaciones de vigilancia españolas en la inquieta zona costera que se extiende del Orinoco al Esequibo.

1760

Ilurriaga, en su cuartel general de Puerto Sano, próximo a Muitacu, recibe noticias de que los Caribes preparan, desde sus reductos de los ríos Caura, Arui y Paragua, una ofensiva contra las nuevas plazas españolas de Ciudad Real y Real Corona, y tratan de volver al río Orinoco. Existen indicios de movimientos incsiánicos e Iturriaga menciona, en una de sus cartas (Arch. Gen. Simancas, Estado. Leg. 7396. fol. 129) que surgen, entre los Caribes, diversos jefes que se proclaman “Rey de los Caribes” o “Rey del Orinoco”. Además, los corsarios caribes azotan las rancherías de otras tribus, y hacen prisioneros para venderlos como esclavos a los holandeses.

Ilurriaga decide conquistar esos reductos, envía una fuerza de 12 hombres al río Arui y otra, también de 12 soldados, al Caura, con orden de reunirse en los montes intermedios. Estos hombres logran sorprender a los Caribes, allanan todas las rancherías y capturan numerosos prisioneros que entregan a los observantes de Píritu, para distribuirlos entre las misiones ya existentes.

El éxito de los españoles provoca el pánico y acelera el movimiento de éxodo en la Banda Sur del Orinoco, donde sólo permanece un grupo de Caribes, llamado Quiriquiripa, que se mantiene escondido en los montes.

La impresionante soledad que los Caribes dejan en la región del Orinoco, paraliza el programa observante de conquista, pues no quedan almas que cosechar para las misiones. Una fastidiosa paz invade las aldeas, donde los frailes de Píritu se limitan

a vigilar celosamente el rebaño de tres mil quinientos Caribes que permanecen en sus aldeas. Las guerrillas se han alejado de la región, desplazándose al este de la Sierra de Imataca, y concentrándose contra las misiones del Yuruari, donde los frailes catalanes fortifican apresuradamente sus misiones.

1761

José Diguja, el nuevo Gobernador de Guayana, efectúa un viaje de inspección a través de los territorios de su Gobernación, elabora un informe, levanta un excelente mapa, donde ubica los últimos reductos caribes y envía estos documentos a España el año siguiente. El Gobernador observa que ya no merodean los Caribes en el río Orinoco y que la navegación de los españoles se efectúa sin la amenaza constante de sus piraguas. Eso permite abastecer con facilidad a Los Castillos de Guayana. Esta población tiene 66 ranchos y 535 vecinos, incluyendo 113 esclavos negros, sin contar la guarnición de 100 hombres. Liberados del acecho caribe, los vecinos salen libremente a los montes vecinos, donde ya existen treinta conucos que producen legumbres, frutas, cacao y caña. Elaboran papelón y aguardiente y crían 1.800 cabezas de ganado. Estas informaciones de Diguja nos confirman las benéficas consecuencias de la emigración caribe de 1757.

El Gobernador aprovecha su viaje para emprender una operación de limpieza en la Costa de Paria, el Bajo Guarapiche (hoy: río San Juan), el Desparramadero del Tique y el río Manamo, regiones deltananas del Orinoco donde los filibusteros franceses continúan su contrabando y ejercen su influencia subversiva sobre los Caribes. Diguja destruye sus instalaciones, pero el autocrático Iturriaga, Comandante del Orinoco, no ve con buenos ojos esas actividades competitivas del gobernador de Cumaná. Celoso de conservar su poder en el Orinoco, decide librar a esta región de la tutela cumanesa y recomienda a la Corte de España, la promoción de Guayana como provincia autónoma, bajo la jurisdicción

del lejano Virreinato de Santa Fe de Bogotá. El Comandante propone además, la mudanza de la Ciudad de Santo Tomé de la Guayana al sitio de la Angostura del río Orinoco. Esta sugerencia se basa en un informe técnico, solicitado por el propio Iturriaga a su oficial, el ingeniero Joseph Solano, quien acaba de conquistar el Alto Orinoco y el río Negro, y goza de la mayor confianza de su jefe. Solano recomienda abandonar el sitio de los Castillos, a causa de su vulnerabilidad. Los puntos de vista de Iturriaga y Solano contradicen los del Gobernador Diguja, quien insiste en consolidar la “ciudad” de Guayana en Los Castillos.

La expedición de Iturriaga al río Orinoco, habiendo cumplido su misión de conquista, vuelve a España, pero el mismo Iturriaga permanece en las Indias, como Comandante de las nuevas fundaciones del Orinoco y del río Negro, hasta su muerte, en 1766. Durante este período, crece la influencia política de Joseph Solano.

1762

En la metrópoli, los consejeros reformistas de Carlos III, el Déspota Ilustrado, luchan por limitar el poder eclesiástico, sujetar las órdenes religiosas a la autoridad de la Corona y reducir las inmensas propiedades de la Iglesia, a beneficio de las arcas del tesoro real. Iturriaga y Solano están decididos a aplicar esta política en la Guayana, y a no permitir que las órdenes misioneras sigan actuando de un modo autónomo en sus latifundios, escapando al control civil.

Iturriaga y Solano gozan de mucho prestigio ante la Corte, a raíz de sus éxitos sorprendentes en el Orinoco y obtienen sin dificultad el respaldo real a sus ambiciosos proyectos de desarrollo agrícola y pecuario, y de centralización administrativa. La creación de la Provincia de Guayana independiente de Cumaná, queda aprobada, y el Virreinato de Santa Fe no tarda en nombrar a Joaquín Moreno. Comandante de la misma. Las ambiciones

personales del Gobernador Diguja en Guayana quedan frustradas y la influencia de Iturriaga, considerablemente fortalecida. Esto representa un fuerte golpe para los capuchinos, quienes se han convertido, junto con los jesuitas, en los enemigos principales del Comandante del Orinoco. Los frailes catalanes manifiestan abiertamente su desacuerdo con la orden real de mudar la Ciudad de la Guayana a la Angostura, un sitio que se encuentra muy lejos de sus misiones. Iturriaga insiste y obtiene una segunda orden del Rey, ordenando a los frailes someterse a la decisión y mudar su próspero pueblo de Suay, cabeza de las misiones del Caroní, al sitio de la Angostura. La intención de Iturriaga es evidente: se trata de debilitar el poder de los frailes, descentralizar su administración, alejando considerablemente la sede de su gobierno, con respecto a sus hatos y haciendas del río Caroní y ejercer, desde Angostura, el control directo de la Corona. Los misioneros presentan una serie de protestas ante la Corte, explican su voluntad de proseguir la conquista de la Guayana oriental hasta el río Esequibo. Esto es el motivo principal de su oposición al traslado de Santo Tomás a la Angostura. Mientras tanto, se esfuerzan en ganar el apoyo del nuevo Gobernador de Guayana, el Comandante Joaquín Moreno. Los Caribes reaccionan, multiplicando sus incursiones contra los pueblos catalanes, donde los frailes se fortifican y viven en pie de guerra. Según Diguja, cada misión se ha convertido en una plaza fuerte donde, junto a la casa del misionero y a la iglesia, se yergue un torreón de madera y barro, cubierto de paja y protegido con una cerca de estacas.

1763

Los capuchinos intensifican sus allanamientos a los bastiones caribes y holandeses entre el brazo Imataca del río Orinoco y el río Esequibo, con el eficiente apoyo de sus milicias de isleños canarios y sus flecheros Guaicas (Akawai). La población de las aldeas de reducción aumenta con el cuantioso acopio de

los prisioneros, se funda la nueva misión de Caruachi, a la orilla del río Caroní, y se retardan los planes oficiales de Iturriaga y de Solano relativos al traslado de la Ciudad de Guayana. Adelantándose a un posible acuerdo entre los frailes y Joaquín Moreno, Iturriaga busca un contrapeso al poder de este último y pide a España el nombramiento de Joseph Solano como “Capitán General de las provincias de Venezuela contiguas a la Guayana”. Según esta solicitud, Solano tendría el privilegio exclusivo de resolver el traslado de la “Ciudad de Guayana”, en caso de cualquier duda. La Corte sigue apoyando la causa de Iturriaga y la solicitud queda aprobada por Carlos III, el 23 de Julio.

En este mismo año, los observantes del Orinoco logran capturar en la banda del río, algunos Caribes fugitivos de sus misiones y los someten en una nueva aldea, Guaicupa, situada a tres leguas del fortín de El Pao, y a orillas del río del mismo nombre, que desemboca frente a Muitacu.

1764

Desde febrero, y bajo la supervisión de Solano, se comienza a construir casas en la Angostura del río Orinoco. En agosto, el Gobernador Moreno informa a la Corte de España que la ciudad de Guayana ha sido trasladada desde el sitio de Los Castillos, pero explica que carece de recursos para adelantar la construcción de viviendas, ya que debe pedir subsidios a los habitantes.

Desde el río Esequibo, el Comandante Gravesande pide, y, por fin, obtiene de la Compañía Holandesa de Indias Occidentales, una fuerza de treinta soldados para restablecer, en el río Cuyuní, el fuerte que los capuchinos han destruido desde hace años. Esta guarnición llega al fuerte de Zelanda, cuartel general de la Colonia, pero, para desgracia de Gravesande, un levantamiento de esclavos negros estalla en la colonia holandesa de Berbice y mantiene ocupados los soldados durante tres años. De este modo, la fundación del nuevo fortín queda postergada,

mientras los capuchinos prosiguen sus incursiones contra los Caribes y se acercan a las plantaciones holandesas. En abril, Gravesande recibe, en el Fuerte de Zelanda, la visita de un grupo de más de mil Caribes, oriundos del Alto Mazaruni y se sorprende por la alta población, oriunda del río Orinoco, que se acaba de establecer en este río. Les entrega rifles, pólvora y perdigones y los envía a Berbice para sofocar la rebelión de los esclavos; esperando una mejor oportunidad para asignarles la defensa del río Cuyuní contra los capuchinos. En el mes de mayo, envía a los Directores de Indias una “Breve Memoria sobre los Puestos de Comercio de la Colonia” en la que aparece un nuevo argumento para la conquista holandesa del Cuyuní: la tradición india del fabuloso Lago Parima, o El Dorado. Según Gravesande, el río Cuyuní y el río Mazaruni tendrían sus fuentes en un gran lago, o mar interior, situado entre altas montañas, pobladas por los indios. Estos habrían masacrado las expediciones españolas que intentaban su conquista; agrega que no se sabe si este lago es el Parima o el Cassipa. Asegura, en varios despachos enviados a los Directores de la Compañía de Indias, que el río Cuyuní está “lleno de minas”, según testimonio de los indios, y se declara tan convencido de ello como de su propia existencia.

El nuevo Gobernador de Guayana, Joaquín Moreno, envía un emisario a Gravesande ofreciéndole permitir el libre comercio entre Angostura y el río Esequibo. El Gobernador holandés se entera entonces de los grandes cambios habidos en el río Orinoco, e informa a la Compañía sobre el desmantelamiento del “villorrio del Orinoco” y la construcción de la nueva Ciudad de Angostura.

1765

En el mes de octubre, llegan fondos de las Cajas Reales, con los cuales se reanuda la construcción de las casas en la Angostura. El latente conflicto de autoridad entre Moreno y Solano se

agudiza, mientras que los frailes continúan maniobrando para librarse de la tutela de las autoridades civiles. La jurisdicción de Santa Fe de Bogotá sobre la Guayana es puesta en tela de juicio en España, donde muchas intrigas tratan de derrocar a Solano. Una vez más. Iturriaga logra el apoyo de la Corte, impone su autoridad y la de su lugar teniente, y obtiene la sustitución de Joaquín Moreno por Juan Manuel Centurión, un hombre enérgico, autoritario y plenamente identificado con la política reformista. Centurión demuestra ser todavía más despótico que Iturriaga: acelera el ritmo de las obras en la Angostura, ataca de frente el rebelde poder capuchino e interviene en los asuntos internos de las misiones, imponiendo en ellas la tutela del poder civil. Los frailes persisten, sin embargo, en no acatar la orden de mudar a Suay, la capital de sus misiones, al sitio de la Angostura, y luchan en dos frentes: contra la autoridad de la Corte española y contra las incesantes guerrillas caribes, que convergen desde los ríos Aquire, Barima, Cuyuní, Mazaruni y Rupununi para hostigar sus misiones. Han organizado firmemente a los Guaica que han reducido, en eficientes cuadrillas de combate contra los Caribes. Mientras tanto, aquellos Guaica que permanecen infieles, en los montes de los ríos Barima. Waini, Cuyuní y Venamo, entran en guerra en el mes de junio, contra sus vecinos los Caribes. Esta circunstancia es aprovechada al máximo por los frailes.

El 13 de agosto, Gravesande recibe la noticia de esta guerra akawai-caribe que paraliza sus actividades mercantiles, sirve a los planes capuchinos de conquista y siembra el caos en las milicias caribes de los holandeses. Gravesande se queja amargamente de la intervención de los frailes. Los Caribes del Alto Mazaruni acuden en agosto al Fuerte de Zelanda, pidiendo armas contra los akawai. Esto constituye otro serio problema para el Comandante, que no desea verse envuelto en la guerra y se esfuerza en conservar su neutralidad, pues no le interesa

provocar represalias de los Guaica (Akawai) contra su colonia. Esa prudente actitud le resulta fatal, pues daña su prestigio ante los Caribes, que no comprenden este abandono después de haber servido incondicionalmente a los holandeses contra los españoles durante tantos años. El puesto holandés de Arinda, en el río Rupununi, se ve rodeado por bandas que exigen, en vano, armas y municiones, pero Gravesande no las atiende. Envía un espía hacia las aldeas capuchinas del Yuruari y obtiene la confirmación de que los misioneros entrenan a los Guaica para la guerra y les suministran armas. El espía encuentra, en una misión, uno de los holandeses apresados en el fuerte de Caojene. Se trata de un llamado Ariaen, que le informa sobre el proyecto capuchino de avanzar hacia el este y fundar una nueva misión de Caribes entre los ríos Cuyuní y Mazaruni.

Una vez más, el Comandante del Esequibo denuncia, con vehemencia, las actividades capuchinas a los indiferentes Directores de la Compañía. En un despacho fechado el 13 de agosto, les advierte que se verá obligado a oponerse con la violencia y que ha apresarlo unos indios espías de los frailes.

1766

La muerte de Iturriaga, en la isla de Margarita, deja en la historia un nombre estrechamente asociado a la conquista del Orinoco.

El rey Carlos III no hace caso de las exigencias de los capuchinos y ratifica la subordinación de la Provincia de Guayana al Virreinato de Bogotá. El micro Gobernador, Centurión, adelanta enérgicamente la construcción de la Angostura y actúa con mano de hierro para doblegar a los frailes. Saca la población indígena de cuatro misiones y la concentra en dos lugares, Monte Carmelo y Santa Ana, situados al oeste del Caroní, fuera del territorio ocupado por los capuchinos. No vacila en competir con los religiosos en el propio campo misional, y realiza, con la tropa

de Angostura, varias incursiones a las rancherías de infieles, para fundar sus propios pueblos de reducción en las inmediaciones de Angostura, región que los capuchinos se niegan a poblar. El Gobernador de la Guayana recoge, de este modo. 1.170 indios guaraúnos, mediante entradas a la región de Mamo y del Delta del Orinoco y erige con ellos los pueblos de Orocopiche, Maníanla y Buenavista, bajo la supervisión directa de su gobierno. Este acontecimiento señala un proceso irreversible: la decadencia del sistema de las misiones feudales y el surgimiento de un eficiente poder civil, centralizado en la Angostura, para la continuación de la Conquista.

Mientras tanto, el Comandante del Esequibo logra, por fin, reinstalar su anhelada casa fuerte en el río Cuyuní. Encarga a un cabo, Pierre Martin, la fundación de la misma en una isla del río, llamada Tocopalli, pero en los últimos días del año, Martín se enferma y desampara el sitio. El fortín es mudado, poco después, a otro sitio del Bajo Cuyuní, frente a los raudales de Tonoma.

La guerra akawai-caribe, instigada por los capuchinos, sigue causando estragos en los dominios de Gravesande. Los Caribes están resentidos contra los holandeses que les niegan su ayuda y Gravesande ya no puede utilizarlos para incursionar contra las misiones. Los pocos Caribes congregados en el nuevo fortín del bajo Cuyuní se niegan a colaborar con el cabo holandés. El 27 de junio, Gravesande pide urgentemente a los Directores de la Compañía que le envíen más soldados para sostener ese sitio, pero éstos se niegan. El mantenimiento del Tonoma es problemático.

1767

Los capuchinos, con la ayuda de los Guaica, acentúan sus operaciones en el río Cuyuní, donde capturan nuevos grupos caribes y fundan con ellos la misión-fortaleza de Cunamo, nuevo baluarte en su avance hacia la colonia holandesa.

En este mismo año, una pragmática del Rey Carlos III expulsa a los jesuítas de los dominios de España y, en particular, del río Orinoco. Los jesuítas han presentado, en años recientes, una fuerte oposición a la penetración de Solano en las regiones vírgenes del Alto Orinoco. Su expulsión es la señal del triunfo de la filosofía de la Ilustración en España y la culminación de la polémica anticlerical. Los consejeros del Rey, como el Conde de Aranda, Floridablanca y Campomanes, intensifican las reformas, luchan contra la autonomía, las inmunidades y los privilegios eclesiásticos, instauran un nuevo orden jurídico y legislativo y promueven la renovación del ámbito económico. Centurión y Solano, como partidarios entusiastas de las nuevas ideas, van a ponerlas en práctica desde su flamante capital de la Angostura. Centurión se convierte en el nuevo Déspota Ilustrado del Orinoco. En el lapso de pocos años, demuestra su capacidad de intervención en los latifundios de los frailes. Logra un notable auge político y económico, desarrolla una agricultura racional en Angostura, rechaza de modo definitivo las guerrillas caribes y limpia, con tropas bien equipadas y adiestradas, sus últimos reductos.

Durante el decenio de su dinámico gobierno, Manuel Centurión va a imponer su control sobre las grandes arterias del tráfico caribe y holandés. A pesar del abandono del Orinoco por los Caribes, los bajeles de éstos continúan dueños de los ríos Paragua, Caroní, Aro, Catira, Erebató, Merevari, Mazaruni, Rupununi y Esequibo. Estas rutas tradicionales convergen hacia la fabulosa región de la Parima, donde los holandeses y los españoles sitúan la laguna del Dorado. Centurión y Gravesande, entusiastas doradistas, rivalizan para dominar las rutas caribes que son la clave de la conquista de la Parima. La fantástica leyenda de los siglos XVI y XVII encuentra en esos dos hombres sus últimos adeptos. El Gobernador de Angostura quiere quitarle a su rival del río Esequibo, el control de los ríos y, para lograrlo,

establece una imponente red estratégica de fortines, que constituyen la etapa final de la conquista caribe. Centurión y sus tropas lograron realizar su propósito entre 1766 y 1776.

1768

A fines de año, los capuchinos desalan una ofensiva definitiva para desterrar los últimos rebeldes del río Cuyuní, organizando redadas en torno a las rancherías y allanan el nuevo fortín holandés de Tonoma, con el apoyo de sus adiestrados flecheros akawai. Provocan un pánico general y la retirada final de los Caribes de los ríos Aquire, Barima, Waini y Moroco, a las cabeceras de los ríos Mazaruni y Bupununi. Gravesande se siente vencido, ante la incontenible invasión de los frailes y de sus milicias. Envía un despacho desesperado a los Directores, que permanecen impasibles ante el desastre. Manda, aguas arriba del Cuyuní, a uno de los asistentes del arrasado fuerte de Tonoma para espiar los movimientos del enemigo, informarse de las fuerzas de que disponen los frailes y trata de capturar algunos indios reducidos, para obtener informaciones detalladas. Este año marca la etapa final del gran repliegue caribe-holandés ante la pujanza del poderío español. Los colonos del Esequibo pierden toda esperanza de echar a los capuchinos de sus misiones y de conquistar el río Cuyuní. Concentran sus fuerzas en la defensa de sus propios dominios. Casi no quedan núcleos caribes independientes en el territorio actual de Venezuela, y sólo subsisten aquellos que han sido sometidos en las misiones.

1769

En su despacho del 15 de marzo, Gravesande se declara derrotado y expresa a los directores de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, que considera perdido el río Cuyuní, puesto que los frailes, en sus últimas incursiones armadas, han obtenido el control absoluto de la comarca, así como de los

demás ríos de la región costera entre el Orinoco y el Esequibo. A principios de mes, han incursionado contra los puestos holandeses de los ríos Barima y Pomerún y allanado las aldeas caribes circunvecinas. Estas nuevas operaciones, dirigidas por dos capuchinos, incluyen un destacamento de los soldados españoles de Upata y una gran tropa de indios llamados “Way Kiers” por Gravesande. Los invasores se llevan muchos Caribes y se apoderan del puesto holandés de Moroco. El 12 de mayo, Gravesande, que sigue dando malas noticias a la Compañía, ya no oculta su resentimiento y amargura ante su inmovilismo y falla total de apoyo. Explica que los españoles han quedado dueños del río Barima, que continúan sus redadas y envían continuamente sus prisioneros a las misiones. Han capturado también esclavos negros, fugitivos de los holandeses y los utilizan como milicias. Los capuchinos, con sus soldados españoles y sus indios, permanecen todo el año en la región costera comprendida entre las bocas de los ríos Barima y Pomerún.

El Comandante del Esequibo recibe, poco después, la visita de doce Caribes fugitivos del Barima, cuyo viejo cacique le informa que los invasores han llegado a la boca del río, apoyados por un barco, que han incendiado los ranchos y destruido las huertas.

El 30 de noviembre, otro despacho de Gravesande informa que numerosos Caribes fugitivos han llegado al puesto holandés del río Maykonny, pidiendo permiso para establecerse en ese río. Parecen volver de alguna incursión de represalias a las misiones capuchinas, pues varios de ellos ostentan prendas y ornamentos de iglesia. A raíz de la desbandada caribe, los frailes han aplastado la resistencia de Gravesande y ejercen su control vigilante sobre todo el río Cuyuní. Los Caribes que han logrado escapar a las redadas, han huido.

Mientras tanto, Joseph Solano, el conquistador del Alto Orinoco, se ha convertido en el Gobernador de Caracas, sin dejar de ostentar su título de “Capitán General de las provincias

de Venezuela contiguas a la Guayana”. “Desde su nueva sede de gobierno, supervisa las actividades de su amigo Centurión en la Guayana. Una perfecta comunión de ideas existe entre ambos hombres. Centurión somete a la aprobación de su jefe, un proyecto de fundación de dos plazas fuertes en el río Aro y le pide apoyo para cortar las rulas del tráfico caribe y holandés que continúan muy activas por los ríos Paragua y Catira, abriendo una ruta española hacia el Alto Orinoco, donde los oficiales de Solano han establecido un fortín. La Esmeralda.

Centurión dispone de una sólida base de acción: ha reunido 540 habitantes en la Angostura, incluyendo la tropa. La nueva Ciudad de Guayana bien merece su nombre de Ciudad; posee ahora veinte sementeras y goza de un libre tráfico por el río Orinoco hacia el río Apure, los llanos de Barinas y el Virreinato de Nueva Granada —del cual depende oficialmente— y eso le asegura un constante aprovisionamiento y un comercio próspero.

Los espías de Gravesande traen, una vez más, malas noticias. La primera es la instalación de otra misión fortificada española en la cuenca del Yuruari. Parece tratarse de Cunamo, fundada dos años antes, al sur de la Sierra Imataca. Las incursiones armadas españolas se dirigen continuamente contra el fuerte de Maruca (Momea) mientras se multiplican las fugas de los esclavos holandeses a la Guayana española. Estos reveses de Gravesande están compensados por los resultados halagadores de la prospección de minas en la Montaña de Cristal, y en la región de Canuco, en el río Rupununi. Sin embargo, el Gobernador del Esequibo es destituido por su Compañía.

1770

Las milicias de los capuchinos continúan sus victoriosas operaciones de limpieza entre el Orinoco y el Esequibo, entre la Costa del Marcaribe y el río Cuyuní, y traen a la Guayana sus últimos prisioneros. Fundan con Caribes la misión de San Félix

de Tupuquén, la segunda de este nombre. La primera Tupuquén, fundada en 1748, había sido desamparada y quemada por los mismos Caribes dos años más tarde. El pueblo está ubicado en el propio corazón de las minas auríferas del Yuruari y en las inmediaciones noreste del actual pueblo de El Callao. La presión caribe sobre las misiones catalanas ha disminuido considerablemente, con excepción de algunos encuentros esporádicos con bandas que incursionan desde el río Maruca (Moroco), las cabeceras de los ríos Mazaruni y Rupununi, y la montaña de Canuco. Una era de paz comienza para las misiones.

En el río Orinoco, los Caribes reducidos se fugan con frecuencia de las misiones, pero los observantes los persiguen incansablemente con sus eficientes milicias de vigilancia, y los vuelven a poblar. Los últimos grupos infieles que subsisten escondidos, principalmente en los ríos Aro y Catira, serán sometidos en los años siguientes por las bien equipadas y adiestradas fuerzas armadas de Centurión. A sabiendas de que Centurión y Solano se preparan a establecer dos plazas fuertes en la región del río Aro, los misioneros observantes sienten celos y quieren restablecer su presencia en esta zona que pertenece a su jurisdicción. Reubican allí a algunos fugitivos caribes de las misiones de la banda norte, fundando con ellos una nueva misión, en el sitio de Tapaquire. En este mismo lugar, habían intentado establecer una misión en 1755. Hacia el sur, en las cabeceras del río Aro, permanece una ranchería caribe, donde los frailes logran imponer su presencia, fundando la misión de Guaracaro (Cerro del Mono).

1771

A raíz de estas dos fundaciones en el río Aro, Centurión teme la implantación del poder observante en la Guayana y toma inmediatas medidas para acelerar el establecimiento de sus propios fortines. Espinoza de los Monteros queda encargado de la fundación de Borbón, cerca de la boca del río Aro y de la misión

de Tapaquire, y el Capitán Francisco Villasana funda la Villa Carolina, cerca de Guaracaro. Así, el Gobernador de la Guayana ejerce un control directo sobre las dos misiones, desafiando las airadas protestas de los observantes. La región del río Aro es estratégica para mantener la comunicación con el Alto Orinoco y cortar las rutas del tráfico caribe hacia el río Parima. Las plazas de Borbón y Villa Carolina se encuentran sobre la ruta que los españoles van a abrir hacia el Alto Catira y el río Paragua, donde subsiste un intenso con trabando de mercancías y esclavos.

Centurión y Solano están en el auge de su poderío autocrático y Caracas pone a disposición de Angostura los recursos necesarios para la nueva empresa. La nueva Ciudad de Guayana crece rápidamente y Solano escribe con orgullo al Rey Carlos, explicándole que posee 163 casas y edificios de manipostería; la provincia de Guayana tiene 32 pueblos y el río Orinoco ha sido definitivamente librado de los Caribes. Mientras tanto, los capuchinos de Guayana persiguen en el Alto Mazaruni a los Caribes fugitivos del Cuyuní y fundan a Gurí, su último pueblo de Caribes. Apenas terminada esta conquista los frailes concentran sus fuerzas en las regiones del Venamo y del Mazaruni, donde viven los Guaicas (Akawai) con el fin de llevar a cabo la conquista total de esta tribu. Como en el caso de los observantes, Centurión trata de poner un término a estas operaciones de las milicias frailesacas y de tomar la iniciativa exclusiva de las incursiones y reducciones. En las misiones capuchinas de Morocori. Caroní, Caruachi, Santana y Monte Calvario, el autoritario gobernante despacha a unos cabos, cuya tarea es adiestrar a los indios y convertirlos en soldados al servicio de la Corona. Estos emisarios del Gobierno controlan las actividades de los misioneros, lo que provoca las más violentas protestas. Al mismo tiempo, Centurión envía a la Corte un informe poco halagador sobre las misiones y pide aprobación para ponerlas bajo la jurisdicción civil, llevando al paroxismo su pleito con los religiosos.

El Gobernador emprende la conquista del río Paragua y manda al joven alférez Santos de la Puente a fundar allí dos “villas”, o fuertes, Barceloneta y Guirior. Centurión quiere poner a los religiosos al servicio de esas fundaciones civiles e “invita” al Padre Bruno, prefecto de las misiones del Caroní, a despachar un misionero a Barceloneta. El prelado de los capuchinos, sometido a la fuerte presión de las autoridades de Caracas y Angostura, acepta a regañadientes y envía a Barceloneta a uno de sus frailes, Benito de la Garrida. Esta prueba de buena voluntad no impide a los frailes multiplicar sus gestiones en España para impedir la aprobación de la jurisdicción civil de sus misiones. Centurión otorga a La Garrida el título de “presidente de la Villa de Barceloneta” y le encomienda la dirección personal de una entrada armada a los Caribes refugiados en la selva, entre los ríos Caura y Aro, para trasladarlos a Barceloneta, donde serán reducidos y adiestrados. Estos últimos caribes infieles se conocen bajo el nombre de “Quiriquiripa”, derivado probablemente del nombre de su jefe. Este grupo representa todo lo que queda de la numerosa población que allí vivía. De acuerdo con el convenio, el fraile La Garrida sale de las misiones y acompaña, hasta el río Aro, a la escolta armada de Barceloneta, con el encargo de buscar a los “Quiriquiripa”. Poco antes de llegar a su destino, la expedición se tropieza con la cuadrilla de trabajo de un ingeniero que, por orden de Centurión, construye una ruta entre la Angostura y la Nueva Carolina. Al enterarse del proyecto de deportar a los “Quiriquiripa”, el ingeniero se opone, alegando que estos Caribes deben ser reducidos a poblados, en la orilla de la ruta y puestos al servicio de los futuros viajeros. La Garrida, furioso por haber sido burlado, retorna a Barceloneta sin los Caribes.

1772

El foco de la rivalidad hispano-holandesa se ha desplazado desde la cuenca del Cuyuní hasta la lejana región del Parima,

frontera septentrional de los portugueses y meta de los sueños doradistas de Gravesande y Centurión. Los mineros holandeses, que prospechan activamente los yacimientos del Rupununi, de la Sierra de Canuco y de la “Montaña de Cristal”, buscan el Lago Parima. Penetrando por la nueva ruta abierta desde Nueva Carolina, Centurión penetra en los ríos Erebató y Manapiare, donde construye nuevos fortines. Santos de la Puente es enviado a explorar el río “Parima” (Uraricoera), donde es aprisionado por los portugueses. Estas comarcas están atiborradas de Caribes fugitivos del Orinoco, del Yuruari y del Cuyuní, y constituyen un foco permanente de amenazas para la Guayana. Los capuchinos, al conocer los proyectos oficiales de conquista del río Parima se adelantan al Gobernador y envían dos frailes, Benito de la Garrida y Tomás de Mataré, a explorar esas regiones. Los frailes caen en una emboscada de la tribu zapara, armada por los holandeses. Se enteran de que los Caribes refugiados de la montaña de Canuco y del río Chipó, afluente del Uraricoera, son fugitivos de sus misiones y que sus jefes no son otros que Maracayán y Túmulo. Maracayán es acusado por los frailes de haber dado muerte al Padre Anastasio de Olot, cuando éste practicaba una entrada en el río Paragua. Poco después, Maracayán incursiona con un grupo de Caribes desde el río Chipó al río Caroní, ataca a la misión de Morocori, libera a los indios reducidos allí y se los lleva a su refugio de Canuco, en el Alto Rupununi.

1773

A raíz del derrumbe de las fuerzas caribes de Gravesande, Centurión prosigue con sus enérgicos planes de expansión en la Guayana, donde traslada, con la ayuda de Solano, doscientas familias españolas desde Caracas, Barinas, Margarita y Cumaná. Solicita a Solano un permiso de libre comercio con las Antillas. Allana un reducto de caribes infieles y funda con ellos un pueblo de reducción, Panapana, a orillas del río Orinoco, entre la

Angostura y la Laguna de Mamo; penetra con su tropa en Tapaquire y Cerro del Mono, las dos misiones de los observantes recién fundadas en el río Aro, con el pretexto de “auxiliarlas”. Los misioneros aceleran sus gestiones diplomáticas ante la Corte, para lograr la destitución del despótico gobernante y acabar con la intolerable violación de sus jurisdicciones religiosas.

1774

Los frailes obtienen del Virreinato de Santa Fe el envío de un observador, el Ing. Real J. A. Espelius, para averiguar los atropellos a sus derechos. El emisario llega a la Guayana con una comisión, escucha con simpatía las recriminaciones de los religiosos y elabora —en el mes de junio— un informe desfavorable para Centurión. El Rey Carlos III se encuentra ante un conflicto, ya que sus sentimientos religiosos personales no le impiden patrocinar la política reformista de sus ministros y consejeros. Sin llegar al extremo de remover a Centurión de su gobierno, concede a los capuchinos la continuación de su autonomía jurídica.

1777

El pleito sobre la violación de las jurisdicciones y la fundación, por Centurión, de reducciones civiles en los territorios misioneros, provoca fuertes polémicas en España. Para lograr satisfacción, los capuchinos llegan a ofrecer a la Corona 100.000 reses de sus opulentos hatos, con tal que Centurión sea removido del Gobierno de la Provincia y que sea efectivamente respetada la autonomía misionera concedida por la Ley. El Rey cede finalmente a sus exigencias y despide al Gobernador. Este acontecimiento es una gran victoria para los religiosos, que recuperan su autonomía en lo que constituye propiamente la Guayana, al este del río Caroní y al sur del río Orinoco. Sus latifundios logran escapar al control del poder civil, muy a pesar de los comandantes sucesivos de la Provincia. Los capuchinos mantienen

una estrecha vigilancia hacia el este, terminan su conquista de los Guaica; se dedican a explotar sus minas de El Miamo y del Yuruari, sus hatos repletos de ganado y sus fértiles plantaciones. El fortín capuchino de Upata, poblado por soldados isleños, se destaca por su alta producción de tabaco.

Iturriaga, Solano, Centurión, los franciscanos observantes y los capuchinos catalanes, han terminado la obra de la Conquista Caribe: han limpiado definitivamente los últimos reductos rebeldes y cortado las últimas vías de tráfico fluvial de los holandeses.

En setiembre, el Rey Carlos III decide separar civil y militarmente de Santa Fe, la provincia de Guayana y agregarla a la Provincia de Venezuela, bajo la jurisdicción de Solano. Este adopta una política muy liberal para el desarrollo definitivo de Angostura. Obtiene permiso del Rey para exportar los productos del río Orinoco a las colonias francesas y acoge en la Guayana a los refugiados galos que los ingleses acaban de desalojar de Granada. La provincia de Guayana, así como las de Cumaná y de Maracaibo y las islas de Trinidad y Margarita, se separan del Virreinato de Nueva Granada y se agregan a la Capitanía General de Caracas. El poder central, concentrado en manos de Joseph Solano, se hace más eficiente y siembra el germen de la futura República de Venezuela.

1778

Las presiones colonialistas francesas se desvían, aparentemente, de la Guayana y se concentran sobre Trinidad, que acaba de pasar bajo el control de Caracas. La Isla permanece muy poco poblada por los españoles y muestra un gran atraso económico, a pesar de su fertilidad. Un colono francés antillano, y hábil estratega colonialista, Rome de Saint Laurent, viaja desde la isla de Granada a Trinidad, para observar las posibilidades de su desarrollo económico en gran escala, mediante la emigración de colonos franceses y, en proporción menor, irlandeses de las

Pequeñas Antillas. Para llevar a cabo su proyecto, solicita el consentimiento de Solano y de las demás autoridades de Caracas.

1779-1780

Saint Laurent, promotor del proyecto de colonización pacífica francesa en Trinidad, viaja a Caracas para discutirlo con Solano, Intendente General de Venezuela, quien es francófilo y le da su aprobación. Mientras tanto, el nuevo Gobernador de Guayana, Felipe Inciarte, recibe del mismo Solano instrucciones precisas para controlar la Guayana oriental, entre las bocas del Orinoco y el río Esequibo, desalojar a los holandeses, que se han reinstalado en el puesto de Moroco (Moruca), traer inmigrantes y reforzar la población española de la Guayana. Inciarte dedica todos sus esfuerzos a erradicar los últimos intentos del contrabando caribe y holandés, desde los refugios guerrilleros de los ríos Mazaruni y Rupununi, y las infiltraciones caribes por las cabeceras de los ríos Paragua y Catira.

1782

Las ideas liberales de los filósofos enciclopedistas franceses ejercen una creciente influencia en Europa y se dejan sentir cada día más en las Indias Occidentales. Se comienza a tomar en cuenta los Derechos de los Indios. En este año, llega a Tierra Firme el ingeniero español Chávez y Mendoza, para medir las tierras de los pueblos indígenas de reducción y concederles títulos de propiedad.

Las condiciones laborales y el trato concedido a los “indios de reducción”, son mejorados por una serie de reglamentos, que emanan de la Corona. La administración rígida de las misiones caribes y no caribes se liberaliza. Cada aldea tiene, además del gobierno español de los misioneros, un gobierno indígena. Del lado español, un comandante o teniente dirige a un mayordomo y un sargento. En las misiones de Guayana, el primero

supervisaba la ganadería con la ayuda de una cuadrilla de jinetes españoles; el mayorordomo cuidaba las plantaciones. El gobierno caribe de la misión dependía de un Capitán Poblador, hereditario, considerado como un vasallo del rey, que recibía el trato de “Don”, y llevaba un bastón de mando, símbolo de su presunta fidelidad a la Corona. Era asistido por un Sargento Mayor, dos Fiscales y un Maestro. Este último era el capataz de los artesanos, y supervisaba los trabajos agrícolas de las mujeres, así como los de hilandería y tejidos, particularmente hamacas, a cargo de las niñas.

1783

Saint Laurent comienza a importar masivamente a sus colonos antillanos en Trinidad, un proceso que durará varios años, hasta lograr su meta secreta, un predominio notable de la población francesa en la isla. Los colonos irlandeses, traídos por Saint Laurent en una proporción mucho menor, así como los antiguos colonos españoles, se convierten en minorías, y el gobierno local cae gradualmente bajo la influencia de los galos. La estrategia de Saint Laurent incluye, probablemente, la perspectiva de independizar la isla, tan pronto como las circunstancias sean favorables, y desde esta base de comunicación tradicional, apoderarse luego de la Guayana.

El Intendente de Venezuela, Joseph Solano, así como el Gobernador español de Trinidad, María Chacón, colaboran de buena fe con los nuevos colonos y no parecen entender el peligro sutil de la infiltración francesa.

Iriarte, el gobernador de Guayana, sigue luchando vigorosamente contra los últimos intentos holandeses de restablecer sus establecimientos al oeste del río Esequibo. Construye un fuerte español en el río Moroco, y proyecta hacer otro tanto en el río Pomerún y en la boca del río Curumo.

1784

Miguel Marmión se encarga del gobierno de la Guayana en la ciudad de Angostura. Entra al río Cuyuní con una tropa y en la boca del río Curumo establece un fuerte, al cargo del comandante Tomón, cerca del sitio donde en 1749, los capuchinos habían fundado su misión fortín de Caribes.

1787

Los capuchinos catalanes, Fr. Mariano de Cervera y Fr. Antonio de Martorell, incursionan por el río Cuyuní con su propia escolta de Isleños Canarios, y una milicia de flecheros caribes que han sido reducidos en la misión de Cunamo.

1788

Marmión recuerda a los frailes de la Guayana su incumplida promesa de regalar 10.000 reses a los colonos españoles del río Orinoco, pero aquellos no le hacen caso. El Gobernador escribe entonces al Intendente de Caracas: “Los capuchinos están sin ninguna sujeción, me disputan mi autoridad y no reconocen los poderes del primer magistrado de esta provincia, sino simplemente hacen lo que quieren...”

1792-93

Los capuchinos continúan sus incursiones de vigilancia estrecha en los ríos Cuyuní y Mazaruni, en busca de Guaica (Akawai) para sus nuevas misiones. Ya no hallan rastros de Caribes ni de holandeses en esas regiones, que parecen conquistadas de manera definitiva por los españoles. Mientras tanto, las tropas del Gobernador de Guayana, allanan una vez más un puesto holandés, reconstruido en el río Moroco, y el fuerte de Zelanda, en el río Pomerún. Estos puestos, repetidamente construidos por los holandeses, al oeste del río Esequibo, constituyen violaciones a los convenios de la paz de Westfalia, entre España

y los Estados Generales de Holanda. Algunos Caribes, allanados en los ríos Moruca y Pomerún, son llevados a la misión capuchina de Puga.

En la Isla de Trinidad, los colonos franceses ya constituían una poderosa mayoría poblacional. Atentos a lo que viene sucediendo, los ingleses se deciden a prevenir un golpe de esos inmigrantes adelantándose a su propósito.

Aprovechan la debilidad militar francesa en las Antillas y el desprestigio internacional de la política revolucionaria, para apoderarse de la Isla. Desde los principios de la Conquista española, los destinos de Trinidad y Guayana han sido indisolublemente ligados. Franceses e ingleses compiten ahora para resucitar, bajo sus respectivos gobiernos, la tradicional “Gobernación de Trinidad y Guayana”, que Walter Raleigh había tratado, en los albores de la Conquista, de arrebatarse a Berrío.

1811

La Guerra de Independencia ha estallado en Venezuela. Una tropa y una escuadra patriotas, al mando de Villapol, Moreno y Solá, llegan al río Orinoco, en el sitio de Sorondo, frente a los castillos de Guayana la Vieja, donde los realistas están atrincherados y rechazan a los invasores.

1813

Los realistas ansiosos de conquistar las plazas estratégicas y bien fortificadas de los frailes de la Guayana, así como sus cuantiosos recursos materiales y alimenticios, obtienen de las Cortes Españolas una declaración que coloca todos los territorios misionales bajo la autoridad del Ordinario Eclesiástico, facilitando así el control del gobierno. A pesar de ello, los frailes optan por la causa realista, que les parece brindar mejores garantías que los patriotas, a la conservación de sus bienes y privilegios.

1814

Los holandeses, cediendo a presiones inglesas, venden, el 13 de agosto, sus colonias del Esequibo, Berbice y Demerara a la Corona británica, como premio por la intervención inglesa contra los ejércitos napoleónicos. Estos territorios estratégicos, que los holandeses no han sabido aprovechar debidamente, van a permitir a los británicos, ya dueños de la Isla de Trinidad, intensificar sus esfuerzos para apoderarse de la Guayana. En este mismo año, los ejércitos patriotas sufren un desastre y todo el territorio de Venezuela vuelve al control de los realistas. La lucha cívica constituye una buena oportunidad para la realización de los planes británicos.

1815

Guerrillas patriotas aisladas se manifiestan. José Tadeo Monagas y Manuel Cedeño deciden sitiar el fortín observante de Muitacu, vigilado por una fuerza realista de Caracas, pero son dispersados por Gorrín y obligados a retroceder hacia los llanos. Remontan el río Cabrutica, hasta la aldea indígena de San Diego. Allí se reúnen con otros patriotas y eligen a José Tadeo Monagas como jefe de las guerrillas en los llanos orientales.

1816

Piar se incorpora en setiembre a los patriotas en Barcelona, plaza fuerte que los realistas acaban de abandonar, y toma el mando de las tropas. Poco después, marcha sobre la Guayana, para unirse con la fuerza de Cedeño. El 30 de diciembre, Piar y Cedeño se encuentran con los realistas en el paso del río Cuchivero y hacen retroceder al enemigo español a Angostura.

Mientras tanto, los ingleses se han fortificado cerca del río Esequibo, en Demerara, centro de sus nuevas colonias. La meta fundamental de su expansión es la misma que la que perseguían, sin lograrlo, los holandeses: la cuenca del río Cuyuni y el

territorio de las misiones capuchinas. Los nuevos colonos se infiltran por los ríos Mazaruni y Cuyuni y exploran el río Yuruan, una de las regiones auríferas del emporio catalán.

1817

El General Manuel Piar entiende que, antes de intentar un asalto frontal contra Angostura, es necesario apoderarse de las misiones capuchinas y de todos sus recursos.

El 5 de febrero, las divisiones de Piar y de Cedeño, cruzan el río Caroní, en el paso de Caruachi y se dirigen a Upata, la plaza fuerte mayor de los frailes, luchan toda la noche contra la milicia de isleños, y ocupan la plaza al amanecer. El 8 de febrero, dos columnas patriotas llegan ante las misiones caribes de Caruachi y Gurí, debidamente atrincheradas y fortificadas con baterías. Las tropas de Piar logran someter todas las aldeas de los frailes en nueve días. El 17 de febrero, las divisiones patriotas victoriosas se reúnen en Upata, donde traen a los misioneros prisioneros. Piar despacha un piquete de caballería al mando del Alférez Orla para perseguir a unos frailes, acompañados por soldados españoles y treinta indios flecheros de escolta, que tratan de escapar hacia la colonia inglesa de Demerara. Los jinetes logran alcanzarlos, los detienen en el paso de Cunurí, les decomisan 15 fusiles, unos cargamentos de pólvora y municiones, y hieren a un fraile, Domingo de San Hipólito. Ocho frailes son arrestados mientras siete logran fugarse hacia la Guayana Inglesa. El presbítero y coronel José Félix Blanco, quien ha ingresado a las filas de Piar y ha participado en la ofensiva contra las Misiones, es nombrado Comandante General y Administrador de las mismas. Blanco ejerce su gobierno desde Upata, convertida en el Cuartel General de la naciente República. El padre y coronel Félix Blanco se convierte en el hombre clave de la logística patriota y su pericia administrativa en las misiones asegura a Bolívar el exitoso suministro de víveres y caballos a las tropas, durante las próximas

campañas en la Guayana. De los cuarenta y un capuchinos de las misiones, catorce mueren por malos tratos durante su cautiverio y siete, como ya se dijo, logran escapar. Los veinte restantes son trasladados de Upata a Caruachi.

El Libertador llega, a principios de marzo, para reunirse con Piar en la misión de Catoní, y pocos días después, dos oficiales patriotas, el Coronel Jacinto Lara y el Capitán Juan Monzón, mandan fusilar a los veinte misioneros, a la orilla del río Caroní, en el paso de la misión caribe de San Ramón de Caruachi. (Según otras versiones, los indios de la misión los ejecutaron, degollándolos por orden de Jacinto Lara).

La pérdida de las misiones capuchinas de la Guayana, constituye un desastre para los realistas, que despachan sin tardanza al General La Torre desde San Fernando de Apure al río Caroní para recuperar el invaluable emporio de los frailes. Avisados de la llegada de la tropa realista, el general Piar y el Sacerdote-Coronel Blanco constituyen apresuradamente un batallón llamado “Conquista de Guayana”, formado con criollos, mestizos e indios de Upata y con numerosos flecheros y lanceros indígenas, que han sido llamados a formar milicias, como en los tiempos de los frailes. En este batallón, fueron incluidos muchos veteranos flecheros guaica y guayana, así como los Caribes evangelizados en Guasipati, El Palmar, Guri y Caruachi, quienes, en un principio, aceptan con entusiasmo pelear contra los españoles, ya que los patriotas les prometen devolverles su libertad. El batallón “Conquista de Guayana” se destaca en la batalla contra las tropas de La Torre y es un factor importante en la victoria patriota de San Félix, cuando Piar enfrentó a los 800 soldados del general realista en la Mesa de Chirica, cerca de la confluencia del Caroní con el Orinoco. Para este encuentro decisivo, Piar y Blanco reúnen 1.220 hombres armados, o sea 500 fusileros, 500 flecheros, 800 lanceros y 400 jinetes. Un indio guayana de Upata, Tomás Caurina, mejor conocido como Tornasole, ayuda

al Padre-Coronel Blanco a reunir 500 caballos dispersos en los potreros vecinos y los pone a la disposición de los patriotas en el paso de la misión caribe de Guri, Caurina es herido mortalmente durante la batalla decisiva de San Félix, el día 11 de abril.

El Libertador Simón Bolívar no pierde tiempo en explotar el éxito de Piar, sitia al bastión realista de Angostura, defendido por el Gobernador Fritzgerald y lo obliga a rendirse, el 17 de julio. Bermúdez entra victorioso en la plaza, y Piar se siente defraudado por no haber sido llamado a participar en la acción. Sus celos lo llevan a creer que Bolívar, después de haberse aprovechado de sus victorias, lo ha descartado. Pide su baja del ejército patriota, y acude a Angostura donde trata de ganar partidarios para su causa. De allí, sale a Maturín, y continúa sus maniobras divisionistas. Arrestado en Aragua de Maturín, es ejecutado el 16 de octubre.

En el mes de setiembre, el Libertador envía una serie de mensajes al Padre-Coronel Félix Blanco, pidiéndole reunir la mayor cantidad de mulas, caballos, cueros y bastimento en las misiones para financiar la compra de armas en Inglaterra, y pagar las deudas ya adquiridas por este concepto. Por la misma época, Bolívar encarga a su amigo Luis López Méndez, agente de los patriotas de Venezuela en Londres, la tarea de negociar, con comerciantes británicos, el envío a Angostura de armas, municiones y vestuarios, lo cual será pagado con las mulas, tabaco y algodón de las misiones de Guayana. Según Schacht Aristiguieta (en: Princep, 1975), el contrato se logra con una firma escocesa a fines de diciembre. Según se desprende del Diario de John Princep, representante de esos negociantes, la ayuda que los escoceses van a brindar a la causa patriota con la venta del parque, no es desinteresada, pues estos señores pretenden, como precio de su colaboración, instalar una colonia inglesa en las Misiones del Caroní, bajo el pretexto “filantrópico” de ayudar a “los pobres

de Escocia”. Evidentemente, tratan de repetir en la Guayana, el experimento colonialista de Saint Laurent en la Isla de Trinidad.

En una carta de López Méndez al Libertador, fechada en julio, y citada también por Schacht Aristiguieta, encontramos la frase siguiente:

“que en consecuencia de las últimas mutaciones en Europa... (un gran número de personas) ... se hallan sin patria y sin recursos y ven abrirse del otro lado del Atlántico un vasto campo en que ejercer su industria y talentos...”

Por esta razón, los negociantes escoceses, contratados por López Méndez, insisten en enviar colonos a la Guayana, con la autorización del Gobierno Patriota.

1818

Según Schacht Aristiguieta, en abril de 1818, llega a las Antillas, un bergantín inglés con un cargamento de 7.000 fusiles, espadas, municiones, vestuario, botas, fornituras, gorras, espuelas, y medicinas, por un valor total de más de 31.600 libras esterlinas (158.360 pesos). Dicho cargamento viene vigilado por dos escoceses, John Princep y James Hamilton, y está destinado al gobierno republicano de la Guayana. El parque, sin embargo, no es entregado en Angostura antes de los meses de verano, a causa de ciertos rumores (propagados por los partidarios de Anzoátegui y de Mariño) relativos a un supuesto revés de Bolívar. Como adelanto del pago, Princep se lleva 200 mulas de las misiones y se conviene que el resto se pagará en tabaco. Princep pide, y obtiene, permiso para visitar las misiones, donde realiza una detallada evaluación de los recursos y de las vías de comunicación con Demerara. Bolívar ya se encuentra instalado en la plaza fuerte de Angostura, convertida en Cuartel General de la República, y se

prepara a convocar el Congreso, para elaborar la Constitución del Gobierno.

Durante el otoño, el negociante inglés Princep efectúa su viaje de inspección en el inmenso territorio de los frailes, que administran los patriotas y escribe —para presentarlo a personas desconocidas— un minucioso informe (Princep, 1973). Las circunstancias son muy favorables para los británicos, cuyas aspiraciones coloniales en la Guayana han quedado frustradas, durante mucho tiempo, a causa de sus rivales franceses y holandeses. Esta situación ha cambiado desde 1797, año en que los ingleses han arrebatado Trinidad a los españoles y los franceses. Esta conquista significa una amenaza grave para el poder español en el río Orinoco. El viaje de Princep a Guayana, en 1718, es inequívoco. Este traficante ambicioso acaba de vender a crédito una cuantiosa provisión de armas a los patriotas, un servicio inapreciable que merece el mayor agradecimiento. La campaña libertadora, y el violento fin del poder de los frailes, está desgarrando a Guayana. Princep acaricia la ilusión de que los patriotas, acosados por la guerra, cederán fácilmente a los ingleses, a cambio de algunos fusiles, la herencia del floreciente feudo capuchino, el “vasto, rico y hermoso imperio de Guayana”, donde Walter Raleigh situaba a Manoa, la Ciudad Dorada. Sus intrigas no van a tener éxito, pero su “Diario de Viaje a las Misiones Capuchinas del Caroni”, escrito en el preciso instante en que se derrumba la colonia española, nos queda como un estupendo documento sobre las misiones, en los albores de la República.

Princep anota que los patriotas, al tomar posesión de las riquezas misioneras, intentan controlar la desbandada general de los indios, porque estos constituyen la mano de obra indispensable al mantenimiento de los hatos y las haciendas. Por esta razón, han proclamado la libertad de los indios. Sin embargo,

“debido a la urgencia de obtener provisiones para las tropas en el frente, se les pidió que dieran la mitad de su tiempo al gobierno, hasta el completo establecimiento de la República.”

Los patriotas, además, se ven obligados a aplicar la conscripción entre los indios que, tradicionalmente, habían formado parte de las milicias capuchinas. Esta conscripción es rechazada por los indios. El principal factor de descontento indígena, en 1818, es el rápido deterioro de las condiciones de vida, consecuencia natural de la guerra civil. Según Princep:

“los Padres se encargaban, en pago de las labores de los indios, de suplirlos de ropas de su propia manufactura, atendiendo a los enfermos y dándoles sus raciones regulares, que la abundancia de ganado permitía; pero, por falta de una supervisión adecuada, todas estas cosas han sido descuidadas desde que los patriotas tomaron posesión y el ganado, el gran recurso de la región, ha sido vergonzosamente desperdiciado. Los capuchinos tenían 50 o 60 mil cabezas de ganado, aparte de los que andaban sueltos, en estado salvaje, en bosques y sabanas: la suma no llega hoy a los 15,000; en consecuencia, prevalece mucho descontento entre la población indígena que se ha agravado no poco, por culpar ellos a sus nuevos amos por sus desgracias. De continuar la guerra otros cinco años, mucho me temo que se produciría la total despoblación de la provincia.”

La mayoría de los Caribes, que ocupaban siete misiones capuchinas cuando había caído el gobierno de los frailes, ha desaparecido:

“El cuerpo principal de la tribu se ha retirado a las tierras del Esequibo, desde donde se comunican con Demerara.”

La deserción caribe, sin embargo, es modesta en comparación con la de los Guaica (akawai). En la década de los años ochenta, y una vez concluida la reducción caribe, los capuchinos habían acelerado la reducción de los Guaica de los ríos Venado, Cuyuní y Mazaruni. Estos indios llegaron a ocupar ocho misiones, y su población superó a la de los Caribes.

En 1818, Princep nota el desamparo total de las tres principales misiones de Guaica: Cura, Cumacay y Avechica. Los Caribes no han olvidado la guerra que esos indios, puestos al servicio de los frailes, habían emprendido contra ellos en los últimos años de la Conquista del río Cuyuní, allanando sus rancherías y llevándolos prisioneros a las misiones. Tienen ahora la oportunidad de cobrar a los Guaica esa antigua deuda. Princep observa que unos destacamentos de jinetes caribes, al servicio de los patriotas, cazan por los montes a los Guaica que tratan de escapar a la conscripción. Así, los orgullosos guerreros indígenas de la Conquista comienzan a colaborar con los republicanos.

1819

El Congreso de Angostura se reúne en febrero, bajo la presidencia del Libertador Simón Bolívar. En la mesa, se encuentra un documento firmado por dos irlandeses, Carlos Hering y Ricardo Jaffray, y respaldado por Tomás Noulán y Guillermo Wallon, en nombre de “diversas sociedades filantrópicas instaladas en Gran Bretaña e Irlanda”. El cínico documento ha sido entregado a Bolívar en enero, en presencia del Coronel Jayme T. English, y publicado el primero de Mayo en el Correo del Orinoco. El Coronel English se ha puesto al servicio de los patriotas y morirá más tarde en la Isla de Margarita, donde se halla su sepulcro. Los nombres de los escoceses, Princep y Ramillón, no se mencionan, lo que nos indica que se trata de un grupo distinto que desea adelantarse. Dichos “filántropos” “amigos de la causa patriota” afirman, con mucha desfachatez, que organizan

“una Compañía, dedicada exclusivamente a dirigir la inmigración de estos Reynos, y especialmente de Irlanda, a países en que el clima es fértil...”, que desean mejorar “la condición de los pobres y la supresión de la mendicidad” y, al mismo tiempo, que se encargarán de “mejorar las misiones del Caroní”. Piden a los patriotas la donación de una Provincia, que se llamará Nueva Erin (Nueva Irlanda), y cuya capital se llamará Nueva Dublín. Llegan al extremo de redactar los términos en que el Congreso de Angostura aprobaría la “donación”. Para integrar la “Nueva Erin”, los “filántropos” solicitan el espacio de terreno siguiente:

“Los límites por la ribera occidental del Río Orinoco serán el río Manamo, y por el Orinoco, desde la unión de Manamo y Orinoco, hasta la unión de Manamo y Orinoco, hasta la unión del río Caroní con el Orinoco, incluyendo todas las islas que hay en el Orinoco entre esos límites; y los límites, por la parte del río Caroní, serán el punto más occidental del mismo río, hasta el punto más meridional de la sonda de Barceloneta, y desde allí lo será tirando desde el dicho punto más occidental hasta encontrar la Guayana Portuguesa, que será el término meridional. La Guayana francesa, holandesa e inglesa, formarán el término oriental, y el océano entre la Guayana Inglesa y la boca de Manamo, o ramo occidental del Orinoco, serán el término del Nordeste.”

Once días más tarde, 11 de mayo, el escocés J. Hamilton, en su propio nombre y el de Princep, escribe a Zea, vicepresidente de la República de Venezuela y le recuerda las aspiraciones de su grupo, en evidente competencia con los irlandeses Herring, Jaffray e English. Hace hincapié en el peligro de que las Misiones de Guayana se arruinen “a menos que algunas medidas prontas y eficaces sean al instante adoptadas”, y, por otra parte, no deja de recordar que “la deuda debida a nosotros por el Gobierno de Venezuela es muy grande”.

Afirma, además, que “hemos siempre intentado obrar con el candor y la liberalidad características de comerciantes británicos” y que no desea otra cosa sino “cultivar (el terreno) en las misiones de Cunamo, Miamo, Curapo, Tupuquen y Palmar” de modo que estas tierras sean puestas “a nuestra disposición”.

Se nota, sin sorpresa, que el territorio de estas misiones caribes coincide exactamente con el perímetro del “oro de los capuchinos”. Sin embargo, debemos reconocer que las pretensiones escocesas son mucho más modestas que las irlandesas.

El 15 de mayo, el gobierno de Angostura publica en el “Correo del Orinoco” un “Reglamento Provisional para el Gobierno y Administración de las Misiones del Caroní” que, naturalmente, no hace la menor alusión a las exigencias irlandesas y escocesas. (“Documentos”. en “Apéndice Documental”, Princep, 1975).

1820

Ante el fracaso de la vía diplomática para adueñarse de la Guayana, los irlandeses aprovechan el derrumbe español, y la fragilidad del nuevo poder patriota, recurren a la intimidación y desembarcan dos mil hombres en la isla de Margarita, sin previo aviso a las autoridades patriotas. Un aventurero francés, d'Evereux, capitanea su nave; los irlandeses proceden, en gran parte, sino en su totalidad, de la Jamaica. Ellos son descendientes de famosos filibusteros de la isla que, bajo la dirección de sir Henry Morgan, azotaban hacia siglo y me dio las Flotas del Oro, y las costas españolas de Tierra Firme. Arruinados por la desaparición de los galeones españoles, y la decadencia de la piratería, los irlandeses desamparan el nido de sus antiguas fechorías para perseguir, en la Guayana, el dorado sueño de la “Nueva Erín”. Los patriotas, sorprendidos y perplejos ante su desembarco, desvían a los “pobres emigrantes” de su verdadera meta, los embarcan a la fuerza en la escuadra de Brión, y se los llevan a Río

Hacha, en la Guajira, para participar en las guerrillas contra los realistas, bajo el mando de Montilla. Los aventureros de esta “Legión Irlandesa” no aprecian su conversión forzada en mercenarios de los patriotas, no tardan en amotinarse e incendian a Río Hacha. Montilla logra sofocar su rebelión, y la escuadra de Brión los reembarca apresuradamente. La peligrosa posteridad de los piratas de Morgan es devuelta a su madriguera, la isla de Jamaica y se pone punto final al sueño de la “Nueva Erín”.

RESUMEN

SIGLO XVI: Primeros contactos esporádicos de los Conquistadores con los Caribes.

SIGLO XVII: A partir de la tercera década del siglo, los holandeses del río Esequibo y los franceses de las Pequeñas Antillas, tratan de apoderarse del río Orinoco y de la Guayana, aliándose con los Caribes contra los españoles. Se tambalea el precario poder hispano en el río Orinoco y en los llanos orientales de Venezuela. Los jesuitas franceses penetran clandestinamente en el río Guarapiche para evangelizar a los Caribes, pero son descubiertos por los españoles. Los capuchinos aragoneses realizan entre 1662 y 1674 un primer intento de reducción Caribe en El Pilar de Macuare, cerca del pueblo actual de Caicara de Maturín. La misión es destruida por los Caribes, aliados con los franceses, y los aragoneses abandonan el intento.

SIGLO XVIII: La Conquista empieza con una poderosa Campaña de Francisco Carreño, Gobernador de Cumaná, quien —entre 1718 y 1721— expulsa a los Caribes de los Llanos del Guarapiche. Carreño coloca a esta vasta provincia bajo el dominio español. Los Caribes se refugian en los Anegadizos del Tique y en ambas bandas del río Orinoco.

La segunda fase de la Conquista queda a cargo de los frailes observantes de Píritu quienes, entre 1721 y 1770, reducen a los Caribes que moran en las márgenes del Orinoco y los llevan a pueblos de misiones ubicados en los Llanos de Barcelona (actual

Estado Anzoátegui). Estas misiones sufren muchas destrucciones y desertiones, pero logran mantenerse. En 1742, los observantes fundan una Casa Fuerte en Muitacu (Moitaco), en la banda sur del Orinoco y en el propio corazón de la resistencia caribe. Cerca de la Casa Fuerte, fundan tres efímeras misiones. En 1755-1756, llega la Expedición de Joseph Iturriaga a la Guayana y provoca mucha inquietud entre los Caribes y sus aliados holandeses del Esequibo. Iturriaga ayuda a los Capuchinos Catalanes a reducir, en la misión de Morocori, a los Caribes del río Caroní. Los Caribes, aconsejados por los holandeses, deciden efectuar una retirada estratégica de la densa población del Orinoco, hacia el oeste y el suroeste. En 1757 y 1760, la casi totalidad de sus bandas abandona el gran río y se repliegan hacia las cabeceras de los ríos Rupununi y Mazaruni. Iturriaga allana los reductos de los ríos Arui, Caura y Paragua en 1760. Los españoles quedan dueños del Orinoco y la obra de reducción de los frailes observantes toca a su fin.

Entre 1760-1770 la conquista de los Caribes se desplaza hacia el Este, y queda al cargo de los capuchinos catalanes de la Guayana. Sus efectivas incursiones armadas se concentran en la región comprendida entre el Delta del Orinoco y el Esequibo, particularmente en las Cuencas de los ríos Aquire, Amacuro, Barima, Waini, Moroco y Pomerún. Los Caribes se defienden y organizan guerrillas contra las misiones, con el vigilante apoyo de los holandeses del Esequibo. Los capuchinos traen refuerzos militares de las Islas Canarias y arman a los Guaica (Akawai) reducidos en sus misiones, para pelear contra los Caribes. Se desata una guerra akawai-caribe que acaba con los últimos reductos de resistencia y debilita la alianza caribe-holandesa. Los últimos prisioneros Caribes son llevados a la misión de Tupuquén. Los sobrevivientes abandonan la provincia situada entre la Sierra Imataca y el río Esequibo y buscan refugios en los ríos Mazaruni, Rupununi y "Parima" (Uraricoera). Queda un solo foco infiel en

la Guayana Española, ubicado en las selvas situadas entre los ríos Aro y Caura.

La fase final de la Conquista escapa a los misioneros, con el poder de los cuales se enfrenta Manuel Centurión, el Gobernador de Guayana. Este pone las misiones bajo su control, se encarga de reducir el último bastión caribe de Quiriquiripa, en la banda oeste del río Aro, y corta las comunicaciones fluviales de los Caribes. Su actuación, entre 1770 y 1777, marca el fin definitivo de la resistencia indígena.

En 1777, el control sobre la Guayana pasa a manos de Caracas, capital de la Intendencia de Venezuela donde Joseph Solano centraliza un poder eficiente que prefigura la futura nación venezolana. En 1783 y siguiendo las instrucciones de Solano, los gobernadores de Guayana Iriarte y Marmión, así como los Capuchinos Catalanes, mantienen su control sobre la ex-provincia caribe desde Imataca hasta el Esequibo, donde se construyen fuertes españoles en Moruca (Moroco), en Curumo y en el río Pomerún. Los capuchinos allanan las aldeas guaicás que se mantienen independientes en esta región y se llevan a los indios a sus misiones.

En 1793, los ingleses se apoderan de Trinidad y, en 1814, compran las colonias holandesas de los ríos Esequibo, Demerara y Berbice, preparándose a estrechar el cerco contra la Guayana, debilitada por la Guerra Civil entre españoles y patriotas.

Las misiones capuchinas de Guayana caen en manos de los patriotas en 1817. Estos enrolan las milicias de flecheros caribes de las misiones, junto con los Guaica y los Guayana, en el Batallón “Conquista de Guayana”, para dar la pelea a los españoles en la victoriosa Batalla de San Félix y les prometen concederles la libertad. Las impetuosas necesidades de la Guerra Civil no permiten a los patriotas cumplir con su promesa y tratan de mantener la conscripción militar, lo que provoca el amotinamiento de muchos Caribes, Guaica y Guayana, que desertan las

misiones y se refugian en Demerara. Las misiones sufren una rápida decadencia, mientras los ingleses tratan de fundar una colonia en la Guayana.

APÉNDICES

I. ÍNDICE DE LOS PROTAGONISTAS CARIBES

ABARUANA

Jefe de Turapa, una casa caribe, situada en la cuenca del río Aro, en la banda Sur del Orinoco. En 1753, los observantes de Moñaco trataron de fundar una misión en este sitio, pero Abarúana se fugó, poco después, al Alto Caroní, con toda su gente, uniéndose a los rebeldes de esta región.

ACAMACARI

Jefe y ranchería caribes del río “Lino” (Limón), en la Banda Norte del río Orinoco, mencionados por Walter Raleigh. Acamacarí era un gran centro de comercio caribe, donde solían acudir los Arawak, a fines del siglo xvi.

AGUAMACON

Segundo jefe de la ranchería caribe de Guaizaparo, en la banda sur del Orinoco y cerca del río Aro, donde los observantes establecieron una misión en 1753. Fue nombrado por los frailes, Sargento Mayor de la misión.

AGUARABEA (GUARABEA)

Jefe de una aldea caribe situada en las cabeceras del río Guere, afluente del río Uñare. Cerca de allí, el capitán Joaquín de Campos instaló un fortín, San Felipe de Austria, en 1605, mudándolo a otro sitio, dos años más tarde.

AMANA

Caribe cristianizado en la misión de San Joaquín de Parirí. En 1749, sirvió de enlace entre Fr. F. Ximénez y los Caribes infieles de los ríos Catira y Caroní. Amana logró persuadirlos de trasladarse a Atapariri, para fundar una nueva ranchería, la cual fue convertida poco después en una misión, gracias a su mediación.

AMICHON ORACHORA (CARAMIANA)

Jefe caribe de la isla Dominica, que luchó contra los franceses en las Pequeñas Antillas y luego, en 1640, hizo la paz con ellos y se convirtió en su aliado. Con el apoyo militar de Des Cerisiers, Amichon desembarcó un grupo de Caribes Antillanos en Trinidad, y ayudó a los franceses a penetrar en zonas caribes de Tierra Firme, como las costas de los ríos Pomerún y Surinam. Los franceses le dieron el nombre de “Capitán Barón”. Su hijo Imabalony fue llevado a Francia; a su retorno, se convirtió en intermediario entre los Caribes de Tierra Firme y los franceses.

ARIAWACA (Ariauca)

Uno de los jefes caribes del río Aquire (Acure), un afluente del brazo Imataca, en el sur del Delta del Orinoco. En 1729, fue evangelizado por el obispo francés, Gervaise de Labrid. El gobernador español Arredondo le dio, en 1731, insignias de Capitán Vasallo del Rey de España, en un esfuerzo para contrarrestar la influencia francesa en el río Aquire.

ARIMANACA

Anciano jefe de la ranhería caribe de Tapaquire, al este del río Aro y en la banda Sur del río Orinoco. Los frailes y soldados españoles trataron en vano de reducirlo en 1754.

ARIMNAWA

Jefe caribe del archipiélago de las grandes islas del Caroní, situadas un poco abajo de la boca del río Paragua. Reducido en la misión capuchina de Morocorí, en el bajo Caroní, logró escaparse y se fortificó de nuevo en las islas. Aliado con Taricura, durante la gran rebelión de los años .1732-1736, participó con sus piraguas, en la destrucción de la misión observante de Mamo.

ATINAME

Jefe de una casa caribe de los llanos del río Amana, en la provincia del Guarapiche, donde el fraile Carabantes, en 1666, trató de fundar una misión capuchina.

BARON (Capitán)

(Ver Amichón Orachora).

BOLÍVAR, PEDRO JOSE (Chama?)

Jefe de una casa situada en el sitio El Platanal, a orillas de la Quebrada Caicaraparu (o Cariaparu) y cerca de Muitacu. En 1723, es capturado por los observantes, con toda su familia, y llevado a Panapolar. En 1730, participa en el incendio de la misión y se fuga con los Caribes amotinados. En 1733, es recapturado y reducido en Santa Bárbara de Currucay; se rebela y logra escaparse nuevamente, refugiándose en la montaña de Aguaracai, al Sur de Muitacu, y permaneciendo escondido durante 20 años. En 1755, es

descubierto por la escolta militar de los observantes, a la orilla de la Quebrada Caicaraparu, a la cabeza de un grupo de sesenta Caribes. Acepta recibir a un misionero en la ranchería que ha fundado en este sitio, se convierte en Capitán de la nueva misión de Platanal y se vuelve a fugar en 1757. Recapturado, el año siguiente, por las tropas del comandante Iturriaga, el Caribe es trasladado al nuevo pueblo de San Francisco Solano, el cual es mudado a la orilla sur del Raudal de Camiseta (Vuelta del Torno), en la boca del río Marapiche.

En 1775, el capitán Don Pedro José Bolívar tiene 70 años, ha perdido ya el ímpetu de su vocación rebelde y permanece a la cabeza de su aldea cristianizada, San Francisco Solano, con su mujer Doña Bernardina Paricurama, de 25 años, y sus tres hijos, Alejo, María y Salvador.

CAIPUANA

Hijo y sucesor de Cairumaca, poderoso jefe de la ranchería caribe de Múcuras, situada en la cuenca del río Pao y en la Banda Norte del Orinoco. Fue reducido pacíficamente por los observantes en 1753 y aceptó el simbólico bastón de Capitán Poblador de la misión de Múcuras, que se fundó en la confluencia del río Múcuras y de la Quebrada Tapurequén.

CAIRUMACA

Jefe de la ranchería caribe de Múcuras, en la orilla del río Pao (Edo. Anzoátegui), muy influyente entre los Caribes rebeldes de ambas bandas del río Orinoco, y con el cual los observantes trataron de entablar amistad en 1752. Prometió aceptar la presencia de un misionero en su aldea, pero no llegó a decidirse antes de su muerte, que ocurrió en 1753. Su hijo Caipuana cumplió esta promesa.

CAPARUARI

Indio caribe de la misión de Cuaizaparo que, en 1756, protagonizó una violenta trifulca con dos jóvenes frailes observantes y fue apuñalado. El episodio provocó el desamparo de la misión.

CASCANTE

Jefe caribe reducido en Santa Ana de Anaco. En 1750, se rebeló y se fugó de la misión con 70 hombres, refugiándose en las rancherías infieles de la ribera del Orinoco.

CHAMA

Jefe de cuarenta familias caribes, capturado por la pequeña tropa del Capitán Francisco de Campos, acompañada por Nicolás García, el lego Sebastián Cuervo y el observante José Jurado, en los cerros Aguaracai y a orillas de la Quebrada Curiaraparu (o Caicaraparu), al sur de Muitacu. Chama y su gente fueron llevados a Panapotar y bautizados. Quizá Chama haya sido el personaje conocido, posteriormente, bajo el nombre cristiano de Pedro José Bolívar (véase).

GUARABEA

(ver Araguabea)

GUARACAMONO (Guayacomo)

Jefe supremo de las bandas caribes de los ríos Guarapiche, Guanina y Amana, que mantenía la resistencia contra los españoles a fines del siglo xvi.

GUARARIMA

Jefe de 150 familias apresadas, en 1724, por Fr. F. Ximénez en las riberas del Orinoco y traídas a San Joaquín de Parirí.

GUAYACOMO (Ver Guaracamono)

GUARARIMA

Jefe de un grupo caribe de la orilla del Orinoco, capturado con sus allegados en 1724, por la escolta de los observantes. Fue llevado a los llanos de la Mesa de Guanipa, como capitán fundador de la misión de San Joaquín de Parirí.

GUARIMATA (Ver Guasimata)

GUASIMATA (Guarimata)

Jefe caribe reducido, junto con el Caribe Cascante, en la misión de Santa Ana de Anaco y nombrado Sargento Mayor de la misma. Adicto a los frailes, denunció en 1736 la confabulación de los Caribes de río Orinoco contra San Joaquín de Parirí.

MABALONY

Jefe caribe antillano de la isla de Dominica, hijo de Amichón Orachora. Sirvió como mediador a los franceses de la Martinica, para entablar amistad con los Caribes de Tierra Firme e infiltrarse en la Guayana.

MACAU

Jefe de una ranchería caribe del río Guarapiche, situada a unos 90 ó 100 Kms., aguas arriba del río, donde el jesuita francés Mesland inició su evangelización, en 1651.

MAGUARE

Jefe de una ranchería en los llanos del río de Oro (provincia de Guarapiche) donde los capuchinos aragoneses se instalaron en 1662, fundando la primera misión española de Caribes, la Virgen del Pilar MAGUARE, General DON MARTÍN Jefe máximo de las bandas caribes del río Orinoco, quien, en 1642, hizo las paces con los españoles y se convirtió en el valioso aliado del Gobernador de

Guayana, Martín Mendoza La Hoz. Este le dio armas para defender el río Orinoco, lo bautizó con su propio nombre y lo nombró General. El sacerdote Carvajal lo conoció en 1617, y quedó impresionado por su personalidad noble y altiva. Hasta 1656, y durante todo el gobierno de Mendoza La Hoz, el General Maguare mantuvo fielmente su alianza con los españoles, e impuso la paz a los Caribes del Orinoco. Esa época constituye el único episodio de amistad en la agitada historia de las relaciones hispano-caribes.

MARACAYAN

Jefe caribe, fundador de la misión capuchina de Cunuri en la Guayana, quien se confabuló con los Caribes independientes que vivían al este de la Sierra de Imataca y con los holandeses, para destruir las misiones capuchinas, en el año 1750. Se refugió con los amotinados en las montañas de Canuco. Entre 1757 y 1758, acogió una gran parte de los Caribes que abandonaban el río Orinoco y se convirtió en el jefe máximo de las guerrillas anti-españolas, con la constante ayuda de los holandeses. En 1759, encabeza una incursión, desde el río Rupununi, a la misión de Morocori, situada en el río Caroní y libera a Tumuto y a gran parte de su gente, que lo acompañan a su lejano reducto de resistencia.

MARADUPANE

Jefe de la aldea caribe de Guaizaparo. En 1753, acepta recibir a un misionero observante, para predicar la doctrina cristiana. Poco después, es asesinado en una fiesta por Abarúana, jefe de una casa vecina de Caribes.

MATURIN

Indio caribe del río Guarapiche, cuyo nombre francés sugiere que fue bautizado, siendo niño, por los jesuitas galos Mesland o Pelleprat, en su misión secreta de Macan. El

Caribe Maturín, muchos años más tarde, se rebeló contra los españoles y, en 1718, las tropas cumanasas lo capturaron y lo mataron. El sitio de su ejecución es el mismo donde el gobernador Carreño edificó la plaza fuerte de Maturín, hoy capital del Estado Monagas.

OCAPRA

Jefe de una casa caribe de los llanos orientales, entre el río Areo y río de Oro, donde los capuchinos aragoneses fundan, en 1664, su segunda misión caribe, San Juan Bautista de Ocapra. A los pocos meses se rebela y los frailes abandonan su efímera misión.

ORAPARENA (Oraparene)

Jefe de una casa caribe del río Arui (Aro) en la banda sur del Orinoco. Los frailes observantes de Muitacu tratan, en 1752, de convencerlo de aceptar un misionero, pero prefiere abandonar su aldea, con toda su gente, y refugiarse entre sus allegados del río Paragua. En 1754, se titula Rey de la Parava (Paragua) y capitanea la resistencia caribe contra los españoles y el tráfico con los holandeses; rechaza con altivez a diversos emisarios, enviados por Alvarado para obtener su sumisión.

PATTACÓN

Jefe caribe del río Caroní que vivía con 190 allegados, en las islas de Arimnava (o islas de Pattacón). cerca de la boca del río Paragua. Reducido, en 1754, por el capuchino catalán José de la Guardia, y trasladado al sitio de Morocori, fue nombrado capitán Poblador de esta misión. Suministró valiosos informes a los españoles sobre las actividades holandesas en la Guayana y sus instalaciones en el río Esequibo, que conocía perfectamente. Pattacón sirvió de emisario a los españoles, para tratar de apaciguar a los jefes rebeldes

de los ríos Caroní y Paragua. En 1755, Iturriaga destituyó a Pattacón de su cargo de Capitán de la misión de Morocori, y lo sustituyó por otro jefe caribe, Tacabapura. Pattacón se disgustó y abandonó la misión, con toda su gente, y con el apoyo del propio misionero observante, La Guardia. Iturriaga, por esta razón, rompió sus relaciones con los capuchinos, y mandó perseguir a los fugitivos.

PAUBIA

Uno de los dos indios fundadores de la misión de Pariagua (Pariaguán) donde un grupo de Caribes fue reducido, junto con unos palenques fugitivos. Paubia, que era Caribe, colaboró con los frailes, buscó a un grupo de allegados, que vivían en Anache, en la orilla norte del Orinoco, y se los llevó a las cabeceras del río Uñare, donde fue fundada, más tarde, la misión de Pariaguán.

PILOTILLO

Jefe de una importante ranchería de la Banda Sur del Orinoco, cerca de Muitacu, que selló amistad, en 1639, con el Gobernador español Escobar. Los soldados españoles presenciaron escenas de canibalismo ritual en este bohío; se sorprendieron al encontrar allí unos caballos, provenientes probablemente de los hatos españoles de los llanos de Barcelona.

QUIRAWERA

Jefe supremo de la gran rebelión caribe del río Orinoco, que estalló en 1684. Incendió las misiones y sembró la zozobra entre los españoles, con la ayuda de los holandeses del Esequibo y de los franceses de las Antillas. Permaneció alzado durante una década, recibió refuerzos de los Caribes esequibos y antillanos para desalojar a los hispanos del río Orinoco. En 1693, volvió a atacar las misiones jesuítas del

río, mató a un fraile y a varios soldados españoles, obligando a los misioneros a retirarse del Orinoco.

QUIRIQUIRIPA

Jefe de una banda caribe, que en 1757, permaneció escondida en las montañas entre el río Aruí (Aro) y el río Caura. En 1771, los “Caribes Quiriquiripa” fueron reducidos por las tropas del fortín de Nueva Carolina, instalado en la región por orden del gobernador Manuel Centurión.

TACAPABERA (TACUPANERA, TACAPAPURA, TUCAPABERA)

(Véase Tucapabera)

TAPUREQUEN

Jefe de una importante ranchería del mismo nombre, también llamada Múcuras, situada en la orilla del río Múcuras o Las Piñas, en la cuenca del río Pao (Banda Norte del río Orinoco). En 1718, acogió en su aldea unas bandas caribes fugitivas de la provincia del río Amana, que huían ante la persecución de las tropas de Cumaná.

TARICURA (TERCURE)

Jefe supremo de la gran rebelión caribe del río Orinoco, que azotó los establecimientos hispanos entre 1729 y 1736. Con el respaldo de los franceses y de los holandeses, reanuda las guerrillas, iniciadas por Quirawera en el siglo anterior, y quema, una vez más, las misiones de los jesuitas; capitanea una flotilla de bajeles y mantiene en sus filas, piratas franceses, antillanos y holandeses contrabandistas del río Esequibo. En 1734, organiza una coalición de bandas caribes de El Purguey (cerca del río Caura), del río Barima y del río Uparima. Envía un ultimátum a los observantes que se han instalado en Tiramuto, una ranchería indígena de la

banda sur del Orinoco y acomete de nuevo contra las misiones jesuítas del río. En 1735, allana la aldea de Mamo, una misión observante, y la de Caroní, una misión capuchina. En el año siguiente, Taricura y sus huestes atacan la misión observante de San Joaquín de Parirí.

TAVEROA

Jefe de una banda de 23 familias caribes, dispersas en los llanos del río Amana. En 1718, esos Caribes se fugaron ante la poderosa acometida de las tropas del gobernador Cedeño, y se refugiaron en la aldea de Tapurequén (o Múcuras), a orillas del río de Las Pinas. En 1721, fueron apresados en su refugio por la tropa del capitán Francisco de Campos, al servicio de los observantes. Fr. J. Jurado, el Hno. lego Sebastián Cuervo y el criollo barcelonés Nicolás García, llevaron a sus prisioneros a la reducción de San Lorenzo y, poco después, fundaron con ellos la primera misión observante de Caribes, en Panapotar, a la orilla del río Sacacuar.

TERCURE (Ver Taricura)

TOCONAY

Uno de los jefes caribes del río Aquire, situado en la margen sur del Delta del Orinoco y al norte de la Sierra de Imataca. El obispo francés Gervaise de Labrid predicó allí, en 1729. Los españoles pretendieron comprometer a Toconay en la muerte del obispo, pero lejos de castigarlo, lo premiaron con insignias que lo convertían en “vasallo del Rey de España”.

TUAPOCAN

Jefe de casa en el río Amana. En 1718, se rebeló, junto con Maturín, jefe del río Guarapiche, contra los españoles. No hemos podido de terminar si Tuapocán era Caribe o Chaima. Fue apresado por las tropas cumanasas del

Gobernador Carreño, llevado con grillos a Cumaná, bautizado y clavado en una estaca.

TUCAPABERA (TACAPABERA, TACUPANERA, TACABAPURA)

Uno de los jefes caribes del río Aquire, en el actual Territorio Federal Delta Amacuro, a quien los españoles acusaron de haber dado muerte al Obispo francés Gervaise de Labrid (pionero de la colonización del río Orinoco por los galos) pero no lo castigaron. El observante Fernando Ximénez logró apresarlos con un grupo de allegados, en el Desparramadero del río Tique (hoy: Caños de Maturín), mientras el Caribe se dedicaba al comercio clandestino con sus aliados, los bucaneros franceses antillanos. Fue llevado a la misión de San Joaquín de Parirí, de donde se fugó y se refugió en el Caño Moriche, un brazo del Bajo Caroní, a corta distancia de Aguacagua. Iturriaga lo descubrió allí, en 1755, se lo llevó, con toda su gente a la misión de Morocori, y lo nombró Alcalde Mayor de la misión.

TUMUTO IMOACAN (Tumutu, Tumato, Tumatu, Tucuco)

Cuñado de Pattacón y jefe de uno de los varios grupos caribes asentados en las islas de Arimnava, en el río Caroní. Fray J. La Guardia y Alvarado utilizaron a Pattacón como emisario para tratar de convencerlo a poblarse en la misión de Aguacagua y abandonar la resistencia; después de algún tiempo, se sometió finalmente a Iturriaga, en 1755, mudándose con toda su gente a la misión de Morocori (Bajo Caroní). En 1757, fue liberado por Maracayán y sus huestes rebeldes, a los que acompañó al reducto guerrillero del río Rupununi. Allí, se convirtió en cabecilla de numerosas incursiones contra las misiones capuchinas.

TUPEPO

Indio caribe, fugado de la misión de San Joaquín de Parirí y refugiado en el río Aribí, afluente del río Pao, donde congregó una ranchería, con 200 prófugos. Descubierta, en 1755, por el observante José Freyte, aceptó la presencia de este misionero en su aldea, la cual se convirtió en la misión de Santa Clara de Aribí.

URACAGUARE

Sobrino de Caipuana, el poderoso jefe caribe de la misión de Mucuras. En 1753, aceptó buscar a su allegado, Abarúana, fugado del río Turapa, afluente del río Arui, y refugiado en el río Caroní, para convencerlo de que volviese a vivir bajo la campana de los frailes observantes.

YACABAI

Capitán caribe del río Aquire, evangelizado por el prelado galo Gervaise de Labrid. Después del asesinato del religioso, los bajeles de Yacabai se dedican al tráfico clandestino con los bucaneros franceses en el Desparramadero del Tique. En 1724, los observantes Ximénez, Cordero y Camacho practican allí un allanamiento, y se llevan presos a Yacabai, y sus 140 Caribes, a la misión de San Joaquín. Allí, queda acusado de haberse fugado del río Aquire, a causa de su participación supuesta en la muerte de Gervaise. Fue bautizado por los frailes y murió poco después. Su hermano se fugó, acusó al misionero Ximénez de haber maleficiado a Yacabai con el agua bautismal y encabezó una expedición de venganza de 100 Caribes del río Orinoco contra la misión de San Joaquín.

II. ÍNDICE DE LAS MISIONES CARIBES

AGUACAGUA, LA ANUNCIACIÓN DE

Misión capuchina catalana fundada, en noviembre de 1753, por Fray N. de Virtual, con 148 Caribes, en la margen derecha del Bajo Caroní, entre este río y la misión de Caroní. En 1754, Alvarado trató de convencer a Tumuco (Tumuto) de poblarse en esta misión. Este prometió hacerlo, pero no cumplió. En 1755, la misión, acosada por las fiebres, se convirtió en cuartel general de Solano, el oficial de Iturriaga cuyos hombres enfermaron con fuertes calenturas. Escasean los datos sobre la historia de esa misión, donde los Caribes no parecen haber permanecido muchos años. En 1761, el pueblo subsistía pero, en una época indeterminada, la población caribe había sido sustituida por Pariagoto y Warau. Los Caribes de Aguacagua, quizá habían sucumbido en las epidemias.

ANACO, SANTA ANA DE

Misión observante, fundada en 1734 por Fr. F. Mateos, a la orilla del río Aragua, con 220 Caribes mudados de Panapotar, poco antes del abandono definitivo de esta misión. La nueva aldea fue sacudida por varias rebeliones, y fue necesario mudar, nuevamente, una parte de los Caribes al vecino pueblo de Santa Bárbara de Currucay, en la otra ribera del río Aragua. Antes de 1750, se fugó una parte de los Caribes que quedaban reducidos en Santa Ana de Anaco, a pesar de la vigilancia de la tropa del capitán J. A. de Campos. Los desertores tenían por jefe al sargento mayor indígena de la misión, Marcos Cascante, quien los llevó a la Banda Sur del Orinoco. El Caribe Cascante murió allí, en la infidelidad.

En 1750, la misión de Santa Ana es mudada a la Mesa de Guanipa, a orillas de la Quebrada Orocopiche, en el sitio actual

del pueblo de Santa Ana. En 1753, quedaban 138 Caribes en la misión, pero las fugas continuaban. En 1767, la población había aumentado a 283 almas, gracias a nuevas incursiones de los frailes a las rancherías infieles. Durante la Guerra de la Independencia y la Guerra Federal, Santa Ana se convirtió en uno de los bastiones de resistencia de J.T. Monagas, quien utilizó gran parte de sus Caribes como criados en su hato de El Roble y como milicianos de su causa en las luchas civiles. Al terminar la Federación, los Caribes perdieron el apoyo del gobierno. Guzmán Blanco estaba muy resentido por sus actividades monaguistas. Los criollos aprovecharon esta circunstancia para desalojar los de Santa Ana. Subsisten todavía algunos Caribes mestizados en varios ranchos y vecindarios, diseminados entre Santa Ana y Aragua de Barcelona.

AQUIRE (Acure), MISIÓN DEL RÍO

En 1729, el obispo francés Gervaise de Labrid se instaló secretamente, para evangelizar, en una aldea caribe del río Aquire, cuyos jefes eran Tucapabera y Ariauca, pero fue asesinado poco después. Los españoles atribuyeron su muerte a los Caribes, aun cuando esta acusación parece carecer de fundamento.

En 1732, unos bajeles caribes del río Aquire, al mando de Yacabai, se hallaban traficando en el Desparramadero del río Tique, región muy frecuentada por los contrabandistas franceses, que aprovechaban la permanencia de este foco rebelde para infiltrarse en esta vía de acceso a la Guayana. El observante Fr. F. Ximénez realizó una entrada al Desparramadero con una pequeña tropa y logró sacar 150 familias (600 almas) caribes allegadas a Yacabai, llevándolas a la misión de San Joaquín de Parirí.

El río Aquire, afluente del Brazo Imataca, pertenece al actual Territorio Federal Delta Amacuro y alberga todavía una pequeña comunidad aislada de Caribes.

ARACAY, SAN SALVADOR DE

Efímera misión de los capuchinos de Caracas, fundada en 1726 por Fr. Salvador de Pons, con familias caribes fugadas de la misión observante de Panapotar, y que se habían refugiado en los montes del río Aracay (Estado Guárico). Poco después, Fr. Jurado, el misionero de Panapotar, allanó la misión capuchina con su gente armada y se llevó de nuevo a los Caribes a Panapotar.

ARIBI, SANTA CLARA DE

Misión observante, fundada por Fr. José Freyre a fines de 1754 y a principios de 1755, en una ranchería de 246 Caribes, prófugos de la misión de San Joaquín, y cuyo jefe era Tupepo. Freyre celebró la primera misa en octubre de 1755, y agregó a los Caribes unos Cumanagoto, fugitivos de la misión de San Maleo, los cuales no permanecieron mucho tiempo.

En 1767, Santa Clara, también llamada “Aribi de Arriba” tenía 210 almas de Caribes. Para esta fecha Fr. Hinistrosa, prelado de las misiones, ya no menciona a los Cumanagoto.

Santa Clara es, en la actualidad, una aldea dividida entre los Caribes y los campesinos criollos. El importante barrio de población indígena conserva su lengua y no suele mezclar su sangre con la de los criollos. Los Caribes le dan a Santa Clara el nombre de Arimiña (Sitio de Arimi).

ATAPIRIRI, LA ASUNCION DE

Misión observante fundada, en 1754, por los frailes Alonso Granda y J. Freyre, en una ranchería congregada por un caribe Amana, ya cristianizado por los frailes. Este llevó al sitio de Alapiriri, treinta familias voluntarias de allegados suyos, que vivían en la Banda Sur del río Orinoco (región del río Caura y río Arui). La aldea tenía 225 almas en 1767; subsiste hoy día, con campesinos criollos y mestizos.

BARIMA, MISIÓN DEL RÍO

Efímera misión caribe de 200 almas, que los capuchinos catalanes de Guayana fundaron en 1735, en el propio territorio de los rebeldes. El intento provocó prontamente un ataque de los Caribes y holandeses del río Esequibo, y los frailes se retiraron. (Humbert, 1905).

CACHIPO, SANTA CRUZ DE

Misión observante, fundada por F. Mathias García en 1749, situada cerca de la plaza fuerte observante de El Pao, y en una zona donde los españoles tenían sus hatos y trapiches. En este sitio había existido, en años anteriores, una efímera misión de indios palenques, que llevaba el mismo nombre.

Fr. M. García pobló unas familias caribes, sacadas por el Cap. J. Camejo y su tropa, de la Banda Norte del río Orinoco en las orillas de las lagunas de Anache, hoy desaparecidas, y que estaban situadas frente a la boca del caño Puruey. En 1745, Cachipo tiene 365 almas.

En 1754, 210; para 1767, 273, de acuerdo con Fr. Hinistrosa. Algunos fugitivos palenques fueron de vueltos a la aldea. En la actualidad, Cachipo alberga una población criolla y mestiza. Los Caribes han emigrado de ella hacia una ranchería aislada, situada en las Cabeceras del río Pao.

CARAPO, SAN FIDEL DE

Misión capuchina catalana, fundada en 1752, a orillas del río Carapo, entre El Miamo y Guasipati, por Fr. M. de Preixana, con varias bandas de Caribes, sacados de los ríos Aquire, Amacuro y Barima; permaneció varios años sin tener asignado un misionero fijo. En 1775, Fr. La Garrida registra 511 almas en Carapo. En 1788, la misión alberga 761 Caribes y 495 han muerto en ella. En 1797, se registran 746 almas y en 1816, 1.000 almas. En 1818, poco después de la instalación de los patriotas

en la misión, gran parte de la población caribe se ha fugado, huyendo de la conscripción militar; sólo quedan 415 almas, agrupadas en 6 casas. Los patriotas utilizan entonces a los jinetes caribes, adiestrados en Carapo, para perseguir a los numerosos fugitivos de las misiones de Guaica (Akawai). Carapo, que había sido muy próspera bajo el gobierno capuchino, posee todavía, en 1818, 2.000 cabezas de ganado, 1.200 yeguas, 100 caballos y una plantación de tabaco. La población indígena de Carapo se dispersó en los años siguientes, mientras que los aluviones auríferos de su quebrada, Carapita, atrajeron muchos forasteros que las explotaron intensamente—a partir de 1850. La población actual del caserío incluye mestizos, criollos, zambos y negros.

CARUACHI (Caruasi, Caravasi), SAN RAIMUNDO DE (San Ramón)

Misión capuchina catalana, fundada en 1763, por Fr. Mariano de Perafita, en un afluente derecho del río Caroní y a una milla de la ribera de este río, con 403 Caribes, apresados durante varias entradas a los reductos guerrilleros. En 1775, Caruachi tiene 93 almas. En 1797, su población ha aumentado en 395 almas, a pesar de 200 defunciones. En 1803, tiene 418 almas y para 1816, 634 almas. En 1817, la gran mayoría de los misioneros catalanes fueron Besados prisioneros a Caruachi por los patriotas. Fueron ejecutados allí y la mayoría de los Caribes retornaron a sus montes.

En 1818, sólo quedan 100 indígenas en la aldea, todos gravemente enfermos con fiebres. La misión conserva una prensa de algodón, una casa para curar la carne y diversos depósitos. Sigue siendo un importante paso de ganado en la Guayana, por lo que empieza a afluir allí una abigarrada población de forasteros.

CUMANO (Cunamo), CONVERSIÓN DE SAN PABLO DE

Misión capuchina catalana, fundada en 1767 por Fr. B. de San Félix y poblada con prisioneros caribes, recogidos en las extensiones rebeldes de los ríos Aquire. Amacuro y Barima. En 1788, sobrevivían 712 Caribes en la aldea y 334 habían muerto. En 1797, sólo se registran 266 almas. En 1799. 458 almas. En 1803. 476 y en 1816, 364 Cumano fue una próspera misión. En 1818, poseía todavía 100 cabezas de ganado, 700 yeguas. 100 caballos, varias plantaciones de tabaco, algodón, arroz, y maíz. Todos los Caribes se fugaron de Cumano en noviembre de 1818, a raíz de la impopular conscripción militar que imponían los patriotas, ya dueños de las misiones. Estos enviaron un destacamento de indios de las misiones vecinas, para perseguir y detener a los fugitivos de Cumano, pero fue aniquilado en el encuentro.

CUNURI, MISIÓN DE

Misión fundada en febrero de 1744, por los capuchinos catalanes y bajo el gobierno de Fr. B. de Moya, con 300 Caribes rebeldes, al mando de Maracayán. Estaba situada cerca de los sitios de El Miamo. Tepequi y Carapo, a orillas de la Quebrada Cunuri, afluente del río Yuracaruima. Fue destruida, en 1750. por los Caribes de los ríos Aquire y Barima, que liberaron a Maracayán y a su gente. Estos se unieron a los asaltantes en sus refugios y el pueblo de Cunuri no fue reconstruido. Alvarado, el oficial de Iturriaga, halló minerales de “oro y plata” en las alusiones de Cunuri. En 1717, los patriotas, mientras perseguían a unos frailes y soldados españoles, fugitivos de las misiones, lograron detenerlos en el paso de Cunuri, impidiéndoles evadirse hacia la colonia inglesa de Demerara.

CURUMO (Corumo. Curumu), MISIÓN FORTIFICADA DE

Plaza fuerte de los capuchinos observantes, fundada en febrero de 1744, bajo el gobierno de Fr. B. de Moya. Fueron poblados, en 1749. 180 Caribes rebeldes de los ríos Curumo, Tucupu y Mutanambo (Botanamo), que nacen en la Sierra de Imataca y el fuerte se convirtió en misión. Fue un puesto capuchino de avanzada en la orilla del río Cuyuní, y representaba el frente oriental de su conquista. La misión fue efímera y no duró más que 16 meses. Los Caribes de los ríos Waini, Pomerún, Barima y Aquire, armados por los holandeses del Esequibo, la destruyeron en 1750. Los españoles reconstruyeron el fuerte en 1783, bajo el gobierno de Iriarte, y en 1788, bajo el gobierno de Marmión.

La región de Curumo, transformada por muchos años en campo de batalla entre las milicias capuchinas y los guerrilleros caribes, que se mantenían al servicio de los holandeses, quedó despoblada. En 1754, Alvarado, el emisario de Iturriaga en la Guayana, informó a su jefe sobre la presencia de minerales de oro y plata, “a cada paso”, en la destruida misión de Curumo. En la época republicana, los Caribes volvieron a trabajar en las minas de oro que se explotaban en la zona de los ríos Botanaino y Curumo, donde existen todavía varias rancherías caribes diseminadas.

CURUCAY, SANTA BARBARA DE

Misión observante, fundada el día primero de enero de 1734, por Fr. Fernando Mateos, al norte de la Mesa de Guanipa, y en la orilla del río Aragua, a poca distancia de la misión de Santa Ana. La región, conocida bajo el nombre de Anaco, estaba a una legua del fortín observante de Aragua (antiguo Camoruco). La misión albergaba a 80 Caribes, recogidos en los montes del río Orinoco por Fr. Jurado y su gente armada, en noviembre de 1733. Estos Caribes se habían fugado de la

reducción, ya desaparecida, de Panopotar. En Octubre de 1734. Jurado mandó una milicia de 30 Chaima de San Mateo a realizar nuevas entradas y lograron apresar a 40 Caribes más. Una parte de la población de Santa Ana fue mudada, poco después, a Santa Bárbara, a causa de pleitos que habían ocurrido entre los indios. En noviembre de 1735, Currucay tenía 176 almas, bajo la vigilancia del capitán Juan Antonio de Campos y de su tropa. Campos había sido nombrado Capitán Poblador de la aldea. No logró controlar las fugas incesantes de los Caribes, ni las inundaciones que destruían las cosechas. La aldea fue repoblada, mediante diversas entradas a la Banda Norte del Orinoco. En 1753, conservaba 170 almas y logró sobrevivir a la época republicana. Los Caribes de Santa Bárbara se integraron a las milicias de José Tadeo Monagas durante la Guerra de Independencia y la Guerra Federal y se beneficiaron del apoyo de su gobierno. Al perder la protección de Monagas, bajo el régimen de Guzmán Blanco, los Caribes fueron desalojados de su aldea por los dueños de los hatos vecinos. Algunos ranchos caribes subsisten en la actualidad, diseminados en los alrededores de Currucay, hoy desaparecida. El sitio de la misión nos parece corresponder, aproximadamente, al caserío actual de Anaco Arriba.

CHAMARIAPA (Camariapa), N. S. DE LA CANDELARIA DE (N. S. de Las Candelas)

En 1740, varias familias abandonaron a San Joaquín de Paríó, a raíz de un pleito entre Caribes, y se reinstalaron a tres leguas de esa misión, en el borde norte de la Mesa de Guanipa y en las Cabeceras del río Aragua, sitio llamado Camariapa, o Chamariapa. Ximénez aceptó que se quedaran independientes en dicho sitio, a condición de traer nuevas familias allegadas, desde ambas bandas del Orinoco. Las entradas se hicieron en 1741-1742, bajo el mando de Fr. G. Martín Ruano, quien, en este último año, fundó en Chamariapa una misión llamada N. S.

de Candelaria, con 250 almas. En 1743, la población aumentó en 373 almas. En 1787, Hinistrosa anotaba 257.

Alrededor de Chamariapa, los colonos de Barcelona fundaron prósperos halos, que enriquecieron la zona. Durante la República, la aldea caribe de Chamariapa se mantuvo independiente y José Tadeo Monagas consiguió en ella unos flecheros para apoyar sus luchas civiles. Estos indios se beneficiaron luego de su apoyo decidido. Al terminar la Federación, los Caribes de la Mesa de Guanipa, comprometidos con la causa federalista, perdieron sus privilegios; bajo el gobierno de Guzmán Blanco, los dueños de hatos aprovecharon para expulsarlos de los pueblos de Chamariapa, Santa Ana y San Joaquín y se cambió el nombre de Chamariapa por el de Cantaura. Los Caribes se refugiaron en tierras estériles de la Mesa de Guanipa, a orillas de este río, donde sobreviven (comunidades de Maremare, Cristobero, Cachama, Bajo Hondo y Tascabaña).

EL CARI (El Caris), N. S. DEL SOCORRO DE

Misión fortificada, fundada en 1756 por los observantes, en las Cabeceras del río Cari, donde concentraron la población infiel del río y de sus afluentes, La Canoa, La Piedra y Choapiri. Parte de las bandas era fugitiva de Panapotar y de Quiamare. En 1767, El Caritenía 310 almas, según los datos de Fr. Hinistrosa. Humboldt visitó las misiones de El Cari y de Tabaro en 1799 y dejó de ellas una descripción detallada. En la época republicana, los Caribes del río Cari participaron en las luchas civiles, en el bando monaguista. En 1933, al iniciarse el descubrimiento de petróleo y fundarse la vecina población de El Tigre, los indios que permanecían en El Cari, participaron en las labores de construcción de la nueva ciudad y en las actividades petroleras, diluyéndose, en pocos años, entre la población criolla.

EL MIAMO, N.S. DE MONTSERRATS DE

Misión capuchina catalana, fundada en enero de 1748, por Fr. A. de Villasar, a orillas del río El Miamo, que nace al oeste del río Cumano y tributa al río Yuruari, afluente del Caroní. Villasar pobló 180 Caribes, de los cuales 85 murieron de fiebres. Se formó en El Miamo, un pequeño hato que suministraba carne y leche a las misiones vecinas. El Miamo fue incendiado y desamparado, en 1750, por una incursión caribe de los ríos Barima y Waini. En 1754, Alvarado informa a Iturriaga sobre la abundancia de minerales de “oro y plata” en las arenas de El Miamo.

En 1752, Fr. A. de Villasar y Fr. F. de San Julián, reconstruyen la aldea y logran repoblarla con 287 Caribes. En 1775, El Miamo tenía 544 almas y se había convertido en la más próspera de las misiones caribes, a pesar de las enfermedades y del alto índice de la mortalidad. Era un importante centro agropecuario: su hato tenía ganadería vacuna y caballar; sus exportaciones hacia el río Orinoco, utilizaban el Paso de Caruachi. El Miamo tenía, además, actividades agrícolas y comerciales: siembras de tabaco y algodón; matadero; hilandería y fábrica de hamacas. El trabajo indígena duraba de 6 a. m. a 12 y de 2 a 4 p.m.

En 1788 el Miamo albergaba 762 Caribes, 839 en 1799 y 920 en 1803. A raíz del desastre de las misiones capuchinas, en 1817, la población tenía 405 almas, bajo el control patriota. La próspera misión quedó a cargo de un tal Silva, ex-empleado de los frailes capuchinos, quien logró evitar el saqueo que los criollos hacían en las demás misiones, y conservó, durante varios años, la excelente organización laboral y económica de los frailes. Silva se dedicó al aprovechamiento personal del comercio de potros y hamacas. En la década 1840-1850, los criollos acudieron a la aldea para explotar “bombas” auríferas en los aluviones del río El Miamo. A partir de 1850, la explotación minera se intensificó, la aldea fue invadida por muchos forasteros deseosos de participar en su prosperidad, y que emigraban de las Antillas,

Demerara y Surinam. Los Caribes se dispersaron, llevados a los montes cercanos por los exploradores.

EL PALMAR, SAN MIGUEL DE

Misión capuchina aragonesa fundada, en 1734, por Fr. A. de Martorell en el curso superior del caño Cumi, afluente izquierdo del río Carichapo. Fue poblada inicialmente con indios Pariagoto de la vecina Sierra de Imataca. En diciembre de 1746, se fortaleció la pequeña misión, con 300 Caribes, y se les puso a vivir con los Pariagoto. Cuatro años más tarde, la misión fue atacada por los familiares de esos Caribes que vivían en los ríos Aquire, Barima, y Waini. Los rebeldes liberaron a sus allegados, dejando en El Palmar a los Pariagoto.

En 1752, los frailes P. de Igualada y Anastasio de Olot, traen 270 nuevos prisioneros Caribes a la misión, recogidos durante varias entradas a las zonas rebeldes ya mencionadas. En 1755, albergaba 270 Pariagoto y Caribes. El Palmar fue la misión de avanzada nor-oriental de los capuchinos. Era un lugar aislado e insalubre. Se industrializó, en la aldea, las artesanías caribes de hilandería y tejido de hamacas, y se crió ganado. En 1775, El Palmar albergaba 412 almas. En 1797, los Pariagoto habían desaparecido, y sobrevivían los Caribes, a los cuales fueron agregados unos Guayana. Dos años más tarde, el Prefecto de los capuchinos, Sabadell, describe las miserables condiciones de la tierra circundante, la insalubridad y la falta de comunicaciones. Bajo el gobierno del Fr. P. de Igualada, El Palmar subsiste con 714 almas; tiene escaso ganado y una pobre agricultura. En 1803, se registran 817 almas. En 1818, el inglés Princep visita la misión, y cuenta 69 habitaciones vacías, abandonadas por los indios. Queda una escasa población mezclada de Caribes y de Guayana, muy dóciles. Un patriota. Sedeño, gobierna la aldea. Ha introducido ganado en el sitio y permite la inmigración de criollos.

GUAICUPA, DIVINA PASTORA DE

Pequeña misión observante, fundada en 1763 y 1764, en la margen del río Guaicupa (Las Pifias), y en la banda norte del río Orinoco, con 63 Caribes fugitivos de las misiones y diseminados en los llanos. Durante la Independencia, una conocida batalla fue librada en este sitio. Subsisten en la actualidad, varios grupos caribes en esta zona, particularmente en la aldea de El Guasey y varios caseríos diseminados hasta Uverito y Santa Cruz del Orinoco, la boca del río Pao y una isla del río Orinoco, frente a dicha boca.

GUAIZAIPARO (Guaizaparo), SAN ANTONIO DE

Misión observante de Caribes, fundada en 1753 por Fr. F. A. Ximénez Borrego, a ocho leguas de la Casa Fuerte de Muitacu (Moitaco), entre los ríos Caura y Arui, en la Banda sur del Orinoco. La misión, instalada en la aldea del Caribe Maradupane, tenía 209 almas. En 1757, fue desamparada por los indios; la tropa de Iturriaga los persiguió y los recapturó. La misión fue mudada, en 1758, en la orilla sur del río Orinoco, frente a la Vuelta del Torno.

GUARACARU, SAN CRISTOBAL DE (Cerro del Mono)

Misión observante, fundada entre 1768 y 1770, en la aldea caribe de Cerro del Mono, en la Banda Sur del Orinoco y la selva ribereña del río Arui. Tenía 305 almas. Cerca de allí, el gobernador Manuel Centurión, fundó las plazas fuertes de Nueva Carolina y de Borbón, y se hizo cargo del gobierno de la misión. Los datos escasean sobre Guaracaru y la ubicación de Cerro del Mono es imprecisa.

GUASIPATI, N. S. DEL ROSARIO DE

Misión y hato de los capuchinos catalanes, fundados en 1757. Después de El Miamo, Guasipati fue la más próspera de

las misiones caribes. Su población fue de 509 almas en 1775: 706 en 1788; 738 en 1790; 731 en 1797; 850 en 1803 y 984 en 1816. Tenía ricas plantaciones de tabaco, algodón y hortalizas, ganado en abundancia y edificios bien construidos. A raíz del desastre de los capuchinos en 1717, la población menguó considerablemente, a causa de las fugas. En 1818, el inglés Princep observó su decadencia. Sólo quedaban 300 cabezas de ganado y 400 a 500 yeguas. El pueblo fue saqueado e invadido por los criollos; la población caribe se mestizó y se dispersó en los montes, participando luego en las intensas exploraciones de oro. Guasipati se convirtió en un gran centro de tráfico y atrajo una numerosa y abigarrada población, a partir de 1850. A raíz de esta fiebre de oro en toda la región y del descubrimiento de la mina de El Callao, cerca de Tupuquén, el territorio del río Yuruari se separó como entidad administrativa independiente, del resto de la Guayana. Guasipati creció y se convirtió en la bulliciosa capital de este distrito minero.

GURI (Aguri, Auguri, Euri), SAN BUENAVENTURA DE

Ultima misión capuchina de Caribes, fundada en 1771. En 1788, su misionero, Fr. F. de Darnius, registra una población de 235 almas, y 113 defunciones, desde la fecha de su fundación. En 1775, Guri tiene 186 Caribes. La población mermó rápidamente, a causa de las fiebres. Antes de 1797, se agregaron indios Guaica (Akawai) a la misión. En 1797, se registraron 679 almas y, en 1803, 792 almas que, en su mayoría, eran Guaica. La aldea estaba situada en terrenos insalubres, áridos, y sólo tenía un potrero con "ganado flaco". Princep, en 1818, anota que la fiebre ha sido muy destructiva y virulenta en Guri, y que la mayoría de sus indios había huido, quedando 150 Guaica y Caribes y 300 cabezas de ganado. Guri quedó total mente despoblado, en el curso de los primeros años de la República.

MACAU, MISIÓN DE

Misión clandestina, instalada en el río Guarapiche por los jesuitas franceses Mesland y Pelleprat, quienes predicaron en ella entre 1651 y 1654, como parte de un plan francés de conquista de la Guayana. Estuvo situada en la ranchería del Caribe Macau, a la orilla del citado río y al noreste de la actual ciudad de Maturín. La aldea quedó probablemente arrasada entre 1722 y 1726, como muchos otros sitios infieles del río Guarapiche, por las tropas cumanasas del gobernador Francisco Carreño. Estas allanaron la provincia y la limpiaron totalmente de Caribes. Durante esta campaña, los españoles mataron a un jefe caribe que ostentaba el nombre francés de Maturín, y que parece haber sido bautizado, siendo niño, por los jesuitas de Macau.

MAGUARE, N.S. DE EL PILAR DE

Primera misión española de Caribes, fundada en 1662, por el capuchino aragonés Carabantes, en la casa comunal del jefe Macuare, situada entre el río de Oro y el río Areo, afluentes del río Amaná (Estado Monagas). Esta misión pionera, estuvo bajo la protección de una casa fuerte vecina, llamada San Carlos, que albergaba las tropas del gobernador de Cumaná. En 1674, los Caribes, aliados con los franceses de la Martinica, asaltaron e incendiaron la misión y el fortín. Con eso, terminó la primera tentativa de evangelización caribe por los frailes aragoneses, y estos desistieron definitivamente de esta peligrosa empresa.

MARUGA (Moruco, Moroco), SANTA ROSA DE

Misión capuchina catalana, fundada, según el archivo de Simancas (16, 1755), en el año 1730. Estaba situada en el río Maruca, o Moruco, entre las Bocas del Barama y del Pomerún. Fue poblada probablemente por los Caribes de la región, o quizá, por los Arawak. Fue abandonada por los frailes en 1741, en razón de una epidemia mortal. Los capuchinos, acompañados de

sus milicias, volvieron a asentar casas fuertes en Moruca, en 1758 y en 1783.

MOROCORI (Morocore. Mecerure, Murucure, Murucuri), SANTA EULALIA DE

Misión capuchina catalana, fundada por Fr. J. de La Guardia en setiembre de 1754, a la orilla derecha del Bajo Caroní, y junto a las islas, con 190 Caribes capitaneados por Pattacón, y capturados en las Islas de Arimnava cerca de la confluencia Caroní-Paragua. Desde allí, controlaban la navegación de ambos ríos y el tráfico de armas y de esclavos con los holandeses del Mazaruni y del Rupununi. En 1755, el Comandante Iturriaga se instaló en Morocori y convirtió la aldea en su cuartel general. Desde allí, incursionó aguas arriba del Caroní, en busca de otro grupo caribe, allegado de Pattacón, que mantenía en las islas de Arimnava el tráfico de contrabando y estaba al mando de Tumutu Imoacán (Tumuco). Iturriaga redujo a Tumutu así como a otra banda caribe, que vivía cerca de Aguacagua, y cuyo jefe era Tacapabura, un fugitivo de las misiones observantes. La tropa de Iturriaga llevó ambos grupos a Morocori, donde nombró a Tumutu y a Tacapabura como jefes indígenas de la misión, desplazando a Pattacón. Esta destitución disgustó a este último, como al misionero La Guardia, los cuales, de común acuerdo, abandonaron Morocori, con toda la tribu de Pattacón. Se refugiaron posiblemente en la vecina misión caribe de Aguacagua, en la orilla del Caroní. Los capuchinos cortaron el suministro de víveres a Iturriaga, quien se retiró de Morocori. Luego, volvieron Pattacón y el misionero La Guardia, recuperando sus respectivos gobiernos. En 1759, Tumutu Imoacán se fugó de Morocori con toda su gente, gracias a la ayuda del rebelde caribe Maracayán, un fugitivo de la misión de Cunurí, que se había refugiado en las montañas del río Rupununi. Maracayán atacó y se llevó a la gente de Tumutu para unirla a sus fuerzas.

En 1775, Morocori alberga 355 Caribes; en 1788, se registran 550. El índice de mortalidad, debido a las enfermedades, fue muy alto; la población mermó a tal punto que los frailes le agregaron unos indios Guaraúnos. La aldea, en 1797, tenía 609 habitantes, entre Caribes y Guaraúnos. Censos posteriores registran 572 almas en 1799, 1800 en 1803, 730 en 1816. El año siguiente, a raíz del desastre de las misiones y de la masacre de los frailes en Caruachi, los indios desamparan totalmente a Morocori. Los patriotas los persiguen por los montes, con sus patrullas de jinetes, y logran recapturar 50 Caribes que confinan otra vez en el pueblo. La misión es saqueada durante la guerra civil y la iglesia es demolida. Poco después, el sitio queda desamparado para siempre.

MUCURAS, SAN JUAN BAUTISTA DE LAS

Misión observante fundada, en 1754, por el Prelado de la orden, Fr. Malhías García, quien ha establecido, desde hace varios años, tratos pacíficos con Cairumaca, jefe de la aldea. El Prelado logra con vencer al hijo de Cairumaca, llamado Caipuana, a aceptar la tutela de los frailes, y le hace entrega del Bastón de Capitán, señal de vasallaje al Rey de España. Poco después, envía a Fr. Francisco Ximénez Borrego, como misionero fundador. Este llega, junto con Fr. Conde, en setiembre de 1754, y celebra la primera misa. El año siguiente, Fr. A. Caolín visita la aldea, donde viven 300 almas, todavía infieles y poco adelantadas en la doctrina, debido a la ausencia de Ximénez Borrego, quien ha salido en abril, para fundar la misión de Tapaquire. Caolín nota la resistencia de los Caribes de Múcuras a los frailes, por falta de “una escolta para contener los insultos y tropelías de los indios”. En 1767, Múcuras ha sido fortalecida, y alberga 350 Caribes ya bautizados. Existen todavía ranchos dispersos de Caribes en esta región, hasta la ribera del río Orinoco.

MURUCURI (Véase Morocori) NAQUI

Cautín menciona la presencia de una reducción de Caribes en este sitio de la Guayana, a propósito de la fundación de Carapo, en 1752. No hallamos más referencias a este lugar en las fuentes capuchinas. Debe de haber sido un sitio donde fueron conservados, provisionalmente, los prisioneros caribes, antes de asentarlos definitivamente en otra misión vecina, quizá en Carapo.

OCAPRA, SAN JUAN BAUTISTA DE

Segunda y efímera misión española de Caribes, fundada, en 1664, por el capuchino aragonés Carabanles, en la aldea del jefe Ocapra, ubicada entre el río Areo y el río de Oro, afluente del río Amaná. Al cabo de dos años, en 1666, Carabantes, cometió el error de traer unos indios Coaca, provocando la rebelión de Ocapra y de su gente. El capuchino tuvo que retirarse al sitio de Areo, donde fundó otra misión con los Coaca y abandonó la aldea de Ocapra a sus dueños levantados. En el sitio caribe de Ocapra, existe todavía un caserío de mestizos que conserva el nombre de San Juan.

PANAPANA, PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE

Pueblo militar de reducción caribe, fundado, en 1777, por el gobernador de la Guayana, Manuel Centurión, a media legua de la orilla sur del río Orinoco y seis leguas al este de la Angostura, a modo de desafío a los capuchinos catalanes. En 1818, el inglés Princep visitó a Panapana, ya bajo el régimen de los patriotas. La guerra civil y las fiebres habían reducido su población a 48 almas; la esterilidad del suelo era total y la miseria reinaba. Los conucos de Panapana estaban situados en Palmasola, a 8 millas de distancia, en el camino hacia San Felipe y Caruachi. Esta miserable aldea caribe ha subsistido hasta nuestros días.

PANAPOTAR, SAN BUENAVENTURA DE

Primera misión observante de Caribes, fundada, en 1722 por Fr. José Jurado, a la orilla del río Sacacuar (Estado Anzoátegui), con indios capturados en el río Cari, en su afluente el río Tapurequén (Mucuras) y en el río Guachupa (Guayupa). Las bandas infieles instaladas en estas zonas, eran fugitivas del río Amana, que habían desamparado sus dominios, a raíz de la campaña de 1722 por las tropas del Gobernador Francisco Carreño. Jurado aumentó la población de Panapotar en 1723, mediante entradas armadas a la Banda Sur del río Orinoco, trayendo de Curiaparu, una quebrada situada al sur de Muitacu, 40 familias al mando del jefe caribe Chama. Poco después, agregó al pueblo unas familias palenques, provocando descontento y motín entre los Caribes. Estos destruyeron el pueblo y se fugaron. Jurado persiguió a los fugitivos en 1734, capturó una parte de ellos, reconstruyó y repobló a Panapotar. La rebelión recrudeció, y Jurado decidió mudar una parte de los Caribes al fortín observante de Aragua y otra parte, a la nueva misión de Santa Ana de Anaco. Panapotar quedó desafectada para siempre.

PARIAGUÁN. CRISTO CRUCIFICADO DE

Misión observante, fundada en junio de 1744, por Fr. Hinistrosa, en dos casas comunales de infieles, situadas en las cabeceras del río Uñare, donde el Palenque Pariaguá (Pariaguán), también llamado Rereico, y el Caribe Paubia habían congregado, a partir de 1740, cuarenta indios de sus respectivas tribus y algunos desertores de las misiones observantes. Estos indios vivían en la costa norte del río Orinoco, frente a la boca del Caura y a orillas de las lagunas de Anadie. A Pariaguá le fue entregado el bastón de Capitán Poblador de la nueva población. La misión fue aumentada por repetidas entradas de Fr. Hinistrosa a los refugios de los “apóstatas” Caribes y Palenques del río Orinoco. En 1750, la población de Pariaguán al canzó a 230 almas y, en 1767,

llegó a 307. Hinistrosa fue elegido comisario de las misiones y se interesó en el adelanto de la aldea, la cual quedó convertida en plaza fuerte, con 36 hombres de armas, oficinas y una bella iglesia de tres naves. La misión-fortín observante de Pariaguán, fue atacada tres veces por los Caribes del Orinoco, que intentaron vanamente incendiar y liberar a sus allegados. Fueron rechazados, con el auxilio de la milicia observante del fuerte de Aragua, pero una parte de la población logró fugarse de Pariaguán. Los frailes mantuvieron a Pariaguán con la ayuda de sus patrullas de vigilancia, que perseguían continuamente a los prófugos en sus refugios llaneros. En tiempos de la República, Pariaguán fue invadida por la población criolla, que se mestizó con los indígenas.

PARIRÍ, SANJOAQUÍN DE

Segunda misión observante de Caribes, fundada en 1724 por Fr. F. Ximénez, en un sitio donde el joven sacerdote Nicolás García, criado por los frailes observantes, ha logrado congrega seis familias de Caribes, que vivían dispersas por los llanos. Para aumentar la población, Ximénez practica, con su escolta, una serie de entradas en ambas bandas del río Orinoco, donde recoge 150 familias (600 almas) que pone al mando del Caribe Guararima. En 1732, Ximénez y su tropa, acompañados de los frailes P. Cordero y B. Camacho, efectúan una incursión al Desparramadero del río Tique, que suelen frecuentar los Caribes del río Aquire, estableciendo contactos con los franceses contrabandistas y corsarios de la Martinica. Los españoles logran allanar este peligroso foco de subversión franco-caribe, apresando 140 indios al mando de Yacabai, uno de los jefes del Aquire, y se los llevan a Parirí. Yacabai es acusado de complicidad en la muerte del Obispo francés Gervaise de Labrid, y es bautizado en Parirí, donde fallece poco después. Su hermano acusa a los frailes de haber matado mágicamente a Yacabai, mediante el rito bautismal. Se fuga de la aldea y busca apoyo entre los Caribes

del Orinoco, para asaltar la misión y matar al P. Ximénez. Con una tropa de 100 flecheros, ataca al pueblo, pero Ximénez logra defenderse. Ciento cuarenta Caribes de San Joaquín, se fugan y retornan a los montes.

San Joaquín fue asaltada y desamparada varias veces, en el curso de su larga historia, pero Fr. F. Ximénez la pudo mantener. En 1741, se registraron en la misión 350 almas; en 1753: 390; en 1767: 388. Durante la República, Parirí se convirtió en un baluarte federal de José T. Monagas y de los Sotillo, cuyas tropas federalistas incluían muchos Caribes. Al terminar la Federación, Guzmán Blanco emitió una ley que permitía a los criollos despojar a los indios de sus tierras. Los dueños de hatos sacaron a los Caribes de San Joaquín, para instalarse en su lugar. Los indios tuvieron que ir a vivir en Mapiricure, una sabana de la Mesa de Guampa, donde tenían sus conucos, y donde subsisten en la actualidad.

PLATANAL (Platanar), SAN FRANCISCO SOLANO DE

Misión observante, fundada por Fr. Cuervo en 1756, a media legua al sur de Muitacu, al pie de los Cerros Araguacai y a orillas de la quebrada Caicaraparú donde vivía el Caribe “apóstata” Pedro José Bolívar, con 300 allegados.

Platanal fue desamparada en 1757, al producirse la retirada general de los Caribes del río Orinoco, pero Iturriaga logró recapturar a P. J. Bolívar y parle de su gente. Con ellos, los observantes reconstruyeron a San Francisco Solano, mudándolo a un sitio ribereño del río Orinoco, en la Vuelta del Torno. En 1767, la aldea tenía 121 habitantes.

PUGA, SANTA ANA DE

Misión capuchina catalana, fundada en 1760 por Fr. Félix de Vich-Conjudice, en el sitio de Piacoa, con indios arawak y warau; luego fue mudada al sur de los Castillos de Guayana, en

la Banda Sur del río Orinoco. En 1790, Puga contaba con 513 almas y en 1797: 477. En Puga fueron agregados Caribes apresados en los ríos Moruca y Pomerún en 1792.

QUIAMARE, N. S. DE LOS DOLORES DE

Misión observante, fundada por Fr. Lucas Magariños en 1746, a orillas del río Aragua. Fue poblada con 58 Caribes, sacados de la banda Sur del río Orinoco, con la ayuda de la veterana escolta chaima de San Mateo. En 1747, otra entrada a los montes del río Arui (Aro) no produjo resultado. Se repitió en 1748, y los Chaima capturaron 50 Caribes, para llevar a Quiamare. En 1749, apresaron otras 46 almas en la Banda Sur y 50 en las riberas del río Cari, elevando la población de Quiamare a 204. En 1752, quedaban 170. Magariños había traído unos pocos indios Saliba del Alto Orinoco, unos fugitivos Chaima y Cumanagoto. En 1767, la población es de 220, entre Caribes y Chaima. La población actual del caserío está compuesta de criollos y mestizos, totalmente aculturados.

TABARO, N. S. DE LA CONCEPCIÓN DE

Pequeña misión observante, fundada en 1762, con 194 Caribes de una aldea infiel del río Cari. Vino a formar parte, con el pueblo de El Cari, de lo que Humboldt, en 1799, conoció bajo el nombre de “misiones del Caris”. Los Caribes viven todavía en la aldea de Tabaro y sus alrededores.

TAPAQUIRE, PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE

Misión observante, fundada en 1770 en la Banda Sur del Orinoco, y Banda Este del río Arui, con 224 Caribes, fugitivos de otras misiones, y refugiados en esta zona. En 1755, el observante Fr. Ximénez Borrego había intentado fundar un pueblo de reducción en Tapaquire, donde vivía el anciano Arimanaca con su gente, pero el proyecto no prosperó. En 1771, el gobernador

de Guayana, Manuel Centurión, intervino en el gobierno de la misión, trajo nuevos Caribes de la región del río Arui y aumentó la población de Tapaquire a 305 almas. Los Caribes siguen viviendo actualmente en la aldea, llamada La Mata de Tapaquire.

TAPIRIN (Tipirín), SANTA BÁRBARA DE

Misión capuchina aragonesa, fundada en 1754, por Fr. Casimiro de Borja, en la orilla sur del río Amana y al sur del actual pueblo de Caicara de Maturín. La reducción se hizo con Caribes dispersos en los llanos de Monagas, en las orillas de los ríos Tonoro, Guanipa, Aribí, Ñato y Tique (Tigre) y que eran, probablemente, refugiados del Desparramadero del Tique (Bocas del Guanipa, Buja y Tigre). En 1780, Santa Bárbara tenía 316 almas. El pueblo sobrevivió durante la República. Bajo el gobierno de Guzmán Blanco, los criollos desalojaron a los Caribes, que se refugiaron al suroeste, en sus conucos de los ríos Caris (de Monagas) y Guanipa, donde fundaron la nueva aldea de Aguasay, donde subsisten en la actualidad. Santa Bárbara, situada en la orilla meridional de los modernos campos petroleros de El Tejero, Punta de Mata y El Furrial, se ha convertido en lugar de residencia de los obreros petroleros.

TEPEPI, SITIO DE REDUCCIÓN DE

Cautín menciona este sitio de reducción caribe, junto con Naqui y Carapo, en la proximidad de El Miamo, pero no hemos hallado más referencias al respecto en los documentos capuchinos. Fue un asentamiento provisorio de prisioneros Caribes en 1752, mientras los frailes se preparaban para conservar estas almas en otra misión.

TURAPA, SANTA CLARA DE

Efímera misión fundada en 1753, por los observantes, a orillas del río Turapa, afluente del Arui (Aro) y cuyo jefe Abarúana

se fugó con toda su gente para convertirse en el jefe rebelde del río Paragua.

TUPUQUEN (Tupoquén, Topuquén, Topequén, Tupequén), SAN FÉLIX DE CANTALICIO DE

Misión capuchina catalana, que se empezó a poblar en 1746. Entre este año y 1748, en que se celebró la primera misa, en el pueblo, se congregaron allí 230 Caribes. En 1750, la aldea fue asaltada e incendiada, junto con las demás misiones caribes de Guayana, y los fugitivos se reunieron con sus allegados rebeldes de los ríos Aquire, Barima y Waini. Poco después, Alvarado informó a Iturriaga sobre la presencia de oro y plata en los aluviones de Tupuquén. Los frailes lardaron 20 años antes de reconstruir la aldea, en 1770, y la poblaron nuevamente con Caribes. Cinco años más tarde, se conservaban en Tupuquén 283 habitantes, en 1775: 557, en 1788: 435, en 1790: 567, en 1803: 570 y en 1816: 736. Fray Martín de Taradell, realizó allí sus estudios lingüísticos caribes, entre 1774 y 1788. La misión fue un centro de economía próspera, con pastos opulentos y siembras considerables de algodón y tabaco.

En 1818, a principios de la República, Tupuquén fue abandonada por los varones, y sólo quedaban 150 mujeres, que trataban de reunirse en los montes con sus compañeros escondidos, los cuales escapaban a la conscripción patriota. El pueblo conservaba parte de sus riquezas ganaderas. 4.000 reses, 1.200 yeguas y 100 caballos. Tupuquén fue saqueado, durante la guerra civil, por los criollos, que buscaban allí, como en otras misiones, el “Tesoro de los Capuchinos”. Fue invadido por los mineros a partir de 1849, a raíz del descubrimiento del oro en Nacupay, sitio inmediato a Tupuquén. La noticia trajo a Nacupay una considerable población negra de las colonias inglesas de Demerara y de las Antillas francesas. En 1853, se descubrió la fabulosa mina de El Callao, en la vecindad de Tupuquén.

TURAPA, SANTA CLARA DE

Efímera misión observante, fundada en 1753 por Fray F. A. Ximénez Borrego, en la ranchería del indio Abarúana y en la vecindad inmediata del pueblo de Guazaiparo, en la cuenca del río Arui (Aro). A raíz de una riña entre indios, los Caribes de Turapa se fugaron al río Paragua, donde se dedicaron al tráfico de esclavos con los holandeses del Rupununi.

LISTA CRONOLÓGICA DE LAS 40 MISIONES CARIBES

Fecha de fundación	MISIÓN	Ubicación	Fundadores
1651	<i>Macau</i>	Monagas	Jesuitas franceses de Martinica
1662	El Pilar de <i>Macuare</i>	Monagas	Capuchinos aragoneses
1664	San Juan Bautista de <i>Ocapra</i>	Monagas	Capuchinos aragoneses
1722	San Buenaventura de <i>Panapotar</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1724	San Joaquín de <i>Pariri</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1726	San Salvador de <i>Aracay</i>	Guárico	Capuchinos de Caracas
1729	Río <i>Aquire</i>	T. Amacuro	Obispo francés Gervaise de Labrid
1730	Río <i>Maruca (Moroco)</i>	G. Esequiba	Capuchinos catalanes
1734	Santa Bárbara de <i>Currucay</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1735	Río <i>Barima</i>	G. Esequiba	Capuchinos catalanes
1735	Santa Ana de <i>Anaco</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1742	N.S. de Candelaria de <i>Chamariapa</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1744	Misión de <i>Cunuri</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes

Fecha de fundación	MISIÓN	Ubicación	Fundadores
1744	Christo Crucificado de las Cabeceras del Unare de <i>Pariaguán</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1746	N.S. de los Dolores de <i>Quiamare</i> (II)	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1746	San Miguel de <i>El Palmar</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes
1748	San Félix de Cantalicio de <i>Tupuquén</i> (I)	Bolívar	Capuchinos catalanes
1748	N.S. de Montserrat de <i>Miamo</i> (I)	Bolívar	Capuchinos catalanes
1749	Misión y Castillo de <i>Curumo</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes
1749	Santa Cruz de <i>Cachipo</i> (II)	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1752	San Fidel de <i>Carapo</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes
1753	San Antonio de <i>Guaizaparo</i> (I)	Bolívar	Franciscanos observantes
1753	Santa Clara de <i>Turapa</i>	Bolívar	Franciscanos observantes
1754	San Juan Bautista de <i>Múcuras</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1754	Asunción de <i>Atapiriri</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1754	Santa Clara de <i>Aribi</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1754	Santa Bárbara de <i>Tapirin</i>	Monagas	Capuchinos aragoneses
1754	Santa Eulalia de <i>Morocure</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes
1756	San Francisco Solano de <i>Platanal</i> (I)	Bolívar	Franciscanos observantes
1756	N.S. del <i>Cari</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1757	San Francisco Solano de <i>Platanal</i> (II)	Bolívar	Comandante Iturriaga y Franciscanos observantes
1757	S. Antonio de <i>Guaizaparo</i> (II)	Bolívar	Franciscanos observantes
1757	N.S. del Rosario de <i>Guasipati</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes
1762	N.S. de la Concepción de <i>Tabaro</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1763	Divina Pastora de <i>Guaicupa</i>	Anzoátegui	Franciscanos observantes
1763	San Ramón de <i>Caruachi</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes

1767	Conversión de San Pablo de <i>Cumamo</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes
1770	San Félix de Cantalicio de <i>Tupuquén</i> (II)	Bolívar	Capuchinos catalanes
1770	Purísima Concepción de <i>Tapaquire</i>	Bolívar	Franciscanos observantes
1770	S. Cristóbal de <i>Guaracaro</i> (o Cerro del Mono)	Bolívar	Franciscanos observantes
1777	Purísima Concepción de <i>Panapana</i>	Bolívar	Gobernador M. Centurión
1793	Santa Ana de <i>Puga</i>	Bolívar	Capuchinos catalanes

Existieron una primera misión de Quiamare, con Indios Chaima, y una primera misión de Cachipo, con indios palenques.

III. ÍNDICE DE FORTINES DE LA CONQUISTA CARIBE

ARAGUA, N. S. DE BELÉN DE (o San Juan Bautista de» (hoy: Aragua de Barcelona)

Plaza fuerte, fundada por los frailes observantes, entre 1754 y 1755. Estaba situada en los Llanos de Barcelona y en el sitio de Camoruco. Sirvió como base principal de las milicias observantes durante la conquista de los Caribes del Río Orinoco. Además de los soldados pardos, fueron traídas milicias de flecheros Cumanagotos reducidos en Caigua, y Caribes reducidos en Panapotar. El Gobernador Sucre asistió a la ceremonia oficial de fundación en 1735. La plaza subsistió y fue aprovechada durante las luchas civiles de la era republicana. El Libertador fue atacado en ella por Morales, en julio de 1814, con 6.000 soldados y perdió 1.000 hombres. Aragua fue, posteriormente, el cuartel general de los godos contra las tropas federalistas de José Tadeo Monagas.

BARCELONETA, SAN ISIDRO DE

Plaza fuerte fundada por orden de Manuel Centurión, en 1771, en el sitio actual del pueblo de La Paragua, en la orilla del río del mismo nombre, para detener el intenso tráfico fluvial caribe en esta región.

BORBÓN

Plaza fuerte fundada por orden de Manuel Centurión, en 1771, cerca de la boca del río Aro, para controlar el tráfico fluvial de los bajeles caribes.

CIUDAD REAL (ALTAGRACIA, O)

Fuerte establecido en 1759 por Iturriaga para reforzar el control del río Orinoco.

CURUMO (Corumo)

Plaza fuerte, fundada en 1744, en la confluencia de los ríos Curumo y Cuyuní, como bastión de avanzada para la conquista de la Guayana Esequiba. Fue convertida en misión caribe en 1749 y destruida en 1750, por los caribes y los holandeses. En 1788, el gobernador de la Guayana, Miguel Marmión, instaló un nuevo fuerte español en este sitio, para vigilar el río Cuyuní contra las incursiones holandesas.

EL PAO

Plaza fuerte fundada por los observantes en 1744, cerca de Pariaguán y en las cabeceras del río Pao como resguardo de los llanos y bastión de avanzada para la conquista de los Caribes del Orinoco.

GUIRIOR

Fuerte fundado por orden de Manuel Centurión en 1771, en las cabeceras del río Paragua, con objeto de controlar el tráfico caribe y holandés que utilizaba el Paragua para comunicarse con los ríos Parima (Uraricoera), Tacutu y Rupununi.

MATURÍN, SAN JUAN DE LA TORNERA DE

Fuerte fundado en 1722, por el gobernador de Cumaná, Francisco Carreño, para consolidar la conquista española de los llanos del Guarapiche, lograda durante los cuatro años anteriores.

MUITACU (Moitaco)

Plaza fuerte fundada por los frailes observantes en 1752 y en la banda sur del Orinoco, para iniciar la conquista de esta zona y fundar allí misiones de Caribes.

REAL CORONA

Fuerte establecido por Iturriaga, en 1759, para controlar los Caribes en las cuencas del Aro y del Caura.

SAN CARLOS (sitio del río Caura)

Fortín fundado en 1771 por el Gobernador Manuel Centurión, en el sitio actual de Maripa, para controlar la navegación caribe.

SAN CARLOS (sitio del río Areo)

Fortín erigido por el gobernador de Cumaná en 1671, entre el río de Oro y el río Areo (Estado Monagas), para defender de los Caribes las primeras misiones fundadas en esta zona por los capuchinos aragoneses.

SAN FÉLIX DE AUSTRIA (primero de este nombre)

Plaza fuerte fundada, en 1605, por Joaquín de Campos, en la aldea de Aguarabea y en las cabeceras del río Güere, pobladas por los Caribes, cuando volvió de un recorrido por los llanos del río Guarapiche, en busca de pacificación. El fuerte permaneció dos años en el sitio de Aguarabea, cerca de Cachipo, al NE de Pariaguán.

SAN FRANCISCO

Unos de los tres fortines erigidos por el Gobernador Centurión, entre 1771 y 1773, a la orilla del río Caura, para controlar el tráfico caribe y holandés.

SAN PEDRO ALCÁNTARA

Fuerte establecido por Manuel Centurión, en 1772, en la orilla y cerca de la boca del río Caura, para interceptar el tráfico caribe y holandés.

SANTO TOME DE GUAYANA (Sitio de Morequito)

Primer fortín español del río Orinoco, fundado en 1595 por Antonio de Berrío y desamparado por los españoles en 1629. Estaba situado a la orilla del río Orinoco y, según fuentes inglesas, a 21 millas (39 kms.) aguas abajo de su confluencia con el río Caroní. La plaza fue allanada y quemada en 1618 por Keymis, el oficial de Walter Raleigh, y reconstruida por los españoles, que la quemaron y abandonaron definitivamente en diciembre de 1629, ante la incursión del holandés Adrián Pater, agente de Groenewagen, el gobernador del Esequibo.

SANTO TOMÉ DE GUAYANA (Sitio del *Usupamo*)

Segundo fortín español de la Guayana, fundado en 1631 y 1632 por Luis de Monsalve, gobernador de Trinidad y Guayana, en la orilla del Orinoco a siete leguas (33,6 kms.), aguas abajo de la boca del río Caroní. Atacado muchas veces por los extranjeros y los Caribes, fue mudado 17 kms. aguas arriba de la Boca del Caroní (sitio de Matanzas) entre 1638-1642. En 1642 fue reubicado y mantenido en la boca del Usupamo. En 1740 fue allanado e incendiado por filibusteros irlandeses de la Jamaica, que pretendían establecerse en la Guayana.

SANTO TOMÉ DE GUAYANA (sitio de LOS CASTILLOS)

Cuarto presidio español de la Guayana, fundado entre 1741 y 1747, por los gobernadores de Cumaná y Guayana, Espinoza y Diego Tabares, para reagrupar la guarnición del destruido fortín del Usupamo, que se había refugiado provisionalmente a la orilla del Orinoco, en el Castillo de San Francisco. La nueva aldea fue construida a “un tiro de fusil del Castillo”. En 1756, el gobernador Mateo Gual levantó en las inmediaciones, un segundo castillo. El Padrastro. En adelante, la plaza fuerte fue conocida como Ciudad de Guayana, o Santo Tomé de los Castillos (hoy: Guayana la Vieja). El año siguiente, la plaza fue reforzada y

reacondicionada por el nuevo gobernador Nicolás de Castro y el Comandante Iturriaga. Para mejorar la defensa del río Orinoco, se trajeron cuatro cañones para el fuerte de San Francisco y se dotó al Padrastro con la antigua artillería de aquél. La población de la aldea española fue aumentada poco después, por la llegada de nuevos pobladores, traídos de Cumaná y de Barcelona; también se trajeron víveres y ganado y se iniciaron actividades agrícolas e industriales. En 1765, la población de Los Castillos de Guayana fue mudada a la ciudad de Angostura, nueva capital de la Provincia.

SANTO TOMÉ DE GUAYANA (sitio de ANGOSTURA)

Quinto y último fortín de Santo Tomé de la Guayana, que se construyó en los años 1764 y 1765, por iniciativa y bajo la supervisión de Solano, bajo el gobierno del Comandante Moreno. Allí fue mudada la población de Santo Tomé de los Castillos. Desde Angostura, Manuel Centurión envió sus tropas a establecer nuevos fuertes, para controlar las principales arterias fluviales de la navegación caribe.

UPATA, SAN ANTONIO DE

Villa fortificada de españoles fundada, en 1739, por los capuchinos catalanes, bajo la advocación de N. S. de la Candelaria, con 25 familias de las Islas Canarias, cuyos hombres servían como milicianos de la conquista de la Guayana. Estos se fugaron a Caracas, poco tiempo después de haber llegado, a raíz de los ataques de corsarios ingleses y de la rebelión de los indios Guayana. En julio de 1762, bajo la prefectura de Fr. Benito de la Garrida, Upata fue fundada por segunda vez, y de manera definitiva, bajo el patronaje de San /Antonio. Los frailes trajeron 10 familias españolas, cuyos varones se comprometían a actuar como milicianos en las operaciones de la conquista caribe en la Guayana Esequiba. Además de los soldados de Upata, los

capuchinos disponían de numerosos flecheros indios, principalmente Guaica (Akawai) para sus entradas, y convirtieron todas sus misiones, expuestas a los constantes asaltos de los Caribes, en pequeños fortines. El resguardo de Upata cayó en poder de los patriotas el 6 de febrero de 1817, y nueve días después, todas las misiones fueron ocupadas. El Padre y Coronel patriota José Félix Blanco, se convirtió en el Comandante de las Misiones y tuvo su cuartel general en Upata. Hasta la caída de Angostura en el mes de julio, Upata fue la capital administrativa de la nueva República.

VILLA CAROLINA

Fuerte fundado en 1771, por orden de Manuel Centurión, en la ribera del río Aruí (Aro), para controlar el tráfico de los bajeles caribes en la banda sur del Orinoco.

IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAM, L., 1893. *Materiaux pour servir a l'établissement d'une grammaire comparée des dialectes de la famille caraïbe*. Bibl. Linguist. Americ. Tom. XVII, París.
- BALLESTRINI, C. C., 1967. *La Industria del mineral de hierro en Venezuela*. Edic. del Cuatricentenario de Caracas.
- BALTAZAR DE LODARES, Cap. O.F.M., 1929-1931. *Los Franciscanos Capuchinos en Venezuela*, 3 vols. Caracas.
- BRETT, W. H., 1868. *The indians Tribu of Guiana*, London.
- CARABANTES, V. P. J. de, 1666. Carta al Marques de Aytona, dándole cuenta de las Misiones de Cumaná y Caracas — in Buenaventura de CARROCERA, 1964: *Los Primeros Capuchinos en Venezuela*. Bibl. Acad. Nac. de la Historia. Caracas.
- CARVAJAL, Fr. J. de, 1648. Jornadas Náuticas. Reedit.: *Descubrimiento del Río Apure*. Ed. Edime. Caracas-Madrid, 1956.
- CAULIN, Fr. A., 1779. Historia Corográfica, Natural y Evangélica de la Nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Guayana y vertientes del Río Orinoco. Reedit.: *Historia de la Nueva Andalucía*, con estudio preliminar y notas críticas del P. OJER; 2 tom., Bibl. Acad. Nac. de la Historia, Caracas, 1966.
- CIVRIEUX, M. de, 1972. *Cumanagolo, a network of modern confusión*. Review of Ethnology RE. Inst. für Völkerkunde der Universität. Wien.
- _____, 1974. *Religión y Magia Kari'ña*. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Católica Andrés Bello. Caracas.

- DAVIS, 1666. *History of Caribbee Islands*.
- DEL REY FAJARDO, J., S. J. 1965 (Ver Pelleprat, 1655).
- DUARTE LEVEL, Gen. L.. 1911. *Historia Patria*. Tipografía Americana, 1911. Caracas.
- DUTERTRE, P., 1656 (MS). *Histoire Générale des Antilles*.
- GILIJ, F. S., 1782. *Saggio di storia americana*, Roma. Traducción española: *Ensayo de Historia Americana*. 3 tom. Bibl. Acad. Nac. de la Historia. Caracas, 1965.
- GILLIN, J., 1967. *The Barama River Caribs of British Guiana*. Peabody Mus. Amcr. Archaeol. & Ethnology, Harvard Univ., vol. XIV, n' 2.
- GOEJE, C. H. de, 1909. *Etndes Linguïstiques Caraïbes*. J. Müller. Amsterdam.
- GRAVESANDE, S. van, 1738-1772. *The Rise of British Guiana. compiled from his despatches by C. A. Harris & J. A. J. de Villiers*, 3 vol. Hakluyt Soc. London, 1911.
- GUMILLA, P. J., 1745. *El Orinoco Ilustrado y Defendido*. Nueva Edit.: Bibl. Acad. Nac. de la Historia, Caracas, 1963.
- HARLOW, V. T. (edit.), 1925. *Colonising expeditions of the West Indies and Guiana. 1623-1667*. Hakluyt Soc., London.
- HARRIS, C. A. & J. A. J. de VILLIERS, 1911. (Ver Gravesande, 1738-1772).
- HOFF, B. J., 1968. *The Carib Language*. Gravenhage.
- HUMBERT, J., 1905. *Les Origines Vénézuéliennes. Essai sur la colonisation espagnole au Vénézuéla*. Biblior. des Universités du Midi. Bordeaux.
- IM THURN, 1883. *Among the Iridian s of Guaiana*. Kegan Paul, Trench & Co.

- KLOOS, P., 1971. *The Maroni River Caribs of Surinam*. Van Gorcum & Co., Assen.
- LAET, J. de, 1633. *Novas Orbis*, Leide.
- MARTIUS, C. F. P. von. 1867. *Beiträge zur Ethnographie and Sprachenkunden Amerika's zumal Brasiliens: II. zur Sprachenkunde*. Leipzig.
- MERCADO, P. de, S. J., 1957. *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quilo de la Compañía de Jesús*. Bogotá.
- OJER, P. & H. GONZALEZ, 1957. *La fundación de Maturín (1722) y la Cartografía del Guarapiche*. Caracas.
- PELLEPRAT, P., 1655. Traduc. española: *Relato de las Misiones de los Padres de la Compañía de Jesús en las Islas y en Tierra Firme de América Latina. Con un estudio preliminar por J. DEL REY, S. J.*, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. Bibl. Acad. Nac. de Ja Historia, n° 77 (1965).
- _____, 1665. *Introduction á la Zangue des galibis*. Paris.
- PENARD, F. P. & A. P. PENARD, 1908. *De Vogels van Guyana*, I. Amsterdam.
- _____, (MS). *Vocabulaire Kaliña*, citado por De Goeje, 1909 (véase).
- PRINCEP, J., 1975. *Diario de un viaje a las Misiones Capuchinas del Caroní*. Edic. Presidencia de la República. Caracas. (Introducción por Schacht Aristiguieta).
- RALEIGH, Sir W., 1596. *The discoverie of . . . Guiana*. Londres, Rob. Robinson.
- RAMOS PEREZ, D., 1946. *El Tratado de Límites de 1750 y la Expedición de Iturriaga al Orinoco*. Consejo Super. Invest. Cientif. Madrid.

- RIONEGRO, Fr. F., 1929 (1930). *Misiones de los Padres Capuchinos*. Pontevedra.
- RYDEN, S., 1957. *Pedro Loefling en Venezuela (1754-1756)*. Insula. Madrid.
- SCHACHT ARISTIGUIETA, 1975 (Véase PRINCEP, J. 1975).
- SOUTHEY, Capt. T., 1827. *Chronological History of the West Indies*. 3 vols. New Edit., 1968. Frank Cass & Co., London.
- STEINEN, VON DEN, 1886. *Durch Central-Brasilien*, Leipzig.
- TARADELL, MARTIN de, 1775 (aprox.). Vocabulario de la Lengua Caribe, in: *Lenguas de America*, tom. I. Manusc. Real. Bibl., Madrid.
- TAVERA ACOSTA. B., 1907. *En el Sur*. Ciudad Bolívar.
- THURN, M., 1883. *Among the Indians of Guiarte*. Kegan Paul, Trench & Co.
- VEGAMIAN, P. F. M. de, 1968. *El Esequibo, frontera de Venezuela*. Madrid.
- VILA, M. A., 1951. *Aspectos geográficos del Estado Bolívar*. Imprenta Nacional.
- XIMENEZ, Fr. F., 1724-1730 (MS). *Arte de la Lengua Caribe*. (Llevado a Europa por von Humboldt) (cf. Voyage aux Régions Equinoxiales, 1» parte I, p. 504); depositado en la Bibl. Real de Berlín. Citado por De Goeje, 1909 (véase).

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
PROVINCIA DE GUARAPICHE	11
LA BANDA NORTE DEL RÍO ORINOCO	15
LA BANDA SUR DEL ORINOCO	16
LA PROVINCIA IMATACA-ESEQUIBO	17
ETNOHISTORIA	19
SIGLO XVI: LOS PRIMEROS CONTACTOS	20
SIGLO XVII: LOS CARIBES Y LOS IMPERIALISMOS RIVALES	28
XVIII: LA CONQUISTA DE LOS CARIBES	63
RESUMEN	181
APÉNDICES	185
I. ÍNDICE DE LOS PROTAGONISTAS CARIBES	185
II. ÍNDICE DE LAS MISIONES CARIBES	198
III. ÍNDICE DE FORTINES DE LA CONQUISTA CARIBE	224
IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	230

Los Caribes y la conquista de la Guayana Española
Se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Imprenta de la Cultura
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

Los Caribes y la conquista de la Guayana Española aborda no solo los enfrentamientos armados, sino también las dinámicas culturales, sociales y económicas que se gestaron durante este período, destacando el impacto de la presencia caribe en el desarrollo de la Guayana Española. Se mencionan episodios clave de resistencia como aquellos protagonizados por caciques que se convirtieron en símbolos de la lucha antiimperialista, explora las estrategias de resistencia de los caribes, su adaptación a las cambiantes condiciones impuestas por los conquistadores y cómo lograron mantener parte de su identidad y tradiciones a pesar de la opresión. El libro también contextualiza la conquista en el marco de las rivalidades imperialistas europeas, donde potencias como Holanda, Inglaterra y Francia también buscaron establecer colonias en la región. La obra de Marc De Civrieux sigue siendo una referencia importante para el estudio de la historia indígena venezolana y caribeña.

Jean Marc de Civrieux (Niza, Francia, 1919 – Mérida, Venezuela, 2003). Llegó a Venezuela en 1939, naturalizado en 1948. Como geólogo, investigador y autor formó parte de la generación fundadora de la llamada antropología contemporánea venezolana. Su obra es significativa en el trato a las culturas originarias del oriente venezolano. En 1947 encabezó una expedición al Marahukana recogida en nueve entregas en el diario *El Nacional*, tituladas “El Orinoco y el Amazonas se dan la mano”, publicadas luego bajo el nombre de *Exploración por la región Amazónica* (1949). Participó en la transcripción de una serie de mitos, entre ellos “El viaje extraordinario de Medatia”, que serán reunidos en 1970 como “*Watunna. Mitología makiritare*” y en su segunda edición revisada “*Watunna*”. Fundó La Gran Fraternidad Universal y en Mérida inauguró la Biblioteca “Los Grandes Espacios de Marc de Civrieux”. Algunas de sus obras son *Etnología Antigua de Venezuela* (1965), *El hombre Silvestre ante la Naturaleza* (1974), *Religión y Magia Kariña* (1974), *Los Caribes y la conquista de la Guayana española* (1976), *Los Cumanagotos y sus vecinos. Los aborígenes de Venezuela*. (1980), *Los Chaimas de Guácharo* (1998) y *La tentación de las perlas* (2023).

